Carolina-Dafne Alonso-Cortés

EL JARDÍN DE LOS BORGIA

(La verdadera historia de Lucrecia)

Knossos

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

EL JARDÍN DE LOS BORGIA

(La verdadera historia de Lucrecia)

Knossos

KNOSSOS. Madrid, 2009.
Copyright: Carolina-Dafne Alonso-Cortés.
D.L. M.26374-2009
ISBN. 978-84-935306-1-7
84-935306-1-1

Se corrompió la tierra, y estaba llena de violencia.
Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba podrida; porque toda carne había corrompido su camino. (Génesis, 6:5, 11, 12)

"La muerte es consecuencia de la vida: la materia se descompone y los gusanos lo celebran. Todo lo efímero está condenado a morir: no vale la pena rebelarse, pues ya al nacer se muere un poco. Pero hay algo que permanece en la memoria, y ese algo es el amor."

HE VUELTO A LOS APARTAMENTOS BORGIA. Estoy escribiendo estas líneas mientras la lluvia golpea los vidrios y el viento aúlla. Miro la negra ventana y, sobre un fondo de tinieblas, me esfuerzo en evocar antiguos sucesos; de esta forma me siento aliviada del peso guardado durante tantos años. Incluso, he llegado a llorar.

Hoy, la grama ha reverdecido y ostenta pequeños corros prietos. He tomado una hoja grande en la mano; su tono general es tostado, con los bordes oscuros y unos trazos de un verde brillante, cerca de la nervadura central. Palidecen las ramas en las acacias, y el eucalipto tiene un tono pálido; en algunas zonas las hojas cubren la grama, y en otras penden tristemente de los árboles.

Sólo ahora sé que he sido una de las personas más desgraciadas del mundo, pues hizo el destino que los hombres a los que amé acabaran trágicamente. Siempre acosada por las fuerzas oscuras, todos los poderes del infierno se cebaron en mí. Sé también que los lugares en donde he vivido serán destruidos: nuevas iglesias se alzarán sobre aquéllas que fueron de mi devoción, y sus ladrillos serán sustituidos por fachadas de mármol, signo de la riqueza de importantes personajes, en su afán de emular a otros.

Esta noche he tenido un mal sueño: mi padre se encontraba en un bosque, una noche de luna llena; con su báculo papal trazó un círculo y se encerró en él, al tiempo que pronunciaba unas palabras mágicas. Luego estuvo un buen rato gimiendo y llorando, y al final declaró: “Tuve que prometerme al diablo en cuerpo y alma por el espacio de once años, y el tiempo se termina. El demonio vendrá a buscarme en breve. Me encontrará dispuesto.” Luego me sobresaltó un gran estrépito, mientras los árboles se inclinaban bajo un fuerte viento: era como si todos los demonios se hubieran apoderado del lugar. Sobre su cabeza canosa apareció un dragón que causaba espanto; le mostró un pergamino firmado con sangre y le dijo con voz pavorosa: “He venido por ti”. Entonces, una viva luz rodeó

a mi padre haciéndolo desaparecer, entre un ruido ensordecedor. Yo no recibí daño alguno; cuando desperté estaba sola, y a mi alrededor reinaba el silencio más absoluto.

Mi vida no la he contado nunca, ni siquiera me he atrevido a relatármela a mí misma; por eso la declaro aquí y ahora, y aún no sé para qué. Busco quizá una compañía donde volcar estos secretos, sellados por pactos de familia; o quizá lo haga para que este veneno de tantos años no acabe de ahogarme, para que no me acometan ideas negras como la de hundirme para siempre en la nada. He traspasado el umbral, pero los vivos existen para mí, y aún puedo relacionarme con ellos; así que, por vez primera, voy a tratar de contar la verdad.

Crecí en un ambiente donde el crimen y las intrigas eran hechos normales. Durante mi estancia en la tierra padecí el estigma de una sangre corrupta, y fui víctima de aquellos que debían protegerme. Recuerdo cada día minuto a minuto; ni siquiera los siglos que han pasado me han permitido olvidar. Ahora siento rabia y dolor por haber desperdiciado tantos años. Me sentía tan sucia y con tanta vergüenza que, aunque deseaba contar lo ocurrido, pensé que era más grave hacerlo que guardar el secreto.

***

Aún así, existió una época en que fui completamente feliz. Ahora, desde esta orilla, creo tener mi niñez al alcance de la mano, la observo con tanta facilidad como si se tratara de un juego. Entonces vuelven los recuerdos infantiles, tan aprisa que la mano apenas puede trasladarlos al papel. Me parece que podría escribir sin cansancio, sin que nunca llegara a agotarse el caudal de imágenes que fluye como un río, inundándome con un sentimiento de felicidad. Tanto mis hermanos como yo éramos inteligentes, alegres y hermosos. Era yo la única hija nacida de mis padres y, desde siempre, estuve rodeada del cariño de todos. Me regalaban los objetos más valiosos y bellos. Una luz satinada flotaba en mis habitaciones, desdibujando los muebles y tapices, los retratos y los candelabros de plata, mientras por los corredores mis hermanos se perseguían y hostigaban con picas y estoques de madera. El árbol del amor crecía frente a mi ventana, rechoncho y casi redondeado. En la plaza de tonos grises y piedras antiguas, el color pimpante del árbol anunciaba la primavera. Era de un rosa-violeta, y sus

flores formaban racimos. Mi madre y yo las introducíamos en el libro de horas donde se aplastaban, y al cabo de un tiempo se habían convertido en transparentes, como alas de mariposa. Los tallos se incrustaban en el papel y dejaban su huella para siempre. Muchos años más tarde yo hallaría una pequeña flor dormida, después de tanto tiempo.

Tampoco mis hermanos estaban a deseo de nada, y por ello más tarde no serían capaces de divertirse con cosas corrientes, como el resto de los humanos.

CUANDO ERA MUY PEQUEÑA mi madre quiso llevarme a España, como su madre hizo con ella; después, ya no regresaría nunca a Valencia. Aún así siempre recordé aquella tierra, no podía olvidar sus costas, y añoraba sobre todo la vista de la luna sobre el mar: un rielar muy suave, un camino de plata que se extendía desde el disco luminoso hasta la misma orilla, lamida por las olas. Era muy bello contemplar, desde el montículo, toda la bahía a los pies, las estrellas brillando a lo lejos y abajo el mar, las luces de los pequeños barcos de pesca, y el disco de plata por encima, enorme, derramando su resplandor sobre el agua. Había un olor a marisma que lo inundaba todo y, de cuando en cuando, se oían crepitar los sonidos misteriosos de la naturaleza. Las olas no batían allí, si acaso rozaban con un rumor de seda. La playa se cubría con la masa viscosa de las algas. Cuando se retiraba la marea, sobre la arena quedaba aquella masa verde reventando de agua. Pasaría la mañana verdeando al sol hasta secarse y, con la luz de la luna, el mar la arrastraría de nuevo. Evitaba pisar aquellas algas que parecían agarrarse a mis pies con sus dedos verdes, llenos de sangre verde. Cuando las olas enviaban a la playa una tabla o un viejo cajón, veíamos que se había cubierto por entero de diminutos mejillones. Algunos eran casi invisibles; formaban una masa áspera y oscura, que daba al trozo de madera un aspecto monstruoso.

Me gustaba tenderme en la arena, boca abajo, mirando muy de cerca los granos menudos que brillaban con todos los colores. El sol los hacía resplandecer y parecía aumentar su tamaño, igual que ocurre con las motas de polvo que flotan en el aire. Algunos lucían más que otros, como pequeños soles entre sus compañeros. Había fragmentos de conchas marinas, restos diminutos de caparazones de erizos de mar, cristales verdes de botella, donde la marea había redondeado las aristas. Eran blanquecinos si estaban secos, pero si los introducías en la boca sabían salados y, húmedos de saliva, se transformaban en esmeraldas en la palma de la mano. Se nos pasaban las horas buscando entre la arena conchas de nácar: las había blancas con irisaciones, otras rosadas como la

aurora, o de un amarillo intenso. Eran muy ligeras, como si el agua las hubiera gastado, y al masticarlas se deshacían entre los dientes. Buscábamos piedrecillas de formas caprichosas, bien lisas y aplastadas como obleas, bien largas y finas como lombrices grises de piedra. Las hallábamos blancas y rosadas, restos del mármol que brillaba en vetas sobre el acantilado. A veces almorzábamos en las dunas calientes y nos dejábamos caer en la arena, revolcándonos y riendo.

A lo largo de las caletas había laderas pizarrosas, donde crecían cardizales rojizos entre las manchas verdes de los palmitos. Aquí y allá aparecía una higuera achaparrada y retorcida, como temiendo alejarse demasiado de la tierra. En la playa casi vacía los pescadores prendían fuego a un tronco grueso, que humeaba; todo lo largo habían apoyado sardinas, ensartadas en varillas de hierro. En el anochecer, sobre el violeta del mar, se alzaba la humareda crepitante con olor a sardinas asadas; un hombre descalzo las volvía y retiraba las que estaban hechas, mientras nosotros lo observábamos sin pestañear, como espectadores de un rito ancestral.

Otros pescadores venían desnudos, con las piernas abrazadas de pulpos. Los veíamos llegar como salvajes, soltaban los avíos y empezaban a despegar los tentáculos de las piernas. Traían erizos y los volcaban sobre la arena, cuajados de púas de un morado casi negro; y si pisábamos uno inadvertidamente las púas se incrustaban, se partían y era muy difícil extraerlas. Por unas cuantas monedas los pescadores cedían el pescado menudo; eran hombres duros, hechos a toda privación, y casi todos tenían los ojos azules y pálidos de tanto mirar al mar, según decía mi madre.

La luna, encima del sendero argentado, parecía una bandeja redonda. Luego todo era silencio, sólo el rozar del mar en la arena sonaba como un rasgar de sedas. El cielo estaba azul oscuro, enmedio el disco de plata y el reflejo alargado en el agua. Asfixiaba el aroma de las flores que llegaba mezclado con oleadas de calor. Más acá, junto al acantilado, las espumas creaban fosforescencias misteriosas. Parecía sentirse el latido de la tierra; susurraba la brisa entre las palmeras y temblaban las ramas de la dama de noche, esparciendo su intenso perfume.

Cuando amanecía en el puerto, los marineros iban y venían en las cubiertas

o ataban las maromas sujetando los barcos; cerca estaban los almacenes, con pilas de sacos y torres de cajones llenos de mercancías. Con un fuerte balanceo, el último pasajero había saltado a la barca que cabeceaba, al tiempo que mis hermanos y yo nos agarrábamos fuerte a las tablas con miedo de volcar. Olía a marisma, el viejo pescador sujetaba los remos con sus manos enormes, aspiraba con vigor y alzaba la cabeza, oteando. La barca giraba, chirriante, y embocaba la salida del puerto. El muelle se alejaba, se engrandecía el horizonte y, al fondo, la ciudad centelleaba al sol naciente entre el verde agresivo de las palmeras. Reflejos en el agua quebraban los ojos; el viejo parecía adormecido, los ojos entrecerrados y la vista perdida en un punto lejano. Pronto habíamos dejado atrás el muelle, la barca cortaba con suavidad la superficie ondulada, cabeceando apenas sobre el agua bruñida como el acero. Dejaba una estela de espuma mientras unas finas gotas llegaban de abajo, mojándonos. Sentíamos en las manos y en la cara la humedad del mar, y veíamos saltar a lo lejos bandadas de delfines.

I

LUEGO, EN ROMA, la vida se desarrollaba con placidez. En el gran recinto de lo que fue la ciudad antigua, se alzaba algún palacio que sus dueños habían convertido en fortaleza. Mi madre se llamaba Vannozza Cattanei. He de decir que, pese a haber sido la amante de un cardenal de la Iglesia con el que tuvo cuatro hijos, siempre estuvo casada y enviudó varias veces. Cuando yo nací, su esposo era Giorgio da Croce. Vivíamos con él en una hermosa casa de la plaza Pizzo di Melo, en el barrio del Ponte, con un huerto o jardín interior; además, él le había regalado una frondosa viña en el monte Esquilino.

No nos extrañaba vivir con el legítimo esposo de mi madre y recibir al mismo tiempo las visitas de nuestro padre natural, ya que el cardenal Rodrigo Borgia ocupaba un palacio cercano. También cerca vivía la familia de los Orsini. Desde hacía mucho tiempo, estos poderosos barones se alojaban en aquel barrio de la ciudad, donde se alzaba su gran palacio del monte Giordano, no lejos de su viejo castillo fuerte llamado Torre de Nona. Sólo unas pocas familias nobles residían en el Ponte, porque los Orsini no les permitían establecerse allí, ya que las guerras entre linajes importantes solían estallar en plena ciudad.

Había yo nacido en Subiaco, un pueblecillo cercano a Roma, una población muy antigua con restos de una villa romana. Construida en el Apenino, era famosa por el aire puro de sus montañas y porque años atrás se había establecido allí la primera imprenta de Italia. En tiempos de Gutemberg, dos de sus oficiales importaron sus procedimientos, que habían aprendido bajo juramento de secreto. Juntos se instalaron en Subiaco, donde imprimieron varios manuales de brujería, como el Gran Alberto y el Pequeño Alberto, así como los Admirables Secretos de san Alberto Magno y el libro de magia de la Clave de Salomón.

Mi padre, el cardenal Rodrigo, al tiempo que mandaba restaurar el viejo monasterio se hizo construir allí un hermoso castillo. Lo rodeó de paseos adornados con mosaicos de mármol y decoró sus claustros con frescos y sarcófagos antiguos, procedentes de la cercana ciudad edificada por Nerón. Su biblioteca contenía valiosos manuscritos miniados, y los primeros libros impresos

por los artistas alemanes. En los jardines podían admirarse manantiales, capillas e iglesias superpuestas, y a las afueras se conservaban viejas grutas excavadas en la montaña. A veces pasábamos el verano allí, o en las posesiones de mi padre en Nepi, al norte de Roma. Nepi se alzaba sobre una elevada meseta; tenía mil quinientos vecinos, y el castillo estaba hermosamente construido en estilo gótico. Había además algunos palacios y torreones que pertenecían a los nobles del lugar. Su paisaje era severo y melancólico, por su naturaleza volcánica; por las noches, a la luz de la luna, se oía el aullar de los lobos.

Mi madre tenía por entonces treinta y ocho años, diez menos que él. Ya habían nacido César y Juan; más tarde vendría al mundo Jofré, nuestro hermano menor. Siempre fui la preferida de Rodrigo: le gustaba acariciar mis cabellos rubios y suaves, y me decía que mis ojos, de un azul grisáceo, eran los más hermosos y dulces del mundo. Unos y otros los había heredado de Vannozza, ya que él era moreno, con el pelo castaño y unos ojos profundos y oscuros.

Nuestra vivienda en Roma era amplia, con un hermoso jardín en la parte trasera de la casa; a menudo, mi madre recibía la visita de cardenales y prelados, a los que obsequiaba con generosidad, pues su protector era un hombre muy rico. Las familias vecinas habían utilizado antiguas estatuas y columnas de mármol para adornar los muros, umbrales de puertas y hasta sus cuadras y pocilgas. Desde nuestra azotea podíamos ver el río Tíber y el Palacio Vaticano; cuando hacía calor, que era casi siempre durante el verano, mis hermanos y yo subíamos a dormir bajo las estrellas. Miraba yo allá arriba, al cielo, donde titilaban como joyas suntuosas sobre terciopelo negro, y escuchaba el silencio, roto tan sólo por el murmullo de las conversaciones en la Plaza. Había siempre alguna estrella que se apagaba, y reaparecía luego.

Me daba miedo andar sola por los corredores oscuros y, según decía Vannozza, era porque no tenía la conciencia tranquila. En cambio, solía pasar horas en el jardín, subida en la higuera leyendo algún libro, o escarbando con la azadilla y plantando ramas en los macizos. El tronco de la higuera era liso y suave; yo había oído que las ramas eran muy frágiles y tenía cuidado de que no se quebraran. Cogía los higos sin estar maduros, y una gota blanca y pegajosa quedaba temblando en la herida del árbol: aquella leche cortaba los labios. Hacía

ramilletes con las prímulas, deshojaba las rosas y aspiraba su perfume. O alborotaba a las gallinas, me comía las manzanas dulces y revolvía en el cuchitril bajo la escalera, donde el jardinero guardaba la herramienta. Con el tiempo se había roto la alambrera y las gallinas salían y entraban a placer. Las flores de los rosales no eran finas, todas tenían el mismo color y muchos pétalos menudos, pero su aroma alcanzaba el balcón del comedor y la galería. En primavera nacían clavellinas diminutas pegadas al suelo, pensamientos morados y amarillos, y el lilo se llenaba de flores como caperuzas. La escalerilla del entresuelo era de tablas muy viejas y partidas, así que al subirlas o bajarlas había que saltar los escalones para no caer; la barandilla de tablas basculaba, y recuerdo que los gatos saltaban por allí.

MI PADRE SE MANTENÍA AL MARGEN de nuestras vidas, pero cuando nos visitaba se mostraba muy cariñoso, y me estrechaba contra él. Yo lo miraba, arrobada; lo quise desde niña, y seguí adorándolo al crecer. Tanto lo idolatraba, que me parecía advertir su presencia cuando estaba rezando, arrodillada ante el altar. Vivía él en un espléndido palacio que se había hecho construir entre el puente de Santángelo y el Campo de las Flores. Lo recuerdo amueblado con lujo, con las paredes llenas de tapices con motivos históricos, y el suelo cubierto con gruesas alfombras. En su habitación tenía una cama con dosel de brocado de oro, y enmedio una mesa de mármol con varias sillas de madera, donde estaba finamente tallado un pequeño toro, que era la insignia de los Borgia. Sobre todo, me maravillaba la vajilla de oro y plata que lucía en un aparador del comedor de gala.

Quería yo mucho a mis hermanos, y sobre todo a César, que me llevaba cinco años. En nuestras incursiones al jardín él hacía puentecillos y agujeros para que rodara su bolilla de oro y, cuando escarbaba la tierra, solían aparecer unas gruesas lombrices, cilíndricas y anaranjadas. Con un palito él recogía la lombriz, que se revolvía, se acortaba o estiraba desmesuradamente, al tratar de encontrar su camino sin hallarlo. Yo hubiera deseado que la cubriera, porque me daba mucho asco, y sin embargo no podía dejar de mirar sus anillos anaranjados, que no se manchaban con la tierra. A veces él la cortaba en dos con una azadilla y una gota viscosa se deslizaba del trozo mutilado. Luego seguía trazando murallas con sus puentes y fosos, como si adivinara su futuro guerrero y cruel. Porque disfrutaba también viendo a las criadas cortar el cuello a las gallinas, cuando la sangre roja empezaba a brotar y caía en un plato a grandes goterones, resaltando sobre la porcelana blanca; luego esta sangre se endurecía, y se quedaba pegada al plato. Por el contrario, a mí me horrorizaba ver aquella profunda cortadura en el pescuezo del animal, como una boca roja y palpitante.

Bajo el balcón de nuestro comedor crecía el lilo, junto al muro por donde trepaba la hiedra. En primavera se cuajaba de flores que formaba racimos entre

azulados y violeta, mientras las finas ramas se curvaban con su peso; nosotros hacíamos con ellos ramos para la Virgen, y los poníamos con agua en vasijas de porcelana dorada. Había algunas violetas en el jardín; tenían un bonito color morado claro y era muy frágiles y suaves. Estaban asfixiadas entre los tallos pinchudos de los rosales, como acogidas a la sombra del boj y del evónimo. Las mimosas formaban un bosquecillo de menudas bolas amarillas, sobre todo donde les daba el sol; antes las comprábamos en los puestos callejeros y ahora las teníamos aquí, al alcance de la mano, y las bolitas se desprendían, formando una alfombra de puntos amarillos.

Paseábamos a la sombra de los rododendros, entre macizos de rosales floridos y la enredadera que rodeaba la escalera como un manto de gasa; se aspiraba allí un aroma a humedad y hojas marchitas, y se oían los ruidos de las criadas en la cocina. Yo me subía a la higuera a leer el pequeño volumen que me prestó la hija de nuestro médico judío: hablaba de una doncella desgraciada, con unas largas trenzas; aunque con el tiempo supe que no debía ser tan doncella, porque estaba esperando un hijo.

Arriba, mi verdadero reino era una antigua galería. Permanecía siempre llena de trastos viejos y descoloridos, porque no dejaba de darles el sol, y la madera de las ventanas había recibido tantas lluvias que apenas encajaban las fallebas. Los almohadones habrían tenido algún color, pero eran blancos ahora, con restos de rojo o azul; unos pocos manuscritos se apilaban en el suelo, con las páginas amarillentas, algunas con corros oscuros donde la lluvia las había dañado. Había libros viejísimos, con pastas de pergamino y letras misteriosas escritas en sus lomos; yacían mezclados con novelas francesas de caballería, llegadas en cestos que mi padre compraba a los mercaderes de viejo. Abajo en el jardín, la parra alargaba sus vástagos hacia la galería y la hiedra trepaba por el muro cercano, mientras a su pie maullaban los gatos.

En verano, el cobertizo de las herramientas que utilizaban los criados se cegaba con las hojas de la enredadera. Solían fumigar los rosales con polvo de azufre, para que los pequeños bichos verdes no se los comieran. Eran pulgones de un verde brillante, y formaban racimos en las axilas de las hojas; se quedaban pegados a las manos cuando cortábamos las rosas más grandes, pues

respetábamos los capullos. Cuando había llovido, hallábamos los macizos cuajados de caracoles, prendidos de los tallos, agitando al aire su cuerpecillo horrible y los extraños cuernecillos blandos. César los tomaba en la mano, los pellizcaba y se encogían de dolor. En días de lluvia se olía la humedad; nos refugiábamos bajo el porche de la galería, junto al tronco retorcido de la parra, porque nos daban miedo los truenos y relámpagos. Alrededor el agua caía en diluvio, desplomándose a mares sobre la tierra ennegrecida. Debajo, en un ángulo, yo formaba altares con estampas de santos y con ramilletes de flores.

A VECES, EN INVIERNO, el jardín amanecía resplandeciente bajo la escarcha. Cada una de las ramas de hiedra parecía de plata. El balcón, las maderas viejas que no encajaban bien y los cristales antiguos que desfiguraban las imágenes, se había vestido de una fina capa blanca. La primera vez que vi nevar, las escaleras estaban sumergidas en aquel manto blanco; las plantas se curvaban por el peso, cubierto todo por la nieve que nadie había pisado. También arriba, sobre los tejadillos, las oscuras tejas aparecían remozadas, sin mostrar la caries del tiempo.

Aquel invierno cortaron la gran acacia que remontaba el edificio; las ramas cayeron sobre el boj y el evónimo y alguien se encargó de retirarlas. Yo miraba desde el balcón del comedor, y me dolía de su ausencia, ya que un grueso muñón desnudo ocupaba ahora el lugar del árbol. Pero luego pasaron los meses, vinieron las lluvias y llegaron los primeros calores. Siempre que bajaba al jardín, sorprendía nuevos brotes de acacia; primero era diminutos, apenas se distinguían sobre la tierra oscura. Luego crecieron, al pie de las higueras y en el centro de los macizos, de forma que hubo que llamar al jardinero, que vino a arrancarlos.

El hombre tuvo que emprender una tenaz batalla: todos los días arrancaba brotes y aparecían otros nuevos. Era como una invasión sin medida, que amenazaba con ahogar el jardín: los rosales se encogían y hasta las higueras parecían temerosas, mientras que dos largos brazos, naciendo del tronco principal, se alzaban cilíndricos y desafiantes. Cuando llegó el verano, muchos brotes se habían hecho demasiado fuertes para ser arrancados. Árboles nuevos crecieron junto a las higueras y el membrillo, el manzano pequeño y el guindo de frutos muy ácidos. Nacieron junto a la parra y pegados al lilo, cerca del muro arañado por la hiedra; se aproximaron a las hundidas escaleras del entresuelo, y dieron sombra a las gallinas. Los gatos afilaban las uñas en sus troncos y las rosas se inclinaban, molestas. Desde entonces, nuestro jardín cambió.

***

Mi hermano Juan tenía un año menos que César y era un niño muy

guapo. Me gustaba mirarlo cuando jugaba a las batallas o espantaba a las gallinas por los senderos del jardín. Solía agacharse para entrar en el gallinero, y alzaba la trampilla por si habían puesto algún huevo; entonces lo cogía con suavidad y me lo mostraba. Estaba caliente; yo lo tomaba amorosamente en la mano, lo colocaba en un cestillo y se lo entregaba a mi madre, que lo usaría en la cocina a la primera ocasión.

Por entonces alguien nos regaló un corderillo; lo criábamos afanosos, hasta que llegara el momento de comérselo. Pero cuando el momento llegó, Juan no quería matarlo; era para él como si hubieran acuchillado a alguno de la familia. Finalmente, en un descuido nuestro, César se encargó de clavar una pequeña daga en el cuello de su primera víctima. Como el corderillo agonizaba, un criado lo degolló de un tajo ante las risas de mi hermano mayor. Juan y yo no quisimos ver cómo lo desollaban.

Por entonces arreglaron la galería, quitaron las maderas viejas y las sustituyeron por otras nuevas. El ventanillo de mi dormitorio, antes cegado por la hiedra, se había convertido en una ventana adornada con cortinas y paños de seda. Cuando salía a la galería radiante, después de atravesar los salones fríos y silenciosos con cortinas de raso, el negro azulado del fondo de mis ojos se convertía en un fuego ardiente y veía mi propia sangre a través de los párpados cerrados. Era entonces una ceguera luminosa, cerraba los ojos y brotaban cascadas de colores, rayos de luz y punteados de luces; y acto seguido culebrillas, soles que estallaban formando cataratas, y mucho más si frotaba los ojos con las manos, entonces era la locura del color.

Tiempo después reencontraría mis aromas, los ruidos de siempre en las galerías de las casas vecinas, bajaría los escalones de ladrillo entre la nube blanca de la enredadera, y así llegaría al jardín siempre húmedo, recordando los tiempos en que César removía con la pequeña azada la tierra entre los rosales y el boj, donde vivían las lombrices rosadas que tenía aquel abultamiento en el centro de su cuerpo cilíndrico, que se retorcían un momento mientras yo las miraba con asco, y le rogaba que las cubriera con tierra de nuevo.

***

La habitación del desván estaba cerrada, pero sabíamos dónde

encontrar la llave. Hurgábamos hasta hallarla en un gran armario que ocupaba toda una pared de la cocina, y subíamos a probarnos disfraces. Allí nos vestíamos de hebreos o de romanos, envolvíamos nuestras cabezas en turbantes de raso, con manojos de plumas tornasoladas. Delante prendíamos broches con piedras de todos los colores, gruesas como garbanzos. Había también disfraces oscuros, y paños toscos a rayas multicolores para los personajes bíblicos. Se guardaban zamarras de piel para los pastores, bastones con nudos, pellejos de oveja y cintos de cuero, todo bien ordenado en los grandes arcones. Muchas veces he deseado volver allá, subir las crujientes escaleras, abrir uno a uno los ventanillos sobre el tejado y andar hacia la habitación cerrada, meter la llave en el candado y hallar las mismas cosas: el cajón con las figuras descabezadas de nuestro Belén, las hileras de frascos blancos de polvo, las cabezas con rostros de otro siglo, revolver en las lámparas quebradas o en los apliques desparejados, ver cómo sigue cojeando el sofá pintado de negro, tocar la seda ajada de la tapicería llena de polvo.

Aquel arsenal de disfraces nos maravillaba: allí estaban guardados los trajes que se usaban para los Carnavales, desde tiempo inmemorial, y que se habían ido acumulando a través de los años. Algunos tenían verdadero valor, ya que procedían de familias ilustres que ocuparon antes la casa. Hallábamos jubones antiguos profusamente bordados en seda, calzones de raso, cintas de brocado, y telas de gasa finísima. Había túnicas de todos los colores, algunas adornadas con galones de oro, y otras recamadas con piedras que despedían destellos. Cogía yo un trozo de aquel vidrio en la mano, el sol se rompía en sus facetas, y entonces lo acercaba a los ojos: trataba de escudriñar adentro, le daba vueltas en la mano y las luces cambiaban, centelleando.

Añoro a mis hermanos, y los lugares de mi niñez. Ahora, mirando atrás, veo estos momentos como rayos fulgurantes, como si abriera un cofrecillo con joyas, con todas las luces del sol en sus facetas. Me maravillaban en aquel caserón la luz y la sombra, sus contrastes violentos o suaves, su misterio, su claridad meridiana a mediodía, su brillo y su deslumbre, el misterio de una pequeña luz al final de un corredor, el reflejo del sol en el ocaso sobre el borde de un viejo tejado. Recuerdo que había que llamar a la puerta pulsando una gran aldaba de bronce, en forma de cabeza de león. Yo me pasaba horas en un escabel, cerca del

antiguo ventanillo, mirando el jardín; si entornaba los ojos los tonos se difundían, los finos troncos se desdibujaban.

¡TODO EN ROMA ME PARECÍA TAN HERMOSO! Escuchaba el ir y venir de los bajeles en el río, las barcas que surcaban el Tíber cargadas de frutos, y veía pasear a las damas con sus trajes ceñidos, sobre el fondo de las músicas callejeras. En nuestra casa, las charlas terminaban cuando se mataba la luz; ya las mujeres se habían retirado, dejando en desorden la labor. Entrar en la gran sala en penumbra era como penetrar en una zona secreta; arriba, un candil pendía de la pared, y sobre la mesa ardían unos cabos de vela. Yo abría la ventana y me asomaba a las tinieblas. El aire traía en ráfagas el olor al humo de las hogueras; me gustaba ver los tejados bajo la luna y las nubes iluminadas, hinchadas como velas blancas. Veía las chimeneas vecinas y la espadaña de una iglesia, y oía el rumor de la calle en las noches templadas de primavera.

Durante el carnaval, una cascada de fuego estallaba sobre el río: eran los cohetes que mi padre había mandado traer de Valencia. Surgía una lluvia de mil colores y las luces zigzagueaban como culebrillas sobre el agua. Otra explosión de colores estallaba arriba, entre los estertores de la anterior, ante el asombro de cientos de rostros alumbrados por el resplandor fantasmal. Acabados los fuegos se desdibujaban los contornos, y de pronto un grito o un tañido parecían sonar en el vacío. Vibraban las barandas, la profundidad se hacía tenebrosa, y el cielo se teñía de negro como si se derramara un inmenso tintero.

Luego, bajo los cobertores, soñaba yo con paisajes misteriosos, arrecifes de coral donde encallaban barcos antiguos, y ríos que mostraban el oro resplandeciente de sus arenas. A veces creía ir descalza por las calles, y me daba vergüenza andar así; o que llevaba sólo una camisa, y era tan corta que apenas me tapaba el ombligo. Otras pensaba que podía volar; con un pequeño esfuerzo daba pasos muy largos y me alzaba de la tierra como una pluma. En cambio, en ocasiones quería correr y no podía; los pies se quedaban pegados mientras alguien me seguía sin que yo pudiera moverme. Más de una vez soñé que se me caían los dientes; empezaban a moverse, y por mucho cuidado que tuviera acaban cayendo uno a uno. Lo más corriente era que soñara con toros que me

perseguían; había mucha gente, pero el toro me miraba con unos ojos negros y tristes, y empezaba a correr tras de mí. Pasaba tanto miedo que me quedaba helada bajo las mantas. Eso lo heredé de mi madre, que tenía pavor a los toros. Me hubiera gustado ver amanecer. Todos decían que era muy hermoso; pero era yo una niña perezosa y, no sólo no me levantaba para ver la aurora, sino que a veces me quedaba en la cama hasta la hora de comer.

En aquella casa eran suaves los goznes de las puertas, de las gruesas alas de cuarterones con herrajes negros, hundidos bajo las capas de pintura. Me gustaba entrar en el salón cuando estaba vacío, con las ventanas entornadas para que no sufrieran las tapicerías con el sol; era tan amplio, y el brillo de los muebles tan suave que resultaba un reposo para la vista. Había además un olor a telas antiguas, quizá el aroma de la cera o un cierto perfume que se colaba del jardín a través de las rendijas. Era semejante a los pétalos de rosa que mi madre conservaba entre las hojas de su devocionario, una fragancia un poco muerta, muy suave y embriagadora al mismo tiempo: un aroma encerrado, un aroma preso.

De mañana pasaban el vendedor de quesos y el de aceite, pregonando sus mercancías. Yo me sentaba en el escabel junto a la ventana exterior y veía la plaza bañada por el sol, y en el centro el árbol viejo con ramas que se bifurcaban a gran altura. Pequeños brotes surgían al extremo de las ramas más finas. De cuando en cuando una ráfaga de aire templado las hacía bascular; el remolino levantaba una leve polvareda que, diluyéndose enseguida, desaparecía en la atmósfera o quedaba depositada nuevamente en la explanada terrosa. Al otro lado, los distintos matices denotaban la diferente antigüedad de los tejados: los había desiguales y oscuros, y otros recientes y lisos. En alguno las tejas formaban un mosaico de tonos, desde el barro claro hasta el negro de humo.

Mi madre tenía una bonita voz y me cantaba bellas canciones; sabía muchas antiguas y también las últimas que cantaban en Roma, y todas las entonaba con una voz muy dulce. Era tan hermosa que la requebraban por las calles, y costaba creer que nosotros fuéramos sus hijos. Tenía un aire distinguido y una piel tan delicada y fina que, según oí decir a las doncellas, se marchitaría pronto. Pero en aquel tiempo era bellísima. Pasados los años, aún habría un brillo

de juventud en sus ojos de un azul muy pálido, y conservaría un espíritu que muchos jóvenes habrían envidiado. Usaba pocas joyas, pero muy costosas. Tenía una sortija con un camafeo romano de ámbar montado en oro, y en él un rostro de marfil muy lindo, con el pelo alborotado y los rizos sobre la frente. Era la joya que más me gustaba, y le rogaba que me la mostrase, porque era tan delicada como un rayo de sol o un rastro de espuma. Su collar de diamantes estaba lleno de facetas esplendorosas; mil superficies brillantes devolvían la luz, y yo lo miraba brillar sobre su cuello. También relucían los pendientes, de diamantes puros, y a su alrededor derramaba puntos luminosos de todos los colores. El collar de perlas barrocas estaba formado por tres hilos de perlas desiguales; tenían el tamaño de garbanzos, y no eran lisas, sino llenas de rugosidades donde brillaban luces tamizadas y bellas. El broche era cuadrado, cuajado de diamantes también, y a la luz de las bujías parecía contener chispas de fuego. El collar parecía hipnotizarme; ella me lo quitaba y lo guardaba cuidadosamente en el joyero, porque había que volver a la vida real.

Antes del carnaval, estuvo recortando en sus antiguos manteos traídos de España flores de fieltro y lentejuelas, de hilos de oro y espejillos. Filigranas caprichosas de telas antiguas, algunas apolilladas, color anaranjado fuerte o de un azul brillante. Recortaba con cuidado de no llevarse por delante el cordoncillo, los espejillos o las lentejuelas, y cuando tuvo una greca la superpuso en mi falda de terciopelo verde. La sujetó con alfileres, y luego con puntadas pequeñas. Después abrió un baúl con olor a alcanfor y sacó una camisa blanca bordada en sedas multicolores. Tenía racimos en la pechera y las mangas, y en el descote cerrado con un cordón. Sacó una trenza rubia que había sido suya y la estuvo adornando cuidadosamente, entreverando cintas de terciopelo verde, azul y rojo. Una vez vestida me la ciñó a la cabeza, y yo me vi muy bonita. Llevaba unos chapines altos y blancos, ribeteados con cinta de oro. Llevaba calzas blancas de hilo, y en la mano un cestillo de flores naturales.

Cuando se disponía a peinarme colocaba las tenacillas de hierro encima de los carbones rojos, casi blancos; tenía preparado un trozo de papel, y cuando estaban a punto probaba en él las tenacillas. El trozo se abarquillaba y se doraba, y al mismo tiempo notábamos el olor a chamuscado. A veces se pasaba de

tiempo, se alzaba una columna de humo y el papel, ennegrecido, se quedaba pegado al metal. Cuando se rizaba sin dorarse, era el momento de tomar un mechón de cabello, prender las puntas, sujetarlas y hacerlas girar. Empezaba a desprenderse un vapor perfumado, si poco antes me había lavado la cabeza. A veces el olor a chamusquina caracoleaba y se metía por la nariz; entonces las puntas del cabello se quedaban pardas y abiertas. Los mechones más largos no ofrecían dificultad, pero los que rondaban el cuello y las orejas me hacían agarrotarme la silla, temiendo de un momento a otro la quemadura. Ella aflojaba la tenaza, retiraba el mechón, hasta que la cabeza quedaba llena de tirabuzones.

Al lado del patio había una habitación donde ella despiojaba a las criadas que acababan de llegar del campo. Las enseñaba a coser, y a almidonar las tocas y la ropa interior. Había que tomar aquellos pequeños trozos blancos de almidón y disolverlos en el agua; luego, con un trapo, extender el líquido lechoso, calibrar el calor de la plancha de hierro que había estado puesta al fuego, para que el almidón no se dorase; conforme iban pasando la plancha la prenda tomaba su apresto, y al final se quedaba rígida, dispuesta para ser usada. Teníamos una costurera joven y bonita, con los ojos muy negros; no repasaba, sino que hacía bonitos vestidos. Se llamaba Milagros, y yo pensaba que se llamaba así porque los hacía.

AUNQUE LAS NIÑAS APRENDÍAN A LEER Y ESCRIBIR de mano de sus madres, la mía quiso que me educara en un convento. No le resultó fácil escoger, pues las costumbres eran allí muy relajadas. El claustro era el destino natural para las hijas ilegítimas de la nobleza; hubiera sido deshonroso para ellas trabajar, ya que las actividades importantes se reservaban a los hombres. Las había que preferían entrar de monjas a quedarse solteras, y otras ingresaban a la fuerza. Además, una boda femenina arruinaba a una familia. Las hijas estaban obligadas a aportar una dote, tanto mayor cuanto más notable fuera el novio y, por lo general, los padres destinaban toda su fortuna al hijo primogénito. Podían desposarlas con hombres de inferior abolengo, pero eso los hubiera deshonrado, y optaban por ingresarlas en algún monasterio, aún en contra de su voluntad. Las que no tenían vocación religiosa lo toleraban mal; su vida transcurría a disgusto y no era raro que acabaran rompiendo el voto de castidad, o fugándose del convento.

Por eso abundaban los galanteadores de monjas; acudían a buscarlas y ellas, que ansiaban tener conversación con algún hombre, los recibían sin vacilar. No era raro que alguna quedara embarazada. En cierta ocasión, un anciano muy conocido murió de un ataque en la celda de una monja y su criado tuvo que avisar a los hijos del muerto; y como todos supieron lo ocurrido, la familia hubo de aguantar la vergüenza. A la monja le dieron un castigo ejemplar: sus compañeras la despojaron de sus ropas y, haciendo rueda, la fueron azotando por turnos. La condenaron luego a pan y agua durante mucho tiempo, en la cárcel privada del convento. Ni siquiera podía asearse de forma que, cuando la liberaron, sus hábitos se habían llenado de piojos.

No todas se comportaban así, pues las había muy devotas que dormían sobre esteras de esparto, dedicándose a rezar y a ayunar. Era el caso de las dominicas de san Sixto; éstas tenían su convento no lejos de nuestra casa, en la vía Apia, junto a las Termas de Caracalla. Allí fue donde mi madre me llevó. El lugar me produjo una gran impresión: estaba rodeado de una cerca muy alta y

tras el edificio principal había un gran huerto con paseíllos y una espesa arboleda. Al principio, me costó adaptarme a mi nueva forma de vida. La priora no se reía nunca; sólo sonreía y había que inclinar la cabeza cuando nos cruzábamos con ella en los corredores del claustro. Tenía la piel un tanto ajada, pero de aspecto suave; sus manos eran pequeñas, con un defecto en uno de los dedos. Su voz tenía un tono insinuante, y todo en su porte denotaba una distinción especial. Era delgada y caminaba erguida, envuelta en los hábitos de lino finísimo, con la toca blanca almidonada ciñéndose a la frente y al cuello. Subidas en el campanario, las alumnas alcanzábamos a ver los campos extensos que rodeaban la ciudad. Corría un airecillo allí arriba, a despecho del verano, ya que estaba cayendo la tarde y las campanas iban a empezar a tocar para el rezo de vísperas.

Mi monja preferida era la maestra de novicias; tenía los ojos grandes, del color de las uvas maduras, la tez un poco aceitunada y unas facciones delicadas y bellas. Sus manos eran finas, y al andar mostraba gracia y ligereza. Las novicias no eran monjas todavía; hasta los diecisiete años no hacían sus votos, y se formaban para ello. Las hermanas legas solían ser criadas de servicio que habían profesado en el convento; vestían de sayal negro, eran dóciles y respetuosas y se encargaban de la limpieza. La sacristana administraba todo lo relativo a la capilla, y la ecónoma llevaba las cuentas. La religiosa más antigua conservaba en un arca los papeles y bienes del convento; varias celadoras ejercían la vigilancia, y la portera atendía las entradas y salidas.

No se les permitían amistades particulares, y entre ellas no podían abrazarse ni tocarse por ningún motivo. Se levantaban de madrugada, lo mismo en invierno que en verano; el hábito les ocultaba los pies y llevaban la cabeza cubierta con tocas. Usaban un espeso velo cuando salían a la calle. Nadie podía ver su rostro, salvo nosotras y sus familiares y, cuando el médico o el confesor acudían al convento, tenían que acompañarlos dos de las monjas más ancianas. Las había tan viejas que oían misa en la tribuna de la iglesia para no subir ni bajar escaleras; pero todas hilaban, tejían y efectuaban toda clase de labores.

Dentro del edificio, nosotras podíamos llegar hasta un letrero que indicaba la zona de clausura, pero nunca más adentro. La prohibición nos hacía soñar con pasillos lóbregos y celdas estrechas, con salas desnudas y enormes donde se

reunía la comunidad, y cavilábamos en cómo serían sus baños, pues se decía que ellas se bañaban vestidas, con largas túnicas, y que no podían tocar ciertas partes de su cuerpo sopena de pecado mortal. No tenían espejos ni objetos de valor, y llevaban el pelo tan corto que no había necesidad de peinarlo. Si incurrían en una culpa leve, como reírse en el coro, las dejaban sin postre o tenían que guardar silencio durante la comida. Pero cuando alguna entraba en la celda de otra, o se rebelaba contra la priora, entonces la obligaban a sentarse en el suelo del refectorio, donde ayunaba a pan y agua durante varios días.

Además de otras actividades, en clase de costura las monjas nos enseñaban a bordar. No resultaba fácil hacer las vainicas, los cordoncillos, las cadenetas y bodoques. Apretábamos la palomilla del bastidor, y al mismo tiempo íbamos estirando la tela, para que quedara tan tensa como el pellejo de un tambor. Con la aguja enhebrada seguíamos el dibujo a carboncillo; el modelo se iba llenando de pespuntes, ojales y presillas hechos con hilos de distintos colores, y cuando retirábamos la tela se había puesto rígida, tomando la forma del bastidor. Durante las clases, la hermana de la portería solía asomar su cara colorada, siempre buscando a alguien para anunciarle una visita.

Al refectorio de las monjas se accedía por un portón enorme, finamente tallado; se abría chirriando y dejaba salir a duras penas a alguna monja anciana, que se escabullía por la rendija. Quizá temía que nuestros ojos indiscretos profanaran el sigilo de la clausura. Había arcadas en el patio, sobre los suelos empedrados, donde menudos huesos de animales formaban caprichosos dibujos. En la cocina podía oírse el entrechocar de cubiertos y platos, mezclado con el olor a sopa y a legumbres; sonaría una campanilla dando la hora del almuerzo, y en un momento el comedor de las alumnas estaría lleno a rebosar.

LEVANTABA YO CON CUIDADO una pequeña aldabilla de hierro y me hallaba frente a la capilla; avanzaba paso a paso en la tarima que chirriaba, mientras del lado del altar la monja sacristana iba de un lado a otro, ordenando las flores o las velas; se detenía un momento y estiraba el mantel blanco y almidonado, o con una vasija regaba las macetas en las capillas laterales. Seguía yo caminando de puntillas, aspirando los aromas de siempre a flores marchitas, a velas quemadas y a incienso; o me detenía a observar las luces titilantes, hasta que se hacía la vista a la oscuridad. Avanzaba luego sobre losas de piedra, hasta la pila del agua bendita; allí metía en el agua la punta de los dedos, con cuidado de no remover el barrillo que había en el fondo, y me tocaba la frente, haciendo con el dedo húmedo la señal de la cruz.

Las vidrieras llenaban la iglesia de reflejos de todos los colores; estaban muy altas y, no obstante, todo quedaba inundado de luces, desde los muros a las losas del suelo, y los tubos metálicos del órgano. Todo parecía cubierto de un polvillo de rubíes y esmeraldas. Relucían las perlas de la custodia y del copón que mi madre había donado al convento: la custodia era toda de oro, con rayos largos y ondulados y otros pequeños cuajados de diamantes.

En cuaresma se prendía un brasero cerca del altar, del lado de la epístola; las alumnas habíamos escrito en papelillos nuestros propósitos de enmienda y los quemábamos allí, junto con el incienso. Me gustaba entornar los ojos en la penumbra, inmersa en aromas: miraba las velas, y entre las pestañas veía sus luces descompuestas en millones de rayos finísimos y concéntricos. Contemplaba en el altar el círculo blanco nimbado de rayos dorados y de piedras preciosas, y me deslumbraban las luces que se reflejaban en mil puntos brillantes. El humo del incienso se levantaba a ráfagas; las voces estallaban, y me complacía oír mi propia voz surgiendo de mi garganta trémula.

Durante la Cuaresma permanecíamos sin salir del convento. El miércoles de ceniza lucíamos todas un tiznón en la frente: “Pulvis eris, et in pulvis reverteris”, nos habían dicho, y entendíamos que éramos polvo, y en polvo nos habíamos de

convertir. De aquellos días recuerdo muy bien el refectorio, el mármol blanco de las mesas, el chocar de cubiertos, mientras las novicias de tocas almidonadas iban de mesa en mesa sirviendo el potaje de vigilia. Recuerdo el olor a legumbres recocidas, y que teníamos las manos rojas por el frío. Y la luz entrando por las altas ventanas, una luz blanca y tamizada, de un invierno que tocaba a su fin.

En el mes de mayo cambiábamos las ropas de abrigo por las más frescas de verano; las que teníamos jardín cogíamos brazadas de rosas y lilas, hacíamos ramos con ellas y se las llevábamos a la virgen. Como premio nos colocaban una banda con flecos de oro atada a un lado, en la cintura; las había de distintos colores, pero todas tenían flecos y estaban hechas de moaré, con aguas que cambiaban según de dónde viniera la luz. Adornaban el comulgatorio con flores blancas; y situaban dos gruesos cordones trabados en los bancos, para que nadie sino las comulgantes se sentaran allí.

Yo me desvelaba pensando, cada vez que iba a confesarme, en qué había pecado. No me parecía que hubiera cometido pecado mortal, aunque nunca podía saberse. Cuando un cura nos habló del juego de los amantes yo me puse muy colorada, y miré de reojo a los lados por si las otras lo notaban. Nunca había oído hablar de eso a una persona mayor. Había que temer al purgatorio, por eso había que confesar hasta los pecados veniales. Rezábamos jaculatorias para ganar indulgencias, aunque no supiéramos muy bien lo que eran; las había de trescientos días, y otras más valiosas de mil. Me imaginaba el limbo en tonos de rosa y azul, un lugar con niños-ángel que no tenían cuerpo, sólo una cabeza rizosa con dos alas, como en los cuadros religiosos. También estaría allí el tonto que veíamos en la iglesia, sentado en el último banco y haciendo morisquetas, hasta que un día lo dejamos de ver. Pensamos que estaría en el limbo, como todos los niños que morían sin bautizar.

Mi viejo confesor tenía el cabello blanco como el lino; era un dominico pequeño y seco, y todas nos confesábamos con él. “¿Quieres ser monjita?, - me decía. -Bendito sea el Señor. Tú serás monjita, lo serás. Así que cuida tu pureza”. No obstante, a todas nos gustaba reunirnos en el cuarto de costura, y unas a otras enseñarnos los pechos. Luego, junto a los silenciosos confesionarios, a ambos lados de la capilla, se oían cuchicheos y risas veladas. “Me acuso, padre, de haber

faltado a la modestia”. “Pide perdón y reza la penitencia”, murmuraba él.

Luego, nuestro capellán murió. Sólo recuerdo que apenas abultaba dentro de su caja, y que había una fila de alumnas que lo mirábamos, muy serias, porque en realidad era el primer muerto que veíamos. Aunque no logro recordarlo muy bien. Según mi madre se trataba de una defensa de la naturaleza, pues esto de los muertos se olvida, porque ignoramos los sucesos que no queremos recordar; más tarde, supe que las cosas no eran tan sencillas. Sé que acompañamos sus restos a un cementerio cercano; algunas losas estaban partidas y las hierbas crecían, cegándolas. La hojarasca cubría las inscripciones de las lápidas y las cruces de hierro estaban retorcidas, roídas por el orín. Cuando volvimos había un nuevo capellán; era joven y caminaba con arrogancia, echándose el manteo sobre el hombro. Tenía la voz pastosa, como de terciopelo. Cuando nos hablaba desde el púlpito no le quitábamos la vista de encima; en realidad, no importaba mucho lo que nos tenía que decir.

Hasta algunos años después no supe en realidad lo que era una virgen; pensé siempre en un atributo exclusivo de María, y por supuesto no pude imaginar que aquello a que tanta importancia se daba no era más que una pequeña y frágil membrana en un lugar un tanto inconfesable. Hablábamos de la menstruación; era el tema preferido de las conversaciones, y en cuanto alguna se desarrollaba, lo sabíamos todas las demás. Nos reuníamos inocentemente en juegos perversos: las mayores se desnudaban a escondidas, enseñaban los pechos que apenas habían empezado a despuntar, abrían las piernas y nos mostraban los sexos, exponiéndolos a nuestra curiosidad, rosados y lisos.

La más atrevida se echaba hacia atrás, se sacaba los calzones por encima de las medias y los zapatos con hebilla, alzaba las piernas apoyándolas sobre el estrado, y con los dedos se apartaba unos labios rollizos, para que lo viéramos todo bien. Nosotras observábamos, fascinadas. Algunos pubis aparecían cubiertos de un ligero vello; otros eran regordetes, con unos bordes gruesos rodeando una abertura rojiza. Las más pequeñas asistíamos a las exhibiciones con una especie de estupor. Siempre se realizaban en la sala de costura, donde colgábamos tapices en cuerdas de tender, formando un pabellón cubierto, sin que las monjas sospecharan las turbias actividades que se desarrollaban casi ante sus ojos. Años

después, todo ello cobraría en nuestra memoria un aspecto pecaminoso que entonces no podíamos imaginar.

Con el tiempo, también yo empecé a notar que se me abultaban los pechos. Al principio eran poca cosa pero crecían deprisa, y me dolían al mismo tiempo. Tuve que ponerme un justillo para que no saltaran ni se dañaran cuando corría. Me los hicieron de lienzo blanco; los cortaba mi madre, les ponía tirantes de raso y unos corchetes detrás, y los remataba con una puntilla en forma de festón. Así que el pecho, antes plano con los botones lisos y dorados, ahora se percibía a través de las camisas, lo que me obligaba caminar con los brazos cruzados delante y la espalda arqueada, para disimular. En mis partes ocultas estaba creciendo una porción carnosa, primero imperceptible pero luego mayor hasta que colgó como un pequeño girón amoratado que me dolía, que me esforzaba en ocultar en la hendidura con el dedo para que no estorbara. Recuerdo que un día me miré los calzones y los vi llenos de una sangre muy roja. No tardaron en saberlo mis amigas; pensé comunicárselo a mi padre, pero Vannozza me disuadió de la idea: según dijo, eso eran cosas de mujeres. Desde entonces pude considerarme mayor, y quedé sometida a la servidumbre de las toallas higiénicas, y al miedo de perderlas en cualquier ocasión. Mi madre les cosía dos asas, les introducía una cinta blanca y me la ataba a la cintura. A partir de entonces dejé de crecer.

LOS MONUMENTOS DE LA ROMA ANTIGUA servían ahora de canteras, abasteciendo de bloques a los arquitectos, y de piedra a las fábricas de cal. A menudo, el arado extraía mármoles exquisitos y, si algunas de las obras antiguas conseguían librarse, era porque permanecían escondidas bajo cascotes y malezas. A principios de siglo, unos albañiles que trabajaban en la Vía Apia habían dado con varios monumentos y hallaron restos de una sepultura. El sarcófago contenía un cadáver que se había conservado muy bien, gracias a una esencia elaborada con trementina y aceite de cedro. El cuerpo pertenecía a una adolescente y sus miembros permanecían flexibles; tenía los dientes muy blancos y el cabello negro y rizoso, y lucía valiosos aderezos en la cabeza y en los brazos. Al conocerse el hallazgo acudieron muchos para admirarla; pero el lindo rostro se ennegreció enseguida a causa del aire, y el papa ordenó entonces que inhumaran el cadáver. Aprovechando las sombras de la noche, los obreros volvieron a sepultar el cuerpo, no lejos de la puerta que llamaban del Pincio.

Luego, mediado el siglo, acontecieron graves y extraños portentos: hubo apariciones de cometas, inundaciones, terremotos y pestes, y en toda Europa se destruyeron multitud de cosechas. La peste, que el pueblo llamaba la moria, ocasionó verdaderos estragos, y sólo el que podía huir se salvaba de la epidemia. La suciedad y la miseria hacían crecer los montones de cadáveres, incluso en las aldeas más prósperas. Los religiosos atribuían estas calamidades a castigos del cielo, y para aplacarlo se organizaron procesiones y rogativas; culparon también a las brujas, y desde entonces la Inquisición empezó a condenar a los sospechosos de herejía. Según decían, en algunos lugares de Italia personas de ambos sexos se entregaban a los demonios, llevando a cabo embrujos para hacer morir a los niños antes de que hubieran nacido. Afligían a hombres y mujeres con dolores terribles, o los dañaban en sus semillas, impidiendo a los varones fecundar y a las mujeres concebir; de esta forma, ni los maridos podían dar gusto a sus esposas, ni ellas conseguían quedarse preñadas. Lo mismo ocurría con el ganado, que dejaba de procrear y, por si fuera poco, a causa de ciertos conjuros se malograban

los frutos de los árboles y los productos de la tierra.

Los adeptos al demonio frecuentaban el sabbath, donde se llevaban a cabo toda clase de perversiones, y donde se ayuntaban de distintas maneras los hombres con los hombres, y las mujeres entre sí. También en algunos conventos, las religiosas estaban poseídas: ladraban y trepaban a los árboles, blasfemaban o se retorcían en el suelo. Algunas se expresaban en lenguas extrañas, se desgarraban los hábitos o hacían el amor entre ellas. Para librarlas de la posesión infernal, los exorcistas solían administrarles lavativas de agua bendita; y si el remedio no daba resultado, las enviaban a la hoguera.

En poco tiempo se alzaron numerosas hogueras y horcas, y cualquiera estaba dispuesto a prestar testimonio contra sus vecinos, familiares o conocidos. A la vista de todos mandaban torturar a los sospechosos con hierros al rojo vivo; muchos cedían al dolor, y al que se declaraba culpable lo decapitaban y quemaban, aunque hubiera mostrado públicamente su arrepentimiento. Sólo en Roma se arrojaron vivas a la hoguera más de cuarenta brujas; en toda Italia hubo una epidemia de ellas, y todas fueron condenadas. Algunas confesaron bajo tortura haber desatado furiosas tormentas para hacer naufragar los navíos donde viajaban los soldados del papa.

Hubo días en los que ardieron en Italia más de cien personas: antes las habían expuesto en jaulas de hierro elevadas sobre pilotes, después les cortaban las manos y la lengua, o les sacaban los ojos, para finalmente arrojar sus cuerpos al fuego. En algunos lugares de Europa era costumbre vestir al condenado con una túnica, donde aparecían pintados diablos entre llamas; le encasquetaban además un bonete, de forma que la procesión hacia el cadalso parecía más bien un desfile de carnaval. La gente disfrutaba observando el espectáculo desde las ventanas, mientras los príncipes y nobles asistían a la ceremonia sobre tribunas dispuestas en la plaza principal. Allí acudían también los obispos, dándose gran importancia, aunque en privado ellos mismos se entregaran a los peores desenfrenos. Los mesoneros se frotaban las manos, pues en tales ocasiones solían medrar, acogiendo a los viajeros o despachando abundante vino a los curiosos.

***

Mi familia procedía de los Borja de España, en la provincia de Valencia; nuestros parientes eran muy apreciados, tanto en la corte de Aragón como en la de Castilla, ya que solían ser ingeniosos y bien parecidos. Aunque poco inclinados a la castidad, poseían en cambio ambición y una gran fuerza de carácter. Pero su verdadera fama comenzó con Alfonso de Borja, un tío de mi padre. No era más que un simple clérigo cuando en una ocasión, encontrándose con Vicente Ferrer, éste le aseguró que con el tiempo llegaría muy alto dentro de la Iglesia. En efecto, no había pasado mucho tiempo cuando lo nombraron obispo de Valencia; más tarde, cuando fue elegido papa, él adoptó el nombre de Calixto.

Para entonces era ya de edad avanzada. Entre los parientes que lo rodeaban estaba su sobrino Rodrigo, que luego sería mi padre, y a quien había llevado consigo a Roma siendo casi un niño. Cierto es que nadie pudo acusar nunca a Calixto de pecar contra la carne; pero en cuanto accedió al trono pontificio, el Vaticano comenzó a poblarse de sus familiares españoles, a los que favorecía a costa de los bienes de la Iglesia. Según se comentaba en Roma, era tal la ambición de los recién llegados que ni con diez papados se les hubiera podido contentar.

Después de tanto tiempo no había olvidado a Vicente Ferrer, y lo canonizó en cuanto pudo; rehabilitó también la memoria de Juana de Arco, pues ordenó que revisaran su proceso y mandó anular su condena. Hacía poco que los turcos se habían apoderado de Constantinopla; para financiar la Cruzada y armar galeras en su contra vendió las joyas del tesoro papal, hizo extraer la plata y el oro que decoraban los manuscritos vaticanos y fundió los objetos litúrgicos. Cuando murió, después de una larga agonía, Rodrigo Borgia fue el heredero de todos sus bienes. Era ya por entonces vicecanciller de la Iglesia; y, aunque malas lenguas dijeran que a los doce años había matado a puñaladas a un compañero de su edad, no tardó en ser nombrado obispo, y finalmente cardenal. Ya por entonces demostró una gran habilidad política, reconciliando al rey don Enrique con su hermana Isabel, que más tarde reinaría en Castilla.

AL PRINCIPIO, MI PADRE ocupaba un viejo palacio en el barrio del Ponte, y lo fue convirtiendo en uno de los más hermosos de la ciudad. La vida de los cardenales se asemejaba a la de los antiguos senadores, pues sus rentas eran superiores a las que disfrutaban los caballeros de la nobleza más alta. Vivían con gran lujo en sus palacios, y cuando salían a caballo iban armados con espadas magníficas, y atendidos por numerosos servidores. En sus lugares de recreo se dedicaban a cazar y a jugar; en los banquetes cortejaban a casadas y doncellas, y frecuentaban a las meretrices. Había en Roma por entonces más de diez mil prostitutas; las más pobres ocupaban lugares de mala fama, como el barrio Ripa o el de Santángelo; andaban descalzas entre la plaza del Llanto y de las Lágrimas, y a medio vestir atravesaban las calles sembradas de flores marchitas, basuras dispersas y botellas rotas de vino. Allí, entre ruinas cubiertas de escombros abundaban las alcahuetas y rufianes; algunos llevaban mucho tiempo en Roma y hablaban una jerga usada por los españoles de baja condición, que sin aprender el italiano deformaban su lengua materna.

El impuesto que pagaban las meretrices servía al Vaticano para pavimentar las calles de la ciudad; gracias a este dinero se derribaron torres, viejas terrazas y galerías, y en su lugar se reconstruyó la llamada ciudad Leonina, al norte de la basílica de san Pedro. El viejo alcázar pontificio estaba protegido por una muralla y torres con almenas; su interior, que decorara fray Angélico con magníficos frescos, no desmerecía de otras residencias reales de Europa. Se elaboró el proyecto de reconstruir la antigua basílica, que estaba casi hundida; el claustro fue enriquecido con una hermosa fuente, y adornado con bustos de antiguos pontífices.

Aunque a la muerte del papa Calixto el poder de mi familia disminuyó, no obstante Rodrigo seguía en el puesto de vicecanciller, y ejercía un gran ascendiente en los cónclaves y entre los cardenales. Era alto y de buen porte; vestía con distinción, y no podía sufrir a su lado a personas sucias o desaliñadas. Sus maneras eran elegantes y se expresaba con simpatía; pero, según decían, su atractivo radicaba más en su gran temple que en su físico. Además de su cargo en

el Vaticano, que le permitía vivir como un potentado, gozaba de los beneficios de diversas abadías, tanto en Italia como en España. Pero esto a nadie le extrañaba, pues lo mismo ocurría con el arzobispo de Toledo, que aparte de gozar como nadie del lujo y la buena comida, se dedicaba en su palacio a practicar la magia.

Mi madre me aseguró una vez que ninguna mujer se le había resistido nunca, pues sólo con mirarlas las atraía como el hierro al imán. No se privaba de ningún placer: enviaba a sus preferidas cestos con vinos y frutas, y las vestiduras eclesiásticas no significaban para él más que simples adornos. En Roma comentaban que su única virtud era el ser frugal en las comidas: en ellas solamente consumía un plato, así que el resto de los cardenales detestaban sentarse a su mesa. Según me contó una antigua sirvienta, en una fiesta que celebró con otros eclesiásticos había escandalizado a todo el mundo. Se habían reunido en un jardín con varias señoras, y para gozar de ellas con más libertad expulsaron a sus padres y maridos; y, tras pasar la noche bailando, la fiesta terminó en orgía. El hecho fue sonado, y en la ciudad no se hablaba de otra cosa: decían que si los niños nacidos de allí a nueve meses vinieran al mundo con los ropajes de sus padres, hubieran sido todos cardenales y curas.

Por entonces, mi padre había cambiado su apellido español por el de Borgia. A tanto llegaron las murmuraciones que el papa reinante le afeó su conducta; quiso él fingir que estaba arrepentido y se ausentó por algún tiempo, dedicándose a la caza mayor, y batiendo los bosques con sus gavilanes y jaurías de perros. Fue entonces cuando conoció a mi madre. Era, según decía, la joven más hermosa que nunca había visto: en su rostro, dorado por el sol, brillaban unos hermosos ojos claros, y una bonita cabellera rubia se derramaba sobre sus hombros. Él la sedujo y la llevó consigo a Roma; no fue ella la primera mujer con la que tuvo hijos, pues tenía ya uno llamado Pedro Luis, y dos hijas de diferentes amantes. El nombre de Vannozza era diminutivo de Giovanna. Era inteligente, aunque no culta; se murmuraba que, antes de conocerlo, se encargaba de lavar la ropa del pontífice.

Ella nunca me habló de sus orígenes; unos la decían perteneciente a la nobleza, y para otros era una doncella humilde, que había huido de su casa. Hasta hubo quien la tachó de cortesana que vendía su cuerpo; según aquéllos, Rodrigo

había conocido primero a su madre y, cuando la hija creció, él se enamoró de la joven y la tomó de concubina. La instaló en Roma en una hermosa casa, cerca de su propio palacio, un enorme edificio utilizado antes como casa de la Moneda. Para ocultar su relación se encargó de proporcionarle un marido, nombrando al elegido gobernador de la Torre de Nona, y por tanto director de las prisiones pontificias. Con el tiempo nacimos César, Juan, yo y el pequeño Jofré, con el que apenas convivimos. A nadie sorprendía la vida impúdica del Cardenal, ni su descendencia bastarda; en cuanto a nosotros, sabíamos muy bien que no éramos los únicos nacidos en estas condiciones.

DESDE UN PRINCIPIO, mi hermano César fue un niño rebelde y lleno de energía. En sus rodillas había siempre postillas oscuras; no tenían tiempo de cicatrizar, porque antes de que lo hicieran se había vuelto a herir. Las despegaba con la uña y se las comía, porque le gustaba el sabor de la sangre seca. Andaba como un fantasma por la casa, sorprendía escenas secretas detrás de las puertas, y aunque parecía que jugaba con la gata persa de mi madre no estaba jugando, sino que atendía a las conversaciones, y sabía todo lo que pasaba alrededor. Si le regañaban se reía, con su cara aniñada, con sus profundos ojos negros y sus piernas esbeltas. A veces, cuando más descuidada estaba, sentía yo pasar un silbido cerca de mi cabeza: era el pequeño estilete de César, que se quedaba clavado en alguna puerta tras de mí.

Recuerdo que, en una ocasión, quiso que yo le mostrara lo que tenía entre las piernas; así lo hice, y él a cambio me enseñó lo suyo. Desde la escalera principal, a través de la ventanilla redonda con cristales rojos y verdes veíamos la llama temblorosa de un quinqué. La escalera se llenaba de reflejos vacilantes, nos adentramos por el oscuro corredor y entramos en la gran sala en penumbra, donde sólo brillaban los marcos dorados. Pisamos la alfombra que tenía grecas de colores, y ocupamos los sillones donde había cojines con borlas doradas. Allí César se acercó y me tocó, jadeante. Desde entonces, a cada paso trataba de tocarme; no podía tenerme cerca sin que su mano se deslizara bajo la camisa, buscando mis zonas ocultas. Sentía yo la mano cercana y me estremecía, y cuando llegaba a mi piel notaba como un terremoto; no podía evitar que un grito ahogado brotara de mi garganta. Más tarde era una sensación de humedad, de inflamación, que a veces me impedía el andar. No podía contárselo a nadie, porque sabía que no estaba bien; él me hizo ver que se trataba de un secreto entre ambos, y hasta me sentía orgullosa de haber sido elegida.

Abríamos la puerta del oratorio que tenía cristales de colores; las lámparas estaban apagadas y nos bastaba con el fulgor tembloroso de la mariposa de aceite. Buscábamos a tientas el reclinatorio con forro de terciopelo suave. Arriba

se distinguían los contornos de una imagen de la Virgen con una mano sobre el pecho, con los dedos extendidos, en la misma postura con que la madre toma el pezón para amamantar a su hijo. Brillaba la orla de la túnica, estofada en oro, y mientras yo me arrodillaba César permanecía de pie, jugando a confesarme. Otras veces me hacía confidencias. Según él, había un juego que lo apasionaba: iba recordando a las doncellas que conocía, imaginando que las hería en sus partes más íntimas; al parecer, tanto placer le generaban estos pensamientos que se le pasaba el tiempo sin sentir. Al mismo tiempo, se manoseaba a sí mismo para aliviar su soledad.

Me hacía inquietantes preguntas; yo tenía que hablar sobre aquellas imaginaciones que no hubiera querido tener, porque eran pecado. Tenía que contarle cosas ocultas y vergonzosas que nunca hubiera comentado con nadie. Me preguntaba si había cometido pecado mortal. Pero, ¿dónde estaba el pecado mortal? Había que pensar, examinarlo todo: quizá, cuando escondiéndonos en el cuarto de coser de las monjas las niñas nos mostrábamos nuestros lugares íntimos, los llegábamos a tocar incluso, ahí estaba el pecado mortal. Entonces, él se reía a carcajadas y me daba la absolución. Vannozza nunca conoció nuestras actividades secretas; me hubiera gustado decírselo todo, pero había cosas que no se podían contar.

No sabía yo entonces cómo se hacían los niños, ni me interesaba tampoco; sólo que estaban en la barriga de sus madres. César me lo quiso explicar pero me puse furiosa con él: eso no podían saberse, era como perder la inocencia. No tenía idea de que aquello que tenía mi hermano sirviera para otra cosa que no fuera orinar. Tampoco sabía si los hombres mayores lo tenían o no; de todas formas, no podía pensar en esas cosas porque hubiera sido pecado. Años después, cuando yo tenía ocho o nueve, no recuerdo la edad, noté la cercanía de algo duro que se posó en mis muslos. Pensé que era su mano, que tanteaba en el bolsillo; miré sus calzas y vi que había nacido un bulto allí, y me extrañó, porque desconocía lo que era. No volví a pensarlo en mucho tiempo. En realidad no tenía recuerdos; sencillamente, los bloqueé cuando empezaron a inquietarme. Se introducía conmigo en la cama y me acariciaba todo el cuerpo; yo me paralizaba, y

cuando metía la mano dentro de mis calzones volvía a sufrir la misma conmoción de la primera vez. Las secuelas de aquello duraron años, quizá toda la vida. Intentaba yo borrarlo de la memoria, sin conseguirlo, ya que el recuerdo acudía a mi mente de forma repentina, provocando mi angustia. Aún así yo me plegaba a todo, hasta que llegó un momento en que no me sometí; aquello le causó una gran sorpresa, y se mostró muy enojado.

Lo destinaron a la iglesia desde su primera juventud, contra su voluntad. Siempre se preguntaba qué sería la vocación religiosa, y se atormentaba por ello. Quería indagar si verdaderamente la tenía, y la conservaba con desazón, siempre con el temor de perderla. Fue creciendo en él la idea de que no lo querían, de que era una criatura de segunda clase comparado con nuestro hermano Juan, hermoso y gentil. Hacia los catorce años la sensación se agudizó. Se convirtió en rebelde, porque era una forma de llamar la atención, y de que se ocuparan de él; pero nadie lo hizo, y sólo yo conocía la crisis que estaba atravesando.

También hubo un momento en que creí tener vocación religiosa; me gustaba permanecer en la iglesia en penumbra, mientras temblaba una pequeña lamparilla roja, enmedio del silencio. Estaría fuera del bullicio del mundo y de la carne, encerrada dentro de unos muros que cobijarían mi paz. Haría siempre las mismas cosas a las mismas horas, todos los días sin poder elegir, sin la zozobra de tener que considerar qué vendría después, porque en los conventos hay un horario que es el mismo para todo el mundo y que no permite escoger. Los años se sucederían y los ojos perderían su brillo, la muerte luego libraría de la angustia de tener que elegir.

JUAN ESTABA DESTINADO A LAS ARMAS. Jofré, el menor de todos, era un niño pacífico que permanecía tranquilo en su cuna y no lloraba nunca. Mi padre declaraba a sus íntimos que no lo tenía por hijo, aunque lo había reconocido, sino del esposo de mi madre. Yo sabía muy bien que el marido legítimo de Vannozza no era mi padre, y que nosotros éramos hijos de un cardenal, aunque nos tratara como a sobrinos. Luego supe que la mayoría de los cardenales tenían amantes, y procuraban enriquecer y ensalzar a sus hijos; por todas partes me encontraba con ellos.

Seguía siendo yo la preferida de Rodrigo. Él me contaba los lunares, uno a uno, y tardaba en hacerlo porque yo tenía muchos en la cara y los brazos. Lo había hecho tantas veces que tenía que saber la cantidad de memoria. De muy niña, él me llevaba en hombros a ver acostarse la luna. Yo no lo recordaba, pero a fuerza de repetírmelo me parecía verme de noche, en medio de un camino terroso y sobre sus hombros, aguardando el momento en que la luna se acostara. Pidió a unos astrólogos que trazaran mi horóscopo, y ellos lo felicitaron por el destino que aguardaba a su hija. Los primeros años de mi vida, que pasé en casa de mi madre, aprendí de ella muchas cosas; era el eje de nuestra familia y todos la amábamos. La veo intacta, transparente, en la distancia inmensa del tiempo, cruzar las salas en penumbra. Necesitaba yo que me cuidara, que me atendiera, y me adormecía en sus brazos. Luego, en el convento de las monjas, la evocaba entre el aroma a incienso y los cantos litúrgicos.

Las huertas y solares eran tan costosos que sólo los muy adinerados podían adquirirlos, pero Vannozza poseía en Roma hermosas fincas. Al morir su primer marido, Rodrigo la obligó a casarse de nuevo. El segundo se llamaba Carlo Canale; era hombre de letras, y aceptó la unión por interés. Estaba muy ufano por haber emparentado con los Borgia y tenernos por hijos a nosotros, a quienes llamaban los romanos sobrinos de un hermano del cardenal. Con este marido tuvo Vannozza a un pequeño llamado Octavio, que falleció casi al mismo tiempo que su

progenitor. De nuevo tuvo que casarse, para guardar las formas; pues aunque mis padres se veían a menudo, oficialmente no cohabitaban. Ella fue adquiriendo nuevas viviendas, y tres hosterías llamadas del León, la Vaca y el Gallo, muy acreditadas en la ciudad y que le producían buenas rentas, por la gran afluencia de peregrinos.

Yo estaba deseando que llegara el verano para viajar a Nepi, la fortaleza de mi padre, o ir en el invierno al pequeño pueblo de Subiaco, donde habíamos nacido César y yo. Las casas allí se calentaban por medio de glorias, introduciendo paja bajo el suelo hueco y prendiéndole fuego, del mismo modo que lo habían efectuado los antiguos romanos y lo seguían haciendo en algunos pueblos españoles. Todas las casas tenían un patio y una cocina de pajas donde guisaban; siempre oí que la comida se hacía mejor y más sabrosa en cocina de pajas. Allí dejaban el puchero, cociendo siempre con huesos y legumbres, y de allí iban sacando cucharadas si había algún enfermo en la casa, alguna parturienta o un niño pequeño. De cuando en cuando le añadían tocino, hueso o legumbres. Las familias tenían grandes manteles que usaban para los funerales: eran de lino blanco y muy largos, para invitar a comer cordero a todo el mundo, de manera que alguna familia llegó a arruinarse con varios funerales seguidos.

Uno de mis parientes se había ido quedando ciego; fuimos a visitarlo, y luego a ver la iglesia, que era helada, como todas las iglesias de todos los pueblos. En las afueras había un canal para regar las tierras; tenía las orillas muy verdes, y el aire susurraba entre los árboles. Alguna vez acudíamos al mercado: había un hombre grueso que vendía objetos de valor y plumas de aves, entre toda clase de chatarra. Me maravillaban los plumajes de los pavos reales, con ocelos de colores brillantes, y era como si seres de otros mundos te contemplaban impávidos, rodeados en su misterio por aquellos ojos de colores brillantes, metálicos y azules.

Rondaba por allí una vieja con aspecto de bruja, envuelta en unos trapos negro-pardos, con unas manos muy vivas, siempre desgreñada y con unos ojillos penetrantes, negros como carbones. Las gentes de la comarca le encargaban conjuros y ella elaboraba recetas y hechizos. Para curar el mal de ojo

confeccionaba sahumerios de incienso, añadiéndoles mirra y benjuí. Era al mismo tiempo comadrona, y en una ocasión trasladó los dolores del parto de una mujer a su marido. Vendía a los marineros cuerdas encantadas conteniendo tres nudos: desatar el primero ocasionaba una leve brisa, con el segundo se alzaba un viento fuerte, y al deshacer el tercero se producía un gran vendaval. La acompañaba siempre su mascota, un perro negro que, según decían, era el propio Satanás; ella lo adoraba, lo tenía a su lado en la mesa y por la noche lo acostaba a su lado, de forma que no se separaban nunca.

No era la única hechicera que yo conocía, pues había otras muchas en los barrios de Roma. Aseguraban que a veces el diablo las transportaba de un lugar a otro, y en forma de macho cabrío las llevaba al sabbath. Cientos de ellas declararon que acudían volando a sus aquelarres, después de untarse con ungüentos la frente y las muñecas. Cabalgaban sobre carneros negros, lobos, perros o gatos, pero el tañer de una campana era capaz de hacerlas caer. Salían durante el mes de mayo, y las más de trescientas iglesias que había en la ciudad repicaban durante toda la noche, a fin de proteger a los fieles. Algunas acudían a pie, llevando un bastón o el mango de una escoba para ayudarse en el camino; y cuando llegaban a un arroyo o a un charco fangoso, usaban el bastón para sobrevolarlo. Allí copulaban los sábados con toda clase de animales: perros, gatos, cerdos y serpientes aladas. Los miércoles y viernes cantaban letanías al diablo, al que se entregaban y, según se decía, podían engendrar criaturas de él.

Los familiares eran demonios en forma de bestias inmundas, que acompañaban a las brujas. Tomaban la forma de serpientes, sapos o cuervos, y también de murciélagos, ratones y moscas. Ellas los amamantaban con un tercer pecho, que usaban para eso, y oí jurar a unos muchachos que habían visto a un perro gris, con las patas muy largas, transformarse en un niño pequeño. Muchos en Europa leían el Roman de la Rosa, una especie de breviario mágico escrito por un canónigo francés. En Italia, ya Dante había acercado la cábala a los dogmas cristianos; en Francia el propio monje Rabelais enseñaba la alquimia, y su famosa botella era como el huevo filosofal. Por ello lo acusaron y tuvo que huir, burlando por muy poco la hoguera.

EN ROMA, NUESTRO BARRIO DEL PONTE era un lugar ameno y agradable; allí vivían banqueros y funcionarios pontificios, y también cortesanas famosas. Además, el distrito estaba muy poblado de españoles ricos, que celebraban allí sus orgías. Mi vida seguía transcurriendo a orillas del río, cerca de hermosos viñedos y casas de campo. Navegando Tíber arriba podían distinguirse los jardines del palacio pontificio, la iglesia de san Pedro y el castillo de Santángelo, unido por medio de un puente a los muros de la ciudadela.

Por la vía Julia circulaban numerosas sillas de manos, y en los días lluviosos los porteadores cruzaban con ellas a hombros los callejones encharcados, convertidos en barrizales. Pero en verano la plaza deslumbraba, bañada por el sol. De los palacios sacaban a la calle bancos y banquetas, para los criados y los vigilantes nocturnos; desde los cobertizos llegaban voces masculinas, y entre ellas la risa áspera de alguna mujer. Yo acompañaba a las sirvientas a comprar el pescado, y a casa del médico, a quien poco antes habían expulsado de Córdoba. En su casa lucía siempre el candelabro de siete brazos, ya que era judío; aún así, contaba con muchos cardenales entre su clientela.

Oía yo hablar de rameras famosas como Delfina, Angélica o Aldonza. Esta Aldonza sobresalía entre todas: había nacido en Córdoba de un padre mujeriego y jugador, que no dejó más que deudas a su viuda y a su hija. A la muerte de su madre la muchacha se quedó sola, pero no tardó en buscarse la vida y poco después estaba amancebada en Roma con un mercader. Luego él la dejó y, para ganarse la vida, tuvo que ejercer de perfumera, prostituta, y finalmente de alcahueta. Fue cuando yo la conocí.

En otoño era triste el anochecer, cuando las luces se hacían inciertas sobre el jardín, se encendían las antorchas y el aire se volvía fresco. Mi madre mandaba prender la lumbre en la cocina, y yo no osaba abrir la ventana porque sentía un escalofrío, que no era de frío ni tampoco de miedo, y sí seguramente de soledad. Las chimeneas vomitaban un humo negro a través de sus pequeñas caperuzas

oscuras. Hasta mi alcoba llegaba el aroma a tierra húmeda y a hojas descompuestas; inertes jirones con sutiles nervaduras pendían de las ramas. Por encima de los tejados, el cielo estaba gris. Me despertaban las campanas cuando dejaba el balcón entreabierto; abajo, en el jardín, algunos rosales conservaban su flor todavía y había pétalos esparcidos en la tierra, entre los macizos. Las rosas se deshojaban entre los dedos, tenían un color encendido. Hacía su aparición el áster de otoño y los membrillos amarilleaban; las hojas de lilo se habían desprendido y estaban arrumbadas en montones en los paseíllos. Las granadas tenían granos como de cristal, parecían rubíes; había que quitarles los pellejos que estaban tan ásperos; se echaban luego en una fuente, con vino y azúcar, y se dejaban reposar, como lo hacían en Valencia.

En invierno, el aire era frío y las ramas se mecían suavemente. Y mientras fuera aullaba el viento oía yo la respiración tranquila de mi madre, que se cubría con un grueso cobertor, y me rogaba que cerrase del todo la ventana. De mañana las campanas sonaban, nítidas, entre la bruma; abría yo los ojos y miraba fuera, y me percataba de que apenas era de día. Al otro lado estaban los muros grises, y la espadaña de la iglesia, y yo aguardaba inmóvil bajo las frazadas calientes. El cielo era de un gris desvaído; las luces estaban apagadas y seguían sonando las campanas, nítidas y acompasadas. El frío había trazado manchas húmedas en el cristal, que hacían más borrosas las imágenes de fuera.

Durante el verano sentía el olor de los frutos en sazón, mezclado con el aroma de las flores. Todo lo anunciaba: las hojas de los árboles eran grandes y verdes, y por el ventanillo penetraba un aire caliente, sobre los árboles del jardín. Chirriaban las cigarras, la parra extendía sus vástagos cargados de uvas, un sopor húmedo se cernía sobre los verdes jugosos y brillantes. El perfume de las rosas se colaba por todas partes. El cielo era luminoso, entre los témpanos de la parra.

Una mañana, Vannozza entró en mi alcoba que estaba junto a la suya, con sus sandalias de cordobán blandas y flexibles, que no hacían ruido. Yo estaba adormecida, cuando distinguí su cuerpo en la penumbra, moldeado como el de las matronas antiguas. Abrí los ojos, y la miré: allí estaba ella, erguida, dispuesta a besarme, como siempre. Entonces, yo le pregunté cómo podía ser que un

cardenal fuera mi padre. Sabía ella que alguna vez le haría esa pregunta, y no se alteró; tan sólo le temblaron un poco las delicadas manos, moteadas apenas de pecas diminutas. Prometió que me lo contaría cuando fuera mayor, y dirigió la mirada a una pintura que colgaba de la pared: era el retrato del cardenal Rodrigo.

TENÍA YO SIETE AÑOS cuando a mis hermanos y a mí nos retiraron de la custodia de Vannozza, pues mi padre quería proporcionarnos una educación humanista, y ella no sabía de letras ni gozaba de la suficiente cultura. Dejamos su casa para ir a vivir con Adriana Milá, prima de nuestro padre, a quien le encomendaron nuestra formación. Aún así, él no dejó de querer a Vannozza; incluso, había llegado a hacer pública su relación, pues fueron amantes durante tanto tiempo que se trataban como un matrimonio.

Por entonces, mi madre había enviudado por segunda vez y casado de nuevo, mudándose al barrio de Regola, en la plaza Branca. Allí, todos seguimos visitándola a menudo, atraídos además por el ambiente intelectual de que se rodeaba el nuevo esposo. Ella solía recibirnos ante una mesa forrada de terciopelo verde y yo la miraba, extasiada. Numerosos criados aguardaban sus órdenes; los muebles de la casa resplandecían, limpios y cuidados, y en las habitaciones siempre lucían velas nuevas. Con el correr de los años aún conservaba su belleza; cuando caminaba, parecía esparcir a su paso una suave claridad.

Aún después de habernos trasladado a casa de Adriana, nos seguía reuniendo junto a la chimenea encendida, bajo los tapices donde estaban bordadas con hilos decolores las armas de los Borgia. Preparaba rosquillas de aljófar, hojaldres y diferentes clases de dulces; cuando nos fuimos a vivir fuera nos los enviaba por una criada, protegidos con paños de hilo bordeados de encaje. Guisaba como nadie el cabrito, con sabor a comino y vinagre, y el conejo adobado con limón. Solía invitarnos a su casa a comer. Entonces preparaba cazuelas moriscas a la manera de Valencia, y muchas clases de pescados; usaba en los guisos cantueso y orégano, que según decía nos abrirían el apetito. Yo la ayudaba a confeccionar el arrope de miel, las mermeladas y el dulce de membrillo.

Y mientras alrededor hilaban algunas mujeres, solía contarnos historias de santos, de aparecidos y dragones; muchas evocaban tierras españolas y casi siempre acontecían en Valencia. Conocía al dedillo los enredos e intrigas de la

corte papal. Nos relataba la boda de la reina Isabel con Fernando de Aragón, o revelaba los secretos de condes y duques que había conocido. Los cuentos de mi madre siempre me fascinaron, y los escuchaba como hechizada. Yo me sentía española y, según decían, cada vez me parecía más a ella. Hablábamos en italiano cuando había visitas, pero cuando estábamos a solas lo hacíamos en valenciano; también lo usábamos para escribirnos y aislar nuestras conversaciones.

Había hecho remozar su nueva casa, y renovó los muebles y tapices. Se colocaron estatuas de mármol en el jardín, donde las hojas pisoteadas formaban una alfombra amarilla. Doce cardenales acudieron a la bendición de las obras; a la entrada los aguardaba ella, vestida con un traje de terciopelo recamado. Aquel día había mucha gente apiñada en las terrazas y balcones vecinos, y los curiosos se apretujaban en la plaza, empinándose para vernos pasar.

Escribía cartas, invitaba a amigos y parientes y siempre había ropas y calzado para todos. El sol entraba a raudales en su alcoba, a través de las altas ventanas. Los almohadones de su cama estaban ribeteados de encajes y los bordados eran duros y rígidos; tenía una colcha adamascada, del color de las capas que llevan los cardenales. Junto a su cama había una mesa de noche muy alta con cubierta de mármol, y encima un jarro decorado con flores, y cubierto por un vaso a juego. El reclinatorio de su cuarto brillaba, estaba tapizado de un bonito terciopelo granate. Mi madre se arrodillaba allí, ante la imagen de la Virgen, mientras en el pequeño altar chisporroteaba una lamparilla roja.

***

Mi padre nos idolatraba pero, aún así, no dejaba de impresionarnos su aspecto. Siendo yo muy niña, lo observaba desde mi altura y me asustaba un poco. Cuando visitaba a mi madre abría yo el ventanillo que daba la escalera; desde allí podía observarlo libremente, mientras subía; él nunca miraba hacia arriba, porque el pequeño hueco quedaba muy por encima de su cabeza. Sus manos eran cálidas y acariciadoras, y me gustaba que me tomara en brazos. Decía que era yo para él algo muy especial, como si fuera un trozo de su carne. Me consideraba un juguete y su mano se deslizaba en mi cuello, recorría mis

mejillas, abarcaba mis manos, mis rodillas, mis muslos. En mi ingenuidad, yo creía formar un todo con él. No era capaz de sospechar ninguna mala intención; luego llegué a saber que hay numerosas maneras de abusar de una niña. Alguna vez llegué a experimentar un ligero sentimiento de angustia, sin saber realmente por qué. Cuando empecé a entender que aquello no era sano ya no deseaba evitarlo, pues temía que disminuyera su afecto. A veces creía que me estaba mirando, algo daba un vuelco dentro de mí, permanecía inmóvil y aspiraba hondo para no desmayarme. Pero él no se encontraba allí, y aún así no podía dominar esta turbadora sensación.

Aunque era yo su niña mimada, poco a poco Juan fue convirtiéndose en su preferido entre los varones. No tenía yo diez años cuando murió mi medio hermano Pedro Luis. En la conquista de Ronda contra los moros fue el primero en alcanzar el arrabal, ante los ojos del propio rey Fernando, que lo nombró duque de Gandía y preparó su matrimonio con doña María Enríquez, prima del rey; pero él murió luego en combate y la boda no pudo efectuarse. Antes había hecho testamento a favor de Juan, quien heredó el ducado y sus tierras, así como a la novia. Los restos de Pedro Luis fueron trasladados a Roma.

César era por entonces canónigo de la catedral de Valencia; de aspecto distinguido, era más inteligente que Juan. Igual que yo, había heredado de mi padre un carácter alegre y comunicativo. Muy pronto las tijeras habían marcado la tonsura eclesiástica en su cabellera infantil. Me llamaba la atención aquel pequeño redondel en la coronilla; menos evidente en los viejos, en él marcaba un vivo contraste entre la zona afeitada y el resto de los cabellos oscuros. Desde que nos apartaron de mi madre, nos manteníamos unidos pese a la diferencia de edad, y seguía yo siendo la confidente de sus secretos.

Iba yo a cumplir los once años cuando se decidió mi matrimonio con un joven catalán, don Querubín Juan de Centelles. Era señor de Ayosa, en el reino de Valencia. Yo no lo conocía, y en un principio tuve miedo de que me repugnara; pero el director espiritual me tranquilizaba, diciendo que no debía dar importancia a esas cosas, pues el deseo duraba sólo un tiempo y luego desaparecía. Así que, según eso, la atracción física debía ocupar un lugar secundario; no importaba

siquiera que el otro diera asco, ya que sólo duraría un tiempo. Pero nunca se celebró la boda: dos años después a mi padre lo nombraron papa, y consideró al novio demasiado poco notable para mí.

Luego me prometieron con don Gaspar de Aversa, conde de Prócida, que entonces tenía quince años, y a quien conocí de pequeño. Me quedaba el ligero recuerdo de un chiquillo hermoso, con unos rizos rubios. Vivía con su padre porque su madre había muerto; era un niño mimado con armadura y una pequeña espada resplandeciente en la mano. Varios años después, cuando nos prometieron, había olvidado hasta su nombre; pero tampoco con él me casé. A diferencia del primero, éste pidió en compensación a mi padre tres mil ducados de oro. Entretanto muchas de mis amigas, que habían sido confiadas a las monjas para su formación, salieron para desposarse, o continuaron para siempre en el convento. Yo me sentía sola y triste y permanecía durante horas en el lecho, mirando por la ventana el recuadro azul del cielo. A veces un rayo de sol llegaba hasta la cama y me calentaba los senos, bajando despacio hasta que lo advertía en las piernas; luego se iba, dejándome entristecida y yerta.

A MI PADRE LO ELIGIERON PAPA el año del descubrimiento de América, el mismo en que los Reyes Católicos arrebataron Granada a los moros. Fueron unos tiempos memorables: bajo el mando de un marino genovés llamado Cristóbal Colón, tres carabelas que salieron del puerto de Palos buscando una ruta a las Indias, lograron descubrir para España un nuevo continente. Algunos comentaban que el propio diablo había guiado a Colón, soplando las velas de su carabela infernal; aseguraban que el navegante basó su expedición en ciertos libros de astrología que había leído, escritos por varios herejes alemanes. También por entonces fueron expulsados de España los judíos que no quisieron convertirse; a muchos, luego, los acogió mi padre en Roma. Cuando él conoció la noticia del rendimiento de Granada, quiso celebrarla con grandes fiestas; por ello, a pesar de la lluvia y el viento se lidiaron frente a su palacio tres magníficos toros y se organizó una procesión a la iglesia de Santiago de los Españoles, en la plaza Navona. Aún siendo todavía cardenal, era dueño de grandes riquezas y de ornamentos cuajados de piedras preciosas; usaba en su mesa vajillas de oro y conservaba en su biblioteca infinidad de libros valiosos.

A mediados de año el papa reinante se vio aquejado de una extraña enfermedad; un médico judío aconsejó que lo alimentaran con sangre de niños, y para hacerlo se los compraban a sus padres por un ducado cada uno. Los sangraban hasta morir, y aún así no se obtuvo ninguna mejoría; el pontífice dejó de existir y el médico huyó. El mismo día, sobre las tres de la madrugada, se vieron caer flechas incendiarias en Florencia; al mismo tiempo se desplomaron grandes piedras en la cúpula de Santa María de las Flores, destrozando numerosas figuras de mármol dentro y fuera de la iglesia. Muchos decían que el papa ejercía la magia; según ellos, al sentirse enfermo había liberado a un espíritu que mantuvo atado durante muchos años, y fue éste quien provocó el desastre. A nadie le extrañó la acusación, pues ya otros papas habían practicado la hechicería, así como la alquimia. En el palacio de Aviñón existía un laboratorio donde se fabricaba oro; no pocos monjes trataban de obtenerlo también para

elaborar objetos de culto, ornamentos y vasos sagrados.

Con motivo de la nueva elección, el Vaticano aparecía lleno de caballeros, jinetes y dignatarios pontificios. En el Trastévere, donde César tenía su casa, muchos conocían a los cardenales y los llamaban por sus apodos; lo mismo ocurría en las callejas comprendidas entre el Borgo y el Testaccio. Al anochecer, la gente sacaba bancos y se acomodaba ante las puertas. Los escaparates se hallaban bien abastecidos, y bordeando las calles abundaban los tenderetes de artesanos y los puestos de usureros judíos. La gente humilde gastaba mucho durante esos días, llenando las tabernas donde se discutía sobre el resultado de las elecciones y se apostaba ante jarras de vino. También los ricos jugaban en los bancos grandes sumas de dinero, cada uno a favor de su cardenal preferido.

Toda una larga noche trabajaron los albañiles; se tabicaron ventanas y puertas en el palacio vaticano, de forma que por la mañana ya estaban concluidas las obras. Quince cardenales, diez arzobispos y setenta y cinco obispos, casi todos descendientes de familias nobles italianas, tomaron parte en la ceremonia inaugural. Todos quedaron recluídos allí. Mientras el maestro de ceremonias imponía disciplina a los purpurados, un cardenal visitaba las celdas y locales del cónclave, para comprobar que ningún extraño se había ocultado por allí. Ni siquiera en los retretes, ningún elector podía intercambiar con otro una sola palabra.

Transcurrieron dos fechas antes de que se llegara a un acuerdo. El más antiguo de los cardenales recorría las celdas trasladando mensajes; él mismo sería el encargado de comunicarle al pueblo el resultado final. Miles de personas aguardaban en la plaza, y los electores no se concertaron hasta el amanecer del tercer día. Estaba mediado el mes de agosto; la ventana de mi padre se iluminó de pronto, y él apareció en el recuadro encendido. Ahora, los albañiles se unían para echar abajo el emparedado de las puertas, y la plaza se llenó de montones de piedras, de tierra y cascotes procedentes del derribo.

Fue elegido por unanimidad, pese a su vida escandalosa, aunque logró el pontificado a fuerza de sobornos. Cuando el rey de Nápoles conoció la noticia, predijo que Alejandro Borgia sería una peste para la cristiandad. Tenía sesenta años y había sido vicecanciller de la Iglesia con cinco papas consecutivos;

mantuvo relaciones íntimas con varias matronas de la nobleza romana, había tenido cuatro hijos con mi madre y todos vivíamos cuando lo eligieron. No obstante, habría de gobernar la Iglesia durante más de once años. Era el más rico de los cardenales; les ofreció a los otros el castillo de Nepi, su palacio de Roma, además de varias ciudades importantes y muchos obispados y abadías con sus beneficios. Ya antes de que se reunieran en el cónclave, se habían visto cuatro mulas cargadas con sacos llenos de plata, saliendo del palacio Borgia hacia la morada del cardenal Sforza, en la plaza Navona.

Llegó a obtener catorce votos y le faltaba uno; éste lo obtuvo sobornando a un anciano de noventa y cinco años, que había perdido la memoria. Todos los cardenales tuvieron parte en el reparto del festín. Los fieles estaban escandalizados; un monje llamado Savonarola lo acusó de sacrílego, y amenazó a los eclesiásticos con un grave castigo de Dios.

DECÍAN QUE HABÍA ELEGIDO EL NOMBRE de Alejandro porque se consideraba un semidiós, y celebró su elección con un lujo que recordaba la Roma pagana. En la plaza del Pueblo se formó la comitiva papal. Montaba él un caballo blanco y bendecía a todo el mundo. Lo acompañaban setecientos clérigos y cardenales; seguían los domésticos vistiendo ricos trajes y adornos, marchaban caballeros y grandes de Roma en lujosas carrozas y cerraba la marcha una tropa de arqueros y jinetes turcos. Los guardias de palacio, con lanzas y escudos brillantes, conducían a mano una docena de caballos blancos con bocados de oro. Aquella mañana habían tronado los cañones, y la escolta pontificia lucía uniformes nuevos. Todos los soldados de su guardia eran españoles, y lo mismo su bufón Gabrieletto; lo eran los médicos y bibliotecarios, así como su camarero, a quien llamaban el Perotto. Éste, algún tiempo después, sería asesinado por mi hermano César en presencia de mi propio padre.

Desde la puerta del Pueblo hasta el Vaticano había casi dos horas de camino; él se protegía del sol de agosto con un palio de oro, mientras dos cardenales sostenían su manto. Cuando llegaron a Santángelo, el castillo se había convertido en un ascua de luz. Los niños de coro entonaron un Te Deum. Los enanos de la corte papal ejecutaron una pantomima, dando saltos y cabriolas. Los judíos lo aguardaban al pie del castillo para ofrecerle el manuscrito del Torá, que habían retirado de su sinagoga, y él los autorizó a seguir practicando su religión enmedio de los cristianos de Roma.

Avanzó la comitiva hasta las puertas de san Juan de Letrán, donde él sufrió un desmayo, sin duda por causa del calor y la tensión a la que estuvo sometido. Yo estaba horrorizada, pues cuando se desplomó del caballo creí que lo había perdido para siempre. Un cardenal lo recogió en sus brazos; dos soldados le rociaron la cara con agua, consiguiendo que volviera en sí. Luego el cortejo siguió. Los lanceros alegraban la calle con las banderolas de sus lanzas agitadas por el viento, mientras en el palacio vaticano los pajes disponían la cera para la iluminación de la fiesta nocturna, y el mayordomo ordenaba encender numerosas

antorchas. Al son de los clarines él dejó la silla de manos, hollando el empedrado con sus sandalias de raso blanco.

He de admitir que había cambiado mucho en los últimos tiempos: estaba más grueso y se habían acentuado su nariz grande y curva, los labios demasiado abultados y su barbilla huida. Además, se estaba quedando calvo, y sólo conservaba sus cabellos grises en la parte posterior de la cabeza. No obstante, aún me parecía hermoso, y así lo reflejaría Pinturiccio en los apartamentos Borgia, que añadió mi padre al palacio Vaticano. Con todo, le seguían atrayendo las mujeres, pues durante toda su existencia no dejaron de atormentarlo las pasiones.

Pero su gente lo amaba, todos lo adorábamos. Aunque había prometido mantener alejados a sus hijos durante la ceremonia de la coronación, sentía tal ternura por nosotros que no fue capaz de cumplir su promesa. Yo había elegido con cuidado la ropa que luciría en la fiesta y me puse un vestido recamado de perlas con bordados de oro. Lo aguardé de rodillas a la puerta de la estancia papal; él me tomó en sus brazos, me estrechó contra su robusto cuerpo y me besó en los labios.

La fiesta duró toda la noche, desde las calles céntricas de Roma a los barrios más alejados, donde se alojaba la chusma. A orillas del Tíber, los jinetes portaban teas encendidas que no apagaron hasta el amanecer; al mismo tiempo, se lanzaban salvas desde el castillo de Santángelo. Habían prendido numerosas fogatas, y se levantaron arcos triunfales sobre las calles sembradas de claveles y rosas. Nunca había visto yo la ciudad así, decorada con guirnaldas, figuras y arcos de triunfo, y los muros cubiertos de tapices.

De noche, en las salas pontificias, junto a las banderas del papado lucía el toro heráldico de la familia Borgia. En el salón alumbrado por infinidad de candelabros, que iluminaban la sala como si hubiera sido de día, el Sacro Colegio tomó asiento con mucha ceremonia. Todos los ojos observaban a aquel anciano imponente, cubierto con su manto de armiño, que ocupaba el trono papal. Todo en él era de color blanco. Me empiné cuanto pude para verlo: sus manos centelleaban, con los dedos cubiertos de piedras preciosas y la esmeralda de su anillo pastoral. En el ambiente se alzaban las notas de los salmos cantados en latín, donde se mezclaban las hermosas voces de los jóvenes canónigos con las más graves de los cardenales ancianos.

Su asiento ocupaba un lugar elevado, y todos se fueron acercando, haciéndole profundas reverencias. Él mantenía las manos cruzadas sobre el vientre, y al que se aproximaba le daba a besar el anillo. Se inclinó un momento y me buscó con la mirada; yo vi su rostro fatigado, y de buena gana me hubiera colgado de su cuello. Luego se levantó del trono; el órgano enmudeció, y el hosanna dejó prendidos sus trémolos de las volutas doradas. Siguiendo una costumbre ancestral, se dispuso a lavar los pies de doce mendigos y, cuando habló dirigiéndose a ellos, su voz me pareció semejante al zumbido de las abejas.

César había cumplido los dieciséis años, y con motivo de su coronación le concedió mi padre el obispado de Valencia. Ya había recibido el de Pamplona, aunque el rey don Fernando se resistió durante mucho tiempo a confirmar la investidura. En la misma fecha se crearon cuarenta nuevos cardenales, de los que veinte eran españoles, y dos pertenecían a nuestra familia; todos desembolsaron una buena cantidad, así que el nuevo papa ganó con ellos de una vez más de veinte mil ducados. Uno de sus primeros actos fue la promulgación de una bula, donde se asignaban a España y Portugal las nuevas tierras descubiertas; para ello trazó una línea imaginaria llamada Alejandrina, que desde las Azores las dividía en dos partes. Con ello pretendía evitar una guerra entre ambos países; además, a fin de complacer a Isabel y Fernando, les concedió el título de Reyes Católicos.

Enseguida mandó renovar las habitaciones del viejo palacio pontificio, construir los aposentos Borgia y edificar la torre del Vaticano. Las ruinas del Coliseo sirvieron de cantera para llevar a cabo la obra. Varios arquitectos presentaron sus planos y, una vez escogido el lugar, se colocaron los cimientos. Las habitaciones eran seis en total, situadas en el primer piso; sus bóvedas y parte de los muros fueron cubiertos con hermosas pinturas religiosas, y el resto con tapices. La primera, una extensa antecámara llamada sala de los Pontífices, servía para ceremonias y fiestas; tenía dos ventanas y en el centro un trono rodeado de escaños, donde se acomodaban los embajadores. Desde las grandes ventanas de ojiva se divisaba el palacio del Belvedere, construido por el papa Inocencio; se trataba de una elegante galería rodeada de habitaciones de descanso, y desde su capilla se dominaba un inmenso panorama de Roma y sus alrededores. Los jardines pertenecían ahora a uno de los cardenales votantes, y

situaron allí una hermosa estatua de Apolo que había aparecido en una reciente excavación.

En otra sala, que llamaban del Papagayo, los cardenales aguardaban al papa mientras se revestía con sus ornamentos sagrados; todas eran habitaciones cuadradas, con los techos muy altos y las puertas pequeñas y estrechas. Varios salones conducían desde la capilla Sixtina a estos aposentos, reservados tan sólo para la familia y servidumbre, y lo que quedaba del destartalado edificio medieval se utilizó como residencia de la corte. Por unas gradas de mármol se accedía a la torre Borja, que ocupaba un espacio rectangular; allí estaban ubicadas una capilla y dos pequeñas habitaciones, en que transcurrió luego gran parte de mi vida. Precisamente allí, varios años después, mi hermano César haría asesinar a mi segundo marido.

PARA SUFRAGAR SUS GRANDES GASTOS el nuevo papa recurrió a la alquimia, como habían hecho algunos de sus predecesores. Según se decía, esta ciencia era un don que Dios concedía sólo a sus elegidos. Los Cruzados la habían traído de Oriente, y San Alberto Magno ya la practicaba; al parecer, el santo poseyó la piedra filosofal, con la que hizo verdaderos milagros. El propio santo Tomás había reconocido como válido el oro de los alquimistas.

Mi padre tenía un adivino agregado a su corte, que conservaba todavía las doce claves del monje Valentín, escritas en idioma germánico. Trazaba horóscopos, que cobraba muy caros; además, era un verdadero entendido en hallar tesoros ocultos, y en rescatar oro y plata enterrados. Dos ayudantes se encargaban de encender y mantener el fuego, y disponían los enseres para triturar los metales. El trabajo de alquimia no era fácil: había que machacar cobre, hierro, estaño y plomo; se mezclaban estos metales con un ácido, y finalmente era preciso aislar el oro de las impurezas.

El horno estaba provisto de gruesas paredes, a fin de que pudieran calcinarse los metales a fuego vivo. La estufa tenía varias aberturas para alimentarse, y otras más pequeñas por donde se escapaba el humo. En su parte inferior, una rejilla dejaba caer las cenizas. Se utilizaba como combustible un carbón vegetal recomendado por Alberto Magno, y a falta de ello podía usarse estiércol de caballo. En el laboratorio se precisaban abundantes frascos, copas y calderos, aparte de algunas retortas, y un alambique para destilar. A veces yo los miraba hacer, pero ignoro si alguna vez aquellos artesanos consiguieron fabricar el oro que necesitaba mi padre; él nunca hablaba de ello, pues se trataba de un gran secreto.

Con motivo de su coronación, le habían enviado desde tierras lejanas relicarios de oro y valiosos espejos, piedras preciosas y otros muchos regalos. Recuerdo especialmente un unicornio de marfil, y que estuvimos durante varios días poniendo en marcha los mecanismos de relojes y autómatas. Los tapices llegados de Flandes se colocaron en la galería de las Bendiciones, y numerosos

artistas colaboraron en la decoración los patios. Se retiraron los retratos de los antiguos papas; para sustituirlos mi padre le encargó al Pinturiccio, su pintor oficial, que hiciera los de nuestra familia. En el castillo de Santángelo mandó representar escenas tomadas de su vida, y a varios personajes importantes que eran amigos suyos.

Posé yo de modelo para santa Catalina; también César, Juan y Jofré estaban presentes en esta escena religiosa. Juan aparecía montado a caballo, ricamente vestido y tocado con un gran turbante, a la manera de los turcos. Nuestro padre acudía de cuando en cuando a observar las pinturas; algunas veces, al crepúsculo, hacía que encendieran las antorchas para seguir admirándolas.

***

Adriana, nuestra nueva tutora, había tenido siempre gran influencia sobre todos los Borgia; veneraba a nuestro padre y se convirtió en confidente de sus debilidades. Era una mujer arrogante y soberbia, sin piedad para consigo misma ni para los demás. Estaba casada con Ludovico Orsini y ambos ocupaban en Roma uno de los palacios de la familia Orsini, sobre el monte Giordano, cerca de nuestra antigua casa. Unas macizas escaleras conducían a la vivienda, con gruesas vigas en los techos y paredes blanqueadas con cal; los aposentos estaban llenos de retratos de familia, entre ellos el del cardenal Rodrigo Borgia. Había mesas con cubiertas de mármol y enormes arcones de madera tallada, donde se guardaban las ropas.

El interior, bastante oscuro, comprendía una habitación principal y varias cámaras menores, con suelos de baldosas, y las vigas del techo visibles. No había alfombras y sí muebles macizos, pesados lechos con dosel, y unas sillas muy altas de madera tallada. Ella pasaba mucho tiempo en su gran biblioteca; para leer usaba gafas, un antiguo invento del profesor Roger Bacon, que utilizaban los miopes y la mayoría de los sabios. Coleccionaba antigüedades, como relicarios o imágenes de santos; era mi predilecta una pequeña Virgen de madera policromada, ante la que solía arder una lamparilla de aceite. Nuestra vida en esta lúgubre mansión era confortable, aunque exenta de lujos; a menudo, recibíamos allí la esperada visita de nuestro padre.

Entre otras cualidades, Adriana tenía ribetes de bruja: conservaba numerosas recetas antiguas y conocía las virtudes mágicas de las piedras y de las hierbas. Me asombraba que fuera capaz de coger con las manos un hierro al rojo vivo, y no se quemara. Ella me enseñó a encender fuego con cristales de aumento, y con el tiempo me confesó que, para que su marido no dejara de amarla, le administraba un brebaje secreto. Por si yo quería usarlo en el futuro, me explicó cómo lo elaboraba: tomaba el corazón de una golondrina, el hígado de un gorrión y la matriz de una paloma; lo desecaba y molía todo y le añadía sangre de menstruo, también seca y pulverizada. Según me confesó, se lo daba a beber en las comidas, mezclado con el vino.

Sabía ejecutar el sortilegio de la muerte sobre una figurilla de cera. Para ello le ataba pequeños fragmentos de vestidos, cabellos y uñas del ser odiado; la quemaba en el fogón y en ese momento, al parecer, la persona moría. En cierta ocasión formó una muñequita, a la que añadió un mechón de cabello de una dama a la que admiraba su esposo; una vez terminada, pinchó con un alfiler la pequeña cabeza, y de esa forma consiguió que la señora se volviera loca. Para fabricar sus ungüentos conservaba en pequeños frascos cicuta, hojas de álamo y hollín. Un caballero que habló mal de ella falleció al poco tiempo, sin que ningún médico conociera su mal ni pudiera curarlo.

***

Por entonces se decidió que César iría a estudiar a la universidad de Pisa. No creía yo que pudiera existir en el mundo un muchacho tan fascinante como él y, aunque ausente, su figura me perseguía en mi solitaria habitación. Desde niño fue esbelto y bronceado, grácil como una pequeña ave de presa, y al caminar se alzaba sobre los pies, como si quisiera sobrepasar su propia estatura. Luego se había ido transformando en un joven alto y arrogante que conservaba su agilidad gatuna. Algunas veces me parecía que rondaba mi alcoba, y hasta sentía su aliento sobre mis hombros. Recordaba el olor de su pelo, el de su piel, y el color de sus ojos castaños.

Cuando acudía a la mansión de nuestro padre, después de una ausencia, tocaban los clarines y se izaba la bandera de los Borgia. Venía a verme a casa de Adriana Milá y me cautivaba su aspecto desde el momento en que aparecía. Allí

me divertía con el relato de sus travesuras. Yo cantaba y bailaba al modo de las muchachas valencianas; él marcaba el compás y empezaba a bailar dando reverencias al aire, y haciéndome reír con sus extravagancias y bromas. Me mostraba sus dibujos y cálculos de astrología, y con él aprendí los secretos del ajedrez. Nunca hubo prejuicios entre nosotros.

Poco a poco sus visitas se fueron espaciando, porque los estudios lo retenían; además, estaba muy ocupado con sus halcones y lebreles, sus armas y sus ropajes nuevos. Yo me aburría terriblemente. Una mañana, se presentó de improviso y distinguí su sombra proyectada en la pared de mi alcoba. Observé aquel perfil aquilino y su noble cabeza, y creí desfallecer de emoción; luego reparé en que llegaba vestido de terciopelo azul, luciendo en el cuello una gruesa cadena de oro. Miré su cuerpo enjuto, las piernas largas y la cintura esbelta; parecía tallado en un trozo de madera dorada. Él se acercó y me besó suavemente en los labios; sin duda enrojecí, pero traté de acogerlo con naturalidad. Por vez primera me turbaba extrañamente su cercanía, y el hecho de hallarnos a solas. Cuando se fue, yo me sentí aliviada.

El día en que volví a verlo lo escoltaban varios cardenales, y el emperador de la India lo había saludado como al más valiente de los príncipes cristianos. Por entonces, ni él ni Juan residían en Roma, ya que Juan seguía en España. Gracias a la fortuna de nuestro padre, ambos vivían como potentados; se decía que César estaba a punto de abandonar los hábitos, aunque es cierto que no le incomodaban para sus lances amorosos.

CUANDO ENVIUDÓ DE SU ESPOSO, Ludovico Orsini, Adriana se refugió en un riguroso luto. Tenía un único hijo llamado Orsino; padecía éste una enfermedad en la vista que disimulaba con un vendaje y era estrecho de pecho, encogido al hablar y de ademanes afectados. Y, como era tuerto, lo llamaban en Roma Monóculus Orsini. Llevaba dentro una especie de amargura, porque era delgado y sin gracia; una cierta envidia hacia el individuo con éxito entre las mujeres, capaz de enfrentarse a la vida. Pasaba el día encerrado en sus habitaciones, entre alambiques y libros de magia; finalmente se casó con Julia Farnesio, una muchacha muy hermosa a la que todos conocieron pronto como Julia la Bella.

Nadie se acordaba la familia Farnesio, hasta que Julia llegó como nuera de mi aya. Tenía entonces quince años y era huérfana de padre; se murmuraba que uno de sus hermanos, que luego sería papa, lo había envenenado. Sus rubios cabellos eran los más preciosos que yo había visto, y resplandecían como el sol. Era tan descarada como hermosa. No tenía las facciones regulares, pero sus ojos eran muy bellos, llenos de picardía; tocaba a la perfección el clavicémbalo y el órgano y cuidaba su esbeltez juvenil porque, según decía, odiaba a las mujeres obesas.

Antes de la boda, apareció en la cámara de las estrellas del palacio Borgia acompañada del joven Orsini; acudían allí para firmar su contrato matrimonial ante mi padre, que sería su testigo. Julia estaba aquel día tan radiante que sus ojos brillaban más que las alhajas que lucía en su cuello blanquísimo; llevaba un collar de gruesas perlas, y otras esparcidas por el corpiño y por la falda. Desde que el padrino la vio, quedó deslumbrado.

La boda tuvo lugar en el palacio. A poco de celebrarse, supo que el marido era incapaz de hacerla gozar, por lo que se refugió en el adulterio. Después de unos días había entablado con mi padre una profunda relación, y comenzaron a encontrarse a solas. Así, Julia la Bella se convirtió en amante oficial de Alejandro Borgia, que hubiera podido ser su abuelo, y de esta forma ocupó el puesto que

durante veinte años había pertenecido a mi madre. No tardó en instalarse en el palacio, que alegraba con su ingenio y malicia. Aunque el mundo en que me crié no estaba atormentado por escrúpulos de conciencia, trataba yo de mantenerme al margen y de ignorar la realidad; pero la veía entrar en la alcoba de él, y me preguntaba qué tendrían que contarse un papa y una señora casada. Al salir, sin decir nada fijaba en mí sus oscuros ojos soñadores; tenía las mejillas encendidas y parecía muy contenta. Se entrevistaban ante las narices del marido, que más que tuerto parecía ciego. La propia Adriana, sin tener en cuenta para nada la honra de su hijo, actuaba de alcahueta y se la ofrecía al papa en bandeja. Los visitantes las encontraban siempre juntas, tan ligadas como si hubieran sido madre e hija. Hasta pienso que ayudaba a la nuera a vencer sus escrúpulos, y convencía al hijo para que asumiera su desdicha.

Pinturiccio representó sobre una puerta de los apartamentos Borgia a la virgen María con el rostro de Julia Farnesio, mientras el papa la adoraba de rodillas. Nada de lo que sucedía en Roma podía permanecer oculto; todos comentaban el abandono en que Julia dejaba a su joven marido, y que lo había convertido en cornudo, además de ser tuerto. Con antiguos tapices hubo que improvisarle al matrimonio habitaciones separadas. Aunque mi padre era ya viejo se entregó a ella con el ardor de un adolescente, y para halagarla nombró cardenal a su hermano, Alejandro Farnesio, que recibió el capelo el mismo día que César. El nuevo purpurado no ocultaba el disgusto que le originaban tales relaciones, ya que de ningún modo era cómplice de ellas.

Desde que se enamoró de Julia, mi padre quiso mantenernos a su lado. Desde la mansión de los Orsini nos trasladó a un palacio contiguo al Vaticano, el de Santa María in Pórtico, frente al edificio de la Inquisición. Era fácil cruzar de una casa a otra, pues un pasaje comunicaba la capilla Sixtina con nuestra vivienda. Enseguida empezaron los preparativos: forraron la alcoba de Julia, desde el suelo al techo, con tejidos de hilo de oro; colocaron en ella un doble lecho, donde se combinaban el marfil y las piedras preciosas. Lo cubrían valiosos tapices traídos de Flandes; pesadas cortinas de brocado cubrían las ventanas, y en los candelabros ardía una cera perfumada y fragante.

Los mercaderes llevaron al palacio infinidad de ricos tejidos. Me

aproximaba yo con timidez, tomaba entre los dedos una de aquellas telas transparentes y suaves y notaba el tacto de la seda. La vista se recreaba en los tonos violeta, en los estampados de distintos azules, en las rayas doradas y amarillas, y era como una orgía de suavidad y de luz. Los tejidos venían enrollados en cilindros de madera, y en ellos anotados unos precios que hacían estremecer. Se alzaba una pieza y la tela flotaba un momento, cayendo luego con suavidad: eran colores al mismo tiempo tan suaves e intensos que sólo la seda podía ostentarlos. Julia, aconsejada por mi padre, escogía rasos y tafetanes. Yo dejaba resbalar la palma de mi mano sobre el tejido más cercano; a solas en mi alcoba adoptaba posturas exóticas, desnuda ante el espejo sujetaba los menudos pechos con las manos y me erguía, orgullosa; con un paño de oro me hacía un turbante para la cabeza, y me observaba atenta con aquel tocado suntuoso.

Había de todo en el gran ropero de Julia, incluso sombreros de plumas y terciopelo. Ella introducía la llave chata y gruesa en el ojo del cierre, que cedía con un chasquido, y aparecían vestidos de todos los colores, porque no los compraba uno a uno, sino de cuatro en cuatro, a veces todos de la misma forma y el mismo tejido, aunque de distinto color.

Adriana siguió por mucho tiempo encubriendo sus relaciones, y ambas hacían lo posible por mostrar que se llevaban a las mil maravillas. Las antorchas aguardaban encendidas hasta que el papa atravesaba el zaguán y empezaba a subir las escaleras para encontrarse con su amante. Entonces oíamos sus risas, sus roces y juegos; él le consentía todo, y se besaban en las hermosas salas de frescas baldosas y finas columnas, o en las escaleras de mármol donde brincaban sedosos lebreles.

Yo era todavía una chiquilla dócil y alegre; mi padre me seguía adorando y Julia me demostraba un sincero cariño. Después de un tiempo dio a luz a una niña a quien llamaron Laura; aunque el marido la reconoció, todos sabían que la tuvo de mi padre y comentaban su indecente parecido. Tampoco negaban su paternidad los Farnesio, que habían fundado su grandeza en esta unión. Fue aquella para mí una escuela de vicio, ya que no podía permanecer inocente en un ambiente semejante: era testigo de aquellas relaciones que, por la fuerza de la costumbre, llegaron a parecerme normales.

Ella deseaba a su amante y al mismo tiempo lo temía; se hallaba siempre rodeada de reverendísimos prelados, excelentísimos señores, banqueros y duques, que se rendían ante sus encantos. Su risa estallaba en la cámara papal. El mejor tallista de marfil que había en Roma se había encargado de labrar el marco donde iría su retrato. Solía llevar una sortija en forma de lanzadera, que rutilaba en su dedo con el centelleo de los diamantes y el brillo rojo del rubí. Cada vez que movía la mano, se agitaba en derredor un haz de puntos luminosos. Pero mi preferida era la que ostentaba una enorme aguamarina. La luz se reflejaba allí como en un pozo resplandeciente; su azul era profundo, y ella frotaba la piedra con un lienzo suave para que brillara mejor. Yo no podía apartar la mirada de aquellos reflejos azules. Su collar predilecto brillaba con los colores del iris; las cuentas parecían gotas de cristal con innumerables facetas y en sus aristas se rompía la luz, estallaba en una lluvia de colores, expandiendo haces luminosos que lo inundaban todo.

En mi cumpleaños me regaló una gargantilla de ámbar; sus cuentas parecían meladas, y eran redondas y suaves. Pesaba mucho, y me gustaba sobre todo porque Adriana me había relatado la historia del ámbar: aseguraba que en tiempos muy remotos un insecto quedó atrapado allí, y que siglos y siglos de tiempo lo habían aprisionado en aquella envoltura como de cristal amarillo. Me obsequió luego con un collar hecho de diminutas cuentas de cristal, de un color violeta muy suave; eran menudas y estaban engarzadas en hilos formando cascadas. Debían ser abalorios antiguos, de alguna parienta suya, y aparecieron en una caja mezclados con hilos y cintas de colores. Los desenredó con cuidado de que no se rompieran, y eran de un tono tan delicado que acariciaba la vista. Cuando me los dio, me puse muy contenta: podría hacer con ellos gargantillas, y pendientes largos como los de las mujeres enjoyadas que paseaban en literas. Podría adornar vestidos y corpiños, y hasta mis zapatillas de fino terciopelo.

DESDE ENTONCES NOS CONVERTIMOS en el séquito femenino del papa: además de su amante, Adriana y yo misma, nos acompañaban numerosas doncellas, parientas y amigas. Los personajes más encopetados se dirigían a nosotras para conseguir beneficios. Julia sabía de sobra que la criticaban en Roma, porque siendo tan joven se había entregado a un anciano. Tampoco ignoraba que la llamaban la esposa de Cristo, y no le importaba en absoluto.

Un día, ambas estábamos sentadas ante la chimenea, muy cerca del fuego, pues junto con Adriana nos calentábamos después de lavarnos el pelo. Solíamos lavarlo a menudo, y nos lo aclarábamos con hierbas al estilo veneciano. La dorada cabellera de Julia le llegaba hasta los pies; había engordado y se había convertido en una bellísima mujer. Se trenzaba el cabello en una silla de alto respaldo, mientras se observaba en un espejo hecho de oro y piedras preciosas; yo, en cambio, me hacía peinar por las doncellas. En aquel momento, un criado que entró en la habitación nos anunció la visita del embajador de Florencia. Para recibir al caballero fui a quitarme el peinador que tenía sobre los hombros y volví al poco rato, vestida con un traje de terciopelo violeta. Julia estuvo muy amable con él y le llevó a su hija para que la conociera: estaba muy crecida, y cada vez se parecía más al papa.

No podía yo competir en belleza con Julia; pero, en el fondo, estaba convencida de tener un encanto especial, que también gustaba a los hombres. Me lo había dicho el Pinturiccio, que por entonces me estaba pintando. Con el tiempo, este retrato sería mi preferido. En él, me cubría yo en parte la cabeza con una toquilla de oro; lucía un collar de perlas, y me rodeaba la cintura un ceñidor de rubíes con extremos colgantes. Una gorguera de encaje de Flandes impedía que se vieran mis senos, a través del amplio descote.

En casa de Adriana fui adquiriendo una extensa cultura; me gustaba leer y componer poesías, pero sobre todo era aficionada a pintar. Resultaba difícil hacerlo a la aguada; había que dejar traslucir el papel y usar veladuras muy pálidas. En cambio, con el óleo podía insistir en la pintura, modificando el color o

el dibujo a capricho. Poco a poco fui dominando el latín; así, tiempo después, mi padre me daría permiso para abrir su correspondencia privada. Según decía Adriana, mi letra era cambiante: tan pronto los trazos eran fuertes y recordaban la energía de los Borgia, como débiles y sueltos, mostrando el lado frágil de mi carácter. Cierto es que había heredado de mi padre el buen humor que caracterizaba a los Borgia; mis penas se esfumaban enseguida, y era tan grande mi alegría que predominaba sobre cualquier vivencia terrible. Pero mi voluntad era débil, y ello me convertiría siempre en juguete de influencias extrañas. Acostumbrada a lo que veía alrededor, ningún pecado me parecía grave; mis hermanos y yo, desde niños, fuimos testigos de atrocidades y abusos que nos resultaban normales. No sólo de mi familia recibí los malos ejemplos, pues todo Roma era escenario de inmoralidades y violencias.

MI PRIMER MARIDO FUE Juan Sforza de Aragón, señor de Pésaro; mi padre, ya elegido papa, decidió que nadie que no fuera príncipe era apropiado para casarse con su hija. Ascanio y Ludovico Sforza le propusieron a su pariente Juan, heredero de la familia, que aunque bastardo era conde de Cotoñola y duque de Milán. Tenía veintiséis años, era bien parecido y de buena educación; pero su salud estaba minada por causa de los placeres que le proporcionaba Ludovico, su tío y tutor. Acababa de quedarse viudo de Magdalena Gonzaga, hermana de Isabel Gonzaga y del marqués de Mantua; según pude saber, ella había muerto de sobreparto.

Estaba Italia dividida en pequeños estados y señoríos; entre ellos se mantenía una forzada paz, y el más fuerte y rico de los príncipes era Ludovico Sforza, a quien llamaban el Moro. Era muy poderoso, y sus agentes y espías se introducían en todas partes. En el Vaticano tenía a sus órdenes a su hermano Ascanio, un joven cardenal de mucha ambición, cuyo verdadero objetivo era ser elegido papa algún día. Ludovico estaba casado con Beatriz de Este, de la casa ducal de Ferrara. Aunque celosa, Beatriz consintió en esta boda para emparentar de alguna forma con el papa, ya que era yo su hija, aunque oficialmente me presentara como su sobrina.

Juan llegó secretamente a Roma, después de detenerse en Nepi, la fortaleza que mi padre le había regalado a Ascanio. Poco antes se había roto mi contrato de boda con el español don Gaspar y yo lo acepté con gusto, aunque fuera demasiado mayor, porque en retrato me pareció agradable. Tenía yo entonces trece años, y en nuestro compromiso se establecía retrasar la consumación del matrimonio por mi falta de madurez. Él se sentía importante, pues era yo dueña de joyas y ropas riquísimas, y sólo el vestido de boda que me preparaban valía más de quince mil ducados. Además, iba a recibir espléndidos regalos con ocasión de nuestra boda.

Por fin llegó al palacio, donde yo lo aguardaba con mis doncellas de honor; me saludó galantemente y yo le devolví el saludo, fijándome con disimulo en su

rostro agraciado. Llevaba la barba crecida y tenía los labios finos, la frente amplia, y su largo cabello le caía en bucles sobre los hombros. Lucía un collar de oro labrado; luego supe que se lo había prestado el marqués de Mantua, hermano de su primera mujer, ya que sus arcas estaban vacías. Me había hecho yo confeccionar un hermoso vestido; para ello adquirí una tela dorada que se abrazaba al cuerpo suavemente, marcando las caderas y alcanzando las puntas de los pies. Mi figura se nimbaba entonces de un resplandor irreal, me erguía sobre los altos chapines y adoptaba el aire de una reina. El tejido de oro parecía ceñirse a mi cuerpo y me favorecía, ahora que estaba más rellena. Siempre me gustó el brillo del oro, en los marcos patinados y en los angelotes de las iglesias. Llevaba además sobre los hombros una larga capa de terciopelo forrado de armiño, sujeta con un broche en forma de media luna de rubíes, del que pendía una gruesa esmeralda.

Cuatro días después de su llegada se celebró la boda en el Vaticano. Fue a buscarme mi hermano Juan, que era ya duque de Gandía; lo aguardaba yo en el palacio de Santa María y apareció vistiendo una casaca a la francesa de tisú de oro, con las mangas bordadas. Lucía en la gorra una joya resplandeciente; cuando lo vi, pensé que era el joven más elegante y agraciado de Roma.

También yo me sabía muy linda: mi tez era blanca, casi traslúcida, y tenía los ojos transparentes del color del mar en un día tranquilo; según decían, todo en mí respiraba serenidad. Era de talla mediana, erguida de cuerpo, con el rostro alargado y una nariz bien perfilada. Mi expresión era alegre, con la boca algo grande y los labios llenos y frescos. Mis dientes eran blanquísimos; tenía los pómulos un poco salientes y el cuello torneado y esbelto.

Muchas personas nos aguardaban, agolpadas ante los apartamentos familiares. Llevaba yo sueltos sobre los hombros mis cabellos largos y rubios, como le gustaba a mi padre, y una linda negrita me sostenía la cola, bordada en oro y pedrería. Procuraba yo caminar ligeramente, de forma que no pareciese que me movía, y así me aproximé al lugar donde el papa me aguardaba, sentado en el trono entre diez cardenales. Me arrodillé a sus pies sobre un almohadón de oro; lo mismo hizo Juan, y ambos dimos nuestro consentimiento. Un obispo nos puso los anillos, mientras un conde mantenía la espada desnuda sobre nuestras cabezas.

El novio lucía en el pecho el collar prestado por el marqués de Mantua. Mis hermanos mayores parecían estar actuando en una función de teatro, y aparecieron por una entrada secreta en el muro. Terminada la ceremonia, abrían la cabalgata nupcial los palafreneros vestidos de brocado, seguidos de niños con túnicas en sedas de colores; a continuación iba el bufón de mi padre, con traje de terciopelo y una gorra de oro. Se mezclaban las galas cardenalicias con los vestidos femeninos, pues fueron invitadas a la boda numerosas matronas, y acudieron muchos eclesiásticos acompañados de sus concubinas.

Los festejos duraron hasta muy entrada la noche. Junto a mi padre se situó Julia Farnesio, pues su relación era ya el secreto más conocido en Roma. Llevaban los pajes aguamaniles para los invitados; los músicos nos distraían con sus violines, los bufones con sus cornamusas y flautas, y contaban las damas fábulas picantes mientras los caballeros escanciaban abundante vino en sus copas. Pues no querían ellos mujeres sabias como consejeras, sino para acostarse con ellas, que si eran feas y discretas era lo mismo que acostarse con Aristóteles o con un libro.

Terminaron danzando las señoras; se representó una comedia bastante libertina y, después de la cena, mi padre distribuyó entre los invitados cincuenta copas de plata llenas de peladillas. Comenzó él lanzando confites al descote de las mujeres, para demostrar su alegría; ellos lo imitaron, y las disparaban hacia los corpiños de las damas, sobre todo de las más hermosas. He de decir que Ascanio me había regalado un servicio de aparador de plata maciza y una palangana con su jarra, con muchos platos y bandejas, todo dorado y cincelado, que era una maravilla.

No tardé en advertir que no era yo más que un objeto en manos de mi padre y hermanos. Vivimos varios meses de matrimonio blanco y, aunque dijeran que el papa había presenciado la consumación, puedo asegurar que en todo este tiempo mi marido no durmió conmigo en la alcoba. Cuando intentamos hacer el amor, fue imposible. No pudimos consumar el acto por mi culpa; era yo entonces demasiado joven, y no comprendí que se trataba de una consecuencia del excesivo amor que me habían brindado los míos. Empecé a pensar que era defecto de mi esposo, y no volvimos a intentarlo. Seguí yo viviendo en el palacio

de Santa María; él regresó al que le asignaron, esperando mejor ocasión, y yo me conformaba soñando que tenía un marido. A falta de otra cosa, Julia me mostró cómo podía consolarme, acariciándome a mí misma. No me tocaba yo por un placer sensible e inmediato, sino por procurarme consuelo, no teniendo mejor compañía. En cuanto a Adriana, también me indicó que yo misma debía procurarme el goce hasta el final. Nunca lo había hecho, ni lo haría; pensaba que había que descender al nivel de los cerdos para satisfacerse así.

EL REY CARLOS DE FRANCIA acababa de invadir Italia a la cabeza de un poderoso ejército, y llegó por Pavía y Plasenza hasta la Toscana. Tenía veinticuatro años; era pequeño y deforme, con unos ojos miopes y abultados y una gran nariz aguileña. Era además torpe de palabra: su enorme boca permanecía siempre abierta, y su mano derecha se agitaba con un movimiento espasmódico. Su antecesor había perdido la razón, ante una espada diabólica que le envió el duque de Orleans, ya que la magia y los hechizos eran comunes incluso en las casas reales.

Cuando mi padre se enteró de que el rey de Francia se acercaba, puso a salvo en la fortaleza de Santángelo las tiaras y joyas pontificias, sus cofres y lechos, y todos sus preciosos tapices. Carlos hizo su entrada en Roma el día de san Silvestre, como había anunciado. El desfile duró seis horas. Lo precedían mercenarios suizos armados de alabardas y picas; lo acompañaban quinientos nobles ricamente vestidos, y seguían ballesteros escoceses y gascones. Entró luego la artillería con treinta y seis cañones de bronce, espantando a todos los habitantes de la ciudad. El rey ordenó que levantaran horcas en las plazas, y consintió que los soldados violaran a las mujeres y saquearan los palacios. La furia los cegaba y desnudaron las espadas, blandían las dagas y echaban abajo las puertas. Nadie pudo evitar que saquearan la casa de mi madre, y que a ella misma la ultrajaran; tan avergonzada quedó, que animó a César a la venganza.

Los romanos estaban aterrados: ocultaban a las doncellas y enterraban los objetos valiosos. Mi padre se encerró en el Vaticano con su guardia española; nos prohibió salir a la calle, y dispuso algunos lugares para alojar a los franceses. Carlos trató de conseguir el castillo de Santángelo. Reclamó como rehén al príncipe Hixem, un hombre de aspecto exótico y elevada estatura que estaba prisionero en Roma, y era hermano del sultán Bayaceto. Además, exigía que lo acompañara mi hermano César. Mi padre se negó a entregar el castillo, pero cedió a los dos rehenes. Los franceses abandonaron Roma por la Puerta Latina y se dirigieron a Velletri; saquearon la ciudad y allí César, aprovechando la oscuridad

de la noche, logró huir de sus captores. Cuando los franceses advirtieron su fuga quisieron saquear su equipaje, pero bajo las ricas cubiertas de sus carros sólo hallaron arena y piedras.

Siguieron hacia Capua mientras el hermano del sultán, que cabalgaba al lado del rey, padecía en todo el cuerpo tan violentos dolores que apenas podía mantenerse en su silla. Murió de forma misteriosa, y hubo quien dijo que la causa fue un veneno de César. Hasta los propios turcos estaban convencidos del envenenamiento, y aseguraban que un barbero le había inoculado el veneno con una navaja de afeitar. Así que el rey de Francia optó por embalsamar el cadáver, para enviarlo a su país.

Los invasores trajeron consigo la peste; en Italia lo llamaban el mal francés, y ellos napolitano, alegando que procedía de la ciudad de Nápoles. Muchos lo consideraban un castigo del cielo. Era la sífilis, que pronto inundó el país, pues las costumbres licenciosas y la prostitución fueron su caldo de cultivo. En Roma eran normales las relaciones contra natura; ya nadie se escondía y el pecado estaba en todas partes. Muchos humanistas practicaban el vicio, y ni siquiera Miguel Ángel se libraba de él, así que los muchachos que comerciaban con su cuerpo se habían convertido en una competencia ruinosa para las cortesanas. A imitación de los antiguos, había quien cambiaba su traje por el manto y las sandalias griegas; y, poniendo de ejemplo a Platón o Aristóteles, se reunían con los efebos en las catacumbas.

No había hospicios suficientes para socorrer a los pobres. De España seguían llegando prostitutas, y se bromeaba diciendo que había más putas en Roma que frailes en Venecia. Muchas se establecieron en el centro de la ciudad. Antes eran diez mil, sin contar a las concubinas; pronto hubo más de doce mil, ya que el papado admitía a todo el que podía aportar una buena cantidad de dinero. No resultaba extraño que las cortesanas recibieran más atenciones que las esposas legítimas. Se las distinguía de lejos, porque se teñían el pelo de colores y se pintaban lunares postizos; casi todas llevaban relleno en los pechos, pareciendo así más robustas.

LA FAMILIA DE MI MARIDO tenía un castillo a orillas del mar; pasaban el verano en una hermosa villa en las colinas, que llamaban Villa Imperial, a una hora de camino de la ciudad de Pésaro. Como la peste comenzaba a asolar Roma, Juan me llevó a sus tierras, junto con Adriana y Julia Farnesio. Antes pasamos por Urbino, donde gobernaban el duque Guidobaldo y su esposa, la pálida Isabel Gonzaga. Por fin hicimos nuestra entrada en Pésaro; estaba la ciudad situada en una llanura, rodeada de verdes colinas, y la bañaba el río Foglia antes de desembocar en el mar. Entramos bajo una lluvia torrencial que deslució el recibimiento, pues arrancó las guirnaldas de flores y derribó los arcos de triunfo.

La ciudad estaba construida en forma de damero y sus calles, muy rectas, bordeadas de iglesias y conventos. El palacio ducal se alzaba en la plaza mayor. Su castillo fuerte se hallaba emplazado de cara al Adriático; era una fortaleza señorial, elevada en un ángulo de las murallas y flanqueada por cuatro bastiones. Allí empecé instalando mi pequeña corte, pero nos aburríamos de muerte, pues aunque las estancias eran magníficas, no podían llenarse con tan poca gente. La sala de recepciones era tan grande que no hubiera desmerecido en cualquier palacio real, aunque carecía totalmente de adornos. Pero al menos estábamos tranquilas lejos del bullicio de Roma, de sus pasiones y sus crímenes; además, yo me veía libre de la influencia de mi padre y hermanos.

Con todo, el calor del verano hacía la residencia asfixiante; así que decidimos trasladarnos a la espléndida Villa Imperial. Situada en el monte Accio, desde allí la vista abarcaba por un lado el campo y por el otro el mar. Recuerdo que, incluso en la distancia, siguió la relación de Julia con mi padre; pero hasta estos lugares había llegado la mala fama de los Borgia, así que al cabo de unos meses nos vimos obligadas a volver.

A nuestro regreso viajábamos las tres en una carroza, con una escolta de veinte jinetes pontificios. Estábamos a dos millas al norte de Roma, cuando un batallón de soldados franceses nos asaltó con tal rapidez que nos tomaron por sorpresa. Una columna nos cerró el paso y nos hicieron prisioneras; estuvieron

haciéndonos preguntas, y cuando el capitán supo quiénes éramos, nos impuso un rescate de tres mil ducados. He de decir que los franceses nos trataron con toda corrección. Julia consiguió que informaran a mi padre, que quedó consternado; pagó el dinero sin dudar, pues estaba deseando vernos, ya que no podía vivir sin nosotras.

En cuanto nos dejaron libres, él mismo salió a recibirnos. Había sustituido la coraza de guerra por un traje de corte muy elegante; vestía un jubón negro bordado con brocado de oro, un hermoso cinturón a la moda española, y ceñía puñal y espada. Llevaba botas altas y una gorra de terciopelo, todo para agradar a su amante. A la luz de las antorchas se unió a la comitiva; Julia sabía muy bien que él nunca le negaría nada, y estaba tan agradecida que pasaron toda la noche juntos en el Vaticano.

Pese a todo, creía yo estar enamorada de mi esposo y, aunque fuera una trampa que mi familia me había tendido, no me disgustaba caer en ella. Por otra parte, en cuanto me vi libre de la tutela de mi aya empecé a dar fiestas en mi propio palacio, además de asistir a todas las funciones papales. No debo omitir que aguardábamos por entonces la visita de un ilustre invitado: se trataba de Francisco Gonzaga, marqués de Mantua y antiguo cuñado de Juan. Pero llegada la fecha nos escribió diciendo que se veía obligado a retrasar su viaje. Me desagrada recordar lo que ocurrió aquel día: según me informaron, la corriente del río arrastró el cadáver de una mujer joven, con cabeza de burro y las piernas cubiertas de escamas.

Finalmente, pasado un mes pudo Francisco realizar su visita. En la fiesta que le daba mi padre, vestía yo un traje de brocado y lucía una linda corona. Había oído que el marqués era feo, pero cuando lo tuve ante mí vi a un caballero alto y moreno, con una boca hermosa y sensual; no imaginaba yo entonces lo que este hombre significaría en mi vida. Sin querer lo comparé con mi marido, y éste salió perdiendo. Estuve durante algún tiempo admirando a las jóvenes parejas que danzaban la pavana, porque mi esposo detestaba el baile; por último, no pude contenerme y bailé con Francisco Gonzaga.

El papa, como siempre, se hallaba rodeado de cardenales y grandes de España, sin que faltaran las más hermosas doncellas de Roma. Lo servían diez

pajes con calzas blancas y vestidos de raso carmesí; eran casi todos jóvenes elegantes, hijos de familias distinguidas, aunque yo los veía demasiado melindrosos y frágiles. Julia reventaba de orgullo, pues a sus pies se acumulaban una gran cantidad de regalos: frascos de vino, varias tórtolas, y bellas rosas cultivadas en los mejores invernaderos de Italia. Mientras, cerca de allí algunos frailes hablaban en voz baja; numerosos pajes y alabarderos subían y bajaban las escalinatas de mármol, y las damas desfilaban del brazo de sus nobles esposos.

EN LA VIVIENDA QUE ME HABÍAN PREPARADO mantenía yo mi corte particular. Allí, en la chimenea, algunos leños olorosos despedían un agradable aroma; Julia y yo nos calentábamos las manos ante las brasas encendidas, mientras charlábamos con nuestros invitados. Por entonces tuve ocasión también de conocer al que sería mi tercer marido, que acudió a visitarnos: se trataba de Alfonso de Este, cuñado de Francisco y príncipe heredero de Ferrara.

Un día, supe que mi hermano César había proyectado acabar con mi esposo, pues él mismo tuvo la osadía de afirmar que estaba todo preparado para el asesinato. Le advertí a Juan que corría peligro; y, como no quiso creerme, le aconsejé que se ocultara tras el respaldo de un sofá y atendiera a escondidas a una conversación privada. En efecto, César en ella repitió lo dicho; fue la manera de convencer a mi marido para que huyera de Roma en cuanto tuviera ocasión.

Un viernes santo abandonó el palacio al amanecer. Con la excusa de que iba a confesarse a san Onofre estuvo caminando por el Janículo, pero en lugar de ir a la iglesia se unió a una escolta que lo estaba aguardando, con un caballo árabe que habían enjaezado para él. Montó sin tardanza, puso al galope su cabalgadura y no se detuvo hasta Pésaro, donde el animal cayó reventado. Mi padre se enfureció cuando lo supo. Decidió enviar a un famoso predicador para convencerlo de que volviera, pero él no lo hizo, y alegó como disculpa que estaba obligado a ausentarse para conducir sus milicias.

No había pasado mucho tiempo cuando Juan le encargó al cardenal Ascanio que me trasladara a Pésaro con él; pero yo no lo consentí, y tampoco lo permitió mi padre. Él insistió de nuevo, y César le contestó con energía que, a menos que acudiera en persona a buscarme, no me vería nunca más. En cuanto a mí, aunque al principio lo apoyé, ahora lo despreciaba. Meses después, un embajador fue a comunicarle que los Borgia exigían la anulación del matrimonio; para ello, debía declarar que la boda no se había consumado. Juan siguió en Pésaro; mientras, en Roma comentaban que no quería regresar, para no ver a su

mujer cobijada bajo el manto apostólico. Según me dijeron, le había escrito a Ludovico el Moro quejándose de mi poca castidad; y es que, sin duda, le incomodaba la excesiva ternura que mostraban por mí los hombres de mi casa.

Yo estaba confusa, al ignorar lo que él sabía o sospechaba. Mi padre le dirigió una afectuosa carta, a la que él no contestó: en ella le rogaba que volviera y le ofrecía trasladarme a Nepi, la propiedad de Ascanio Sforza, para repetir nuestra luna de miel, y que fueran testigos de ella tanto mis hermanos como Ascanio. Pero no consintió; según algunos no lo hizo por miedo a fallar, y otros decían que por temor a la traición y el veneno. El propio Ludovico le propuso que hiciera una prueba con otras mujeres; él no lo consideró necesario, pues es cierto que había dejado embarazada a su primera esposa, que murió luego de parto. El tiempo le daría la razón, pues cuando años después contrajo un nuevo matrimonio tuvo un hijo varón, aunque aseguraban los míos que había hecho embarazar a su mujer por otro.

Le dolía en su orgullo que lo tacharan de impotente; pero finalmente cedió, aunque estaba convencido de las incestuosas relaciones que había entre nosotros, y acusaba a mi padre de haberme retenido para disfrutarme. Aún así firmó un documento ante varios testigos; en él admitía que, por culpa suya, en los cuatro años que duró nuestro matrimonio, no habíamos llegado a consumarlo. He de reconocer que, en el fondo, agradecí su discreción.

Como premio a su docilidad no tuvo que devolver mi dote, cifrada en más de treinta mil ducados de oro. Confieso que recibí la noticia sin ningún entusiasmo. Recuerdo que me había retirado unos días al convento de san Sixto y allí, presionada por mi padre y hermanos, tuve que jurar ante notario que permanecía virgen. En realidad, por entonces sí que lo era, aunque no a causa de la impotencia de Juan, sino por mi incapacidad para amar. Hago un esfuerzo para evocar aquellos días. En la sencilla iglesia de una sola nave, me gustaba contemplar en el ábside las hermosas pinturas antiguas con escenas de santos; distraía mis horas en los jardines floridos y en los aposentos de honor, tratando de olvidar la compleja trama que me rodeaba.

A PESAR DE QUE TODA ITALIA conocía la vida escandalosa de mi hermano Juan, nuestro padre sentía debilidad por él; cuando murió el mayor, Pedro Luis, él había heredado su ducado y su prometida. En la familia se olvidó pronto al pobre difunto, pero en Roma decían que su espectro vagaba por las noches en torno al castillo de Santángelo, asustando a los centinelas. Ni siquiera su propio padre daba muestras de recordarlo.

Un día de verano, Juan había salido de Roma por la antigua vía Aurelia, para cruzar el mar con rumbo a Barcelona y casarse con la novia de nuestro hermano muerto. Llevaba consigo una gran cantidad de dinero, así como cofres repletos de tapicerías y pinturas valiosas. Mi padre mismo había organizado la disposición del equipo. Durante meses, un joyero se encargó de engarzar en anillos y collares infinidad de gruesas perlas, rubíes, diamantes y esmeraldas; se habían adquirido para él pieles de armiños y cibelinas, además de innumerables piezas de brocados, terciopelos y rasos. Para su casa se encargaron tapices y colgaduras, y numerosos objetos de plata llenaban sus cofres, hechos con madera de ciprés.

Juan había sido desde siempre uno de los más atractivos caballeros de Roma; pero antes de cumplir los dieciocho años se había convertido en el mayor jugador, bebedor y sobre todo mujeriego, pues su única aspiración en la vida era disfrutar de las mujeres. Mi padre lo colmó de advertencias: hasta su llegada a Barcelona no debía quitarse los guantes ni para comer, porque el aire salino del mar podía ajarle la piel. Según él, lo más deseable para las damas españolas eran unas manos bien cuidadas. Además, debería peinarse a la moda y cuidar mucho su forma de vestir. Durante unos meses le prohibió que jugara a los dados y no le permitía salir de noche, porque no se fiaba de él. Todas las atenciones hacia la novia que lo estaba aguardando eran pocas ya que, aunque mi hermano no la desmerecía en absoluto, era ella mucho más importante, como prima cercana del rey.

Supimos que, nada más llegar, había derrochado en el juego casi todo el

dinero. Pero no fue esto lo peor: al parecer una vez casado, lejos de consumar el matrimonio, abandonó a su esposa para vagar por la ciudad con otros caballeros. Nos contaron que solía acompañar a don Juan, el príncipe heredero de España, con quien vivía en gran intimidad. Ambos pasaban las noches entre orgías y mesas de juego, y rondaban a las señoras disfrazados, dedicándose con sus matones a apalear burgueses y a matar a los perros y gatos que hallaban a su paso. Y es que en todo aquel tiempo no le dio a su esposa una verdadera satisfacción; al principio llegaba a endeudarse para hacerle un pequeño regalo, pero fue perdiendo la costumbre y en ninguna fiesta ni aniversario trataba de complacerla. Por el contrario, siempre aprovechaba la ocasión para alguna disputa, lo que parecía haberse convertido en hábito. Lo cierto es que nunca disfrutaron de estabilidad económica, siempre con deudas, siempre los ingresos por detrás de unos gastos considerables que no justificaba; siempre con engaños, con angustias y malas palabras. En compañía de vagabundos gastó en dos meses mil ducados de oro, y terminó solicitando un préstamo sobre sus tierras y las de su mujer. En cuanto a ella, juraba que no se habían acostado juntos, de manera que a fuerza de disgustos terminó enfermando de graves diarreas y temblores.

Cuando mi padre conoció las noticias no pudo menos que enfurecerse; por medio de un mensajero le notificó su disgusto y le pidió que se enmendara. Como era de esperar él no lo hizo, pero al menos le dio la alegría de escribirle diciendo que había dejado encinta a la duquesa, y al mismo tiempo le rogaba que lo dejara regresar a Roma. Algún tiempo después ella dio a luz al primogénito, que llevó el nombre de Juan. Supimos que más tarde se había quedado embarazada de nuevo. Al parecer, de esta forma consideraba él haber cumplido con sus obligaciones conyugales.

Por fin, un correo le transmitió la posibilidad de abandonar a su familia para volver a Italia. Tras un accidentado viaje llegó a Roma con Gonzalo de Córdoba; éste, además de ser un caballero admirable, era un gran general español. Llegaron el día de san Lorenzo. Los que presenciaron su entrada por la puerta del Pueblo comentaron luego que a su lado mi hermano aparentaba ser un príncipe de comedia, cubierto como iba de adornos y perifollos. Al llegar a Santángelo los aguardaba allí un séquito de numerosos jinetes pontificios. Los balcones estaban

floridos, repletos de colgaduras, y al instante comenzaron a tronar las bombardas del castillo. Mientras, en los apartamentos Borgia, el papa corría de una ventana a otra para distinguir a su hijo. Yo estaba a su lado y reconocí a Juan chorreando pedrería, llevando a la cabeza un sombrero de terciopelo rojo con una larga pluma; montaba un caballo muy ricamente enjaezado, lleno de campanillas de plata.

Dos meses después, mi padre lo nombraría capitán general del ejército pontificio. Le ciñó una espada cuajada de piedras preciosas, y prendió en su gorro de plumas una joya magnífica. A partir de entonces, quedaba encargado de proteger los territorios de la Iglesia, y organizar la lucha contra los enemigos del papado.

CUANDO JOFRÉ, MI HERMANO MENOR, tenía trece años, lo habían prometido con la bellísima Sancha de Aragón, que ya había cumplido los quince. Era nieta del rey de Nápoles, por ser hija natural de Alfonso, heredero del trono, quien la tuvo de una hermosa dama llamada Trusia. Mientras en Barcelona se estaba celebrando la boda de Juan, Jofré se casó por poder en Roma con Sancha, hermana del duque de Bisceglia, que sería luego mi segundo marido. El padre de ambos era un hombre sádico y vicioso, que gustaba de embalsamar los cadáveres de sus enemigos para divertirse contemplándolos.

Jofré era un chiquillo todavía, y ella toda una mujer, con un cuerpo escultural, un cabello abundante y oscuro, y una mirada ardiente que fascinaba a los hombres; además, por su ascendencia napolitana era enamoradiza y fogosa. Llegado el momento, un emisario del papa viajó a Nápoles para ofrecerle los obsequios: le llevaba en un cofre joyeles de diamantes y collares de perlas, además de numerosos anillos embellecidos con hermosos rubíes, diamantes y turquesas. Le hizo entrega de un arca repleta de tejidos de brocado de oro, terciopelo y seda; al parecer, Sancha se declaró muy complacida al recibir la dote.

Poco después, Jofré y yo nos trasladamos a Nápoles. Se festejó nuestra llegada, y por fin se conocieron los novios. Marchó el cortejo hacia la catedral; lo encabezaba Jofré a caballo, bien arreglados sus largos cabellos con reflejos rojizos y el semblante algo pálido; iba muy ricamente ataviado, ceñido con un coselete de raso negro, al modo de un galán de novela. Lo seguía su prometida y detrás cabalgaba conmigo el embajador español. Se celebró la ceremonia religiosa y todos participamos en la comunión; después, como era costumbre, el obispo besó en la boca al diácono, éste lo hizo con el recién casado, y él con su mujer. Cuando finalizó el banquete de bodas, todos los grandes del reino acompañaron a los novios hasta su cuarto en la posada. Como indicaba el ceremonial, las doncellas los desnudaron hasta la cintura; descubrieron su pecho y sus caderas y los tendieron en la cama. El rey de Nápoles estaba presente; en ese momento salieron las mujeres y entró un cardenal. Ambos se estuvieron

burlando de los esposos, observando con agrado su ternura y apreciando lo eficiente que se mostró el joven marido. Allí permanecieron hasta que amaneció, mofándose de lo que veían y bromeando con la pareja. Según declararon al día siguiente, habían gozado tanto con aquella batalla nupcial, que hubieran dado cualquier cosa por que los contemplara todo el mundo.

Enviaron más tarde a un criado a interesarse por el novio. La esposa declaró que estaba aún en el lecho, por hallarse muy fatigado; pero se hizo lenguas de cuánto la había complacido, y de lo bien que se había desenvuelto durante la noche. Por la tarde, estaba Jofré tan feliz que besó varias veces a Sancha delante de su corte. Todo ello lo conoció mi padre por mediación del cardenal testigo, quedando muy satisfecho con el relato. Tanto fue así, que escribió a mi hermano Juan que estaba en Barcelona, contándole que Jofré se había lucido como un valiente en la noche de bodas y, aunque sólo tenía trece años, había consumando el vínculo como un hombre hecho y derecho.

Después de dos años el papa seguía sin conocer a su nuera, así que invitó a viajar a Roma a los dos jóvenes, que se pusieron en camino. Me adelanté para atenderlos, acompañada de un séquito de catorce doncellas, dos pajes con abrigos lujosos y varios caballos cubiertos con brocado de oro. Cuando los vi llegar, Sancha montaba un corcel adornado de raso y terciopelo; vestía un traje negro de etiqueta con las mangas muy amplias, y la seguía un lucido cortejo, animado por media docena de bufones. Nos saludamos con mucha cortesía; iba yo también a caballo y me reuní con mi cuñada, esforzándome en todo momento en ser amable con ella. A mi pesar, comparaba mis cabellos dorados con los suyos oscuros y espesos. La encontré hermosísima, y he que confesar que me sentí un poco celosa, pensando que aquella divertida y alegre napolitana podía muy bien hacerme sombra; pues era evidente que perdía yo en la comparación, aunque me hubiera esmerado en mis vestidos y adornos.

Jofré parecía más enérgico y desenvuelto que cuando lo vi por última vez: estaba algo más robusto y tenía el rostro bronceado por el sol. Sin duda ella se había encargado de instruirlo en los más exquisitos secretos del amor y, sin mostrar recato, no se privaban de acariciarse ante la mirada de todos. Yo estaba inquieta; me constaba que mi padre la estaba aguardando impaciente, como un

muchacho que espera la llegada de una bella mujer.

Hospedaron a Sancha con todo su cortejo en el castillo de Santángelo. Según la costumbre la recluyeron bajo llave en sus aposentos, pudiendo trasladarse libremente tan sólo por los huertos interiores de la fortaleza. A veces se distinguía su linda figura por encima de las murallas, o en un balconcillo bajo, dialogando con los señores importantes que atravesaban el puente a caballo.

Se estaba disponiendo en su honor un festejo de bienvenida y, aún en contra de mi voluntad, no pude omitir mi asistencia a los actos. Decidí vestir las prendas más costosas que poseía, y mis doncellas rebuscaron en los cofres mis mejores joyas; hice que me peinaran las más hábiles peluqueras y ensayé en un espejo la más afectuosa de las sonrisas. Cuando estuve dispuesta, me sentí más calmada: por algo todos celebraban mi porte, y el maravilloso tono celeste de mis ojos.

En el festejo nos acomodaron en sendos cojines de terciopelo granate, bajo las gradas del trono pontificio, y vi que mi padre contemplaba desde arriba mis cabellos dorados y la oscura melena de Sancha. Durante el inacabable sermón de un cardenal, estábamos las dos tan aburridas que mi audaz cuñada me arrastró, haciéndome abandonar mi asiento. Fuimos hacia las sillas del coro donde los canónigos leían la epístola, y ambas nos acomodamos allí sin ningún recato. Más tarde, toda Roma censuró escandalizada nuestra osadía.

Por entonces llegó a la ciudad Miguel Ángel, que con sólo veintitrés años era ya un famoso escultor, pintor y arquitecto; sé que estuvo buscándome, porque le habían descrito mis encantos y deseaba conocerme. Decían que practicaba la magia y era amigo de conjuros, y que atendía por igual la llamada de Dios que las sugestiones del diablo. A ninguno de sus colegas les resultaba simpático. También el gran Leonardo de Vinci lo odiaba. Al parecer, en su juventud había quedado mutilado, por causa de un puñetazo que otro escultor celoso le asestó en la nariz. Sentía una inclinación enfermiza hacia un bello adolescente, por lo que se atrajo la repulsa de muchos, entre otros del predicador Savonarola, cuyos reproches lo abrumaban y llenaban de pánico.

Se dedicaba a la sazón a retocar su grupo escultórico de la Piedad; tuve la fortuna de verlo concluido, tres años después, y quedé asombrada por su enorme

belleza. A su llegada quiso ya entrevistarse conmigo, pero no disponía yo entonces de tiempo, pues estaba posando a la vez para dos hermosos medallones: en uno lucía el pelo suelto, con dos tirabuzones a ambos lados de la cara y sin adorno ninguno; en el otro, una redecilla exquisitamente bordada me recogía el cabello. Al final, el destino permitió que no tuviéramos ocasión de reunirnos.

AL CONTRARIO QUE CÉSAR, Jofré carecía en absoluto de autoridad. Solía acompañar a mi padre; le complacía de tal forma la música que la escuchaba con las manos unidas y los ojos cerrados, como si meditara. También componía versos, y en sus escritos utilizaba una tinta verdosa, hecha con esmeraldas finamente molidas. En las funciones religiosas que se celebraban en el Vaticano, era el encargado de preparar los libros del culto y los ornamentos para las ceremonias.

Sancha no estaba satisfecha en absoluto: a sus dieciocho años se había convertido en una belleza célebre en toda Italia y él seguía siendo un muchacho, así que no tardó en distinguir a un apuesto caballero que la acompañaba siempre. Y no sólo eso, pues la acusaban de recibir por las noches a otros individuos en sus habitaciones privadas. Jofré no podía evitar sentirse desdichado, aunque al parecer era ella tan ardorosa que satisfacía con creces las necesidades de su esposo legítimo. Él se cuidaba muy bien de quejarse, y se consolaba desempeñando el papel de jefe de un reducido grupo de soldados españoles. Frecuentaba a diario la compañía del Gran Capitán, o rondaba de madrugada acompañado de sus camaradas, aficionados como él a ocasionar pendencias en las cantinas y garitos romanos.

César, por el contrario, aunque ya nombrado cardenal, alardeaba de una gran experiencia con las mujeres; no podía ser insensible a la hermosura de nuestra cuñada, de forma que a primeros de otoño comenzaron sus amores con Sancha. Yo lo supe enseguida; era imposible no adivinar su intimidad, que sin tardar se convirtió en la comidilla de todos.

En un principio, Jofré los espiaba cuando estaban juntos; pasado un tiempo, acabó aceptando la infidelidad de su mujer. Poco a poco Sancha fue obteniendo un gran ascendiente en el Vaticano: llegó a un punto en el que evitaba la presencia de su esposo y, las pocas veces en que se les veía juntos, lo desairaba de tal forma que yo sentía verdadera compasión. Por si fuera poco, en aquellos días llegó de España mi otro hermano, el duque de Gandía; no conocía a

su nueva cuñada y, en cuanto la vio, se dedicó a seducirla. Sancha quedó fascinada por él; quizás, aburrida de César, se arrojó sin dudarlo en los brazos de Juan. No supo advertir lo peligroso de aquella actitud. Por otro lado, tenía el descaro de lamentarse porque el marido se aliviaba con meretrices. Mi padre la acusó de haberlo provocado ella misma, por lo que llegaron a enfrentarse a voces y, mientras él la colmaba de insultos, ella le aconsejó discreción, ya que dudaba que Jofré hubiera sido su verdadero hijo.

AQUELLA CUARESMA ESTABA PREDICANDO EN Roma un dominico pobremente vestido, que animaba a los vecinos a llevar a cabo penitencias y ayunos. Provenía de la comarca de Ferrara, pero había ingresado como novicio en Bolonia. Según decían, llevaba siempre un crucifijo de madera en la mano; se mortificaba con azotes y se acostaba en el suelo, en la celda más reducida y pobre del monasterio.

Se llamaba Francisco Savonarola y se había propuesto anunciar por toda Italia el inminente castigo de Dios, que superaría con mucho la catástrofe de Sodoma y Gomorra. Durante horas lo estaba aguardando un gran gentío silencioso, congregado ante el púlpito de la catedral, a fin de escuchar sus pláticas. Tenía unos ojos agudos que taladraban a la concurrencia, la boca fina y una pronunciada nariz aguileña; sus manos delicadas parecían de cera cuando repartía bendiciones y exorcismos, o cuando aplicaba reliquias de santos sobre las frentes de los endemoniados. El pueblo lo consideraba un profeta desde que predijo la invasión de Italia por las tropas francesas, y las epidemias que asolarían el país. No obstante, fuera de su cátedra se mostraba bondadoso y asequible a todos.

Me contaron que en cierta ocasión había mandado prender una enorme fogata para quemar en ella diversos escritos de mi padre, junto con obras de Petrarca y Boccaccio. Mandó arrojar también a las llamas un cuadro de Filipo Lippi, que había pintado a su amante representando a la Virgen María. Numerosos objetos usados para el carnaval fueron destruídos, al tiempo que los asistentes rezaban letanías, y en todo el lugar se alzaban himnos y aclamaciones.

Cuando visitó Roma era ya entrado en años, y en su rostro se adivinaban las mortificaciones y ayunos. Aseguraba que era el Vaticano más nocivo que los estados turcos, pues sus escándalos se conocían en todo el mundo. Añadía que, en otros tiempos, si un eclesiástico tenía hijos procuraba ocultarlo, y en cambio ahora incluso presumía de ellos; censuraba además que en los funerales se celebraran convites y fiestas en lugar de orar por los difuntos.

Sobre todas las cosas condenaba la depravación de los cardenales; pues, cuando llegaba la noche, el que no salía a jugar se divertía con su concubina, si es que no frecuentaba a varias mujeres a la vez.

A Sancha y a mí nos amenazó desde el púlpito con toda clase de castigos, acusándonos de ser falsas y perversas. Estaba yo tan alarmada que no conseguía dormir por las noches; supe que estaría unos días en Roma, y decidí entrevistarme en secreto con él. Por mediación de Perotto, un criado de mi confianza, le envié una respetuosa carta. Contestó que me recibiría en su alojamiento y allí acudí, acompañada de una de mis damas.

Recuerdo el intenso olor a humedad de la pieza, y el tufo acre que impregnaba el lugar. A poco de llegar vi aparecer un hombrecillo pelirrojo, con la barba tupida y la frente surcada de arrugas; tenía el rostro muy pálido y una mirada ardiente. Sus hábitos estaban confeccionados con el paño más tosco. Ambos permanecimos un momento de pie, observándonos; luego yo me incliné, mientras él clavaba en mí sus ojos, como si leyera en mi interior. Estuvimos hablando, sin que ninguno de los dos tomara asiento; cuando solicité su consejo, él me indicó que me alejara de la corte papal si quería salvarme. Añadió muy alterado que la lujuria había convertido el Vaticano en una mancebía, donde nadie podía mantenerse casto; las rameras acudían allí sin pudor, pues cada sacerdote tenía la suya y ni siquiera lo negaba. Yo no dije nada, pues sabía que todo era verdad. Añadió que había tenido una premonición: en un sueño reciente vio al papa sentado en su trono, y que una espada pendía sobre su cabeza, a punto de caer. Antes de despedirme insistió en que aceptara sus avisos, si no quería padecer grandes calamidades. Alarmada, yo me incliné de nuevo en silencio y, de vuelta a casa, me propuse seguir sus consejos. Pero, ¿qué podía hacer yo? En el fondo, supe que no sería capaz.

MI PADRE SE MOSTRABA ENOJADO porque, desde que el fraile comenzó a predicar, muchas familias estaban desunidas: discutían el hijo con el padre y el marido con la mujer, se enemistaban la nuera con la suegra, y hasta hubo madres que abandonaron a sus hijos pequeños para ingresar en algún monasterio. Savonarola inducía a los criados a denunciar a sus amos, y en una de sus intervenciones llegó a ordenar que a los blasfemos les cortaran la lengua.

Supe que por todas las calles de Florencia sus monjes exigían limosnas a los transeúntes, amenazándolo con palos. Grupos de adolescentes, que antes se dedicaban a la prostitución, forzaban ahora los hogares, donde arrebataban libros de caballerías, láminas con desnudos, dados y juegos de cartas. Luego los arrojaban al fuego con grandes demostraciones de alegría. Durante el carnaval, interminables marchas de penitentes sustituían a los antiguos desfiles de máscaras. No faltaban entre ellos escritores como Maquiavelo o artistas como Botticelli y Miguel Ángel. La cuadrilla infantil del dominico hostigaba a las mujeres perdidas, desocupaba los prostíbulos, y conseguía que los más libertinos se alejaran de ellos.

Las amenazas del fraile provocaban un espanto tal que el pueblo vagaba horrorizado, ya que la peste que anunció se había adueñado de Florencia, donde nadie quería ya enterrar a los muertos. Llegó un momento en que el Vaticano decidió intervenir en sus profecías y sermones, mandándolo callar, bajo pena de excomunión. Pero no sólo siguió predicando, sino que tachó al papa de anticristo, y llegó a decir que el castigo divino alcanzaría a sus hijos bastardos. No era difícil suponer que el rebelde acabaría en la hoguera.

Me sentí aturdida cuando supe por el embajador milanés que habían preparado en Florencia una gran hoguera, y consternada al conocer los detalles del proceso. Antes, para castigar ciertos delitos aplicaban la lapidación; ahora se descuartizaba a los delincuentes, exponiendo sus pedazos durante tres días, para arrojárselos luego a los buitres. Para delitos más graves, los más inflexibles seguían apoyando la crucifixión, pues consideraban esta pena mucho más larga y

dolorosa. Supe también que, al amanecer, le habían aplicado al fraile el suplicio de la garrucha, sin lograr que cediera. Luego, forzado por las torturas, llegó a admitir que no era un enviado de Dios, sino que sus profecías provenían del diablo. Al parecer, cuando lo trasladaron al Palacio Viejo iba cubierto de salivazos, bajo una lluvia de insultos y con la ropa hecha jirones. Alguien arrebató una antorcha a sus guardianes y trató de abrasarle el rostro; otro lo golpeó en la espalda, incitándole entre carcajadas a que adivinara quién lo hería. La mayoría de sus discípulos lo habían traicionado, y tan sólo dos frailes lo siguieron.

Era víspera del domingo de ramos, y las autoridades eclesiásticas acordaron establecer un juicio de Dios: de esta forma, por medio del fuego, podrían saber si los tres acusados eran o no culpables de herejía. Levantaron un estrado alto, y allí situaron dos hogueras rociadas con aceite y resina; luego, para que las llamas fueran más hermosas, se añadió a los troncos algunos puñados de pólvora. Los obligaron a subir, mientras el gentío se congregaba en torno, ansiosos de presenciar cómo se asaban y caían a trozos el religioso y sus dos compañeros. Algunos estaban persuadidos de que un milagro los rescataría del tormento; y no se equivocaron, pues sin previo aviso comenzó a llover de tal forma que el agua sofocó las hogueras, salvando a los condenados de las llamas.

Pero la Iglesia no los absolvió. Un mes después, los habitantes de Milán supieron que algo trascendental iba a ocurrir, pues advirtieron que se instalaban nuevas hogueras. Se habían alzado además tres horcas enmedio de la plaza, y a su lado ondeaban banderas de damasco amarillo. De nuevo se intentó la ejecución, y no pude evitar el horror cuando conocí los hechos: preferiría enterrar todos estos recuerdos, pero no puedo evitarlos. Al parecer, iba Savonarola con las manos atadas a la espalda y con el cráneo afeitado. Lo despojaron de las míseras ropas que llevaba, para ahorcarlo con los frailes que lo habían seguido; y, para acrecentar su dolor, siendo tan frágil como era le destinaron el último lugar, por lo que tuvo que asistir a la ejecución de sus compañeros Domingo y Silvestre. Luego subió los peldaños despacio, con los ojos bajos y en silencio, y al llegar arriba oyó su propia sentencia de muerte. Supe que en lugar de estrangularlo, como era costumbre, el verdugo se limitó a colocarle la cuerda alrededor del cuello, mientras él recitaba el credo. Me contaron que nadie podía apartar la mirada de aquel

endeble cuerpo desnudo; su ejecutor lo hizo caer lentamente para hacer el suplicio mayor y, como la muerte no llegaba, prendió el fuego sin aguardar a que muriera.

Su figura dislocada quedó suspendida en el vacío. Los otros dos ajusticiados colgaban a ambos lados, de forma que la muchedumbre pudiera distinguirlos bien. Luego arrojaron los tres cadáveres a la hoguera, hasta que las llamas consumieron los cuerpos. Aquel día, la ciudad permaneció en silencio; no se oía siquiera el canto de los pájaros ni el croar de una rana. Introdujeron las cenizas en unos recipientes que trasladaron en carretas, vertiéndolas en el río Arno para que nadie pudiera transformarlas en reliquias. Tiempo más tarde, y por causa de este luctuoso fin, toda Italia imputaría los desastres ocurridos en nuestra familia a un justo castigo de Dios.

AQUEL AÑO ACONTECIERON NUMEROSAS DESGRACIAS en el Vaticano. Mi cuñada Sancha se había propuesto atormentar a César, provocando sus celos; no rechazaba a ningún pretendiente y, además de recibir a nuestro hermano el duque de Gandía, acogía en su alcoba a varios cardenales. En Roma se decía que era nuera del papa por partida triple. No sabía que César no iba a consentir que nadie lo agraviara; y, aunque procuraba él disimular, para desahogar su cólera vagaba a solas por la campiña romana, donde espoleaba a su caballo de manera feroz.

Mi padre no se daba cuenta de lo que ocurría, y cada vez dispensaba más favores a Juan; aunque ya había demostrado su inutilidad como estratega, le asignó un nuevo ducado con varias poblaciones, a costa de los Estados de la Iglesia. Ordenó al Pinturiccio que lo retratara montado a caballo, con un turbante blanco, ya que le agradaba imitar a su amigo el príncipe Hixem y vestía como él, a la manera turca. Aparte de su intimidad con Sancha, todos se percataban de su excesivo cariño hacia mí, y pensaban que había sustituido a César en mi corazón. Aunque no fuera cierto, mi hermano mayor no hubiera podido tolerar semejante humillación.

Estaba ya próximo el verano cuando nuestra madre dispuso un gran banquete para invitar a sus hijos varones. Solían encontrarse con ella en su viñedo del Esquilino; se hallaba cerca de san Pedro in Vincoli y del palacio que mi padre había cedido a Ascanio Sforza. Hizo ella acondicionar varias mesas para la cena, que se celebró al aire libre, en un espacio cercado por un muro bajo y una tupida vegetación. Jofré se disculpó; no le era posible asistir, por hallarse indispuesto. La tarde declinaba, y ya el banquete aguardaba a mis hermanos; allí, bajo los cenadores, se acomodaron César y Juan con otros convidados. Ambos se observaron con tal odio que hubieran podido fulminarse, pero guardaron silencio y, al parecer, la cena resultó muy agradable. Estaban en los postres cuando a todos les llamó la atención que atravesara las puertas del jardín un hombre enmascarado. Era menudo y vestía de negro; se aproximó al lugar que ocupaba

Juan y le estuvo diciendo unas palabras al oído. Después de escuchar la respuesta, desapareció sin tardanza. Los presentes debieron pensar que sería el mensajero de alguna dama conocida, y mi hermano bromeó diciendo que era una meretriz disfrazada de hombre, y le proponía un encuentro con cierta señora casada.

Era de madrugada cuando los dos hermanos se despidieron de nuestra madre. Parecían haberse reconciliado, pues salieron juntos hacia las silenciosas y oscuras callejas, Juan a caballo y César cabalgando a su lado en una mula. Según supe después, se dirigían al Vaticano escoltados por varios hombres, pero en un barrio apartado Juan se desvió, pretextando una cita. Sus compañeros trataron de disuadirlo, aconsejándole que no anduviera solo por un lugar tan peligroso, a lo que él respondió con una carcajada. Luego desapareció en la oscuridad, en dirección a la plaza de los Judíos y acompañado de un solo lacayo.

Al parecer, cuando llegaron a la plaza le ordenó a su criado que lo aguardara durante una hora; si no había regresado en ese tiempo, debería regresar solo a su domicilio. En aquel instante apareció el hombrecillo vestido de negro; él lo invitó a subir sobre la grupa del caballo, espoleó luego al animal, y ambos se perdieron al trote en un callejón sinuoso.

Mientras, César había continuado su ruta hacia el palacio Vaticano, donde yo permanecía despierta. Me contó lo ocurrido y, sin saber por qué, me sentí intranquila. Permanecí un buen rato asomada la ventana, oteando a lo lejos, pero Juan no volvió. Largas redes se desplazaban por las aguas del Tíber, que espejeaba bajo el resplandor de la luna. Oí un lejano aullido y me estremecí; a veces, los lobos de la campiña romana llegaban hasta el camposanto, donde escarbaban las tumbas para devorar a los cadáveres. En las tahonas estaban ya cociendo el pan, y hasta la ventana llegaban aromas de hogaza, y el resplandor del horno encendido. Me incliné sobre el alféizar y vi que junto al río alguien había prendido una pequeña hoguera; subía el fuego vertical, crepitaba la hojarasca entre el humo y ardía con un chisporroteo de leña menuda.

***

Amaneció el quince de junio, pero mi hermano no volvía. Por la mañana el cielo estaba encapotado, y sobre el Tíber flotaba una leve neblina; dos grandes

árboles se inclinaban sobre el cauce, entre tallos de plantas acuáticas. El agua era de un verde oscuro, pasaba ondulada bajo el puente y formaba un remanso. De nuevo estuve mucho tiempo en mi ventana por ver si regresaba, mirando hacia las ondas sin verlas, y observando los oscuros edificios que se alzaban a la orilla opuesta. Desde allí distinguía el puente de Santángelo, donde se alineaban algunos puestos de mercaderes, que daba acceso a huertos familiares adornados con fontanas y columnas, y a una serie de campaniles, hermosas terrazas y edificios con pórticos de mármol, donde se alojaban los secretarios de la corte papal, los banqueros y los cambistas florentinos. Un pasaje secreto, sobre el muro de la Ciudad Leonina, enlazaba el castillo de Santángelo con las habitaciones del Vaticano.

Por el contrario, en los barrios cercanos a la margen izquierda del río, podía distinguirse la siniestra Torre de Nona, donde se mostraban a la plebe los cadáveres de los ajusticiados. Muy cerca, en los espacios que durante siglos centraran la vida de Roma, y donde un pastor había descubierto las esculturas de Rómulo y Remo, abundaban ahora las bandas de malhechores y asesinos a sueldo. Numerosas iglesias aparecían derruidas, por no haber sido reparadas a tiempo. Se encontraba allí el Campo de las Flores, antiguo campo de Marte, utilizado ahora para la venta de caballos y aves, donde en ocasiones se lidiaban toros, y se advertía siempre un repugnante olor a excrementos, a lana y sudor. Este mercado tenía fama de ser el más sucio de Roma. En los barrios pobres, en el llamado Campo de las Vacas, los rebaños pastaban junto a las ruinas de la antigüedad y malvivían hacinadas las gentes: pescadores, mozos de cuerda y prostitutas. El Palatino, que había sido núcleo de la antigua metrópoli romana, servía ahora de herbazal a ovejas y caballos; las arcaicas edificaciones se habían convertido en cerros de escombros ocultos por los matorrales, y en los puntos más bajos se formaban charcos y lodazales, que favorecían la expansión de la malaria y el cólera. Cerca del Tíber proliferaban las bandas errantes de gatos, y los mercaderes judíos exponían su pescado sobre los mármoles antiguos; lo mostraban en cestos de mimbre, y estaban obligados a satisfacer una tasa por el lugar que ocupaban. Algunos, para alcanzar la otra margen del río, atravesaban un puente de troncos; otros habían instalado sus negocios en la vía Appia, hacia la

tumba de Cecilia Metella. Pero nadie entre ellos conocía el paradero de mi hermano Juan.

***

Era jueves, y en todo el día no hubo noticias suyas, lo que me llenaba de zozobra. Viendo sus criados que no regresaba, comenzaron también a inquietarse; pero hasta la tarde siguiente nadie se alarmó en realidad, porque era normal que sus encuentros amorosos duraran varios días. Igual que los criados, trataba yo de pensar que estaría con alguna señora casada, y por eso evitaba salir de su casa en pleno día, a la vista de todos.

La noche siguiente se anunciaba una buena tormenta. Cuando nuestro padre vio que Juan no volvía, no pudo ya ocultar su agitación. Lo mismo les ocurrió a sus amigos españoles, que recorrieron las calles desiertas con las espadas desnudas, buscándolo y gritando su nombre. A su paso las tiendas cerraban, se atrancaban las puertas y ventanas, y las gentes se ocultaban en sus casas. Por fin descubrieron al palafrenero quien, herido de muerte como estaba, no pudo darles ninguna información. Luego hallaron el caballo de Juan, que vagaba por los alrededores mostrando en sus flancos las marcas de una lucha desigual, y volvieron sin tardanza al Vaticano, a fin de notificar su macabro hallazgo.

MI PADRE ESTABA CONSTERNADO. Contrató a varios nadadores para que buscaran el cuerpo; unos se sumergieron hasta el fondo del río y otros lo dragaron desde la superficie, pero aún así no dieron con ningún objeto perteneciente a mi hermano. Al día siguiente un vendedor de leña, de origen eslavo, acudió a declarar ante el gobernador de Roma. Contó que su establecimiento se hallaba a orillas del Tíber, no lejos del hospital de Santiago, y que había estado vigilándolo durante toda la noche para ahuyentar a los ladrones, que solían deslizarse en barcas bajo los puentes. Su cabaña estaba situada junto al lugar donde se arrojaban las basuras al río, en un terreno cubierto de cardos y malezas, oculta por montones de escombros y de hierros enmohecidos. Dormitaba él en una barca amarrada a la orilla, y sobre las dos de la madrugada lo despertaron unas pisadas. Entonces, a la izquierda del hospital, distinguió la silueta de dos hombres que salían de una calleja, llegando hasta el ribazo cubierto de hierba. Una vez allí, se aplicaron en silencio a inspeccionar los alrededores. Después regresaron por donde habían venido.

Algo más tarde llegaron dos enmascarados, que examinaron también el lugar. Como no descubrieron a nadie, retrocedieron unos pasos, al tiempo que hacían señales con la mano. Apareció entonces un caballero montando un caballo blanco; llevaba atravesado en la montura el cuerpo de un hombre, al parecer muerto, de forma que la cabeza y los brazos caían hacia un lado, y las piernas al otro. El recién llegado obligó a girar a su corcel, situando la grupa frente al agua; al momento ambos enmascarados descargaron el cadáver y lo lanzaron con fuerza a la corriente.

Él percibió la zambullida y vio que el cuerpo se sumergía, pero no así la capa, pues quedó flotando en la superficie. El jinete ordenó que la hundieran, y ellos lo hicieron, arrojando grandes piedras al río. La noche era tenebrosa; el caballero estuvo un buen rato observando la corriente y espoleó luego al animal, desapareciendo en la oscuridad. Mientras, sus dos compañeros se marcharon por la calle en dirección al hospital; alrededor el campo era negro, el cielo negro

también, y algunas luces parpadeaban a lo lejos.

Le preguntaron al mercader por qué no había denunciado antes el suceso; dijo él que no le había dado importancia, pues desde que tenía el almacén había visto arrojar a las aguas a más de cien cadáveres, que nadie había reclamado luego. Según él, no era extraño que una silenciosa embarcación se deslizara durante la noche, ni que bajo el puente se deshicieran del cuerpo de alguna persona asesinada.

Nunca había visto yo a mi padre tan abatido y fuera de sí. Mandó que sondearan de nuevo el río y examinaran sus márgenes. La corriente transportaba un asqueroso limo, junto con restos de pequeños animales, excrementos y mondas de frutas; numerosas carretas vaciaban el estiércol allí, y era difícil hallar unos despojos entre tal cúmulo de basuras. Otra vez rastrearon el fondo con ayuda de redes de pesca, sin que apareciera cuerpo alguno. Por fin, unos marineros que habían remontado el río toparon con un cadáver; lo izaron a la superficie y lo introdujeron en su barca, transportándolo luego hasta la altura del castillo de Santángelo; allí se detuvieron y lo depositaron en la orilla. Unos sirvientes que aguardaban les entregaron diez ducados de oro; luego le comunicaron a mi padre el espantoso hallazgo. Cuando estuvimos seguros de su identidad, y de que habían arrojado a mi hermano como si fuera un saco de estiércol, ambos creímos morir de pesar.

Quise verlo, pero no me lo permitieron, con la excusa de que estaba desfigurado. El hecho ocurrió a mediodía, el dieciséis de junio, no lejos de la iglesia de Santa María del Pueblo y cerca de un huerto perteneciente al cardenal Ascanio Sforza. Permanecía el cuerpo ataviado con sus ropas y adornos, y pronto el mercader reconoció la capa: se trataba sin duda del duque de Gandía, aunque tan repulsivo que resultaba insufrible el mirarlo. Estaba cubierto de cieno; llevaba atadas las muñecas, lo habían degollado y mostraba más de diez horribles heridas. Tanto el traje como las joyas aparecían intactos: sus guantes seguían prendidos del cinturón, conservaba en la bolsa treinta ducados de oro y llevaba al costado su magnífica espada. Era con certeza el cadáver de Juan, y estaba claro que no fue el robo el móvil del asesinato.

Lo condujeron al castillo y allí lo desnudaron, asearon y cubrieron con

prendas lujosas, y sobre ellas prendieron sus emblemas ducales. Una vez arreglado, los que pudieron verlo aseguraban que aparecía más hermoso que en vida; en el fondo, sabía yo que nuestro padre hubiera dado cien veces la suya para resucitarlo. No sólo sus amigos españoles, sino los italianos, juraban que lo vengarían; aún así, no se aguardó a que amaneciera antes de darle sepultura. La comitiva fúnebre recorrió la orilla del Tíber a la luz de las antorchas, mientras soldados españoles hacían guardia a ambos lados con las espadas desnudas. Lo trasladaron a la iglesia de santa María en unas simples parihuelas, entre lamentos y oraciones, a fin de sepultarlo en un panteón que pertenecía a mi madre. Ella lo estaba aguardando: no lloraba, tenía al parecer los ojos brillantes y fijos y afirmaba que se trataba de una equivocación, porque no estaba muerto. Aseguraba que no podían enterrarlo, porque estaba vivo. Lo habían amortajado con una sábana de finísimo lino, y pretendía que lo picaran con agujas; ella misma quería pincharlo para demostrar el error.

Aún me aflige recordarlo. La terrible noticia hizo estremecerse a toda la ciudad, de forma que las mujeres lanzaban alaridos y los niños corrían, espantados. A través de una oscura ventana del palacio Vaticano se oían los gritos de mi padre, que lloraba con desesperación. Durante una semana rehusó la comida y se negó a descansar; yo misma me encerré en mis aposentos, pues no soportaba ver a nadie. Bien sabía que los hombres, como las estrellas, habían de nacer, envejecer y luego morir; pero aquella muerte inútil y horrible no podía entenderla.

No se castigó a los culpables del crimen, ya que no fueron descubiertos; ni siquiera se conocía el lugar exacto donde ocurrió el asesinato. Aquella noche habían visto por última vez a mi hermano cerca de una cruz, en una calleja que conducía a las inmediaciones de la plaza del Pueblo. Alguien declaró haber oído un entrechocar de espadas; otro afirmó haber visto cómo unos individuos lo seguían hasta el atrio de un templo, donde quizá acabaron con su vida. Resultaba evidente que el atentado se planeó con anterioridad, y también que fue llevado a cabo por un auténtico profesional.

Muchos atribuían el crimen al enmascarado del banquete, aunque nadie parecía conocer su identidad; pero hablaban de un tal Michelotto Corella que era,

al parecer, el bazo derecho de César. Se trataba según pude saber de un bastardo valenciano, de fama siniestra, que se había convertido en cómplice y amigo de mi hermano mayor; y como era un personaje menudo, de corta estatura, pudieron haberlo confundido con una mujer. Mi padre no se avergonzó de llorar ante los cardenales la pérdida del hijo predilecto; llegó incluso a insinuar que conocía la identidad del agresor, pero nunca reveló su nombre. Recordé yo entonces que Savonarola le había presagiado grandes aflicciones si no se retractaba de sus muchos errores, y él mismo pensó que Dios lo había castigado. En Roma se extendían los rumores, y la afirmación más cruel fue la del poeta Sannazzaro, quien llegó a bromear diciendo que, como el papa había atrapado a su hijo en el río, demostró así ser pescador de hombres.

Las pesquisas continuaron: el mayor sospechoso era el cardenal Ascanio Sforza, pues el cadáver había aparecido no lejos de su casa de campo; por ello, se dispuso que la propiedad fuera registrada a fondo. No se halló nada que lo inculpara, y así quedó libre de sospechas, hasta el punto de que mi padre se vio obligado a disculparse. Acusaron también al conde de Pésaro, mi antiguo marido; pero Juan Sforza se encontraba en Milán, solicitando ayuda para rescatarme, y hubo que admitir públicamente su inocencia. La investigación resultó inútil, pues el criminal había actuado con tal habilidad que no pudieron reunirse pruebas contra él. La demora en hallar el cadáver le proporcionó una gran ventaja, eliminando sus huellas. Muchos opinaban que el duque había sucumbido a los celos de algún caballero ultrajado, y hasta se sospechó de Jofré, por causa de Sancha. Yo me indigné cuando lo supe: es más, si él mismo hubiera acudido a aquella cena, quizá también hubiera muerto asesinado.

POR AQUELLOS DÍAS EL TÍBER SE SALIÓ DE SU CAUCE y anegó los terrenos cercanos, llenando a todos de pavor. Se hablaba de un engendro hallado junto al río, al que relacionaban con la familia Borgia. Al parecer, cuando se retiraron las aguas surgió un extraño monstruo con aspecto de mujer. Tenía el brazo derecho en forma de trompa de elefante, el trasero peludo y cola de serpiente; sus pies iban armados de garras y mostraba escamas en las piernas. Otros juraron haber visto el espectro de mi hermano lanzando gemidos de ultratumba en el castillo de Santángelo. Y aseguraban que de madrugada un fantasma rondaba de ventana en ventana por los corredores del palacio, mientras una voz atormentada surgía de la basílica, y manos invisibles portaban antorchas encendidas.

Todo Roma creía en los espectros, y muchos pasaban las noches en vela tratando de escuchar los lamentos del asesinado. Atribuían lo sucedido a la intervención del diablo, pues resultaba extraño que el cadáver hubiera aparecido río arriba, y no a favor de la corriente. Por si fuera poco, una pitonisa dijo haber visto a varios demonios que rondaban por los alrededores del Vaticano. Todavía fue mayor la alarma cuando un rayo incidió sobre el polvorín del castillo. La explosión demolió gran parte de la fortaleza, lanzando grandes piedras por encima del puente y haciendo trizas el ángel de mármol que la coronaba.

Acosado por el temor y los remordimientos, mi padre consideró la idea de renunciar a su cargo y retirarse a un monasterio para expiar sus culpas; anunció grandes cambios y se ofreció a enmendar antiguas flaquezas. Quería prohibir la venta de indulgencias y castigar el concubinato de los clérigos; los cardenales serían más frugales, atendiendo durante la comida a la lectura de los Evangelios, y dando ejemplo a todos de continencia. Pero los meses transcurrieron sin que nadie modificara sus costumbres, y ninguna de sus promesas llegó a cumplirse.

Yo no quería saber la verdad, aunque sospechaba lo ocurrido: me pareció que César miraba en torno con recelo, como si aguardara que el fantasma de nuestro hermano surgiera de entre los cortinajes. Con el pretexto de unas fiebres

se ausentó de Roma durante algún tiempo; después, a primeros de julio, pidió audiencia en el Vaticano. Mi padre asombró a todos los cardenales con su frialdad, pues lo recibió muy hosco, contrariamente a lo que solía. Lo abrazó como de costumbre, pero durante su entrevista se estuvo dirigiendo a los demás, sin dedicarle a él ni una sola frase. En cambio, al día siguiente sostuvieron un largo diálogo; cuando se retiraron, el papa ordenó a sus hombres que interrumpieran las pesquisas. César abandonó de nuevo la ciudad, y no regresó durante el resto del verano.

Poco a poco, la frágil voluntad de nuestro padre lo obligó a rendirse, aun conociendo muy bien la identidad del homicida, y es que la realidad lo condenaba a callar. No se limitó a justificarlo, como solía, sino que además le transfirió los títulos de nuestro hermano difunto. Desde entonces cayó bajo su terrible influencia, convirtiéndose en su cómplice.

La verdad no llegaría a descubrirse. Mientras vivía Juan, nunca César hubiera podido alcanzar lo que deseaba; además, nadie podía sospechar los celos que abrigaba con respecto a Sancha y a mí. Con el transcurso del tiempo, yo llegaría a estar segura de la identidad del asesino. Ello ocurrió cuando César hizo matar a mi segundo esposo; pues, si no lo ejecutó con sus manos, encargó a otros que le dieran muerte.

MIENTRAS TANTO, YO ME HABÍA REFUGIADO en el convento de las monjas dominicas que me educaron; de pronto supe que era capaz de enfrentarme a la autoridad de mi familia, y que debía liberarme de aquella esclavitud. No quise asistir a las exequias de mi hermano. Cerca de las viejas termas de Caracalla se alzaba el elegante campanario de san Sixto; monté a caballo, seguida de mis damas, y allí me situé bajo la protección de la priora. Una vez dentro del monasterio me sentí más calmada, pues necesitaba meditar y ordenar mis ideas, y me dispuse a pasar largo tiempo en compañía de las religiosas. Decían en Roma que deseaba yo recibir los hábitos; pero mi padre lo negó, asegurando que él me había alentado a acogerme durante algún tiempo a este lugar tan piadoso como honesto. Pero mi retiro en el convento, asistida por mi fiel Pantasilea, no resultaría tan honesto ni piadoso como él afirmó que sería.

De madrugada permanecía echada en mi celda, escuchando el tañer de las campanas lento y acompasado; sabía que fuera no tardaría en amanecer, que sonarían el canto de los gallos y el tintineo de las esquilas. En la oscuridad de la pieza notaba una ligera claridad; escuchaba pequeños crujidos, los suspiros y los ruidos de las religiosas en sus celdas. Pero una noche tuve una pesadilla que me aterrorizó: alguien, un ser maligno, trataba de introducirse en mi cuerpo, mientras yo me defendía con todas mis fuerzas. Desperté muy agitada y prendí una luz: estaba empapada en sudor. Luego, apuntando el alba, apenas la recordaba ya.

***

El aire traía aromas a miel de la campiña romana; él había acudido a visitarme y las religiosas nos dejaron solos en el jardín. Al poco rato, algo en mi interior se alzó como un aviso: Lucrecia, cuidado. Sin poderlo evitar me rodeó, me oprimió contra el árbol; mi cabello rubio y rizoso, con reflejos de oro, se prendía de la corteza áspera, las luces me deslumbraban y su rostro me ocultaba un sol en el ocaso. Entre las pestañas, entre los párpados entrecerrados advertía sus facciones cercanas, notaba el ardor de su aliento, de sus labios contra los míos. Su cuerpo oprimía mi cuerpo, lo aplastaba contra el recio tronco. Sus dedos

exploraban mi piel en un impulso voraz. Hallaron mi carne joven, se hundieron en mi cintura, bajo el corpiño recamado de perlas.

No puedo olvidarlo: me besaba una y otra vez, besaba mis ojos, buscaba mis labios que intentaba sin fuerza retirar. Quería yo hacerme dueña de mis actos, romper aquella desconocida sensación. Sus manos acariciaron mis hombros y buscaron mis senos. La voz seguía avisándome cada vez más débil: Cuidado. No sé cuánto tiempo permanecí allí, al pie del viejo árbol que se alzaba en el extremo del jardín. Estuve inconsciente, o quizá dormida, hasta que un zumbido en la tierra me despertó. Entre las briznas de hierba del macizo florido vi un resplandor rojizo hacia poniente. Pensé haber dormido durante horas, noté todo el cuerpo lastimado y un dolor agudo que ahogaba cualquier otro dolor. El hermoso vestido que Vannozza había bordado para mí, estaba desgarrado y en desorden, y no tenía fuerzas ni voluntad para ordenarlo. Me toqué el cabello y noté que se habían enredado en él algunas hojas secas.

Me parece recuperar la visión de aquellos terribles momentos. Estuve en la misma postura algún tiempo, las sienes me zumbaban y la vegetación se incrustaba en los muslos, en las piernas, en la cintura desnuda. Sentí un escalofrío, pude incorporarme con un esfuerzo y ordené mi vestido, sacudí de la falda las ramas que se habían prendido y me apoyé en el tronco. Entonces algo como un rayo me alcanzó, y un gran temor se apoderó de mí. Quise ponerme en pie recostándome en el árbol, y las piernas no me sostenían. El sol se había retirado hacía tiempo, y un resplandor anaranjado lo sustituía arriba; una nube alargada y horizontal tenía el borde superior muy brillante. Sentí miedo, sentí frío, una gran incertidumbre, me sentía muy sola. Quise correr, gritar, pedir auxilio, y mi voz se quebró. Me asfixiaba una ira sorda, y al mismo tiempo no podía evitar un pesado sentimiento de culpa. Fue quizás aquel día cuando por vez primera aborrecí ser mujer, cuando detesté al hombre, que siembra la vida en forma irresponsable y ligera, como quien lleva a cabo cualquier otra necesidad fisiológica. Deseaba morir, darme la muerte a fuerza desear la muerte, dejarme morir sin violencia, y así traspasar el umbral. Y, sin embargo, en el fondo, deseaba vivir.

Regresé luego despacio por el sendero arenoso, entre los bustos de

mármol de los antiguos césares que mi madre había hecho trasladar desde sus propiedades hasta la huerta del convento. Deseaba encontrarme con él y temía hallarlo frente a mí. Tras un recodo, una dama con un bufón se aproximaban por el camino, y en mi aturdimiento pensé que sería alguna benefactora de las monjas. Llevé las manos a mi corpiño de terciopelo bordado, donde algunas perlas se habían desprendido. La señora me sonrió al pasar, con su rostro cubierto de finísimas arrugas, mientras el bufón, insolente, me hacía morisquetas, rematadas con una cabriola. Luego se alejó, mordisqueando una manzana que la dueña le había dado. Ella me siguió con la vista, con ojos escudriñadores.

Transcurrieron los días y, aunque trataba por todos los medios de olvidar, me sentía humillada, y ansiaba que alguien me redimiera del abismo en que estaba hundida. Por las noches me acosaban el miedo, la desesperanza y el dolor. Me preguntaba muchas veces por qué Dios había permitido una tal aberración. Luego, en el claustro románico, que había presenciado un milagro de santo Domingo de Guzmán, procuraba distraer mis sombríos pensamientos observando las hermosas columnas, y descifrando el oscuro mensaje que escondían las figuras talladas en sus complejos capiteles. Tratando de olvidar, pasaba grandes ratos conversando con sor Cecilia, mi monja preferida que usaba chapines de terciopelo y camisas de cendal. Nunca le confesé lo ocurrido, por temor a su rechazo, y procuré enterrar los malos recuerdos; pero a solas no podía alejarlos, y evocaba con más repulsión y dolor las caricias que la violencia sufrida. Perdí la confianza en los míos, mientras en mi conciencia las ideas se confundían cada vez más. No obstante, aún no era capaz de advertir los cambios que se operaban en mí.

TIEMPO DESPUÉS ME VI OBLIGADA a abandonar el convento para dirigirme al Vaticano; estaban ultimando la nulidad de mi boda con Juan, y tendría que someterme a una serie de pruebas que yo ni sospechaba. Acudí muy alarmada ante el auditorio de la Rota. Allí me leyeron la disolución del matrimonio, declarándome los jueces virgen intacta, ya que el certificado de mi esposo me eximía de una exploración por parte de médicos y teólogos. Era muy penoso tener que firmar después de lo ocurrido, pero yo así lo hice, en presencia de varios testigos.

Siempre he procurado desechar aquellos humillantes recuerdos. La proclamación de mi virginidad provocó en Roma las más mordaces críticas; todos los bromistas y bufones censuraban la excesiva ternura que me demostraban mi padre y hermanos, y que rayaba en lo carnal. Yo permanecía muda, ya que nada podía alegar, pues no era más que una criatura indefensa, a merced de sus caprichos. Desde entonces, no volví a recibir noticias de mi esposo. Años más tarde, cuando ya casi lo había olvidado, aseguró que era yo una víctima de los míos, y los hacía responsables de todas mis desdichas.

A partir de entonces, cada vez que adivinaba su cercanía se me venía el mundo encima; hacía lo imposible por no permanecer a solas con él, y me atormentaba el temor de que mi madre llegara a sospechar lo ocurrido. Ignoraba lo que debía hacer, pues el miedo a destruir nuestra familia dominaba cualquier otra circunstancia. Cada vez que el recuerdo me acosaba, trataba yo de distraer la mente con sucesos más agradables; y, como no deseaba sufrir, acabé relegando al olvido lo que podía lastimarme. De esta manera traté de ahogar la vergüenza y no afrontar mis sentimientos. Incluso, llegué a recuperar mis raíces en aquel barrio intelectual y elegante donde había vivido tantas horas dichosas y, muy a pesar mío, vibré de nuevo al unísono de la ciudad.

***

Pero no tardaron en manifestarse los síntomas de mi gravidez; poco a poco fui advirtiendo la turgencia de los pezones, los cambios físicos que se hacían en

mí. Había transcurrido más de un año desde la fuga de mi esposo y yo no podía ocultar las señales de una próxima maternidad. Todas las cautelas fueron insuficientes para disimular mi estado. Entonces recaí en un infierno solitario, en que las jornadas transcurrían lentas, sin ninguna compasión. Es un confuso episodio de mi vida que me duele evocar; días oscuros de los que sólo guardo abominables y sucios recuerdos. No puedo olvidar la aflicción que sentí cuando se confirmó el embarazo: era incapaz de evocar los días risueños en casa de mi madre, mis juegos de niña ni las risas con mis compañeras de estudios. Sentía asco de mí misma, y esta sensación me acosó durante mucho tiempo. Guardaba un profundo mutismo, no por temor a lo que pensaran los demás, sino por consideración a mi madre; no podía revelarle, sin hacerla sufrir, la forma en que se había quebrantado mi inocencia. Durante años aborrecí el color púrpura, y un día recordé que aquella tarde sus ropajes eran de este color.

Fueron noches de insomnio, y cuando lograba dormir me acometían pesadillas y ansiaba despertarme en un lugar diferente, no en el que me hallaba. Me era imposible revelar lo sucedido, y menos sus circunstancias. Para calmarme, consideraba que tal vez él no deseó actuar como lo hizo, sino que el delirio pudo más que la razón. Pero no podía dejar de temer que volviera a hacerlo de nuevo. Tuvo que ser Pantasilea, con su experiencia de la vida y la atención que me prestaba, quien me obligó a contarle lo ocurrido: conocía yo su afecto y confiaba plenamente en ella. Luego me dí cuenta de que lo sabía desde el principio, aunque ignoraba los detalles.

Fue ella quien me sugirió poner fin a mi embarazo, ya que mi deshonra nos colmaría de infamia a todos. Había que encubrirlo, y sólo restaban dos soluciones: o provocar aborto, o un parto secreto, con abandono de la criatura. Muchas en Roma apreciaban más su propia honra que la vida del niño; dejaban a sus hijos por la noche, incluso en pleno invierno, con lo que el recién nacido moría. Solían dejarlo en el atrio de alguna iglesia, aunque pudieran destrozarlo los perros. Los que sobrevivían al frío no tardaban luego en fallecer, plagados de costras y de insectos. En ocasiones los confiaban discretamente en adopción, pero a los pocos meses morían también, por desnutrición y malos tratos.

EL TIEMPO TRANSCURRÍA; era preciso confiarme a Vannozza o tomar una decisión, así que resolví ponerme en manos de mi leal sirvienta. Ella me condujo a casa de una comadrona de dudosa fama, pero con sobrada experiencia. Subí las escaleras lóbregas como quien penetra en casa ajena con intención de robar. El edificio me resultaba extraño; era una vivienda en el barrio más popular, donde prostitutas y adivinas brindaban sus servicios por unas cuantas monedas. En el zaguán no hallamos ninguna señal sobre la puerta. Experimentaba una gran inquietud, y sentía unos deseos invencibles de bajar corriendo las escaleras: había yo oído que resultaba más fácil arrancar a una criatura del útero de su madre que borrarla de su memoria. Guarecida en la oscuridad, oculto mi rostro en una mantilla de encaje y mi cuerpo en el amplio guardainfante que disimulaba mi gravidez, deseando que nadie apareciera, tiré de una campanilla que sonó lejos, en el interior. Apareció una mujer de edad indefinida, con un vestido de raso deslucido y el cabello ensortijado. Pregunté por mandonna Lozana y ella me invitó a entrar por un corredor; en un recodo al fondo vi una saleta donde aguardaban algunas mujeres, embozadas como yo.

Pude ver que el balcón daba una plazoleta bulliciosa, llena de niños desharrapados, y sin mirar a nadie me acomodé en un escabel. Me ardía la cara, no me atrevía a mirar los lados y me dediqué a observar un antiguo tapiz que ocultaba en parte el exterior, y donde la humedad y el polvo habían trazado unos corros oscuros, entre las maderas cuarteadas. El plomo de los cristales estaba desprendido y un pequeño velador con cubierta de mármol sostenía en un rincón de la pieza un florero de cristal de Venecia, con unas flores que hacía tiempo se había marchitado. Todas las señoras parecían abstraídas en sus asientos, y de vez en cuando alguien cuchicheaba en voz baja. Detrás de la puerta se oían murmullos de voces, o se percibía un leve grito, ahogado por un conjuro. Supuse que se trataba de la comadrona ocupada con alguna paciente.

Pasaron los minutos con lentitud, se oyó un chasquido dentro y la mujer de pelo rizado entró en la saleta, invitando a la siguiente a pasar. Miré de nuevo al otro lado de los cristales polvorientos y vi que el cielo estaba encapotado y una luz

extraña se reflejaba en las fachadas. Volvió la mujer, y las últimas visitantes, una señora de edad y una muchacha desgarbada, salieron tras de ella. Permanecí quieta, la mirada fija en los asientos y en sus telas ajadas, cuando algo como un agudo estilete pareció clavarse en mi pecho: consideré un trozo mío, de mi carne, arrojado de comida a los cerdos, mezclado con miles de excrementos. Por fin se abrió la puerta y la mujer de cabello rizado, con voz inexpresiva, me indicó que pasara. No lo pensé dos veces: me enderecé de un salto y, como una posesa, volví sobre mis pasos hacia el corredor; abrí la oscura puerta y trastabillando bajé los tramos de la escalera, hasta la entrada donde vigilaba mi doncella. Le indiqué que quería regresar a palacio y ella asintió en silencio; caminamos un trecho, y después de atravesar un puente llamó con un gesto al cochero que nos aguardaba.

Durante todo el día siguiente no pude probar bocado: me vencía la náusea, y no dejaron de acosarme pensamientos suicidas. Mi madre no sabía nada; tenía que evitar que lo descubriera, pues temía perder su cariño, lo que hubiera hecho mi angustia más cruel. Prefería quitarme la vida antes que seguir viviendo con aquella confusión. Llegada la noche, me las arreglé para burlar a mis criados y a mis damas. Por una escondida poterna salí a la calle oscura, atravesé la plaza dejando a un lado los arbustos y unas estatuas descabezadas, mientras el aire húmedo me penetraba hasta los huesos. Una luna pálida alumbró por unos momentos los tejados de Roma poblándolos de sombras, y yo sentí mi cuerpo deshonrado y maldito. Muchas veces, después, evocaría una y otra vez esa asquerosa sensación.

Luego me encaminé hacia el Tíber. Había un gran silencio, tras las ventanas iluminadas de los palacios se adivinaba el bullir de las fiestas, y dejé a un lado la antigua reja de un viejo monasterio. Seguí avanzando como en sueños hasta que distinguí la mancha oscura de los árboles, vi el puente y oí el murmullo del agua. Sobre el empedrado andaba con dificultad; alcancé el puente por fin, cuando la luna rompía el velo de niebla haciendo brillar las aguas profundas y trazando manchas blanquecinas en las copas de los árboles. La hierba estaba descuidada y había residuos de basura esparcidos en ella. Un fuerte hedor a excrementos saturaba el puente, mezclado con el olor húmedo del río, que

arrastraba el secreto de algún reciente asesinato cometido por venganza o por celos.

Avancé hacia el pretil, miré abajo y vi reflejarse la luna entre las ondas de un remolino, donde me pareció entrever por un instante el rostro cadavérico de mi hermano Juan. Me así con fuerza a la balaustrada de piedra, de pronto sentí en mis entrañas el frío de las aguas oscuras, y en el alma una gran desesperanza. Pensé que allá abajo me aguardaba la paz que cubriría mi vergüenza y la de toda mi familia. Estaba pensando en el hijo que ya sentía y que se agitaba en mi vientre, cuando una sombra se aproximó, sobresaltándome. Era César, que me había seguido, y me asió con firmeza de la muñeca. No dijo una palabra, pero advertí en la expresión de sus ojos oscuros que lo sabía todo; había descubierto mi secreto, y era fácil imaginar su rabia. Me desprendí y eché a correr; mientras huía, los pies resbalaban en el húmedo empedrado y mi sombra se alargaba la luz de la luna. Él me siguió de lejos.

Así volví a palacio. Alcancé de nuevo las callejas oscuras, dejé atrás los hierros del viejo monasterio y los árboles de la plaza. Me crucé con caballeros como sombras que tenían tanto cuidado en ocultarse como yo. Sentí que gracias a mi hermano había escapado un gran peligro, y huí todavía del río siniestro cargado de tétricos secretos, y del fulgor pálido de la luna. Mi madre reposaría en sus habitaciones, ajena a lo que sucedía. Una vez en mi alcoba, cuando me hundí en los suaves edredones palpé en mi cuerpo unas formas redondas y me invadió un sentimiento de culpa. Entonces decidí contárselo a Vannozza, sin revelar la identidad del padre. Temía su llanto, sus recriminaciones, pero nada de ello sucedió: en el fondo, estuve segura de que también ella lo sabía.

TUVE QUE OCULTAR BAJO LOS AMPLIOS PLIEGUES de los trajes y abrigos mi avanzada gestación; algunos sospecharon que el día en que rubriqué mi divorcio, cuando en el Vaticano me declararon virgen, ya estaba embarazada. Durante mi retiro, varios mensajeros del papa habían acudido al convento; eran casi todos españoles y uno se llamaba Pedro Calderón, aunque lo apodaban Perotto. Era el favorito del papa, al que afeitaba cada día; él me amaba en silencio, pero yo no le correspondía en absoluto. Lo conocí en ocasión de que mi padre celebraba la última misa del año: era un joven alto, de mejillas encarnadas, cabello rizoso y rostro de angelote. No era agraciado, aunque tampoco feo, y mostraba una apariencia de timidez. Resultaba desgarbado y sin gracia, como si padeciera alguna asimetría en el cuerpo, quizá las piernas demasiado cortas, o era su forma de caminar.

Durante muchos días no se volvió a ver a Perotto, y se murmuró que estaba preso por dejar encinta a la hija del papa. Otros afirmaban que César lo había perseguido con la espada en ristre por todo el Vaticano; él se refugió entonces a los pies de mi padre, que sentado en su trono había extendido su manto para protegerlo. Pero César logró alcanzarlo, de forma que la sangre había salpicado el traje, y hasta rostro papal. Supe luego que su cadáver había aparecido en el Tíber atado de pies y manos, y pocos días después hallaron el de mi fiel Pantasilea; al parecer, ambos se habían convertido en unos testigos demasiado peligrosos. Fue un doble dolor que tuve que añadir a los que ya me atribulaban.

Recuerdo que por entonces deseaba yo morirme, pues no me sentía capaz de hacer frente a tanta maledicencia. Transcurrieron aprisa los meses y llegó la hora del alumbramiento, con tanto sigilo que no confiamos en ningún médico, y menos en una comadrona. Mi madre los sustituyó, gracias a la gran experiencia que tenía en estos asuntos. El niño nació en primavera: fueron primero dolores cortos y espaciados; luego más largos, más intensos. Un sudor frío perlaba mi frente y un escalofrío recorría mi espina dorsal. Las contracciones se duplicaban, y

yo agradecía el maternal cuidado de Vannozza. Entonces se abrió la puerta de mi alcoba, y apareció el rostro anhelante de mi padre. Ella lo miró fijamente, y afirmó que la criatura tardaría en nacer, al ser yo primeriza. Al contrario que ella, le recordó, pues cuando me tuvo acabó en poco tiempo.

Las manos de mi madre eran finas y expertas. Un tirón doloroso aún más intenso que los anteriores me abrazó las caderas y el vientre, se internó luego en las entrañas, retorciendo las vísceras. Me parecía interminable y hacía manar chorros de sudor de mi frente, de mis manos asidas a las suyas. Se retiró un momento para traer jofainas con agua perfumada, y de pronto lanzó una alegre exclamación: me dijo que estaba naciendo, que iba a ser una criatura muy hermosa, y sería varón. De esta forma di a luz a un hijo natural, sin padre conocido. Lo alzó de su cuna y salió con él de la alcoba, llevándolo consigo a la capilla solitaria. Allí, sin avisar a nadie, lo bautizó en secreto con el nombre de Juan, en recuerdo de su querido hijo, el duque de Gandía. Por entonces tenía yo tan sólo diecisiete años, y mi padre ya había cumplido los setenta.

Ella misma buscó una solución para que no tuviera yo que renunciar al niño: con el mismo secreto con que lo ayudó a venir al mundo lo hizo trasladar a una aldea cercana, donde una nodriza lo estuvo amamantando durante algún tiempo. Pocos meses después, cuando ya me encontraba repuesta, pude conocer el gozo de la maternidad, pues ordenó que me lo trajeran al palacio. Además, se encargó de que la vida transcurriera desde entonces como si nada hubiera sucedido.

Mas, a pesar de su cautela, la servidumbre se percató de lo ocurrido. Pronto la noticia corrió como la pólvora, llegando a todas las cortes europeas, y fue tal el escándalo que no se hablaba de otra cosa en Italia. El propio Maquiavelo me acusó de tener relaciones íntimas con mi padre. Los poetas me llamaban hija, esposa y amante del papa; en cuanto a Sannazzaro, me trató en sus escritos como la mayor prostituta de Roma.

Yo siempre había creído que estos hechos ocurrían tan sólo entre gentes del pueblo, nunca dentro de una gran familia. La nuestra era sagrada y, si no fue siempre dichosa, al menos tenía que serlo en apariencia. Que mi padre se hubiera comportado como lo hizo, no bastaba para que renegara de él; además, por

respeto a su condición, me sentía con el deber de callar. Él no me merecía, pues había causado mi desventura; pero no lo odiaba, tan sólo me aborrecía a mí misma. Mucho después me percaté de que mi única culpa fue la de encubrirlo, pues si no lo hubiera hecho, quizá hubiera evitado desgracias futuras.

Procuraba él hacerme olvidar lo ocurrido: se mostraba amable y me obsequiaba con regalos. En su presencia sentía yo miedo y vergüenza, y optaba por bajar la mirada. Un cardenal había hecho colocar en la calle una estatua de mármol: estaba mutilada, y representaba a un hombre que llamaban Pasquino. De allí colgaban los poetas sus composiciones satíricas, donde publicaban cada día los últimos escándalos. Describían al papa como un nuevo Mahoma y lo comparaban con Nerón y Calígula: aseguraban que había abusado de mí, y que el pequeño era su hijo. Pero también me suponían amante de César, que me habría gozado y habría dormido conmigo; a César lo acusaban de fratricidio, y daban por seguras mis relaciones íntimas con mi hermano el duque de Gandía. Todos estaban convencidos del cúmulo de incestos que ocultaba mi familia. Yo me limitaba a callar, pues no deseaba que se conociera con certeza lo ocurrido.

César hizo que cortaran la lengua y la mano derecha a un hombre que se burló públicamente de nuestra familia; la mano, con la lengua atada al meñique, fue colgada de una de las ventanas de la iglesia de la Santa Cruz. Pero mi padre tomó a broma las acusaciones y no se dio por aludido, aunque los españoles no lo querían como papa, y el rey de España lo amenazó con un concilio para destituirlo.

PENSABA YO QUE EN EL FUTURO tendría dificultad en mi relación con los hombres, porque lo ocurrido en torno al nacimiento de mi hijo fue la peor experiencia de mi vida. Algún tiempo después, mi padre me llamó a su presencia y estuvimos hablando del niño; lo hicimos en valenciano, para que nadie pudiera entender lo que decíamos. En un principio, traté de echarle en cara el daño que me había infringido. Quise expresar todo el enojo y el suplicio que ocultara durante meses, y que por su culpa sentía destrozada mi vida. Le hubiera dicho que no quería volver a verlo, amenazando con revelar a todos su conducta. Pero me dí cuenta de que ello no serviría más que para agravar la situación; por eso no lo hice, y nuestra conversación versó sobre temas más frívolos.

Luego mandó venir a César y le pidió su parecer, ya que era inexcusable que halláramos una solución. No podíamos decir que el niño fuera hijo de Julia Farnesio; nadie en Roma lo hubiera creído, porque Orsino, su esposo, le hubiera dado su apellido, como hizo con la pequeña Laura. Además, Julia no se ocupaba del pequeño, mientras que yo lo tenía conmigo. Después de varias discusiones mi padre publicó una bula, en la que declaraba que el niño era su hijo, que lo tuvo de una soltera; aparecía yo como su hermana mayor, y de esa forma podría conservarlo a mi lado. Pero la murmuración no cedió, sino muy al contrario. Se vio obligado entonces a redactar una nueva bula, y en ella aseguraba que el niño era de César y de una noble señora romana. Cuando en la ciudad se conocieron las dos bulas, hubo quien dijo que yo ignoraba quién era el verdadero padre; sacaron la conclusión de que el pequeño era fruto de incesto, bien fuera del papa o de César. Al final, tuvimos que admitir que Juan era hijo mío y de un padre desconocido. Le pusimos el apellido Borgia, aunque todos lo llamarían desde entonces el Infante Romano. A toda mi familia le incomodaba su presencia; no así a Vannozza, su abuela, quien se hizo cargo de él.

***

Una vez anulado mi matrimonio con Juan Sforza, no había impedimento para que yo volviera a casarme. Había cumplido ya los dieciocho años, pero no

tenía más remedio que seguir obedeciendo. Cuando mi padre me habló de la boda, no fue para mí ninguna sorpresa; sólo, le pregunté quién era el elegido. Me contestó sin vacilar que había pensado en Alfonso de Aragón, conde de la comarca de Bisceglia, en la costa del Adriático, y aseguró que era uno de los muchachos más guapos y apuestos de Italia. Además, era casi de nuestra familia, por ser hijo natural de Alfonso de Nápoles y hermano de Sancha.

Después de dudarlo un momento le dije que estaba de acuerdo, y él me besó suavemente en los labios; tuve el impulso de rechazarlo, pero el temor y la costumbre hicieron que admitiera su caricia. Luego, me dio la espalda y se dirigió a sus habitaciones. Los labios me ardían, aspiré hondo y me quedé pensativa; no sé por qué, recuerdo vivamente que una rama se estremeció a mis pies, y que una lagartija se escurrió entre los setos. Una sombra ligera resbaló sobre la superficie de mármol: no era humo, era una nube muy pequeña y difusa. Cuando me repuse volví a mis aposentos para contárselo a mis damas. Tenía que estar contenta, porque no era un extraño para mí; además, tenía en mi contra un anterior divorcio y el nacimiento de mi hijo. Ante ellas juré que lo amaría hasta la muerte; no podía sospechar entonces la trascendencia de aquellas palabras.

ALFONSO VINO A ROMA EN EL MES DE JULIO; se presentó casi en secreto, silenciosa y tristemente, sin ceremonia alguna. Enseguida se dirigió al palacio de Santa María in Pórtico. Yo lo estaba aguardando en el jardín, donde los macizos habían sido cuidadosamente recortados al estilo francés. En unas pocas fechas las rosas habían parecido estallar, y ostentaban una gama de tonos cálidos: las había de color encarnado, pequeñas y apretadas y otras de té, en delicados amarillos. Algunas parecían de seda y otras de terciopelo, y había entre ellas capullos blancos y nacarados. Muchas estaban deshojadas y sus pétalos sobre la tierra húmeda; otras, menudas y amarillas, pendían de los árboles. Todas punteaban el jardín, superponían sus colores sobre el verde jugoso de las hojas. Los tallos eran finos y oscuros, de color granate, y sostenían capullos menudos y verdes, a punto de convertirse en flor adulta.

Por fin llegó mi prometido: lo vi aproximarse, observé su figura esbelta enfundada en un traje oscuro, y noté cómo latía mi corazón. Su presencia me impresionó, y sobre todo me gustaron sus ojos. Era tanta mi alegría que, en cuanto lo vi, supe que seríamos felices. Me habían dicho que era caballeroso y amable, y desde el principio estuve segura de la sinceridad su amor. Muchas veces en mi vida evoqué aquel momento: ya no me sentía sola, y a su vista empecé a recuperar mi perdida confianza en los hombres. Y, aunque él conocía la existencia de mi pequeño Juan, no me la reprochó entonces, ni nunca lo haría.

Al día siguiente fue la presentación oficial. Me sentía cada vez más feliz con aquella alianza: estaba fascinada, y a la vez asustada, mientras contaba los días que faltaban para nuestra boda. Había que arreglar el palacio para la ceremonia; me probé el vestido de novia y en el espejo vi reflejados mis cabellos rubios, mis ojos azules y alegres. Luego observé el retrato que el Pinturiccio me había hecho, y me comparé con la copia: sin duda, yo salía ganando.

Mi padre quería que asistieran al acto, además de la familia, representantes de las más ilustres estirpes y los artistas más famosos de Italia. En aquellos días me hicieron numerosos regalos: vajillas muy ricas, vasos de vidrio

realzados con oro y esmaltes, así como objetos de ámbar, de coral y nácar. También llegaron modernos relojes, y mosaicos hechos con plumas de las Indias. Mi prometido recibió aguamaniles de oro y plata, copas hechas con huevos de avestruz, colecciones de colmillos de marfil, y varios astrolabios con otros instrumentos matemáticos.

Nos casamos el día primero de agosto. La boda se celebró en los aposentos Borgia, y esta vez asistieron muchos invitados. Mi hermano Jofré y yo abríamos el cortejo, seguidos por nobles y damas. Yo estaba temblando. No quería pensar en otra cosa que no fuera en mi felicidad y subí las amplias escaleras escoltada por mis pajes, que me alumbraban con palmatorias de plata. César fue el encargado de acompañar al novio; montaba un caballo morisco, con los jaeces esmaltados, y en la mano portaba una lanza, con una bandera que Sancha le había regalado. A su lado, mi prometido llevaba la hermosa cabeza descubierta, mostrando los cabellos dorados; vestía un traje de terciopelo rojo, y sobre el pecho lucía una triple cadena de oro. Nuestras miradas se cruzaron; se inclinó un momento ante mí y yo agradecí su homenaje. Los seguían doce caballeros, y venían a continuación más de cuarenta carros cargados de regalos.

Los cardenales me ofrecieron piezas magníficas de oro y pedrería. Todos admiraron los trajes y tocados de las damas y de los caballeros, así como los espléndidos regalos que me habían hecho mi padre y mis hermanos. César y mi cuñada Sancha estuvieron danzaron juntos; sin ningún disimulo él se sentó luego en sus faldas y le dirigió requiebros y palabras cariñosas. Mi hermano había organizado una corrida de toros; los españoles habían llevado a Italia la fiesta de los toros en el siglo anterior, pero se hicieron más corrientes desde que mi padre fue nombrado papa. A esta asistieron más de diez mil personas y Sancha la estuvo viendo desde un palco, con su marido y sus doncellas. Duró el espectáculo hasta las doce de la noche: corrieron ocho toros, y César mató dos. Al primero le atravesó el cuerpo de una fuerte lanzada. Mudó de caballo, y para enfrentarse al segundo dejó la lanza y tomó la espada. Después de correrlo media hora entre grandes aplausos, le asestó tal cuchillada en el pescuezo que le cortó la cabeza de un tajo.

Se hizo muy tarde, y nos dirigimos a través del jardín a la sala del banquete,

donde sonaban violines y flautas. A la cena siguió una montería, organizada por mi hermano: él vestía de raso amarillo representando al unicornio, símbolo de pureza y lealtad. Jofré se vistió de león, y otros comensales lo hicieron de ciervos, cisnes, jirafas y zorros. Se cambiaron luego de ropa para asistir a la danza, y yo hubiera deseado que el baile no acabara nunca. Así estuvimos hasta que amaneció; no estaba yo acostumbrada a beber tanto vino, y me sentía mareada. Al hacerse de día, le sirvieron un desayuno a mi padre; él se despidió de nosotros y, cuando los dos nos fuimos a casa, ya había salido el sol. Me parece estar reviviendo aquellos instantes: nos alojamos en el palacio de Santa María, y al día siguiente todos sabían que se había consumado el matrimonio. Yo estaba radiante, y mi padre muy satisfecho.

HE DE MENCIONAR QUE LAS FIESTAS duraron ocho días. El domingo, día cinco de agosto, después de la misa almorzaron todos en mi casa, y fuimos luego al Vaticano. Mi padre nos estaba aguardando en la sala de los Pontífices, y allí danzamos de nuevo durante tres horas. Yo no traía en la cabeza sino mis hermosos cabellos atados por detrás y derramados por las espaldas, y un joyel en la frente con diamantes muy grandes y de mucho resplandor; llevaba sobre el pecho un rubí de un valor incalculable, que pendía de mi cuello con un hilo de oro, y sobre los hombros una mantilla de terciopelo sembrada de gruesas perlas.

Trataba yo de apartar de mi mente cualquier enojosa circunstancia. Cuando llegó la hora de cenar, subimos arriba y comimos espléndidamente. Lucía en los aparadores una rica vajilla. Eran las ropas de los servidores de brocados blancos y negros, y llevaba mi padre un bastón de oro macizo con el puño de esmalte, donde estaban representadas las armas de los Borgia. Le regaló a su yerno una serpiente toda de oro que se mordía la cola, cubierta de piedras preciosas, y en los ojos dos gruesos rubíes. Mi cuñada Sancha no cenó, porque tenía que servirle el vino a su suegro, ayudada por el copero.

Me parecía estar soñando: el lunes nos lo pasamos durmiendo juntos, y cuando despertamos el martes era la misma hora en que nos habíamos acostado la víspera. Ese día, César dio en nuestro honor una fiesta, donde se repitieron la cena, el baile y otras muchas diversiones; se celebró en el Belvedere, que eran la casa y huerta de placer del palacio. Duró hasta el amanecer, y entonces mandó mi padre que cada cual se fuera a su posada.

No dejó de darnos fiestas, pues no le faltaban las ganas de divertirse. Solía llevarnos de caza con él; volvía cansado, pero llevando triunfalmente ciervos y otras piezas, que mostraba en los balcones del castillo de Santángelo. Hablaba con las máscaras del puente y se reía con sus chistes soeces. Mi segunda boda me hizo olvidar las tribulaciones pasadas, y me sentía totalmente feliz. Era mi esposo de sangre real y tenía un título de nobleza; además, sus modales corteses y su carácter dulce lo convertían en la antítesis de César. Todo presagiaba un matrimonio lleno de venturas; pero ignoraba yo que mi hermano preparaba ya su

revancha.

Estaba embarazada de tres meses cuando se celebró una cacería en una viña de mi padre. Allí eché a correr, animando a mis doncellas a que me persiguieran; pero en una cuesta se me trabó un pie, se salió mi chinela y caí, arrastrando sobre mí a una doncella. A consecuencia de la caída me desmayé, y cuando me trasladaron a palacio aborté de una niña muerta. Aquel contratiempo nos entristeció mucho; para consolarnos, mi padre aseguró que no tardaría en quedarme embarazada de nuevo, ya que ambos éramos jóvenes y estábamos muy enamorados. En efecto, no habían pasado dos meses cuando ya estaba encinta otra vez; eso pareció alegrarlo mucho, pues seguía yo siendo la niña de sus ojos.

Poco después el cardenal Ascanio, recordando el ejemplo de su pariente Juan Sforza, le advirtió a Alfonso de los peligros que podían venirle de César. A primeros de agosto, estando yo en el sexto mes de mi nuevo embarazo, mi esposo abandonó el palacio muy temprano para asistir con sus hombres a una partida de caza. Se despidió hasta la noche, y el reducido grupo cruzó el Tíber, desapareciendo tras una arboleda. A la hora prevista, ni Alfonso ni sus hombres habían regresado; también mi segundo marido se había visto obligado a escapar de Roma, pues supo que los esbirros de mi hermano lo buscaban para matarlo. Algunos días después, en una carta me rogaba que me reuniera con él; no quería que nuestro hijo naciera rodeado de las intrigas romanas. Yo no dejaba de llorar; estaba decidida a huir y un plan había empezado a dibujarse en mi mente: era osado, tanto que me provocaba escalofríos. Con la complicidad de una de mis doncellas, proyectamos cambiar nuestras ropas; con la ayuda de varios criados abandonaría la ciudad en un coche, para dirigirme al encuentro de Alfonso. Tenía que disimular mi alteración, y me vi obligada a sonreír ante los míos mientras llevaba a cabo mi propósito.

Pero no fue tan fácil: me tenían demasiado vigilada, y no pude vencer las trampas que me tendieron; así que hube de someterme hasta que se calmaran los ánimos. Después de muchas discusiones, mis promesas de regresar pronto parecieron convencer a César, y se me permitió reunirme con mi esposo. Pensando en mi embarazo, mi padre me había regalado una preciosa litera forrada de raso; llevaba

una butaca acolchada y varios almohadones, y un escabel para apoyar los pies. Un bellísimo dosel me protegería del sol ardiente del verano. El cortejo caminaba lentamente. Sentada en mi silla dorada salí de Roma por la Vía Flaminia, tardé seis días en franquear la distancia y a través de las colinas de Umbría entré en la población de Spoleto que, rodeada por un sombrío bosque de encinas, semejaba un nido de águilas. Pasé bajo los arcos triunfales que se habían alzado en mi honor, recibí los cumplidos, crucé la ciudad y subí a la ciudadela, donde me estaban aguardando. Se trataba de una austera residencia, construida por los lombardos y situada sobre una colina; me condujeron al patio de armas y seguí luego caminando hasta el lugar más alto del castillo, donde me recibió una corte de honor. Mi padre le había pedido a Alfonso que viajara pasando por Foligno y que después regresara conmigo a Nepi, donde él nos aguardaría, a fin de poner también esa villa a mis órdenes. Al día siguiente llegó mi marido a Spoleto.

Puedo asegurar que en mi segundo matrimonio conocí la felicidad, pues los días de nuestro idilio en Spoleto fueron los más dichosos de mi vida. La belleza y juventud de mi marido, y el ardor con que nos amábamos, me hicieron olvidar las desdichas pasadas. Era maravilloso salir a cabalgar por los alrededores y volver ya de noche, entre el galope de los caballos y el clamor de las trompetas, felices de sentirnos cansados y deseando reposar juntos. Hasta llegué a sentir afecto por Sancha, que ahora se había convertido en mi doble cuñada.

PRONTO COMENZARÍA EL NUEVO SIGLO, y aquel año iba a celebrarse el jubileo papal. Muchos penitentes acudirían a Roma para recibir el perdón, acusándose públicamente de toda clase de pecados donde sobresalían los delitos contra la honestidad: desde exhibicionismo ante doncellas y menores, hasta incestos y violaciones. Para dar más brillantez a los actos se hicieron derruir viejos edificios y se trazó una nueva calle, la Vía Alejandrina, que recorría el espacio entre Santángelo y el Vaticano y facilitaba el acceso a los recién llegados. Se pintó en el techo de santa María la Mayor el toro de los Borgia, y mi padre le encargó a Bramante representar las armas de nuestra familia en la basílica de san Juan de Letrán.

Un astrólogo le había recomendado la mayor prudencia durante este año, que podría resultarle nefasto. De toda Europa llegaron grandes personajes a Roma; entre ellos conocí a Nicolás Copérnico, quien se escandalizó por las costumbres de la corte romana. Según me dijo, se veía obligado a marcharse para seguir siendo cristiano, pues después de ver la forma en que vivían los prelados se hallaba en gran peligro de perder la fe. Mi esposo y yo habíamos sido convocados también para celebrar el acontecimiento, y he de decir que Alfonso acudió al Vaticano como el cordero al sacrificio. Quince días después dí yo a luz a un pequeño, que vino al mundo a primeros de noviembre, en el palacio de Santa María. En un principio no lo deseé; estaba asustada, pues una de mis damas acababa de morir de parto, y temía yo un accidente mortal. Fue una de las ocasiones más turbadores de mi vida. Ya había nacido el niño cuando sentí salir la placenta: era algo suave que se deslizaba, algo resbaladizo y blando que se me escurría. Entonces Vannozza apoyó su mano en mi vientre, haciendo presión; al mismo tiempo, dos comadronas colocaron una batea entre las piernas y la placenta terminó de salir, bañada en una sangre roja y fluida.

En cuanto lo tuve en mis brazos quise mantenerlo a mi lado, en una cuna suntuosa que habíamos preparado para él. Luego se organizó el bautizo. Yo estaba un poco pálida y aguardaba en la alcoba tapizada de terciopelo azul,

sentada en mi lecho de raso listado de oro. Diez cardenales se reunieron en la capilla del palacio, llena de brocados, de forma que no se veían los muros a fuerza de adornos; pasaron luego a la Sixtina, que estaba adornada con frescos de Botticelli y Perugino. Los precedían los escuderos armados del papa, músicos con tambores y pífanos, y los seguían varios pajes con la palangana de oro, el salero y el jarro para la ceremonia. Asistieron todas mis doncellas, que para ver mejor al recién nacido ocuparon los estrados en sus primeras filas, mientras que los prelados tuvieron que sentarse en las últimas. Sostenía a mi hijo el capitán Juan Cervillón, un español de nuestra confianza; al recibir el agua del bautismo el niño comenzó a llorar, pero los tambores sofocaron su llanto. Lo llamamos Rodrigo, nombre de pila de mi padre. Desde entonces, el Infante Romano iba a tener un compañero de juegos

El pequeño era muy lindo, aunque en un principio fue endeble de salud. Torcía uno de sus ojos, tan bonitos como los míos, y del mismo color; tenía un ruido en el pecho y, por más que lo intentaba, no conseguía verlo engordar. Como mis pezones eran demasiado pequeños, se llenaron de grietas. Cuando tenía que alimentarlo me ponía a cuatro manos en la cama, con los senos colgantes; colocaba el niño sobre el edredón y lo amamantaba en las posturas más difíciles, para aliviar el dolor que me quemaba desde los dedos de los pies hasta las sienes, subiendo por la columna vertebral. La sangre que mamaba se volvía negra como pez en su pequeño estómago. Lloraba de hambre cuando era su hora, yo acercaba el pecho a su boca con terror y él lo agarraba con una fuerza increíble en un cuerpecillo tan menudo. Mordía yo pañuelos o el embozo de la sábana, mientras la grieta del pezón se extendía en redondo, como si un cuchillo lo hubiera rasgado. La naturaleza lo había hecho pequeño, pero la criatura ahora se encargaba de volverlo a un tamaño normal. No tenía yo bastante leche, y tuve que buscarle una nodriza. Luego, poco a poco, el niño se fue fortaleciendo y, cuando en las epidemias muchos pequeños enfermaban, él permanecía sano. Además era vivo y simpático, por lo que me colmaba de felicidad.

A mi marido lo quería de veras: personificaba para mí la juventud y el verdadero amor. Me hizo conocer la pasión: con él, mi lecho dejó de ser un lugar solitario. Sus caricias eran las de un amante, y hacían que me sintiera cómplice de

sus juegos. Empecé el año santo jubilar asistiendo a san Juan de Letrán, llevándolo a mi derecha; nos seguía un cortejo de cien personas a caballo, damas y señores de la nobleza romana. Montaba yo una jaca ricamente enjaezada y, al cruzar el puente de Santángelo, vi que mi padre estaba sentado en una ventana del castillo para verme pasar.

En el mes de febrero hizo César su entrada triunfal en Roma. Tenía veinticinco años, y al parecer había tomado como modelo para su aspecto y actitud al propio Julio César. Vestía en la ocasión un traje de terciopelo negro, adornado con una sencilla cadena, y lo precedían Jofré y Alfonso de Bisceglia, mi marido, que hacía suspirar a su paso a todas las mujeres. Los hombres de a pie llevaban cascos de hierro y jubones rojos y amarillos, con las armas de César. Los acompañaban más de veinte gruesos cañones; los seguían doscientos suizos, todos de negro y con gorras de plumas, y cerraban la comitiva cincuenta escuderos vestidos del mismo color.

Mi hermano llegaba para celebrar el jubileo. Había tomado el castillo de Forli, donde vivía Catalina Sforza, sobrina de Ascanio y Ludovico el Moro; ella se mantuvo en primera línea junto a sus soldados, defendiendo la fortaleza con armadura y una espada en la mano. Al final César la tomó prisionera y la instaló en su casa; además de obligarla a acostarse con él, según se decía le hizo sufrir toda clase de humillaciones. Más tarde, para conducirla a Roma, la amarró con cadenas de oro. Fue un milagro que esta mujer escapara a la muerte; a su llegada le destinó mi padre como prisión el palacio de Belvedere y, tras un intento de evasión, hizo que la trasladaran al castillo de Santángelo. Luego, tras año y medio de cautiverio, le permitió refugiarse en la ciudad de Florencia.

Mucha gente acudió a saludar a mi hermano. Al llegar se postró ante mi padre; él lo obligó a levantarse, lo tomó entre sus brazos y lo besó afectuosamente en la boca. Después de estar un rato conversando con todos nosotros se retiró a sus habitaciones; ocupaba un pabellón para él solo en el jardín, sobre los apartamentos Borgia. Al momento volvió, y puso en mis manos un objeto envuelto en terciopelo rojo: lo abrí sin tardar, y vi que era su retrato, hecho por un famoso artista. Observé en la pintura su alta frente, el rostro cetrino, sus cejas alzadas, las largas manos y su mirada oscura, el pelo negro como ala de cuervo. Se lo

agradecí con un beso, pues no conocía entonces sus verdaderas intenciones.

Ocupó luego una residencia que era una maravilla, situada entre el Vaticano y el castillo de Santángelo. La había decorado Pinturiccio en su honor, y allí se celebraron numerosas fiestas, mascaradas y bailes. Mi hermano nos veía a diario a mi esposo y a mí, tan jóvenes y enamorados que empezó a sentir celos; además, mi padre no disimulaba su predilección hacia ambos, y a César parecía disgustarle también la forma cariñosa en que se dirigía a su nieto. Desde entonces Alfonso estuvo condenado: mi segundo marido iba a tener un horrible fin.

UN DÍA VI EN PALACIO A UN HOMBRE que llamó mi atención: era menudo, representaba unos veinticinco años y su rostro tenía una expresión difícil de explicar, entre huraña y cruel. Me interesé por él, y me dijeron que se llamaba Michelotto Corella. Su ceño era severo; no sé por qué, sus manos parecían cargadas de tendencias siniestras. Poco tiempo después coincidimos en una fiesta y se explayó conmigo, mientras sus dedos pálidos asían el puño de su daga. “Se me perdonará mi vanidad -me dijo-, pero soy el mejor amigo de César Borgia, y eso es importante. Acataré siempre sus órdenes, aunque tenga que matar a mi propia madre”. Yo lo escuché horrorizada, y me aparté de él; todavía no puedo recordar sus palabras sin estremecerme, porque fueron un anuncio de lo que ocurriría después.

Según pude saber, era su confidente y su hombre de paja. Al parecer no distinguía el mal del bien, y utilizaba sin ninguna piedad lo mismo el veneno que el ahorcamiento o el puñal. Una vez alguien le preguntó qué sentía al matar a sus víctimas, y él contestó que no tenía tiempo para remordimientos. Pude darme cuenta de que amaba carnalmente a mi hermano; no quiero afirmar que él le correspondiera, aunque tampoco lo contrario. Se decía que los apetitos de César no se detenían ante ninguna frontera. Muchos de sus amigos se emplumaban como faisanes; lo mismo se hacía acompañar por meretrices que por bellos adolescentes, a los que espiaba sin ningún disimulo, de forma que mi padre tuvo que ordenarle que no se desmandara con los jóvenes pajes.

Había llegado al Vaticano un joven fanfarrón y elegante que, según decían, era el rey de la moda en Europa. Mi hermano le estuvo mostrando los tapices y mármoles preciosos, las hermosas pinturas al fresco y los retratos de familia, y lo hospedó en la más hermosa de las habitaciones Borgia. Tenía fama de ser muy experimentado en la cama, y los criados aseguraban que César se citaba con él en su cámara. Pero ello tampoco le impedía perseguir a las jóvenes novicias hasta sus celdas, para deshonrarlas y disfrutar de ellas.

***

No era posible tener menos vocación religiosa que la que César poseía. Nunca sintió inclinación por el sacerdocio, aun siendo obispo de Valencia, pero conservaba este cargo que le rentaba veinte mil ducados de oro. Mi padre soñaba con que fuera cardenal, e incluso papa, pero él ambicionaba algo muy distinto. Salía de caza vistiendo traje laico, armado y con ropas de seda, y todos tomábamos a broma su pequeña tonsura. Siempre fue maestro en las intrigas cortesanas, siendo sus verdaderas aficiones la política y el ejercicio de las armas. Para borrar su deshonor como bastardo lo habían declarado hijo legítimo de Vannozza y su marido; de esta forma se limpiaba su origen, y pudo ser nombrado cardenal. El mismo día fueron proclamados Hipólito de Este y Alejandro Farnesio, un joven tan sensual y libertino que el pueblo lo llamaba el cardenal de las enaguas.

César iba medrando poco a poco, haciendo una vida cada vez más libre, hasta que mi padre no tuvo más remedio que librarlo de su condición sacerdotal. No volvió a lucir sus ropas cardenalicias en el Vaticano; en cambio, recorría las calles de Roma en traje de montar, y vivía en su palacio del Trastévere con una muchacha siciliana llamada Fiammeta, que se había traído de Nápoles. Empezó con ella y siguió con numerosas meretrices. No obstante, en una ocasión le confió a Marietta, que era mi doncella y confidente, no haber amado nunca a otra mujer que no fuera yo.

En Roma lo acusaban de haberse abandonado en brazos del demonio, y algunos juraban haberlo visto con él; no se trataba al parecer del gran cornudo maloliente, sino de un gentilhombre vestido de seda, a quien solía invitar a su mesa. En una ocasión, me contó una criada que habían visto a un hombre de fuego yendo y viniendo por su casa; al mismo tiempo se oyeron gritos y entrechocar de armas, y después los ladridos de una jauría furiosa. Un gran ciervo entró en su despacho para refugiarse, pero allí mismo los perros lo alcanzaron y le dieron muerte. Según decían, el diablo le había enseñado un truco para llenar su despensa: bastaba con que abriera la ventana y pronunciara los nombres de los más exquisitos manjares, para que acudieran sin tardar a su mesa. Yo nunca lo vi hacerlo, y pienso que se trataba de habladurías.

Sí que es cierto que él y los suyos cabalgaban ocultando los rostros con

antifaces: asustaban a los transeúntes, volcaban los cubos de basura y forzaban doncellas y casadas. Seguía siendo insolente y seductor; poseía cierta elegancia que no puede aprenderse y unas facciones aristocráticas; pero ante todo aborrecía atarse con ninguna mujer. Ambicionaba ser caudillo de las tropas del papa y unir los territorios de Italia, que estaba dividida en pequeños estados y señoríos. Cuando mató a Juan no lo hizo para casarse con Sancha de Aragón, ya que el mismo Jofré se la hubiera cedido; más bien, ella le hubiera supuesto un estorbo, pues eran más altas sus aspiraciones.

DURANTE AQUEL INVIERNO, César se entregó a los ejercicios físicos que tanto le agradaban: peleaba a puñetazos con sus hombres, corría toros, participaba en justas a caballo y comía sin moderación; no obstante, antes de salir el sol se sentaba a diario a su mesa de trabajo, y despachaba los asuntos de los nuevos Estados que iba conquistando. En su escudo llevaba ahora el ambicioso mote de “O César, o nada”, y a los veinte años ya había gustado todos los placeres. Trataba de imponer su voluntad a mi padre, que lo había nombrado defensor de la Iglesia; le concedió la Rosa de Oro y, para pagar a sus soldados, utilizó las ofrendas donadas por los fieles con motivo del Año Santo. Estoy convencida de que quería convertirlo en rey de Italia ya que, según decía, el país era como una alcachofa que había de comerse poco a poco.

Fue por entonces cuando César conoció a Maquiavelo. Desde que se vieron en una sala del castillo de Urbino, ambos supieron que se iban a compenetrar. Maquiavelo era florentino, y había nacido entre el Puente Viejo y el palacio Pitti. Tenía una mirada astuta y un rostro sagaz, y escuchaba las conversaciones sin perder una sola sílaba. Opinaba que un verdadero príncipe tenía que ser falso y desleal, raposo y león al mismo tiempo; además debía ser inteligente, valiente y tortuoso.

Siento reconocerlo, pero con ello parecía haber hecho el retrato de César; pues cuando mi hermano aparecía todo el mundo temblaba, sin que hubiera ningún noble seguro si él había puesto los ojos en sus posesiones. El asesinato constituía para él un hecho normal, pues a los veinte años ya había mandado envenenar a varios cardenales. Pero le incomodaban las reverencias, la curiosidad que solía despertar, y hasta creo que sentía nostalgia de la vida que hacían sus soldados. Desde siempre había formado parte del grupo de clérigos medio italianos, medio catalanes, más aficionados a las mujeres y muchachos que a los oficios divinos. Durante todos estos años buscó las riñas en plazas y callejas, donde se acostumbró a oír los gritos de las doncellas violadas y los gemidos de los degollados.

Además, cada batalla lo hacía más rico, y en su palacio acumulaba el producto de los saqueos. Gran parte de sus hombres eran ignorantes y burdos, y cabalgaban armados de puñales y ballestas. Le oí decir que odiaba a sus víctimas porque le obligaban a matarlas, y que no podía hacer otra cosa. Sus mercenarios asolaban el país con sus correrías; no solían mantener grandes combates, pero los asaltos y pillajes eran constantes. A estos aventureros se les llamaba en Italia "condottieros" y no eran más que simples mercenarios que se alquilaban al mejor postor, cambiando de enemigo de la noche a la mañana. Me afligía el saber que en algunas ciudades sorprendían a los habitantes durmiendo, y él les ordenaba incendiar las casas y torres. Para distraer a los suyos en los ratos de ocio, había hecho fabricar fantoches vestidos con ropas de hombre; los colocaban de pie entre los árboles y, cuando ellos disparaban, una falsa sangre brotaba de las heridas. Algunos ataques a míseras aldeas duraban semanas, y en ellos no perdían ningún soldado, si no era algún capitán aplastado por el peso de su propia armadura; luego, sus hombres violaban y mataban por puro entretenimiento. Supe con horror que, en alguna ocasión, las mujeres llegaron a arrojarse desde las murallas para evitar que las forzaran.

No hay que ignorar que de muy niño le pronosticaron que moriría pronto, y por eso trataba de sacarle todo el jugo a la vida. Se introducía en todas partes, acechaba las menores palabras y gestos, vigilaba el sueño, fiscalizaba los amores: así, un caballero español apareció muerto en la hostería del León de Oro, besando mi retrato. Condenó a muerte a Ramiro de Lorca, uno de sus más fieles servidores; al amanecer, la gente descubrió sobre una estera el cuerpo decapitado, completamente vestido y con las manos enguantadas. Cerca del cadáver, la cabeza se hallaba clavada en una pica; al lado podían verse el hacha del verdugo y un tajo ensangrentado.

Para llevar a cabo sus fines contaba con una legión de espías, que controlaban desde las habitaciones privadas de mi padre a la vivienda del último patricio de Roma. Acompañaban a su ejército mercaderes, sacerdotes, literatos y músicos, y mujeres que por poco dinero distraían a sus soldados. A las órdenes de Michelotto, sus guardias vestían jubones y capas cortas de terciopelo carmesí, bordadas con hojas de oro. Los cinturones y empuñaduras de las espadas estaban formados por escamas de serpiente; las hebillas ostentaban el toro de los Borgia, y simulaban cabezas de víbora apuntando con la lengua hacia el cielo.

Por entonces, Leonardo de Vinci se presentó también ante César para ofrecerle sus servicios. Aunque tenía unos cincuenta años lucía ya una larga barba plateada. Había nacido en el pequeño castillo de Vinci; trabajó como ingeniero para Ludovico el Moro, y en tiempos de paz había construido para él acueductos y edificios públicos. Según decían, era zurdo y escribía de derecha a izquierda, como los hombres de oriente; practicaba como nadie la música y, sobre todo, era un magnífico pintor. Construyó para César puentes y canales, y además máquinas de guerra, tales como cañones y catapultas. Lo acompañaba siempre en sus batallas como ingeniero y arquitecto; estudiaba el desagüe de las ciudades conquistadas y trazó los planos de su nuevo palacio. Al mismo tiempo, trataba de inventar artilugios que permitieran a los hombres volar. Sé que mi hermano lo respetaba, pero no sentía ningún afecto por él

El ejército de César se puso en movimiento durante el Año Santo, ya que sus astrólogos le habían indicado que era éste el momento favorable para hacerlo. Nadie podía resistírsele: embaucaba a sus víctimas igual que el basilisco, con un dulce silbido. Tras la conquista de Faenza, dos jóvenes y hermosos príncipes se le rindieron, y se pusieron en sus manos; eran tan bellos que, según se decía, no se hubieran podido hallar otros semejantes en Europa. Se llamaban Astorre y Evangelista Manfredi. Él los tomó como rehenes; se los llevó a vivir consigo, y poco después se comentaba que los había seducido. Tras someterlos a numerosos ultrajes se cansó de ellos y unos meses más tarde, a primeros de junio, los barqueros del Tíber llevaron hasta la orilla los cadáveres de los dos hermanos. Al parecer los habían estrangulado y los lanzaron al río con una piedra al cuello, amarrados los brazos. A nadie le extrañó pues, según Maquiavelo, para un conquistador no había otra elección que acariciar o eliminar a sus víctimas. Yo, en cambio, me resistía a juzgarlo capaz de tantas atrocidades, aunque al final acabé convenciéndome de su extrema crueldad; fue cuando su mano me golpeó en lo que más amaba.

Uno de sus favoritos intentó robarle, huyendo después; no tardaron en capturarlo, y su muerte pasó por suicidio. A otro lo hallaron en el río, encerrado en un saco. En una ocasión sus soldados entraron en un pueblo vacío; sólo hallaron a unos ancianos allí, y los colgaron de los brazos sobre un gran brasero, a fin de que confesaran dónde habían guardado sus riquezas. Como no pudieron declararlo, porque no las tenían, los dejaron que se achicharraran. Tiempo

después ocurrió lo que Maquiavelo llamaría el *bellísimo engaño*. César había decidido tomar la ciudad de Sinigaglia; para ello convocó en su castillo a varios de sus enemigos que llegaron sin escolta y sin armas, charlando y bromeando. Él los recibió amigablemente, entró con ellos y los invitó a subir de uno en uno por una larga escalera; no sabían que arriba los aguardaba Michelotto con varios de sus hombres, y sin dejarlos defenderse los acuchillaron a traición. Cuando lo supe, no podía creerlo; en cambio, nuestro padre lloró de orgullo celebrando la habilidad de su hijo.

En una ocasión noté que su rostro se estaba cubriendo de unas extrañas manchas, aunque él se esforzaba en disimularlas bajo grandes sombreros de plumas. Luego empezó a adelgazar, y las manchas se fueron convirtiendo en pústulas supurantes. Además, supe que un cirujano le estaba tratando unas úlceras repugnantes de las piernas. Lo examinaron varios médicos venidos de Alemania: al parecer se trataba de sífilis, y ordenaron que le lavaran las heridas con vino para evitar la gangrena. Sentía yo una mezcla de compasión y horror, y aún así lo estuve asistiendo. Entre varios lo ayudábamos a introducirse en un baño sulfuroso que, aunque no lo curaba, al menos aliviaba sus dolores.

Venciendo mis escrúpulos, durante una semana no me aparté de su lado. Su mirada se había endurecido, estaba muy pálido y arrastraba la pierna por los corredores y patios. Pero seguía coaccionándonos a mi padre y a mí y todos los tiranos de Italia temblaban ante él, hasta los príncipes más poderosos. Castigaba cualquier leve ofensa con una dureza implacable: a un veneciano lo degollaron y lo echaron al río, por haber repartido un libelo contra nuestra familia.

Este período de terror duraría años: el Tíber arrastraba cadáveres de capitanes y soldados, religiosos y siervos, muchos relacionados con la familia Borgia. A Juan Cervillón, el capitán español que había llevado a la pila bautismal al pequeño Rodrigo, lo mataron a cuchilladas una noche de invierno, sin que tampoco pudiera defenderse. Lo enterraron a toda prisa, y no se permitió que nadie viera sus heridas. A esta muerte siguió otra aún más misteriosa: en su propio campamento, un portugués de vida poco clara murió envenenado, tras horribles dolores. Había aparecido el famoso veneno de los Borgia.

AL VERANO SIGUIENTE HIZO UN CALOR TÓRRIDO y mis dos pequeños estaban en el campo, cuidados por su abuela. Un miércoles, a mediados de julio, serían las once de la noche cuando mi marido, que había venido a visitarnos a su hermana y a mí al Vaticano, se quedó a cenar con mi padre. Era de madrugada cuando salió hacia el palacio de Santa María, acompañado de un sirviente y de un gentilhombre de su séquito. Ocupaban el centro de la plaza un abrevadero para los animales y una fuente para los jinetes. De día la cruzaban visitantes extranjeros, comerciantes, burgueses y numerosos prelados a caballo. A la derecha estaba situado el palacio entre un laberinto de tejados, torreones y galerías.

De noche, en el atrio de san Pedro, mendigos y peregrinos envueltos en mantas dormían sobre los escalones de la basílica. Alfonso y sus dos compañeros se vieron obligados a pasar sobre los cuerpos dormidos. De pronto, unas figuras encapotadas que estaban recostadas en los peldaños, se levantaron, sacaron sus puñales y se arrojaron contra Alfonso; mientras, otros cerraban el paso al lacayo y al caballero. Como mi esposo se les enfrentó, ellos se alejaron; pero no tardaron los asesinos en multiplicarse en las sombras.

Lo hirieron en la cabeza, en un muslo y en distintas partes del cuerpo; la camisa quedó hecha jirones, y sus adornos rodaron por el suelo. Estaba cegado por la sangre, perdió pie y cayó; sus agresores se abalanzaron sobre él con la intención de rematarlo y arrastrarlo hacia los caballos, sin duda para arrojarlo al Tíber. Pero sus gritos y los del criado hicieron que cundiera la alarma en el silencio de la noche, impidiendo a los asesinos llevar a cabo su plan. Acudió la guardia del papa, pero no pudieron detener a los falsos mendigos, que en un rincón oscuro de la plaza se reunieron con unos jinetes, escapando luego a caballo.

Los soldados transportaron en brazos hasta el Vaticano a mi esposo, cubierto de sangre, desgarrado y con la muerte en el rostro. Abrieron las puertas y lo llevaron hasta las habitaciones de mi padre, donde estábamos conversando con él Sancha y yo. Ante el horror de todos, Alfonso se desplomó sin conocimiento;

antes, en un susurro, trató de decirnos que sabía quién lo había herido. Cuando lo oí, también yo me desmayé.

Mi padre ordenó que lo alojaran sin tardar en la torre Borgia, en la sala de las Sibilas, que había decorado el Pinturiccio: perdía mucha sangre y por sus ropas destrozadas podían ver heridas profundas en el brazo derecho, el torso, la cadera y las piernas. Permaneció sin sentido mientras lo cuidaban los médicos del papa. Para vigilarlo destinaron a dieciséis guardias de toda confianza; Sancha y yo asistíamos a la cura, aunque me abrasaba la fiebre, y un cardenal le dio la absolución.

Hasta mi padre montaba vigilancia a su lado. Pronto empezó a convalecer, pues su fuerza y juventud pudieron más que las heridas; Sancha y yo no abandonábamos su cabecera, cocinando para él con nuestras propias manos y guisando en un hornillo de campo, para que no lo envenenaran. Yo no me separé de su lado ni de día ni de noche durante más de un mes. Dormíamos en lechos improvisados a pocos pasos del herido; fuera estaban los guardias que había puesto el papa, y algunos criados de la casa de Bisceglia, entre ellos un jorobadito que era el predilecto de Alfonso.

Los médicos dijeron que las heridas curarían, si no sobrevenía un nuevo atentado. Pero nadie se hacía ilusiones sobre su futuro: nadie dudó que el golpe lo había planeado César, y todos en Roma murmuraban que el agresor era el mismo que mató al duque de Gandía. Tampoco lo ignoraba Alfonso, que cobró por mi hermano un gran temor.

Mientras, César comentó con sus amigos que no había que preocuparse, pues lo que no se consiguió en una ocasión, podía hacerse en otra; se paseaba tranquilamente bajo las ventanas de mi esposo, y a un embajador le aseguró con ironía que, aunque él no hubiera herido a su cuñado, bien merecía lo que le había sucedido. Era tan atrevido que llegó a visitar a su víctima, y a interesarse por su salud. Una tarde, lo vio Alfonso desde su ventana paseando por el jardín; no pudo resistirse, y tomando su arco le disparó una saeta, sin acertarle. Aquello le costaría la vida: César estaba furioso y ordenó a sus hombres que acabaran con él.

A mediados de agosto, hacia las nueve de la noche, estaba él en la

estancia con su jorobadillo, el médico y algunos caballeros más. Ni su hermana ni yo nos hallábamos en la habitación: lo habíamos visto alegre y sano, y nos fuimos a descansar. Cuando lo vi la última vez estaba cubierto a medias por las sábanas y jugaba al ajedrez con un miembro de su séquito. Nunca me perdoné el dejarlo solo. Luego, en la penumbra de mi alcoba oí unos pasos sigilosos y César entró, acompañado de dos hombres. Salté de la cama y me cubrí con la sábana. Estaba descalza y asustada; quise alcanzar la salida, pero mi hermano me detuvo. Intenté protestar y él me ordenó que me acostara de nuevo. Entonces, me pareció oír un grito en el silencio de la noche, y reconocí la voz de Alfonso.

Luego me dijeron que César había mandado encarcelar a los hombres que lo acompañaban. Sus médicos y el jorobado fueron arrestados, y conducidos al castillo de Santángelo. En cuanto tuvieron libre el paso, sus esbirros entraron en la alcoba y cerraron la puerta; cuando los vio, mi esposo saltó con el torso desnudo y un puñal en la mano. Tan rápido fue el ataque que ni siquiera pudo pedir socorro; hurtaba el cuerpo, debatiéndose, y usaba como escudo un escabel. Entonces ellos lo hicieron retroceder hasta el lecho, donde lo sujetaron; él alzó la mano pidiendo clemencia, pero Michelotto se adelantó tranquilamente, le echó una cuerda al cuello y con sus propias manos lo estranguló. Todo acabó en el acto. Después, en el silencio de la torre Borgia, Michelotto lo cubrió con las sábanas y salió huyendo como alma que lleva el diablo.

César me retenía al fondo de mi cámara, riendo a carcajadas. Sancha acudió precipitadamente cuando oyó ruido, y comprendió enseguida que Alfonso había muerto. Un criado llegó hasta la puerta de mi habitación; golpeó, jadeando, y me avisó que algo ocurría en el aposento de mi esposo. En cuanto pude corrí hacia allá, llena de terror; cuando lo vi, lancé un grito y caí sobre su cadáver. Muerta de dolor empujé la gruesa puerta, avancé medio a oscuras, dejé atrás la alcoba y los corredores silenciosos; sólo podía oír los latidos de mi corazón. Cuando llegué a la galería, una luz pálida se colaba entre las maderas entreabiertas; me dolían las sienes, los brazos y las piernas, y me costaba mantenerme erguida.

Llamaba yo lastimeramente a mi marido y Julia a su querido hermano, llenando la casa con nuestros alaridos; fuimos a ver al papa, que estaba dos

puertas más allá, y le dimos la noticia. Enseguida mandó liberar a los prisioneros. Ni siquiera nos autorizaron a velar el cadáver; a mi cuñada y a mí nos recluyeron en nuestras alcobas, sin que pudiéramos acompañar el modesto entierro. Yo gritaba, desesperada, mientras a Alfonso lo trasladaban a un convento de franciscanos a la luz de unas antorchas, con el acompañamiento de unos pocos frailes que oraban en voz baja con la capucha echada. Aquella misma noche lo enterraron en la pequeña capilla de las Fiebres, cerca de san Pedro. No hubo repicar de campanas ni cantos funerarios; a lo largo del camino nadie intentó acercarse, y todo transcurrió en medio de un espantoso silencio. Tan sólo dejaron una antorcha encendida, para iluminar la oscuridad del sepulcro; allí quedaron abandonados sus restos.

No pegué los ojos durante la noche. Una angustia terrible me inundaba el corazón; tenía la boca seca y me dolían las sienes. Tiritaba de fiebre, y creí que iba a enloquecer: ya no vería más a Alfonso, mi verdadero amor, el padre de mi hijo. Me rebelaba contra el asesino. En cuanto tuve fuerzas para salir, fui a presentar quejas a mi padre: le pedí que el homicida pagara su culpa, y acudí a la capilla para encontrar algún alivio a mi pena. Leves espiras de humo se elevaban, partiendo de las llamas temblorosas de las velas y perfilándose en la sombra. Se abrió la puerta de la sacristía y la franqueó un viejo cardenal; llevaba en desorden los escasos cabellos blanquísimos, y avanzaba despacio, llevando en las manos un viejo devocionario negro. Lanzó una mirada en torno y se dirigió hacia mí; en voz baja, trató de consolarme sin conseguirlo. Por último se dirigió al altar y comenzó a subir los peldaños, deteniéndose en cada uno; tiró con cuidado de la puertecilla dorada, tomó el copón de oro, y con él en la mano me dio la comunión; luego cerró la puertecilla y desapareció de nuevo en la sacristía. Yo noté que, a pesar de lo ocurrido, una gran paz inundaba mi alma.

DESDE ENTONCES ME AISLÉ COMPLETAMENTE, no sé si movida por el dolor, o por el resentimiento. Sentí horror por mi padre, al ver que consideraba aquel crimen con tan absoluta indiferencia. En esos días no pude comer ni dormir, y no hacía otra cosa que llorar. De noche salía a la ventana, pero nada veía entre las densas sombras más que los hachones encendidos que había frente al palacio, y hacían aparecer el jardín como un decorado teatral. Arriba, sobre los viejos tejados, una luna muy blanca esparcía un lívido resplandor y trazaba reflejos plateados en los arcos de piedra; mientras, atravesando el silencio, llegaba el tañido de una campana. No tenía sitio donde refugiarme sin autorización de mi padre y mi hermano. Una mañana, entró César en mi habitación; esta vez no me besó, sino que se inclinó en silencio. Yo no quería verlo. Deseaba que recordara durante toda su vida aquel crimen, y que fuera para él, como dice la Biblia, infierno, donde el fuego nunca se apaga. Le di la espalda; él entendió mi gesto y abandonó la estancia.

Lo ocurrido esta vez no fue un misterio para nadie; yo sentía el dolor de tener que condenar a mi hermano, y Sancha a su amante. Pedimos explicaciones a Michelotto, y él se excusó diciendo que se lo habían ordenado. César declaró públicamente que había matado a mi marido, porque él trató de asesinarlo disparándole con su arco. En Roma, unos decían que el papa había tratado de salvar a su yerno; otros aseguraban que había consentido este crimen. Hubo una cosa cierta: a partir de entonces mi padre, lleno de terror hacia César, prefirió ignorar lo ocurrido. Dijo que, si lo había matado, era porque Alfonso lo había merecido.

Mi rencor y mi odio se acrecentaron, al ver la indiferencia con que asumía el crimen. Se me permitió desahogarme con Sancha, pero mi llanto terminó por incomodarlo, hasta el punto de no querer verme. Tampoco yo quería verlo a él. Le fastidiaba, al parecer, encontrarme con las facciones descompuestas y los ojos llenos de lágrimas. En cuanto a ella, por no oírla la envió por la fuerza a Nápoles, y la amenazó con excomulgarla si no cesaban sus lamentos. Llegó un momento en que no pude soportar la vista de los lugares próximos al Vaticano, ni de la piedra

que encerraba tan miserablemente el cuerpo de Alfonso. Quería yo recobrarme de su muerte y perder de vista a mi odiada familia. Pedí el consentimiento de mi padre para retirarme a mis tierras de Nepi, ciudad de la que era soberana; y, para congraciarse, él me nombró gobernadora de Spoleto y Foligno, que eran cargos normalmente encomendados a los cardenales.

El día treinta de agosto salí de Roma con mi hijo Juan, el pequeño Rodrigo y una escolta de seiscientos jinetes. Jofré vino conmigo, acompañado por sus pajes, que le habían jurado a mi padre no quitarle la vista de encima: así, con disimulo, nos convertimos en sus prisioneros. Para ir a Nepi se tomaba la vía Appia, y el camino estaba en pésimo estado, pues no se había reparado desde tiempo de los romanos. Al día siguiente llegamos a aquella ciudad, construida en estilo gótico y edificada dentro de antiquísimas murallas. Los sofocantes calores hacían que se exhalaran peligrosas miasmas, que hacían de la población un lugar malsano. El castillo, con sus terrazas y torres circulares, dominaba un campo verde y húmedo; el paisaje me resultó lleno de melancolía, no sólo por mi propio dolor, sino a causa de la naturaleza volcánica y severa del terreno. Los torreones exhibían escudos con las armas borgianas; mi padre había mandado reconstruir las espaciosas salas del primer piso, adornándolas con frescos de flores. Allí, yo rechacé las hermosas vajillas y comía en platos de barro, como solían hacer las mujeres viudas. Y mientras Jofré se dedicaba a cazar por los bosques, me esforcé en dirigir bien la ciudad y ejercí como pude mis funciones de gobernadora.

Cuando ocurrió el asesinato estaba yo encinta, y poco después se malogró la criatura. Mi madre había sostenido en sus brazos al niño muerto, y la vi llorar junto a la cuna vacía. Yo, aunque enfermé de fiebres, no llegué a morirme de pena. Pedía en mis cartas que se dijeran misas en memoria de Alfonso, y rogaba a mis amigos de Roma que mi padre no las leyera. Lloraba yo a escondidas, intentando sonreírles a Juan y al pequeño Rodrigo. El año anterior viví allí con Alfonso días de gran felicidad; ahora, en cambio, carecía de ilusiones y de confianza en mí misma. Luego, me he dado cuenta de que él fue el único hombre al que amé en mi vida. Había encargado telas de luto para el dosel de mi lecho, y en su ausencia mis dedos acariciaban por la noche las sábanas frías.

En un principio experimenté los terrores y angustias del infierno, me veía

empujada a la desesperación y creía que nunca olvidaría. Algún tiempo después, mi padre me mandó llamar: no consentía que le llevara la contraria. Me disgustaba y apenaba tener que volver a Roma, pero apreté los dientes y contesté que iría. Había pensado enviarle una carta para hacerle reproches y refrescarle le memoria; en el fondo deseaba que tuviera remordimiento por lo que había hecho, lo que le haría vivir atormentado; pero quizá ni siquiera recordaba los abusos que conmigo cometió. Tardé días en escribir en un papel toda la angustia que sus sucios juegos me habían provocado, pero cuando había terminado la carta lo pensé mejor, y la rompí en mil pedazos. No sé si él habría pasado tiempo atrás por lo mismo, nunca se lo pregunté ni él me lo dijo, aunque pienso que muchas personas que obran así, padres o hermanos, han sido víctimas primero.

No sospechaba yo que en Roma ya estaban preparándome otra boda, y un nuevo destino: no había pasado más de un mes después de la muerte de mi esposo y lo estaba yo llorando en Nepi, cuando ya me tenían destinado a un tercer marido. Al despedirme del castillo se me llenaron los ojos de lágrimas: desde la galería del primer piso distinguía en los patios el ir y venir de los pajes y damas, y detrás la oscura silueta de las murallas. Bajé despacio las escaleras, hasta alcanzar el extremo del corredor, donde en un pequeño nicho un santo permanecía, hierático. Allí había orado con mi esposo, sólo unos meses antes. Dos de mis damas vinieron hacia mí, y el silencio fue apenas roto por sus pasos ahogados. Me indicaron que había llegado la hora de partir; suspiré, y las seguí sin decir nada. Aún así traté de olvidar; y más tarde, ni siquiera poniendo en juego todas las fuerzas de la mente podría recordar aquellos días terribles, en que el suicidio volvía a aparecerse ante mí como la única salida. Por fortuna, la mente humana cuenta con defensas naturales; no siendo que una debilidad de la naturaleza me hiciera recaer en el mal, mi alma curada no sería capaz de volver, de ningún modo, a los terrores y las imaginaciones de entonces, sino de forma pasajera y superficial.

Luego me comporté con cobardía, pues no me rebelé contra el culpable; y es que siempre dependí de los demás, y ellos dispusieron mi vida. Mi padre no me dejaba tiempo para abandonarme a sensiblerías. Nunca un crimen se olvidó tan pronto: no hubo un sacerdote que le negara a César la entrada en una iglesia,

ni los cardenales dejaron de hacerle reverencias. Se apretujaban a su alrededor con tal de recibir beneficios, aunque fuera de manos de un asesino; y él ofrecía sus favores al mejor postor, porque necesitaba oro para seguir la conquista de Italia. Hubo otra muerte en mi familia, que todos consideraron sospechosa: un pariente nuestro que era cardenal fue acometido por una tal enfermedad, que acabó con su vida en unas pocas horas. Lo sepultaron con toda urgencia; y aunque mi padre y César simularon mucho dolor todos los creyeron culpables, pues, como hicieran en ocasiones anteriores, se apoderaron de todos los bienes del difunto.

Por suerte o desgracia había yo heredado de mi padre su carácter alegre; deseaba una vida normal, sin fantasmas, y buscaba alguna distracción que me pudiera hacer feliz. Esta alegría natural evitaba que pudiera durar demasiado mi tristeza. Así, habían transcurrido pocos meses cuando me sentí curada, como si la pena que llevaba dentro se hubiera esfumado. El porvenir aparecía de nuevo ante mí con alegres colores: al verano siguiente, el día del aniversario de Alfonso, era una mujer risueña que había olvidado su antigua desventura. Aquel día volvió a hacer mucho calor; por la noche dejé abierto el balcón, pero ni un soplo de aire venía a aliviar la atmósfera sofocante. Miré a lo lejos, y en el horizonte vi lucir la primera estrella; pensé que mi marido me hacía señales desde el cielo. Luego, arrullada por el canto de los pájaros, me quedé dormida.

HACÍA MUCHO TIEMPO QUE MI PADRE se había fijado en el hombre que reservaba para mí: se trataba de Alfonso de Este, primogénito del duque de Ferrara y primo del asesinado. Era la familia Este una de las más encopetadas de Italia. Alfonso había llegado a Roma siendo muy joven, enviado por su padre para felicitar al mío con motivo de su nombramiento como papa. Se alojó en el Vaticano, donde lo conocí, sin sospechar que años después se convertiría en mi tercer marido. Era yo entonces una chiquilla confiada, siempre dispuesta a divertirme, que, sentada en la sala Borgia, trenzaba mis cabellos rubios inclinada sobre los viejos pergaminos.

Ahora acababa de volver de mi exilio en Nepi, y vivía en el palacio de san Pedro con mis hijos Juan y Rodrigo. Mi familia ya había decidido sustituir al primer Alfonso por otro de más alcurnia, pues les parecía vergonzoso que yo bajara de posición. Por ello se ordenó sacar la vajilla de plata, para que me sirvieran en ella las comidas, en lugar de en los platos de barro que había venido utilizando. Casi todas las noches se celebraban fiestas para distraerme. César estaba presente y trataba de divertirme; pasaba yo las noches jugando, o bailando tanto las danzas españolas como las francesas o italianas, tanto que a veces acababa con fiebre. Siempre he sido, por naturaleza, una persona optimista; no obstante, el recuerdo de mi matrimonio fallido me asaltaba a veces, sobre todo porque iba a tener un nuevo marido al que apenas conocía.

También mi padre enfermó por entonces con un grave resfriado; además, tuvieron que extraerle unas muelas que le dolían, así que decidió no salir de caza antes de amanecer, como era su costumbre. Durante una recepción sufrió un serio peligro, cuando una gran araña de hierro se desprendió del techo, cayendo junto a él. Otro se hubiera asustado, pero él no lo hizo; dio gracias a Dios por haberlo salvado, y la fiesta continuó. Otra vez, durante una tormenta, un rayo le cayó en un brazo sin que sufriera daño alguno. Las preocupaciones, por graves que fueran, no le duraban más que unas cuantas horas, y las olvidaba enseguida; es más, parecían rejuvenecerlo.

Sabía yo que en sus habitaciones privadas buscaba afanosamente el elixir de la eterna juventud, y que además trataba de conseguir aquel hombrecillo beneficioso que los sabios llamaban homúnculo. Muchos lo habían intentado, y pocos lo obtuvieron. Para ello encerraban en un alambique esperma de hombre, que al pudrirse empezaba a vivir y a moverse, tomando una forma parecida a la humana. Lo alimentaban a diario con sangre humana hasta que se convertía en un niño, aunque mucho más pequeño. Según decían, quien había llegado a poseerlo encontraba la felicidad y la riqueza. Es cierto que mi padre se libraba de toda clase de peligros de forma asombrosa, como si una fuerza superior lo protegiera, de forma que nunca supe si había logrado su propósito.

Por otra parte, me consta que creía firmemente en la magia y en los vaticinios; practicaba la astrología, y en Roma se rumoreaba que en el Cónclave, el día en que murió Inocencio, había hecho un pacto con el diablo. Un día de san Pedro, aunque estaba el cielo sereno, se desencadenó en Roma una fuerte tormenta. Llegó un viento huracanado, tan fuerte que asustó a todo el mundo; cayeron granizos gruesos como garbanzos, y rompieron los cristales de la sala del trono. El viento penetró en el interior, haciendo volar las cortinas y arrojando a los criados contra el suelo. Luego, un estruendo terrible sacudió el palacio desde los cimientos al tejado; al mismo tiempo se derribó una chimenea sobre la sala de audiencias, donde mi padre estaba sentado. Tres personas resultaron muertas; los obispos huyeron, viendo que se derrumbaba la techumbre de la sala y el aire la esparcía, como si hubiera sido de pajas.

Una viga atravesó el cielo raso y, cayendo sobre el baldaquino, bloqueó los escombros. El trono quedó entre cascotes, y todos pensaron que el papa había muerto. Los criados no podían llegar hasta él; cuando lo consiguieron, lo hallaron sin conocimiento y cubierto de sangre. Pero la viga lo había protegido, y el baldaquino extendido sobre el trono lo libró de los escombros. Lo sacaron inconsciente, pero ileso, con sólo unas heridas superficiales en la cara y las manos; lo trasladaron a otra sala, donde los médicos le estuvieron curando las contusiones en los dedos y una pequeña herida en la cabeza. Cuando volvió en sí no quiso que lo cuidara nadie, más que Sancha y yo misma.

Todos en Roma comentaban que el cielo había estado a punto de matar a

mi padre. Aquella noche tuvo mucha fiebre, pero pronto se restableció; en acción de gracias, se celebró una misa solemne y él donó un copón lleno de ducados de oro a su parroquia favorita. No fue ésta la única desgracia que ocurrió por entonces: el Tíber se había desbordado, inundando las casas vecinas, y en los calabozos subterráneos de la Torre de Nona, todos los prisioneros murieron ahogados. Durante varios días no pudo nadie acudir al Vaticano, porque estaba cortado el camino, y costó mucho despejar el lodo que cubría las calles.

Pero él no consideraba estas señales como advertencias del cielo, y seguían los banquetes y fiestas. Todas las noches se cantaba y danzaba, ya que él disfrutaba sobre todo contemplando a las mujeres más hermosas, tanto que en sus viajes hacía bailar a las muchachas más bellas de cada lugar. De vez en cuando invitaba a los embajadores para que admiraran mi belleza y la gracia con que me movía, y bromeaba con ellos diciendo que su hija no había nacido coja. Las fiestas duraban hasta el amanecer. Mis damas charlaban con los cardenales en el claustro; en el lujoso ambiente se diluían las conversaciones y estallaba una risa, se oía el crujir de las sedas y el tintineo de las copas, y mientras unas hablaban de poesía, música o teatro, otras gritaban y aplaudían.

MI VIDA EN EL VATICANO ERA INTENSA, ahora que mi padre me había llamado consigo; lo mismo hizo con Jofré, quien acudió al palacio con Sancha. Allí disfrutaba yo de las alegrías pasajeras, como siempre había hecho, pero no tenía la fortaleza de los Borgia; por el contrario, mi voluntad era débil y me sentía incapaz de resistirme a las maniobras de la familia. Por aquellos días, una adolescente bellísima había ocupado junto al papa el lugar de Julia Farnesio: me lo dijo ella misma, que conocía mi poca simpatía por Julia, y me visitaba a menudo para dar envidia a su rival. Mientras, yo sospechaba que Juan Bruchard, el maestro de ceremonias y secretario del Vaticano, nos estaba vigilando de cerca. Tenía éste la dignidad de prelado doméstico; era de origen alsaciano, y a lo largo de cuatro pontificados había ido redactando un diario escrito en latín, en el que anotaba con detalle todo lo que ocurría en la corte pontificia. No ocultaba de ningún modo los escándalos, sino que los exponía de manera fría y minuciosa; escribía por la noche en su casa, cerca de la plaza de Nabona, y supe luego que en su diario reflejaba los actos más ocultos y obscenos de nuestra familia. Este librillo hubiera sido más que suficiente para costarle la vida, de conocerlo mi padre y César; pero, según yo misma pude comprobar, su letra enmarañada hacía a estos cuadernos demasiado difíciles de leer.

La vida de Roma se desenvolvía como de costumbre; mi única salvación hubiera sido regresar a Nepi y refugiarme en los lugares que cobijaron mi viudez. Aquí, la prostitución vulgar había pasado ahora a ser de lujo, y las que antes se llamaban prostitutas se habían convertido en honestas cortesanas. Entre ellas sobresalía una llamada Tulia Aragona. Mi padre le había impuesto al suyo el capelo cardenalicio, pero al morir la dejó sin ninguna dote, así que su madre decidió instruirla en el oficio más antiguo del mundo. Nadie lo ejercía mejor, y podía decirse que era entre sus compañeras como Avicena entre los médicos. Tañía, cantaba y escribía versos; conocía secretos para conservar la belleza y vivía con lujo fuera del barrio de Pozo Blanco, muy poblado de españoles y de casas de lenocinio.

La ciudad hubiera sido mucho más hermosa sin aquellas viviendas sucias y

desordenadas, construidas junto a los restos de la antigua urbe. Allí los duques acudían para divertirse con las mujeres, mientras sus pajes les servían jarras de vino y ellas arrojaban por la ventana al populacho los restos de sus festines. Conocí a una mujer napolitana que vivía en Pozo Blanco y acudía con frecuencia al Vaticano; hacía cremas y afeites, quitaba cejas y lo afeitaba todo, y lo que no sabía se lo enseñaban los judíos, que también vivían de ello. Era joven, y decía venir de una familia rica; servía y se entregaba a un cardenal, pero en su ausencia tenía amores con su paje. Tuve que oír de su boca cosas escandalosas pues, aunque no me consideraba ninguna mojigata, sus conversaciones hacían enrojecer a las señoras y provocaban carcajadas entre los caballeros.

Los días de fiesta, las meretrices seguían aguardando a sus puertas, luciendo al sol los cabellos rubios, aclarados con tinte veneciano. Un día fui a comprarle perfumes a una cortesana que solía ir a casa de mi madre a venderle afeites y quitarle las cejas; vestía de genovesa, aunque era española, y en cuanto veía a un hombre sabía lo que le podía sacar. Iba yo con una de mis damas, y en su calle encontramos tantas cortesanas juntas como en una colmena, y otras asomadas a sus celosías y ocultándose de los cardenales, pues los consideraban un peligro. Gran parte de la ciudad se había convertido en un burdel, por lo que todos en Italia la llamaban Roma Putana.

Aún así, las meretrices estaban inscritas en listas vergonzosas; por cualquier infracción se las expulsaba, y tenían que volver a sus casas en lejanas provincias. No estaban autorizadas para hacer testamento, y con lo que tenían al morir contribuían a mantener el asilo de las Arrepentidas, donde podían recogerse en su vejez las que dejaban la profesión. Algunas de las más famosas cortesanas lo hicieron, cuando se retiraron de su mala vida, bien por arrepentimiento o por exceso de edad. Muchas contraían el mal francés, y entonces las rechazaban en el asilo.

No todas conseguían el título de cortesana honesta; éstas se hacían pasar por hijas de algún conde, príncipe o cardenal, procurándose un falso árbol genealógico. Salían al atardecer, vestidas con trajes de seda y galones de oro, y envueltas en el velo amarillo que mostraba su profesión. Exhalaban un aroma a perfume barato y solían alquilar un coche para pasear por el Borgo Nuevo, cerca

del Vaticano, vestidas de patricias. Estaban orgullosas de haber abandonado las sucias callejas, sus casas de lenocinio, sus patrones y sus rufianes. Algunas se habían instalado en el sector del Campo de Marte; éstas soñaban con hacerse ricas, o al menos reunir una buena cantidad de monedas con que poderse retirar.

ME SORPRENDE QUE A ESTAS ALTURAS pueda recordar tantas cosas que ya creía olvidadas. Tengo que mencionar que el carnaval romano duraba muchas semanas; ya desde Reyes se veían máscaras y música, y abundaban los enmascarados entre la plaza de Venecia y la plaza del Pueblo. Las guirnaldas colgaban entre las casas y adornaban el Foro y el arco de Constantino. Se organizaban carreras, que se sucedían sin descanso hasta el martes de carnaval; en ellas participaban judíos, ancianos, caballeros a pie, y otros que cabalgaban sobre búfalos. Muchos se cubrían el rostro con antifaces blancos o negros, mientras que sus queridas iban cubiertas de piedras centelleantes. Durante estos días aumentaban las maquinaciones y crímenes: un papa había muerto de forma misteriosa un domingo de carnaval, y se atribuyó su muerte a una apoplejía, producida por el peso de las joyas que adornaban su tiara. Otros la achacaron a un festín demasiado copioso; decían algunos que había sido asesinado, o que había muerto ejercitando el pecado contra natura, con tanto exceso que quedó fulminado en el acto.

Todos los años las fiestas empezaban con estruendo de pólvora y cohetes. En la ciudad cristiana parecían seguirse celebrando las saturnales romanas, y en cuanto llegaba la noche comenzaban los juegos de artificio, mezclándose su resplandor con el de las hogueras y antorchas. Los coches se engalanaban; los símbolos cristianos se alternaban con mitologías paganas, y así la carroza de Apolo seguía a otras con imágenes de mártires y santos. Los caballeros desfilaban cubiertos de sedas y afeites, pues muchos eran afeminados y no hacían ascos a hombres de cualquier edad. Los restos de los festines se arrojaban al pueblo desde las ventanas de los ricos, mientras los niños paseaban monigotes y se celebraban desfiles de hombres y mujeres vestidos de asnos. Había también carreras de judíos que provocaban chirigotas, apuestas y burlas.

Dentro de las cuadras pontificias piafaban docenas de caballos que le habían enviado a mi padre desde todos los lugares de Italia. Los sacerdotes y clérigos disfrutaban también del carnaval y, mientras tronaban los cañones en el

castillo de Santángelo, ellos bailaban pavanas españolas y otras danzas de lo más variado. Las damas lucían los últimos modelos de París. César llevaba el rostro cubierto con un antifaz, y se mezclaba con las gentes del pueblo. Desafiaba a los atletas en luchas cuerpo a cuerpo; se le veía quebrar una herradura, una barra o una cuerda nueva con toda facilidad. Sus hombres lo acompañaban en sus andanzas nocturnas, llevando gorros con penachos de plumas, broches de perlas y puñales con ricas empuñaduras. Aquel año yo también me disfracé, ocultando mi rostro bajo una careta dorada. En mi sala del Vaticano tomé asiento en un sillón pintado en oro, y ante mí bailaron las más hermosas damas de la corte papal y los caballeros más distinguidos. Se volcaba el vino en las ánforas, mientras los lebreles de mi hermano se disputaban los platos esparcidos.

La gente trabajaba, comía, iba a misa y se divertía, y en las fiestas todos empinaban el codo. Todo el mundo en Roma usaba máscaras, desde los burgueses y patricios a la gente más modesta, para ocultarse y disimular sus locuras. Durante aquellos días, desde que salía el sol hasta el ocaso se sucedían los espectáculos, mascaradas y desfiles. Los forasteros que habían venido alguna vez, aseguraban no haber visto allí más que locos. Para ellos, Roma era la Babilonia italiana, triunfo de grandes señores y paraíso de bellacos. Los más pobres se acercaban a las tabernas, a gastar unos centavos en vino. El Campo de las Flores, en el centro de la ciudad, estaba lleno de sacamuelas y charlatanes que engañaban a los recién venidos; aseguraban curar el dolor de muelas con una raíz, o les vendían polvos para combatir las lombrices. Los libreros mostraban sus escaparates bien abastecidos, junto a los puestos de los artesanos; no lejos se hallaba el lugar de las torturas oficiales y ejecuciones públicas, donde se llevaban a cabo los ahorcamientos y decapitaciones; en tales ocasiones, el pueblo se acercaba a contemplar el espectáculo de hogueras y horcas.

Aquel año pasearon por toda la ciudad a una prostituta, junto con un moro que solía recibir a los hombres disfrazado de mujer. Llevaba él su túnica alzada hasta el ombligo, para que todo el mundo pudiera ver sus partes. Detrás iba un esbirro montado en un asno; atados a un largo bastón mostraba los atributos de un judío, que tuvo relaciones carnales con una cristiana. Recuerdo haber visto hasta nueve horcas alzadas enmedio del Campo de las Flores. Torturaban allí a

los rebeldes con hierros al rojo vivo; durante días habían permanecido agarrotados y encerrados en jaulas de hierro levantadas sobre pilotes, y luego los despedazaban ante la mirada de los curiosos. He de añadir algo increíble: quien más disfrutaba del espectáculo era la alta sociedad romana, que lo observaba todo desde las terrazas y balcones.

Los judíos se habían asentado aquí cuando la inquisición los expulsó de España, y entre ellos no faltaban algunos letrados y ricos. Mantenían dos sinagogas, una de ellas para los judíos alemanes. Llevaban todos una señal colorada, y gorras amarillas que se distinguían desde lejos. Sus mujeres se dedicaban a remendar novias y a vender afeites para rejuvenecer los rostros; eran maestras en hacer perfumes, sabían curar la terciana y tenían remedios para el mal de madre. Decían aliviar la sordera y pronosticaban en la mano, leyendo el porvenir en plomo derretido; en resumen, que hacían maravillas para sacar dinero de las bolsas ajenas.

Otras ejercían de brujas, y unas pocas sabían practicar la ligación, que era un estado de impotencia provocado por obra de la magia. Para ello anudaban una correa de cuero y lo ocultaban, de forma que el sujeto era incapaz de efectuar el acto sexual hasta que no desataba la correa; y, en caso de no hallarla, quedaba impotente de por vida. Cuando una mujer que no podía concebir, molían ellas un asta de ciervo, la mezclaban con hiel y se la daban a comer. Además, juraban poder transportar a alguien por el aire, en realidad o en la imaginación, o hacer que los caballos enloquecieran bajo sus jinetes. Se decía que con sus hechizos mataban a los niños en su cuna, de forma que parecían habían fallecido de muerte natural. Entonces, en secreto, los sacaban de sus tumbas y los cocían en calderos para hacer una sopa, hasta que la carne quedaba tan tierna que se desprendía de los huesos. Con ella fabricaban un ungüento, que tenía la virtud de hacerlas volar.

ME PREPARABA YO DURANTE AQUELLOS DÍAS a celebrar mi tercera boda con Alfonso de Este, el primogénito del duque de Ferrara, y abandonar Roma para siempre. En un principio traté de rechazar la idea de un nuevo matrimonio, ya que mis maridos salían siempre malparados. Pero ahora era diferente: veía en este casamiento la solución a mi estado, ya que entraría a formar parte de una familia honorable y llegaría con el tiempo a ser duquesa. Esperaba que quizá, gracias a las bulas dictadas por mi padre, las apariencias de mi honestidad quedaran a salvo en Ferrara; y estaba tranquila, pues confiaba en encontrar la paz tras las murallas de aquella ciudad. Mi prometido tenía veinticuatro años y era ya viudo, aunque sin hijos. Su primera esposa había sido Juana Sforza; la suya fue una boda por compromiso, pues lo casaron siendo casi un niño.

Sabía yo que le gustaban todas las mujeres, y que ellas lo correspondían: sobre todo frecuentaba a cortesanas que lo complacían con violentos placeres, y a meretrices, con las que no tenía que emplear ninguna delicadeza. Lo que no me dijeron es que ellas le habían contagiado el mal francés, y que por poco había conseguido librarse de la gangrena, aunque a la sazón parecía curado. Todo ello no hizo retroceder a mi padre, pues tanto él como yo tratábamos de ocultar la violación que le costó la vida a Perotto, y quería yo sobre todo asegurar el porvenir de aquel hijo que, junto con el legítimo, podría quizá acompañarme. Pero mis deseos no se cumplieron: mi suegro estableció la condición de que yo viajaría sola y, en cuanto a los niños, los dejaría confiados a mis padres al salir para Ferrara.

Mientras seguían las negociaciones para mi matrimonio, ultimaba yo mi tercer equipo y el papa volvía a mostrarme su predilección. Tuvo que visitar varios estados pontificios, y antes de ponerse en camino me dejó como delegada suya en el Vaticano. Me instalé en sus apartamentos y procuré desempeñar mi tarea con la mayor eficacia, ya que intentaba superar mis vivencias anteriores demostrando que era una mujer inteligente y fuerte. Sin duda, él pretendía mostrar

a la familia Este que su hija era capaz de gobernar un estado, y digna de llevar algún día el título de duquesa de Ferrara.

Por el contrario, al maestro de ceremonias le disgustó mucho que yo ocupara aquel lugar, y sobre todo que una joven presidiera el consistorio de los cardenales. Tampoco le agradaba que Sancha y yo nos sentáramos en el coro entre los canónigos, y allí charláramos alegremente. Durante aquel tiempo César no me envió una sola palabra ni tuvo para mí un recuerdo, pues aunque le mandé una carta contándole mi nueva situación, él no me contestó. Un día llegó un mensajero con un envoltorio; eran unos folios escritos con su nerviosa caligrafía, y dentro del paquete hallé el cadáver de un azor. Empecé a leer, espantada, y vi que en ellos me aconsejaba no hacerme muchas ilusiones. Parecía estar furioso, y pensé que era muy capaz de matarme, e incluso de matar a mi padre.

Me consolaba saber que en la corte de Ferrara se cultivaban todas las artes, sobre todo la música y el teatro, y que favorecían allí a escultores y pintores. Uno de ellos era autor de un bello retrato de mi prometido, que me enviaron y me gustaba contemplar: en él aparecía un joven robusto, de rostro agradable, con el cabello largo, partido en el centro y ondulado sobre las orejas. Sus ojos tenían un color indefinido, entre verde y castaño. Todo en esta unión me complacía: Alfonso, su familia y el castillo de Ferrara me harían romper con mi vida anterior, demasiado amarga. Había visto anulado mi primer matrimonio y habían matado a mi segundo marido; además, tuve que sufrir los comentarios después del nacimiento de mi hijo, el Infante Romano. A la gente de Roma le parecía imposible que un noble me cortejara, pues todos los pecados eran leves comparados con el que me achacaban. Así que deseaba apartarme para siempre de allí, y olvidar mi pasado.

Pero no sería tan fácil. La hermana de mi prometido, Isabel de Este, estaba casada con el marqués Francisco Gonzaga. Ambos reinaban en Mantua, donde también se conocía mi historia en sus más crueles aspectos, pues su embajador les había comunicado el oscuro nacimiento del niño. Enviaron un espía a Roma para vigilarme, encargándole que me siguiera como la sombra al cuerpo; pero yo traté de mostrarme gentil, y él les escribió diciendo que con respecto a mí no podía esperarse ninguna maldad, sino tan sólo cosas buenas.

El padre de Alfonso era el duque Hércules de Este; reinaba en Ferrara y tenía por entonces sesenta y ocho años. Era dueño del bucentauro, una galera ducal revestida de paño dorado, que en los días de sol utilizaba para navegar por el río; allí lo acompañaban músicos con pífanos, violas y tamborines, mientras desde la orilla unas jóvenes vestidas de blanco agitaban ramas de olivo. La duquesa había muerto tiempo atrás, después de veinte años de matrimonio y, según decían, fue el propio esposo quien provocó su muerte por medio de un veneno. Había estado casado dos veces, y las dos enviudó en circunstancias sospechosas. De sobra sabía yo que no creía en mi virtud, pues había comentado con un embajador que me tenía por la mayor prostituta de Roma.

Al principio se negó a la boda, pero mi padre logró convencerlo con regalos y promesas. Ahora no se oponía, pero ganaba tiempo con toda clase de obstáculos. En cuanto a Alfonso, no se mostraba demasiado contento. No le gustaba la idea de un nuevo matrimonio; para olvidarlo, se distraía con cortesanas y se ocupaba en la fundición de sus cañones. La novedad de la artillería le había parecido un invento extraordinario; respetaba mucho a los obreros de la fundición, y se entretenía hablando con ellos, con una gran familiaridad. Según supe por un confidente, le había dicho a su padre que si quería una ramera podía buscarla en Ferrara, sin necesidad de acudir a Roma. No le molestaba mi condición de hija natural, sino que lo fuera de un sacerdote, y que a los veinte años hubiera pasado por tantas vicisitudes. Lo mismo que a su padre, más que mi bastardía lo asustaba mi mala fama.

El duque Hércules exigió, además de la cesión de varios castillos, una dote de trescientos mil ducados. Tenía que llevar en mi ajuar numerosas joyas y objetos preciosos, además de colgaduras y tapices; por si fuera poco, se reducirían los tributos que Ferrara pagaba al Vaticano. Mi padre lo aceptó todo con mucha paciencia; pero las exigencias eran tantas que tenía que disimular su indignación, sobre todo porque la marquesa de Mantua había hecho correr las voces de que tanto él como mis hermanos habían abusado de mí.

PASÓ OCTUBRE, TRANSCURRIÓ NOVIEMBRE, comenzaba diciembre y todo seguía igual, así que tuve que amenazar con meterme monja si el asunto no se resolvía. También mi futuro suegro advirtió a su hijo que se casaría conmigo si él no me aceptaba. Estas vacilaciones me fastidiaban, y procuraba olvidarlas en las fiestas que se daban en el Vaticano. Por fin Alfonso consintió, pensando quizá en la dote, o porque lo había impresionado con mi belleza juvenil cuando me conoció, siendo yo prometida de Juan Sforza.

Mi padre empleaba todos los medios, aún los más vulgares, para alegrarme, y que no me mostrara preocupada en vísperas de mi boda. Por entonces ocurrió un hecho muy sonado en Roma. Recuerdo que era la última noche de octubre, víspera de Todos los Santos. Él estaba muy acatarrado y no había acudido a la capilla de san Pedro; no obstante, organizó una cena a la que nos invitó a César y a mí. Faltaban tres meses para mi matrimonio, y se celebró el banquete en el Vaticano, en las habitaciones privadas de César. Me llamó la atención que mi hermano llenara mi copa varias veces y me animara a beber, alegando que había que celebrar la ocasión. Habían invitado a la fiesta a casi cincuenta mujeres: no eran cortesanas honestas, sino simples prostitutas. Ellas bailaron primero vestidas, pero a continuación los cincuenta vestidos cayeron al suelo y, ya desnudas, se retorcieron con los servidores de César en una asquerosa bacanal. Yo estaba aturdida, y a pesar de todo sentía una extraña hilaridad. Después de cenar se pusieron candelabros en el suelo con las velas encendidas, esparciendo entre ellos una gran cantidad de castañas. Debían ellas recogerlas con la boca, para lo que se arrastraban desnudas, mientras el resto las observaba riendo a carcajadas, y premiaba con aplausos a las más habilidosas. Las ganadoras obtuvieron como recompensa ligas bordadas, borceguíes de terciopelo y cofias de brocado y encaje. Tras el espectáculo yo me notaba muy excitada, pues era también una Borgia, y sentía bullir la sangre heredada de mis antepasados. De alguna forma, enmedio de mi turbación y aunque no pudiera olvidar, al menos había logrado encubrir fugazmente mis amargos recuerdos.

La orgía duró hasta el amanecer, pasándose después a otras diversiones aún más atrevidas a las que asistimos los tres, aunque yo estaba prometida a

Alfonso y a punto de partir para Ferrara. Unos lacayos llevaron regalos para los criados que mostraran más ardor carnal con las mujeres; ellos hicieron lo que pudieron y los acoplamientos se llevaron a cabo públicamente en el salón, de forma que fui testigo de tales escenas que no son para describir. Mi padre repartía los premios y Cesar y yo lo acompañábamos pues, según decía, el papa y su familia no estaban sujetos a las obligaciones morales de los demás. Pronto se supo en la ciudad lo ocurrido en las cámaras Borgia, y llamaron irónicamente a la fiesta el honesto baile de las castañas. Por si fuera poco Bruchard, el secretario alemán de mi padre, anotó en su diario este baile con todo detalle.

Días después, un campesino entró con unos leñadores por la puerta del huerto. Llevaba dos yeguas cargadas de leña para el Vaticano, y al llegar a la plaza de san Pedro unos criados los rodearon, descargaron la leña y empujaron a las bestias hasta un pequeño patio. Atraídos por el ruido, mi padre y yo salimos a la ventana de su habitación. Allí mismo soltaron de las cuadras a cuatro sementales, que se pelearon por las yeguas, embistiéndolas con tal fuerza que las dejaron malheridas. Vi que él observaba el espectáculo con mucho agrado y grandes risas, y aún sin saber por qué me sorprendí coreándolo, sin sospechar que Bruchard nos estaba mirando desde otra ventana. En esta ocasión se encargó de comentar en público el suceso, y que era natural pensar de nosotros lo peor, si habíamos sido capaces de atravesar los límites de la vergüenza, asistiendo juntos a tales escenas. Lo cierto es que yo estaba tan ligada a mi padre que no tenía voluntad propia; ese era mi verdadero drama. En Ferrara no dieron muestras de conocer lo sucedido, pero en Roma todo eran murmuraciones.

POR FIN LLEGÓ LA FECHA DE MI BODA, que se celebró por poder. Sonaron salvas en el palacio de Santángelo y se iluminó el Vaticano, mientras nuestros amigos recorrían alegremente las calles de la ciudad. Yo estaba contenta pensando que iba a sentarme en el trono de Ferrara, y que reinaría con el tiempo en una de las cortes más antiguas de Italia. El duque mi suegro me había enviado una cabalgata de más de quinientas personas, al frente de la cual llegó el cardenal Hipólito, un apuesto joven de veinticinco años, hermano de mi prometido. Lo acompañaban cinco miembros de la familia ducal, y todos llevaban al cuello gruesas cadenas de oro y montaban hermosos caballos. La cabalgata había tardado trece días en llegar desde Ferrara hasta Roma. Iban precedidos de músicos con trompetas, y las damas viajaban en literas expuestas a la lluvia y el viento; todos venían cansados y maltrechos, empapados y llenos de barro, por causa de los pésimos caminos.

Su llegada fue un gran espectáculo. Eran las vísperas de Navidad y entraron por el puente Mello donde, en una quinta, les esperaba el desayuno. Salió a su encuentro César acompañado de seis pajes, y seguido por el embajador de Francia. Los escoltaban cien gentileshombres a caballo y doscientos suizos a pie; iban armados con albardas, vestidos con el uniforme pontificio de terciopelo negro y paño amarillo, y tocados con gorros de plumas. Cuando desmontaron los jinetes, mi hermano abrazó al cardenal Hipólito; y, después de haberse aseado las señoras y los caballeros, se dirigieron todos hacia el Vaticano al son de trompetas y pífanos.

Cuando llegaron, ya había anochecido. Mi padre aguardaba asomado a una ventana del palacio, y salió a recibirlos acompañado de doce cardenales. César fue el encargado de conducir a los emisarios a mi casa; yo esperaba sobre la escalinata, vestida con un traje de color violeta, que era mi preferido. Me cubría los hombros con un manto de tisú de oro forrado de cibelinas; mis doncellas me habían sujetado el cabello con una redecilla verde, cuajada de perlas, y llevaba al

cuello un hermoso collar de perlas y rubíes. Me acompañaba un gentilhombre anciano, vestido de terciopelo negro. Se sirvieron refrescos y yo repartí unos cuantos regalos, obra de los mejores joyeros de Roma. Los emisarios se mostraron muy satisfechos; todos comentaban lo gentil y graciosa que era, y noté que a mi cuñado Hipólito le brillaban los ojos cuando me miraba.

Al día siguiente me puse una toquilla negra de terciopelo, con los bordes guarnecidos de oro, mientras que una gorguera de encaje de Flandes ocultaba el amplio descote de mi vestido. Bajo la falda abierta llevaba otra de raso blanco bordada de oro; lucía un collar de perlas de dos vueltas, con broche de diamantes, y rodeaba mi cintura un precioso ceñidor. Adornaban mis brazos varias pulseras incrustadas de piedras preciosas.

Mi padre me aguardaba sentado en el trono, con César a su lado y acompañado de doce cardenales. El cardenal Hipólito presentó las alhajas que regalaba el duque; colocó ante el papa el cofrecillo, y ayudado por el tesorero de Ferrara le fue presentando las joyas, al tiempo que realzaba su valor. Él las iba cogiendo y me las mostraba: había sortijas, pendientes y piedras magníficas. Me gustó sobre todo un soberbio collar de perlas y rubíes que había sido de Leonor de Aragón, la madre de Alfonso. Los cardenales me hicieron obsequios parecidos, sabiendo la afición que yo sentía por las perlas. Agradecí las joyas con una sonrisa; y para complacerlos dije en voz alta que adoraba el oro y las gemas, pero sobre todo apreciaba el trabajo de los orífices. Después, mi padre le rogó a César que bailara conmigo; así lo hicimos, y él al vernos se mostraba feliz. Danzaron luego mis doncellas de dos en dos; terminada la fiesta despedimos a los invitados y nos reunimos en una cena íntima con los miembros de mi familia política.

El matrimonio por poderes se celebró en el Vaticano, bajo los frescos del Pinturiccio y en presencia del papa, los cardenales y los embajadores de Ferrara, ya que mi esposo se había quedado en su tierra. Salí de mi palacio llevada de la mano por mis cuñados y seguida de cincuenta damas; lucía un manto de raso forrado de armiño y mis doncellas me llevaban la cola. Me aguardaba mi padre en la sala Paulina, sentado en su trono, y estaban a su lado los embajadores de

Francia, España y Venecia. A mi lado iban Adriana Milá, que había sido mi aya, y la pequeña Laura, hija del papa y de Julia la Bella, que había cumplido los diez años. A pesar de su edad, ya estaba prometida; iba tan linda que llamó la atención de todos, con su collar de perlas del que pendía un hermoso rubí.

Me enviaron regalos dignos de una reina, desde las cortes más lejanas del mundo. Recibí obsequios procedentes de Alemania, y también italianos, españoles, turcos y judíos. El embajador francés me ofreció un rosario de oro, cuyas cuentas huecas estaban rellenas de un almizcle muy perfumado, a fin de armonizar la devoción con el placer. Llegaron hermosos espejos con mangos de plata, bolsas llenas de monedas de oro, y lo que más llamó mi atención fue el regalo de un rico sultán, que envió para mi servicio a un bellísimo eunuco. Entre los objetos piadosos recibí un rosario de oro con rubíes, y un oficio de la Virgen con delicadas miniaturas, escrito a mano sobre pergamino.

Celebré en mi palacio una fiesta, donde abrí el baile con un caballero valenciano. Para la ocasión lucía en la frente hilera de rubíes y llevaba el cabello suelto sobre los hombros, apenas sostenido con una fina redecilla. Tras un breve descanso dancé luego con mi doncella mora, que era mi favorita; más tarde lo hice con una joven valenciana que, aunque aficionada al vino y a lo ajeno, me resultaba muy divertida. Para terminar bailé con mi otro cuñado, Ferrante de Este, quien me dijo que estaba hermosísima.

El último día del año se representaron en la plaza dos églogas preparadas por César; y aunque me disgustó que una de ellas se hubiera representado ya en mi primera boda con Sforza, traté de no mostrar mi desagrado. Hubo comedias moriscas, y en todas participaba César. Llevó luego a cabo una demostración con sus caballos, haciéndolos andar hacia los lados y hacia atrás; iba todo cubierto de joyas, montaba un animal que parecía tener alas y lo acompañaban ochenta alabarderos vestidos de negro y amarillo.

EL PRIMERO DE ENERO SE ANUNCIÓ CON CAMPANAS y gran cantidad de banderas. Los alcaldes de los trece barrios de Roma aparecieron con sus gorras blancas y sus bastoncillos, a la cabeza de dos mil infantes y de varios carros triunfales. Mi padre los aguardaba sentado en su trono y yo permanecí a su lado, en un almohadón a sus pies. Luego vino César, seguido de miles de hombres a pie y a caballo, situándose junto a Hipólito de Este. Habían llegado por el camino más hermoso de Roma, entre sones de trompetas y gaitas, mientras en el castillo de Santángelo tronaban las bombardas. Desde las ventanas del Vaticano presenciamos las carreras de caballos y una justa que celebraron en la plaza; y, como los contendientes usaban armas de filo, cinco hombres resultaron heridos. Impresionada, hice que los trasladaran a palacio y les aplicaran todos los remedios posibles.

He de confesar que las fiestas superaron a las de mis bodas anteriores. Las celebraciones se sucedían sin descanso, y una noche bailé de tal forma que al día siguiente padecía una fuerte calentura. El dos de enero se celebró una corrida de toros, con César a caballo y a pie, en compañía de otros nueve españoles. Iba reluciente, en un traje de brocado de oro, y puso banderillas como nadie; luego, empuñando una lanza, sostuvo el choque del toro más furioso. Salieron con él tres caballeros armados de rejones, de asta fuerte y hierro largo, y cuando el toro se acercaba se ponían muy juntos y lo herían de muerte. El peor lance ocurrió con un toro muy bravo que derribó a dos hombres y a otro lo lanzó al aire; cuando el desgraciado cayó no se movía, y a todos nos pareció que estaba muerto. Él pudo recuperarse, pero tres magníficos caballos fueron destripados por los toros, lo que me dejó horrorizada. Allí supe que mi padre había anticipado el carnaval, para que tanto los visitantes como los naturales de Roma pudieran cometer toda clase de locuras. De esta forma, las mujeres públicas podrían salir a la calle enmascaradas,

desde el amanecer hasta la madrugada.

Luego me encargué de los preparativos para el viaje. En diciembre habían salido de Ferrara despenseros y senescales, a fin de prepararme el camino. Mi codicioso suegro ponía toda clase de inconvenientes acerca de mi dote; por eso mi padre, enojado, decía que era el mayor tendero de Ferrara. Antes de partir se pusieron a mi disposición mil servidores y caballos, y más de doscientas carretas. Podía llevarme lo que se me antojara, pero no quería hacerlo, pues me había propuesto salvar de la codicia de mi suegro los mejores cuadros y muebles de la familia Borgia. Llevaba en mi equipo doscientas camisas, algunas bordadas en perlas y oro, y vestidos de terciopelo llenos de pedrerías; todo ello para consolar a mi suegro, y que no me considerara una desgracia para su familia. Mi padre no acababa nunca de darme dinero para mis gastos personales, los de mi séquito y mis doncellas; recogió por toda Roma piezas de brocado y terciopelo, y mis baúles no podían cerrarse de tan llenos. También me regaló para el viaje una hermosa litera. Además, quería librarme de cualquier preocupación acerca de mis dos pequeños.

Por cierto que, con tanto ajetreo, no tenía tiempo para dedicarlo a mis hijos, aunque los rodeaba de criados y los vestía como a príncipes. Mientras yo estaba preparando mi equipaje ellos jugaban a mi alrededor, danzaban juntos al son de una viola en los aposentos de mi padre o aprendían a jugar al ajedrez, siempre ante la mirada vigilante de un caballero de la guardia. Me gustaba oír sus voces, mientras batían cueros de tambor simulando batallas; en cambio, me preocupaba su escasa formación, ya que sus cuadernos estaban mal escritos, llenos de raspaduras y borrones.

El cinco de enero, los ferrareses cobraron mi dote en dinero contante mientras los cardenales censuraban la enorme cantidad, ya que procedía de los bienes de la Iglesia. También criticaban que Alfonso gastara a manos llenas en Ferrara, todo a cuenta de su futura esposa. Antes de partir, para hacerme el camino más llevadero, César reunió una escolta de más de doscientos caballeros españoles, franceses e italianos, con música y bufones. Se trataba de que mi

comitiva fuera la más fastuosa que nunca se viera en Italia.

La víspera de mi salida, había decidido hablar seriamente con mi padre, aunque al final no me atreví a hacerlo. Entré en la primera sala pontificia y vi las paredes teñidas de un vivo color rosado. Estaba anocheciendo, y las últimas luces hacían que todo fuera de color de rosa: las maderas, las puertas, incluso los suelos de mármol mostraban el mismo color. Miré por la ventana y vi el cielo, cercano ya a la oscuridad, y unas pequeñas nubes alargadas, iluminadas por una luz brillante y escarlata. Me quedé quieta, rodeada del silencio interior: apenas un pequeño chasquido, un leve susurro o el sonar de lejanas trompetas. Por unos instantes había perdido la noción del tiempo, y en ellos me vi trasladada a un mundo mágico e irreal donde existía la felicidad, y donde todas las luces eran rosadas. De pronto un ruido me sobresaltó, y poco a poco el extraño fulgor fue desapareciendo. Miraba yo ahora el cielo casi negro, donde quedaba algún jirón ligeramente teñido de rosa mientras que al otro lado de la ventana, en la plaza, se oían los ruidos de la ciudad. Entonces, volví corriendo a mis habitaciones privadas.

El seis de enero me despedí de mis padres. Estuve a solas con Vannozza, que no había asistido a ninguna fiesta de la boda; luego besé a mis dos hijos, sin sospechar que no volvería a ver al pequeño Rodrigo. Abandoné los soberbios salones del palacio de Santa María, donde había vivido los últimos diez años, y subí deprisa hasta las estancias de mi padre en el Vaticano, luciendo sobre el pecho las perlas que él me regaló. Me estaba aguardando en el salón del trono, con una expresión grave en el rostro. Pude ver que mi almohadón seguía en el peldaño más bajo, y en él me acomodé; allí estuvimos hablando durante una hora, y lo hicimos en valenciano, a fin de que nadie pudiera sorprender la intimidad de esta conversación. No tuve fuerzas para recordarle pasados agravios, y traté de mostrarme sonriente y amable con él. Al final me recomendó que estuviera tranquila y que le escribiera a menudo: no sabía yo que eran las últimas palabras que escucharía de su boca.

Un coche dorado me aguardaba a la puerta. Tuve que decirle adiós y,

cuando nos separamos, fue a verme desde la ventana. Iba pasando de una en otra y trataba de distinguirme, mientras el cortejo se alejaba. No se movió de allí, hasta que me perdió de vista para siempre. Tampoco yo volvería a verlo nunca.

TODOS COMENTABAN QUE EL PAPA había echado la casa por la ventana para la boda de su hija. Hacía mucho tiempo que los romanos no presenciaban una cabalgata tan lucida; a las puertas de las casas había mujeres con sus niños en brazos y llegaban los curiosos de los barrios más alejados. Al frente del desfile, doce bufones tocaban instrumentos entre vivas y aplausos, al tiempo que otros lanzaban al aire banderolas, recogiéndolas luego con hábiles piruetas. Tras los estandartes iban los carros con regalos, bajo toldos listados en blanco y amarillo; seguían los pajes vestidos de oro, y al final los alabarderos protegían el equipaje con sus pendones y sus lanzas.

Me había puesto aquella mañana un traje de brocado de oro y un abrigo forrado de armiño, pero a la salida de Roma le dí a un bufón la ropa que llevaba y me vestí con uno de lana sencillo y abrigado, porque el viento norte soplaba con fuerza y los copos de nieve, no frecuentes en Roma, se arremolinaban en el aire. Cabalgamos bajo un cielo encapotado y triste. El duque Hércules me había advertido que no me acompañaran demasiadas damas, pero yo no cumplí sus deseos y llevé a más de veinte, entre ellas a Adriana Milá. Iban también conmigo tres obispos, un mayordomo, un secretario, y otras personas de mi confianza; además de todo este servicio llevaba diez pajes, palafreneros y varios criados.

Me entristecía tener que dejar a mis hijos, aunque se quedaban al cuidado de su abuela Vannozza; sabía muy bien que nunca hubiera podido llevarlos conmigo, porque no los hubiera admitido mi suegro en Ferrara. Tiempo atrás, mi padre había creado para mí los ducados de Nepi y Sermoneta; antes de partir, yo renuncié a ellos para dárselos a los niños. Al pequeño Rodrigo le correspondieron Sermoneta y veintiocho castillos; entregué para su crianza una renta de veinte mil ducados, y consigné la misma cantidad para Juan, el mayor de mis hijos, además de darle el ducado de Nepi.

***

Había salido de Roma a caballo; luego mi cuñado ordenó que prosiguiera el viaje en litera, por ser el vehículo que menos traqueteo iba a ocasionarme, ya que

consideraba muy largo y difícil el viaje hasta Ferrara. Era mi litera una cámara forrada de oro y paños riquísimos; detrás venía una jaca cubierta de brocado de oro, y seguía mi séquito a caballo. Nos dirigimos a mi nuevo hogar por la vía que trazaron los romanos; cabalgamos toda la tarde y, tras una despedida que fue muy angustiosa para mí, al anochecer se fue mi hermano César. Quedaron conmigo mis cuñados Julio y Ferrante.

Mi padre había ordenado que todas las ciudades me recibieran con arcos de triunfo, iluminaciones y fiestas, siendo los municipios quienes tendrían que correr con los gastos. Mis acompañantes iban montados en mulas y caballos, y las damas alternaban subiendo en literas, expuestas al mal tiempo y a los caminos mal pavimentados. Hombres y caballos avanzaban en lamentable estado, mojados por la lluvia y cubiertos de barro.

Había poca gente por aquellos caminos; sólo los campesinos, montados en mulas, se dirigían a las ferias de los lugares cercanos. De los carromatos, donde viajaban los más viejos con las mujeres y los niños, llegaban relinchos, gritos y juramentos. En los pueblos habían trasladado los puestos de carnes y verduras, para que no ensuciaran el trayecto que seguiría la comitiva; mientras, los campesinos y pastores se detenían y nos saludaban al pasar, agitando los brazos desde los altozanos. Por todas partes había vacas blancas, ovejas sucias, cerdos que gruñían, y pastoras con grandes pañuelos a la cabeza. El barro hacía resbalar a las bestias al subir y bajar las colinas, y al entrar en los desfiladeros.

La comitiva prosiguió como un reptil zigzagueante: avanzamos con dificultad por los senderos y pasos de montaña, cruzamos bosques y vadeamos ríos. Era como si hubieran existido dos Italias distintas. En los altos valles, apenas cultivados, los animales estaban resguardados en establos de invierno y, más al interior, la nieve caía en furiosas tempestades. Fue un viaje atroz, y el frío nos obligaba a detenernos para descansar y calentarnos. De vez en cuando hallábamos los restos de un castillo, alguna torre medieval, o una vieja casa donde se resguardaban bandadas de chiquillos harapientos y sucios. Una vegetación de siglos había cubierto las ruinas.

Hacía mucho tiempo que no entraba yo en ninguna hostería; ahora nos hospedábamos en las posadas del camino, comprábamos en las aldeas hogazas

de pan tierno y bebíamos el agua de las fuentes. La cabalgata hacia cortas jornadas; cada cinco días, el cortejo se detenía para que yo me lavara el cabello. A cuatro millas de Foligno, todos los empleados públicos vinieron a verme desde sus castillos. Tenía poca costumbre de viajar, y mis damas menos todavía; así que estábamos tan fatigadas que resolví descansar en Spoleto, donde me tomé varios días de reposo. Me demostraron su afecto en todas esas villas, pues era yo muy conocida desde que en otros tiempos goberné la ciudad. No llegaríamos a tierras de Urbino hasta una semana después.

FERRARA

MI EXISTENCIA SE DIVIDIÓ EN DOS ETAPAS: primero mi infancia y juventud en Roma, y el resto de mi vida en Ferrara. Sabía yo que la ciudad estaba situada al extremo oriental de la llanura del Po, y que se halló condicionada a lo largo del tiempo por la variación de los brazos del río que limitaban el territorio urbano, y por sus aguas movedizas. Era aquella, según me habían contado, una llanura de suelos pobres donde se cultivaban algunos cereales y unas pocas legumbres y frutas. La ganadería se desarrollaba en landas cubiertas de brezos; había viñedo en las colinas, y abajo los terrenos estaban saturados de agua.

Durante el viaje, hice que mis cuñados me pusieran al tanto de la historia y características de mi nuevo destino. Me dijeron que el nombre de Ferrara era de origen misterioso, y que había nacido como defensora contra los invasores de los pueblos del norte. La mayoría del territorio se había logrado gracias a los esfuerzos de sus habitantes, que durante siglos arrancaron pedazos de tierra a las aguas, secando los antiguos brazos del río. Al parecer, en sus inicios el Po había bordeado la ciudad por el sur; el tramo principal pasaba bajo las murallas meridionales, donde se encontraba el puerto fluvial, que por mucho tiempo fue un lugar concurrido donde llegaban toda clase de mercancías. La población se desarrolló en el medioevo cuando, por causa de una gran inundación, el curso fluvial se desplazó muchas leguas al norte. A medida que se retiraba, en las tierras que iba dejando libres se fueron construyendo nuevos barrios en torno a la catedral.

Su enrevesada historia iba unida desde muchos años atrás a la familia Este. Un tal Orbizzo fue aclamado señor de Ferrara, y su poderosa familia la dominó desde entonces. Bien fuera por motivos políticos, militares o de placer, los señores y duques Estenses alzaron torres, fortalezas o villas en el campo, y palacios en la ciudad, donde el agua era la mejor defensa, ya que la protegía un ancho canal que llegaba hasta el Po. Nicolás de Este se vio obligado a soportar una cruenta revuelta, y ello dio lugar a la construcción de un poderoso castillo, que dedicó al arcángel san Miguel. Nicolás llegó a imponer un despótico poder, a fin de

someter definitivamente la ciudad. Le sucedió su hermano Alberto quien, al contrario que él, trató de impulsar las artes y los estudios clásicos, creando la universidad ferraresa. El hijo de Alberto, también llamado Nicolás, era el abuelo de mi esposo; se distinguió por ser un gran político, y además por su falta de escrúpulos. Además de sus hijos legítimos, Hércules y Segismundo, de una favorita suya llamada Stella había tenido antes a Leonello, Hugo y Borso. Según me dijeron en Roma, el duque había mandado cortar la cabeza a su esposa, la joven Parisina, y a su propio hijo Hugo, acusados de haberse convertido en amantes.

A Nicolás lo sucedieron sus otros hijos sucesivamente. Leonello fue un príncipe refinado que apoyó las letras y las artes, sobre todo la música. Borso, que había conseguido para la familia el título ducal, llevó a cabo una importante ampliación de la ciudad. Se mantenía muy cercano a sus súbditos y fue para ellos un gobernante ejemplar. Al morir Borso tomó el poder su hermano Hércules, que luego sería mi suegro.

Tratando de estas cosas nuestro viaje prosiguió hasta Gubbio, una ciudad del ducado de Urbino; allí la duquesa salió a dos millas para recibirme, y me llevó a palacio. Ya no se apartó de mí, pues mantuvo la promesa hecha a mi suegro de acompañarme hasta Ferrara. Ambas ocupamos la cómoda litera que mi padre me había regalado. Cuando la cabalgata se acercaba a Urbino fuimos recibidas por su esposo, el duque Guidobaldo. Después de descansar en el castillo salimos con dirección a Pésaro, que pertenecía ahora a César.

Las tierras de la Marca las conocía ya, porque las había visitado algunos años antes, cuando era yo casi una niña y estaba casada con Juan Sforza, el conde de Pésaro. Entré en esta ciudad con un sentimiento penoso, pues me acordé de Juan quien, muy a su pesar, le había prometido a mi suegro no acudir a Ferrara el día de nuestra llegada. Cien infantes vestidos de amarillo y rojo salieron a recibirnos con ramas de olivo; las autoridades nos condujeron al palacio que en otros tiempos fue mi residencia, y que despertaba en mí recuerdos demasiado tristes. Permanecimos allí un solo día y yo no salí de mi cámara, alegando que me dolía la cabeza.

Luego seguimos el camino, evitando las bandas de maleantes que

infestaban aquellas tierras. Llegué con mi cortejo a Forli y después la cabalgata se dirigió a Bolonia, donde nos recibieron triunfalmente, dando en mi honor fiestas suntuosas. Desde allí nos encaminamos hacia el río Po. Le había yo pedido a mi suegro que me permitiera viajar por agua de Bolonia a Ferrara, pues era muy incómodo cabalgar por aquellos caminos, y él accedió a que el resto del viaje se hiciera navegando a través de los canales.

Había durado el viaje casi un mes, y tanto mis doncellas como yo llegamos tan molidas que tuvimos que descansar un día entero, no lejos de Ferrara. Ocupábamos una vivienda de los Este que llamaban la casa de la Alegría; la mansión era hermosa, con los muros cubiertos de rosales rojos y las ventanas adornadas con vidrios de colores. En su interior, había unas chimeneas tan grandes que podían quemarse en ellas troncos de árboles enteros.

Cuando Alfonso, mi esposo, supo que llegaría al día siguiente, reunió a unos pocos amigos y se dirigió a mi encuentro. No hacía mucho que estábamos allí, cuando un galopar de caballos anunció su inminente llegada; un criado me dio la noticia y yo me puse muy nerviosa. Intenté darme unos toques en el traje y en los cabellos, y aguardé; él ya había desmontado y ordenó que lo condujeran a mi aposento, donde lo esperaba yo con varias damas de mi séquito.

Se presentó disfrazado, con cuatro caballeros, y pude observar su aspecto casi rústico, con el rostro muy moreno y unos rasgos vigorosos. Hizo que saliera todo el mundo y estuvimos charlando solos durante más de dos horas. Me contó que estaba entusiasmado con la nueva ciencia de la artillería y que había creado una fundición de cañones en Ferrara. Sabía yo que, además de ser un gran conocedor de las armas, la artillería y los caballos, era un músico aceptable, y muy habilidoso trabajando la cerámica. Traté de agradarlo hablándole de estas materias y creo que lo conseguí, porque cuando se despidió lo hizo de forma galante y afable.

Reanudé luego mi viaje por el canal, en dirección a Ferrara, sabiendo que en Malalbergo iba a reunirme con mi cuñada Isabel, que saldría a mi encuentro. Pronto se anunció la llegada de su buque y no pude evitar una cierta desazón, al pensar que por fin iba a conocerla, pues tenía fama de ser la mujer más difícil de Italia. La primera vez que la vi llevaba un vestido de terciopelo verde con muy

pocos adornos, y un abrigo negro forrado de lince. Todas sus doncellas usaban sombreros que ella misma había diseñado, con las copas altísimas, levantadas por delante y caídas por detrás.

Cuando me vio se abalanzó sobre mí y me abrazó con alegría aparente, pero sin naturalidad, mostrándose demasiado afectuosa. Sabía yo que disimulaba una fuerte irritación, y que hubiera preferido quedarse en Mantua con su esposo. No pude dejar de admirar su rostro alargado y bello y su porte elegante. Parecía observar con atención mis reacciones, y era como si nos midiéramos: ella muy sobria, con su espléndida cabellera negra, yo con mi sonrisa juvenil, y adornada con perlas y piedras preciosas.

Ambas salimos al encuentro de mi suegro, ya que el duque y su corte me estaban aguardando. Sabía yo que me esperaba una terrible cita, pero conocía mi papel; así que, cuando la nave tocó la orilla me levanté enseguida y atravesé deprisa el pequeño puente hasta llegar donde estaba Hércules. Me arrodillé en el suelo mojado del dique y besé respetuosamente su mano; él enseguida me alzó y me besó. A continuación me llevó cogida del brazo hasta el bucentauro ducal, que era un barco muy amplio, lujosamente aparejado y adornado todo él con paños de oro. Allí los dignatarios, embajadores y cortesanos lucían todos unos magníficos gorros de plumas; cerca hacían guardia setenta y cinco ballesteros a caballo, vestidos con los colores rojo y blanco de Alfonso. Me seguían mis damas, y cuando entramos en el lujoso camarote ocupé el puesto de honor junto a Isabel; ella me presentó a los embajadores y otros caballeros ferrareses, a los que saludé dándoles la mano. De fuera llegaban los gritos y cantos de mis bufones, que en el puente del bucentauro divertían a Hércules con sus locuras, provocando las risas de todos.

ERA DÍA DOS DE FEBRERO cuando, en las primeras horas de una

soleada mañana invernal, atravesé las puertas de Ferrara hacia el palacio de los duques. En el trayecto habían colocado arcos triunfales y tribunas y el cortejo se encaminó hacia la iglesia de san Esteban; luego, atravesando la vía Grande pasamos por el palacio Schifanoia hacia el convento de los capuchinos. Ante su portada habían levantado una gran tribuna, y en ella un personaje disfrazado de Mercurio cantaba versos en mi honor y en el de Alfonso, acompañado de unas ninfas. Al final de una gran avenida llegó a buscarme el duque acompañado de su séquito; lo escoltaban cuarenta ballesteros a caballo con el uniforme de la casa de Este. Yo estaba feliz, más de lo que había imaginado. Montaba un gran caballo blanco con gualdrapa de terciopelo carmesí que me había regalado mi suegro; llevaba mis dorados cabellos sueltos sobre el manto forrado de armiño, y al cuello lucía el magnífico collar de perlas y rubíes que había pertenecido a Leonor de Aragón. En un momento pude observar que Isabel miraba el collar con envidia, porque había sido de su madre y ahora lo lucía una Borgia.

Cabalgaba yo sola bajo palio, y llevaban las varas ocho de los más afamados doctores de la Universidad ferraresa. A continuación desfilaban mis damas, precedidas por Adriana Milá, y seguían cuatro carrozas, cada una con doce doncellas escogidas entre las más hermosas de Ferrara, que estaban destinadas a mi corte privada. Cerraban la comitiva dos caballos blancos con hermosos arneses, y algo detrás caminaban más de ochenta mulas cargadas con mis pertenencias.

Con el estruendo de las salvas y de los fuegos artificiales, mi caballo se espantó y empinó, haciendo que me escurriera por su grupa. Antes de que pudieran sujetarlo estuvo a punto de dar conmigo en tierra, sin que llegara a caer, pues no recibí más daños que el susto. Yo era supersticiosa, pero no me inmuté; así, cuando mi suegro y varios escuderos acudieron a socorrerme, me hallaron riendo. Monté en una de las mulas blancas guarnecida de oro y seguimos la marcha, mientras un paje la sujetaba de la brida. De esta forma recorrimos las callejuelas medievales, desfilando luego entre jardines o palacios suntuosos y bordeando magníficos claustros y patios. Me pareció ésta una ciudad singular, y sobre todo me agradó la atmósfera noble y cultural que allí se respiraba.

Según supe luego, antes de mi llegada se habían limpiado las calles,

retirando de ellas el limo y el fango y alzando tribunas a lo largo de todas las vías que íbamos a recorrer. Pude comprobar que la villa se había formado en tiempos muy antiguos en torno a la iglesia de san Jorge, que fue sede episcopal hasta que perdió su primacía en favor de la nueva catedral. Mi suegro había efectuado la remodelación de ésta, modificando el campanario, el claustro y la sacristía; los trabajos para su construcción duraron muchos años, tanto que había sido terminada poco antes de que yo llegara. No sólo impulsó este proyecto, sino que había hermoseado Ferrara de tal forma que la convirtió en una de las principales capitales de Europa. La parte añadida por él, aunque muy extensa y rodeada de una nueva muralla, seguía integrada a la población medieval. Sus avenidas eran prolongación de las antiguas y, al paso de la comitiva, pude admirar muchos hermosos edificios con fachadas en piedra tallada.

Por otro lado sentía una cierta inquietud, pues sabía que aquella ciudad era la cuna de Savonarola, a quien mi padre había hecho ajusticiar. Traté de ahuyentar mis oscuros pensamientos y no dejarme llevar por negros augurios. Su casa natal aparecía intacta; no sin estremecerme pude contemplar el antiguo edificio, donde se conservaba todavía, como una valiosa reliquia, la biblia que él mismo anotara en los márgenes. Por fin llegamos al palacio que me habían señalado como residencia. Un arco flanqueado por las estatuas de Borso y Nicolás, antepasados de mi esposo, daba acceso al gran patio interior. Allí desmonté, al pie de una bellísima escalera cubierta con una cúpula de mármol; también de mármol blanco eran las columnas y la balaustrada.

El palacio ducal ocupaba el corazón de Ferrara, frente a la plaza de la catedral. Había sido durante muchos años la residencia de la familia Este y estaba formado por varias construcciones que rodeaban el patio; aquí se llevaban a cabo las fiestas y otras ceremonias, que la familia podía contemplar desde las ventanas. La monumental escalera accedía al piso superior y en la plaza se abría un hermoso portal; según me dijeron, correspondía a la antigua capilla de la corte.

Antes de mi llegada, en los apartamentos habían efectuado importantes transformaciones, y las habitaciones ofrecían un aspecto muy acogedor. Se habían recubierto los muros con planchas de madera, pintadas con guirnaldas y con pequeños amorcillos. Sobre todo, llamó mi atención un primoroso gabinete

decorado expresamente para mí. En cuanto pude me despedí de todos. Me retiré a mis aposentos; después de tomar un baño me acosté, durmiéndome enseguida.

Al día siguiente, los feudatarios de mi suegro acudieron a rendirme homenaje y él distribuyó entre los pobres numerosas monedas de plata. No había pasado un día desde mi solemne entrada cuando, para que el recuerdo me sirviera de advertencia, alguien se encargó de decirme que sobre aquellas losas habían rodado las cabezas de varias mujeres de la familia, pues así trataban los duques de Ferrara a las esposas infieles. Yo me sobresalté, aunque traté de mostrarme serena. De todas formas, desde que Alfonso y yo nos vimos por primera vez, supe lo que sería mi vida; pues aunque parecíamos entendernos, sabía yo muy bien que él mandaría siempre, y que yo me vería obligada a obedecerle en todo.

PARA LAS BODAS SE HABÍAN ALZADO por las calles numerosas construcciones de madera, y la logia de los Comerciantes, junto a la catedral, se hallaba cubierta de tapices. Los graderíos contenían espacio como para cinco mil espectadores y un verdadero ejército había trabajado para las representaciones teatrales. Los decoradores cubrieron los muros con paños de colores distintos, drapearon tejidos de oro para el baldaquino real, y dispusieron todo alrededor guirnaldas con plantas diversas. Además, numerosos pintores se habían encargado de trazar sobre las fachadas los escudos de la familia Este y de los Borgia.

Cien bailarines, actores y músicos ensayaban sus papeles. Había entre ellos tragallamas, y otros jugaban con pelotas o tocaban panderos. Por las calles se vendían espejos, guantes bordados y medias rayadas de colores para los que quisieran disfrazarse. También se ofrecían caretas y cabezas de cartón, y el más extraño equipo de jubones, zapatos y escarpines para los hombres y mujeres del pueblo.

Hacía mucho frío y estaba nevando. Cuando salí a caballo hacia la catedral ya habían barrido la nieve, y todos me aclamaban. Mi traje de novia llevaba listas de raso violeta combinadas con otras de oro fino; las mangas eran largas, a la francesa, y forradas de armiño, al igual que el abrigo, todo bordado en oro. Las mejores joyas de los Este resplandecían en mi frente, en mis dedos, y hasta en mis cabellos; iba cuajada de diamantes y rubíes, y una redecilla de oro sujetaba apenas mi larga cabellera, que caía en ondas sobre la espalda. Desde los balcones de casas y palacios se asomaban a vernos; Alfonso cabalgaba a mi lado, con sus anchos hombros y su expresión resuelta.

La catedral había llamado desde un principio mi atención, pues era un templo grandioso. Estaba dedicado a la Virgen, y me admiró que en su estructura se mezclasen la severidad del románico con un gótico ligero y refinado, del que carecíamos en Roma. Pude advertir que la fachada estaba dividida en tres partes, la más baja adornada con tres grandes portales. En el de la derecha vi la estatua

de Alberto de Este, antepasado de mi esposo, así como un busto del papa que, más de un siglo antes, había autorizado la fundación de la primera universidad en Ferrara. Observé la parte superior, que mostraba una sucesión de bellísimas galerías; en cuanto a la torre, vi que estaba inacabada, y así la pude contemplar durante los años que viví en la ciudad, hasta el momento de mi muerte. Cuando penetré en el interior, me admiró su aspecto imponente y solemne. Sabía que acababan de sustituir el ábside antiguo por uno semicircular, y en aquellas fechas ya habían comenzado el crucero que llevaba a cabo el arquitecto oficial de mi suegro.

En el altar mayor, rodeada de flores y bujías, pude admirar una hermosa imagen de la Virgen y el Niño que presidió la ceremonia. Por un momento, pensé que allí mismo se habría llevado a cabo la boda de mi esposo con su primera mujer, Ana Sforza. Pero no era momento para evocar acontecimientos turbadores, sino de gozar de mi propia felicidad, pues estaba yo verdaderamente emocionada.

La ceremonia no se prolongó demasiado. Después de acabada la misa, mi marido y yo nos dirigimos a la sala de banquetes, seguidos por la familia ducal, mis damas y muchos cortesanos. Pero no cenamos enseguida; antes hacerlo subí a mi cámara para cambiarme de vestido, y una vez de vuelta bailé con una de mis doncellas una danza francesa. Por fin comenzó el espléndido festín que mi suegro había hecho disponer para la boda; dimos cuenta de los numerosos platos, y abandonando luego el comedor nos dirigimos al salón de palacio donde nos aguardaban más de tres mil personas, sentadas en filas de sillas. A una señal del duque empezó el desfile de los convidados, que nos ofrecieron sus parabienes. Se representaron más tarde comedias de Plauto, donde aparecían más de cien actores vestidos a la manera antigua, con túnicas bordadas de muchos colores. Hubo peleas de moros y cristianos, en que se vieron moros con teas encendidas en la boca y soldados con coraza y celada; se nos festejó además con juegos de amor y bailes de antorchas, a los que asistieron con sus esposas los principales personajes de la corte. Finalmente, se celebró un concierto en que participó mi marido, con otras seis violas; por cierto, aquel día creó en mi honor la Orden de la Espuela Dorada.

Los embajadores de Venecia habían acudido a la fiesta vestidos con

lujosos mantos de terciopelo carmesí forrados de armiño. Los habían estrenado en su tierra, en la plaza de san Marcos, para que los vieran sus compatriotas; luego, tenían el encargo de ofrecérmelos como regalo. El duque Hércules tuvo a bien ofrecernos dos grandes jofainas de plata para el tocador, con sus jarras, todo hermosamente labrado. Además del collar de su esposa, entre las alhajas que me regaló había otro collar de brillantes que había pertenecido a su madre; cuando Isabel lo vio, no pudo disimular su disgusto y envidia. No imaginaba yo que, tiempo después, mi marido empeñaría las joyas y fundiría los objetos de plata, a fin de costear los gastos de sus numerosas guerras.

Mis perlas predilectas eran las que mi padre había entregado a los enviados del duque de Ferrara. Mostrándoles un cofre lleno de ellas, dijo: “Quiero que mi hija sea la princesa que en Italia tenga más perlas, y las más hermosas”. Había cerca de dos mil muy gruesas, y otras a centenares, para ser esparcidas por mis vestidos y adornos. Y añadió docenas de anillos y brazaletes, cientos de botoncillos de oro y esmaltes, medallas, esmeraldas y diamantes, para ponerme en la frente o colgarlos del cuello.

Tanto mi esposo como yo, no nos recatamos de acariciarnos y besarnos delante de todos. Luego Alfonso se retiró; entonces Isabel, con sus familiares y la comitiva de los embajadores, me condujeron a la cámara nupcial. Previamente la habían adornado con magníficos tapices, brocados y colgaduras de la casa de Este, y al son de las trompetas se cerraron las puertas. Bajo la dirección de Adriana Milá, las doncellas me quitaron el traje, arreglaron mis cabellos y me hicieron entrar en la alcoba. Ya habían comenzado a moverse los espías por dormitorios y antecámaras; uno, que informaba a la marquesa de Mantua, se deslizó por los corredores, y mis doncellas lo habían dejado entrar en la habitación donde yo iba a dormir, para que viera mis prendas más íntimas.

MIENTRAS, SE PREPARABAN ISABEL Y SUS HERMANOS para darnos la serenata en nuestro lecho nupcial, pero mi marido cerró la puerta y tuvieron que renunciar a ello; nos dejaron solos, y hasta nos perdonaron las bromas que se solían gastar a los novios. Sin duda, recordaba Alfonso su anterior boda con Ana Sforza, donde los observaban muchas personas mientras estaban en la cama. Supe que en aquella ocasión, al lado del novio estaba el marqués de Mantua con otros amigos, y entre todos le hacían cosquillas, mientras él se defendía con un bastón que tenía en la mano. Al parecer, la esposa se mostraba de muy buen humor, pero a mí no me hubiera gustado estar rodeada de gente extraña, ni que me dijeran las obscenidades que suelen usarse en tales casos.

Aunque estaba yo cansadísima, la noche fue muy apasionada. Alfonso se mostró como un marido muy dotado y me poseyó al menos en tres ocasiones, lo que me supuso un gran placer, que yo necesitaba, y que tanto había deseado desde mi salida de Roma. Algo tengo que confesar: mi ardor era tanto que ni el recuerdo de mi marido asesinado pudo quebrantarlo. Y tampoco el ser consciente de que fuera de nuestra alcoba vigilaban damas y prelados romanos, que permanecían en Ferrara para informar sobre lo ocurrido durante la noche. Al día siguiente, me admiró saber lo que Isabel le había contado a su esposo: al parecer, le escribió diciendo que Alfonso había caminado tres leguas, con lo que parecía conocer las veces que él me había poseído. Todavía no habían hablado entre ellos, y no sé cómo pudo saberlo. Mi suegro fue contando que nos habíamos compenetrado tan bien en nuestra noche de bodas, que ambos parecíamos saciados. Días después le llegó la noticia a mi padre, y supo con gran alegría que seguíamos durmiendo juntos, aunque era consciente de que mi esposo seguía frecuentando a otras mujeres. Me molestó que le escribiera diciendo que hacía muy bien, y no podía ni debía hacer menos, ya que era un joven impetuoso y bien dotado.

Entre la fogosa noche y el cansancio del viaje, estaba yo tan agotada que no me levanté hasta el mediodía. Muy de mañana habían ido a saludarme en mis

habitaciones las damas de Ferrara, y no las recibí; luego, después de una pequeña colación, me presenté ante toda la corte, espléndidamente vestida al estilo francés. Cuando se corrió la noticia de que estaba vestida, muchos libertinos y curiosos acudieron a verme, buscando en mi rostro las huellas de la batalla nupcial. Otros opinaban que cuando nos vimos antes de la boda, Alfonso se había acostado conmigo; daban por sentado que yo accedería a todo lo que él me pidiera.

Más tarde asistí desde el balcón principal a una cabalgata que presidía mi marido, y cuando lo vi llegar bajé hasta la puerta del palacio a besarle la mano en señal de sumisión. Él me abrazó y me besó en las mejillas; acabado el desfile regresó a buscarme, y tomándome de la mano me condujo hasta el ruedo que habían formado damas y caballeros, en torno a la gran chimenea encendida. Todo el día lo pasamos bailando; cenamos luego, y hubo una representación que duró casi cinco horas, resultando muy aburrida y fastidiosa. Al día siguiente no quise ver a nadie, pues lo dediqué a lavarme la cabeza y a escribir algunas cartas. No se celebró ninguna fiesta, y los huéspedes tuvieron que conformarse con callejear por la ciudad.

Mi suegro se encargó de organizar esta visita, que consistió en una especie de recorrido histórico. Primero visitaron el centro de Ferrara, constituido sobre todo por el castillo Estense y la Catedral. A su lado norte se hallaba la posada más antigua del mundo, citada en sus versos por Ludovico Ariosto, que había sido nombrado hijo predilecto de la ciudad. Al sur de palacio se extendía el barrio medieval, atravesado por las calles que unían el viejo puerto con la zona de los mercados. La vía que llamaban del Guijarral recorría el antiguo cauce del Po, que al retirarse había dejado descubierta gran cantidad de cantos rodados. La más típica de Ferrara se llamaba la Vía Cubierta; era larga y estrecha y se caracterizaba por sus pasajes cubiertos con bóvedas. La atravesaban numerosas galerías suspendidas que protegían de la lluvia y el sol los puestos de los comerciantes, y que además servían de unión entre las casas de los mercaderes que vivían en el lado sur, con sus almacenes al norte. Era algo así como el engranaje de la ciudad medieval, y en ella se llevaba a cabo gran parte de la actividad mercantil de Ferrara. Muy cerca, en la plaza del mercado, conocida

como de las Hortalizas, se desarrolló durante siglos el principal comercio ciudadano. No lejos estaba situado el gueto, donde habitaban los judíos que habían llegado huyendo de España y Portugal; los había también alemanes, que se habían instalado en Ferrara, formando entre ellos una poderosa comunidad.

Al otro día me levanté muy tarde y no dejé entrar a ningún extraño en mis habitaciones. Me vestí de oro con manto forrado de armiño, y bajé al salón con Isabel Gonzaga, que iba de terciopelo negro; llevaba ella un aderezo de brillantes grandísimos, y yo mis famosas esmeraldas. Era viernes, y mis doncellas vestían todas de negro. No se bailó ese día y se pasó directamente a la función. Unos hombres aparentemente desnudos, con pelucas de plata, llevaban en las manos cuernos de la abundancia en que ardían bengalas; otros vestían de locos, con calzas a la cabeza, y se golpeaban con vejigas hinchadas de aire. En realidad no gustaron a nadie, y menos a mí; así que la representación acabó entre bostezos y disputas del aburrido público.

Duraron las fiestas hasta que terminó el carnaval, porque mi suegro era muy aficionado a banquetes, bailes y comedias. Había hecho representar hacía tiempo las de Plauto y Terencio, y presumía de ser uno de los fundadores del moderno teatro italiano. Pero cuando leyó la lista de gastos ocasionados por nuestro matrimonio se puso furioso, aunque disimuló, y buscó la manera de resolver la situación sin escándalo. El último día de carnaval, los embajadores venecianos me ofrecieron sus soberbios abrigos de terciopelo carmesí forrados de armiño, como habían prometido. El miércoles de ceniza empezaron las despedidas, y los invitados abandonaron la ciudad. Por los helados caminos iban grupos de hombres a caballo y damas ateridas en carros cerrados, y por el río navegaban pequeñas naves y bucentauros que devolvían a sus tierras a los embajadores y nobles.

Experimentaba placer los primeros tiempos de mi matrimonio. Pasábamos las noches enzarzados, y me resultaba apasionante, como en un juego que acabara yo de descubrir y al que nos dedicábamos en una ardiente y agotadora batalla. Con el tiempo el acto se convirtió en una obligación continuada, con el tedio de la costumbre. Yo apretaba los dientes y rezaba para que Dios me diera fuerzas, al tiempo que trataba de cumplir con mi obligación, pues mi esposo me

hacía ver que cometía un grave pecado si me negaba a darle placer. A temporadas se repetían los comienzos, y tenía entonces la convicción de que hubiera merecido la pena vivir sólo para complacernos mutuamente: hacerlo una y otra vez, en una suerte de feliz embriaguez.

Mi padre le exigió a mi marido que me tratara siempre con afecto y no le consentía que me descuidara por las noches, como había hecho con su primera mujer. Quizá para borrar antiguos recuerdos y afrentas, deseaba que él me demostrara su amor durmiendo conmigo. Aún así, no le importaba que al día siguiente se divirtiera con otras mujeres, pues bien sabía yo que no me era fiel. Cierto es que Alfonso no me había deseado en un principio como esposa, pero cuando me tuvo me aceptó, pues me vio más dulce y sumisa de lo que había esperado de una Borgia. Por eso en adelante se sucederían mis embarazos; ni siquiera me respetaba cuando estaba enferma, por lo que en ocasiones tenía que huirle, refugiándome en algún monasterio.

Poco a poco, el amor se convirtió en algo mecánico: gozaba de mí una y otra vez, sin preámbulos, dejando a un lado las caricias y las delicadezas, que yo añoraba y él parecía haber olvidado. Mi vida se transformó en una enojosa rutina, pues siempre era lo mismo: levantarse, comer, pasar la tarde de cualquier forma y acostarse de madrugada, sentirme poseída en contra de mi voluntad y volver a levantarme tarde por la mañana. Entonces empecé a recordar a Alfonso de Bisceglia; añoraba nuestros juegos eróticos, el recorrer de sus manos en las mías dibujando los dedos, entrando en ellos como buscando algún rincón oculto. Echaba de menos sus besos, sus caricias que ya no tenía. Mi esposo y yo no dejamos nunca de acostarnos juntos por las noches y, en el momento más inesperado, él me acosaba en forma despiadada, como lo hubiera hecho un animal. Entonces, resignada, yo le dejaba hacer.

CÉSAR YA NO PODÍA DISIMULAR las úlceras que la enfermedad inconfesable había abierto en su rostro moreno. Desde que el rey de Francia extendiera por Italia la sífilis, se había propagado de tal forma que miles de italianos se hallaban afectados por aquella pestilencia mortal, aquella sarna repugnante contra la que nada podían los médicos. Se trataba de un mal terrible, peor que la lepra, que consumía el cuerpo y el espíritu, convirtiendo a los enfermos en muertos vivientes. Todas las ciudades estaban infectadas, y no bastaban las fundaciones ni hospitales para atender a tantos pacientes. Pasando el tiempo, y tras utilizar toda clase de remedios, entre ellos el leño de Indias, César logró curarse; no obstante, en su rostro quedaron para siempre las huellas de la enfermedad.

Por entonces supe que había llegado a Roma un embajador francés enviado por Luis, el nuevo rey de Francia. Solicitaba éste del papa la separación de su esposa, pues no le había dado hijos, y él aseguraba no haber consumado el matrimonio. Lo cierto es que pretendía casarse con Ana de Bretaña, que tenía veintidós años y era viuda de su hermano Carlos. Mi padre no tardó en redactar una bula donde le concedía la anulación, y César fue el encargado de trasladarla a la corte francesa. Los preparativos del viaje resultaron largos y costosos, pues mi familia esperaba mucho de aquella visita. Por mediación del rey Luis, se pretendía que César obtuviera la mano de Carlota de Aragón, una dama educada en su corte. Mi hermano había querido casarse antes con una princesa de Nápoles, pero su padre no lo consintió, pues le contrariaba que una hija suya se uniera a un bastardo del papa. En realidad, mi hermano se sentía extraño en todas partes, aunque no lo reconociera; así que decidió buscar esposa en la corte de Francia.

Para cubrir los numerosos gastos, gravaron con un nuevo impuesto a los judíos residentes en Roma; además, trescientos usureros que estaban presos en las cárceles pontificias quedaron en libertad, a cambio de una buena suma de dinero. Se decía que en Roma era ya imposible encontrar una pieza de paño de oro, ni terciopelo, ni piedras preciosas, pues todo se había requisado. Según me

dijeron, César se encargó de saquear las tiendas, de donde se llevó piezas de seda y terciopelo; a los joyeros les exigió cadenas de oro y toda clase de ricos adornos, y se apoderó de los mejores caballos que había en las cuadras. Aquellos ropajes lujosos debían sentarle muy bien, pero no bastaban para atenuar las huellas de su rostro, maltrecho por causa del mal francés. Últimamente parecía haber recaído en su enfermedad, y un médico le estaba curando una erupción que le brotaba periódicamente; así que tuvo que retrasar su salida, sin que ignoraran en la corte francesa el motivo del aplazamiento.

Supe que el viaje había costado más de cien mil ducados, pues fue digno de un rey. Me contaron que César salió de Roma vestido de terciopelo verde, llevando encima un abrigo negro a la última moda de Francia. Iba al parecer cubierto de oro y piedras preciosas, con una peluca que cubría su antigua tonsura de cardenal. Los caballos de su comitiva estaban herrados con plata, y los arreos bordados con perlas. Figuraba él como sobrino del papa; cuando llegó a Marsella en una galera francesa llevaba puesto un antifaz que le envió mi cuñada Isabel, para ocultar las cicatrices de su rostro. Al llegar al puerto desembarcaron más de cien caballeros con sus respectivas monturas; llevaban consigo más de una docena de carros con equipajes, y setenta mulas con los colores del rey de Francia.

Por el valle del Ródano llegó la comitiva a la corte de Chinon; allí, como César portaba la bula para el rey, toda la corte lo acogió con grandes honores. Pero supe que Luis había hecho comentarios en tono de burla, acerca de la exagerada riqueza que mi hermano ostentaba; al parecer, le parecía demasiada para un personajillo sin importancia como él. Cuando lo supe no pude menos que indignarme, pues me pareció una crueldad hacia mi hermano, que sin duda lo habría disgustado y humillado en extremo. No obstante, en reconocimiento a su servicio, el rey lo honró a continuación con el título de duque de Valentinois.

Una vez obtenido el divorcio, el soberano pudo contraer matrimonio con Ana de Bretaña y César aprovechó las fiestas para cortejar a Carlota de Aragón, una de las principales doncellas de la novia. Los franceses seguían bromeando a su costa; lo llamaban hijo de Dios, así que ella juró que por nada del mundo lo aceptaría, pues no quería que la apodaran la Cardenala. Después de muchos

dímes y dirétes, tuvo mi hermano que contentarse con otra Carlota; se llamaba Carlota d'Albret y era hermana del rey de Navarra. La novia había cumplido los dieciséis años y tenía fama de ser muy dulce y virtuosa.

Al poco tiempo supe que se habían casado en Blois, ante un pequeño altar de jaspe y plata que había donado mi padre. Como César no aportaba dote alguna, ni tampoco feudos propios, el rey le concedió once mil ducados de renta; antes había hecho varios regalos a los novios, entre ellos un palio de damasco verde bordado ricamente en oro. Después de las bendiciones se pasó a los festejos. A las fiestas acudió el propio Luis; éste, a la salida de la iglesia, después de pasear por los jardines con la reina visitó con los novios los lugares y objetos artísticos que había en el castillo. Más tarde, César obsequió a los soberanos con un gran banquete, y acudieron tantos invitados que hubo que improvisar el comedor en una gran pradera; para dividirla, al parecer, tendieron entre las mesas numerosas cortinas y tapices. Como era costumbre en Francia, se celebraron luego justas y torneos, todo en los campos floridos a orillas del Loira.

Mi padre expresó su satisfacción enviándole a la novia las mejores alhajas de su joyero particular. Mientras, en la corte francesa todos se burlaban: se decía que César le había pedido a un boticario unas píldoras para mejor complacer a su mujer y que, habiendo tomado otras por equivocación, pasó la noche acudiendo al retrete. Aún así parece que se consumó el matrimonio, pues al día siguiente ella, muy sofocada, les confesó a sus damas que estaba satisfecha por el ardor que le había mostrado su esposo.

César, por su parte, le escribió a mi padre en español, contándole con todo detalle el transcurso de su noche de boda. Según le decía, las lanzas rotas antes de la cena contra los caballeros franceses, no habían sido nada comparadas con las del lecho nupcial, pues logró hacer ocho viajes durante la noche. A su manera afirmaba haberla poseído ocho veces, cosa que, al parecer, provocó grandes carcajadas en el destinatario de la carta.

Luis había ordenado por decreto que a mi hermano lo llamaran César de Francia, y que figuraran en su escudo los lises de oro junto al toro rojo de los Borgia. Su luna de miel duró cuatro meses, en que los novios permanecieron a orillas del Loira. Luego César tuvo que partir a las guerras de Italia y, cuando se

despidió de su mujer, ella ya estaba embarazada. Carlota dAlbret se quedó acompañada por sus damas de honor; no podía sospechar entonces que no volvería a ver a su marido, ni que él tampoco llegaría a conocer a Luisa, su única hija legítima.

No obstante, él no la olvidaría enmedio de sus batallas, aunque nunca le sería fiel. Muy a menudo le enviaba los mejores perfumes traídos de Oriente, cera purísima para las bujías, y toneladas de confites italianos. Varias veces le pidió que se reuniera en Italia con él; Carlota le contestaba suplicando que volviera a su lado y, como no lo hizo, debió terminar por olvidarlo. Nunca volvieron a estar juntos. Tanto Carlota como la pequeña que tuvieron eran como rehenes en manos del rey francés, así que yo no llegué a conocerlas. Tiempo después supe que mi sobrina se había convertido en una jovencita menuda, de nariz y rostro poco agraciados, pues además había nacido con una oscura mancha en la frente.

TANTO LAS NOTICIAS DE LA CORTE FRANCESA como las de Ferrara se transmitían de boca en boca; aquí, un espía de mi cuñada Isabel había convencido a fuerza de adulaciones a Lucía, una de mis camareras, y ella le contaba todas mis intimidades. Las relaciones entre Isabel y yo fueron siempre corteses, pero nunca amistosas. No congeniábamos, porque teníamos caracteres opuestos. A mí no me atraían demasiado las letras ni las artes; por ello mi biblioteca era mínima, al contrario que mi guardarropa. En cambio, alardeaba ella de acoger a artistas como Rafael y Miguel Ángel, y de adornar con sus cuadros el palacio de Mantua, hasta el punto de que empeñaba sus joyas para sufragar los gastos de sus protegidos. Coleccionaba antigüedades, inventaba trajes y cofias para sus damas y sobre todo le gustaba viajar. Tenía muchos amigos y pocos enemigos y, como además era amable y hermosa, la celebraban todos los poetas. Antes de conocerme ya sentía aversión por mí, pues no perdonaba la boda de su hermano con la hija del papa. En el fondo creo que me tenía envidia. Y eso que, por entonces, ninguna de las dos sospechábamos que un día íbamos a compartir el amor de su marido.

Mi gran pasión seguían siendo las fiestas. Me encantaban los bailes, pues me permitían lucir mis trajes y joyas, aunque a veces me produjeran accesos de fiebre y tuviera que guardar cama durante varios días. Acostumbrada como estaba a las fiestas de la corte pontificia, quise renovarlas en Ferrara. En Roma competía en el vestir con mi cuñada Sancha, pero aquí la rivalidad era más seria, pues Isabel de Este tenía fama de ser la mujer más elegante de Italia.

No la igualaba yo en belleza, pero era más joven. Además, no tenía yo rival en ninguna clase de danzas, pues bailaba con la misma gracia las romanas que las francesas y españolas, aunque en cambio fuera perezosa para otro tipo de actividades. Con mis peluqueros inventaba excéntricos tocados y para lucirlos disponía fiestas y banquetes, siempre rodeada de cantores, bailarines y músicos. Celebrábamos mascaradas al aire libre en mi jardín, animadas por las locuras de mis bufones; también se organizaban cacerías con leopardos y azores, y toda

clase de juegos galantes.

Por mucho tiempo que pasara, no había yo de perder el gusto por las joyas; en mi inventario figuraban casi mil piezas, contadas y descritas una a una por mis intendentes. En los días de frío me gustaba envolverme al cuello una cibelina que tenía los ojos de diamantes, y se ataba con cordones de oro. Mis abanicos eran también de oro, con plumas blancas o cuajados de perlas; entre mis alhajas era la preferida una linda pulsera en forma de serpiente, que más tarde inspiraría en el poeta Pedro Bembo unos apasionados versos de amor.

Ya no ocupaba yo el palacio que me acogió a mi llegada, sino un gran castillo cuadrado; estaba rodeado por un foso de aguas verdosas, y allí mi suegro había dispuesto para mí una serie de estancias. Él mismo me estuvo relatando cómo se construyó la fortaleza dos siglos atrás, por deseo de Nicolás, un antepasado suyo. Según dijo, en su lugar había existido antes una torre cuadrada, que destinaban a la simple vigilancia; luego la convirtieron en otra más robusta, que adaptaron a las nuevas técnicas de guerra, uniéndola a las murallas por medio de un puente levadizo.

Durante años, el torreón estuvo defendiendo los muros en esta parte norte de la ciudad, donde se abría la puerta de los Leones, llamada así por un relieve que los representaba. En aquel tiempo protegía el edificio un foso muy ancho y profundo, una especie de lago de aguas oscuras, unido al Po por medio de un canal; ello permitía que las barcas pudieran atracar en un lugar seguro. Al principio, la torre la habitaron solamente los soldados y criados de la casa de Este, y a sus estancias se accedía tan sólo por unas estrechas escaleras.

Conocí también muchos de estos datos por boca de Julio, mi cuñado más joven, quien me acompañaba a menudo; mientras recorríamos aquellas viejas estancias, iba poniéndome al corriente de lo sucedido en ellas. Fue él quien me contó que Nicolás, que no era duque todavía, sino sólo marqués, quiso alzar un edificio que fuera un reflejo de su poder político, y al mismo tiempo un lugar seguro para defender la casa de Este de las insurrecciones populares; para ello adquirió los terrenos que separaban su palacio del muro norte, y proyectó el castillo. En el sótano de una de las torres se hallaban las mazmorras, dedicadas a los prisioneros políticos de la casa de Este, ya que los presos comunes se

encarcelaban en otro edificio, situado en las afueras de la ciudad. Casi siempre los detenidos eran personajes importantes, y solían dejar estampadas sus quejas y testimonios en inscripciones sobre los muros de sus calabozos. En uno de ellos estuvo presa antes de ser ajusticiada Parisina Malatesta, la joven y desgraciada esposa de Nicolás, y en otro Hugo, hijo del propio marqués. No los condenaron por conjura, sino por haberse convertido en amantes, una afrenta que el marido no quiso perdonar. Los dos jóvenes fueron degollados en el sótano de la torre, y allí se construyó más tarde un tríptico donde estaba representada la virgen acompañada de dos santos. Sin duda, dijo mi cuñado, el sucesor de Nicolás hizo erigir la imagen para expiar el delito y consagrar el lugar de la ejecución. No sospechaba el hermoso Julio, cuando me mostraba los tétricos lugares, que él mismo sería condenado a pasar muchos años entre aquellas paredes oscuras y húmedas; entonces, tampoco yo podía imaginar para él semejante destino.

Poco a poco, fui conociendo extraños hechos relativos a mi familia política, y penetrando en los más ocultos secretos de mi nueva residencia. Era el castillo un lugar especialmente vigilado, de forma que los delitos cometidos en sus alrededores se castigaban con doble pena. Ocupaba el centro de la ciudad; era de estructura cuadrada, y rematada en sus esquinas por cuatro enormes torres, tan altas como campanarios. Una de ellas, llamada del León, formaba parte de las antiguas fortificaciones. Podía accederse al edificio por tres lugares: uno junto a la torre de san Pablo, otro a la de santa Catalina, y un tercero al norte; un nuevo puente levadizo sobre el foso unía la fortaleza a la plaza. La enorme mole dominaba la ciudad y el territorio de Ferrara, de forma que los viajeros que se acercaban a pie o a caballo, en barco o en carroza, experimentaban al verlo de lejos una sensación de asombro y respeto. Desde su fundación, el monumento fue símbolo del poder Estense; nunca perdió su utilidad militar, pero con el tiempo se había ido convirtiendo en un lugar más habitable.

El plano inferior estaba compuesto por una serie de salas, y el primer piso lo formaban unas amplias galerías con techos de madera, que unían las torres. Ambas plantas se iluminaban por medio de pequeñas ventanas y se dedicaban al cuerpo de guardia, mientras que en los profundos sótanos, bajo el nivel del agua, se hallaban las celdas ocupadas por los prisioneros que requerían una vigilancia

especial. En este mismo ambiente se efectuaban las actividades de cocina, lavado, preparación de cera y otras labores corrientes. Ocupaban un extremo la fábrica de armas y una extensa lavandería. En el patio se llevaban a cabo las fundiciones y cerámicas, se repasaban los carros y se atendía a los caballos. En contacto con el foso y el canal exterior había tres cisternas para agua, un gigantesco depósito de carbón de leña y varios almacenes donde se guardaban los alimentos para la cocina.

PUDE COMPROBAR POR MÍ MISMA que muchas de las antiguas actividades se conservaban en la actualidad. Después de una batalla, las armas se acumulaban en los arcones, y los hombres se dedicaban a bruñir las piezas de acero en los patios; pronto vi que eran gente brutal, que estremecía el lugar con sus juramentos y riñas. Cuando llegaba mi esposo lo veía yo pasear ante el castillo, caminando a grandes zancadas, con sus anchos hombros y el cabello oscuro y espeso: nadie hubiera dicho al verlo que se trataba de un futuro duque. A su padre no lo sorprendía, porque desde niño conocía su tosquedad. De muy pequeño rugía como un cachorro de león; una vez, al parecer, en un banquete se puso furioso, y de un tirón arrastró los manteles, cayendo al suelo con gran estrépito la cristalería y la vajilla.

Otra fortaleza, el castillo Tedaldo, defendía la ciudad por el sur: al parecer la población, enojada por la presión fiscal, se había alzado en varias ocasiones contra sus señores, que sofocaron estas rebeliones en forma sangrienta. De esta forma me fui adentrando en los secretos de aquella terrible familia en la que yo acababa de ingresar.

Cuando mi suegro heredó el ducado, su esposa Leonor de Aragón se encargaba del gobierno durante las largas y frecuentes ausencias de Hércules. En los primeros días de un frío otoño mi suegro no se hallaba en la ciudad; entonces, su primo Nicolás, hijo de Leonello, aprovechando su ausencia invadió Ferrara con un grupo de hombres armados. La duquesa tuvo que huir con sus hijos desde los apartamentos del palacio familiar y cobijarse tras los fuertes muros del castillo de san Miguel. Para ello le fue preciso atravesar un puente que había sido transformado hacía poco en una galería cubierta, protegida de la intemperie. Los rebeldes fueron capturados y ajusticiados, y al propio Nicolás lo decapitaron días después en la torre de santa Catalina. Desde aquel momento, el duque decidió transformar la fortaleza en un lugar decoroso que los acogiera a él y a su familia, y allí trasladó su residencia.

Yo hallé un lugar oscuro y triste, con salas como mazmorras, adornadas

con tapices sombríos donde apenas se distinguían algunas figuras hieráticas. Parte del edificio era muy viejo, y estaban roídas sus paredes; en su base, alguien había arrancado las piedras. Una zona estaba deshabitada y hueca, lo que podía verse por los agujeros del portón cerrado. Enmedio el patio se hallaba vacío, y dentro sólo algunas estancias conservaban la techumbre. En la puerta de cuarterones, un aldabón de bronce en forma de mano agarraba una bola que al golpear sonaba con un vibrar profundo y sostenido. Había que aguardar unos minutos en la semioscuridad, bajo la fina lluvia, y entonces se oían pasos en la escalera, un soldado se acercaba a la puerta y descorría los cerrojos. El portal tenía un zócalo de piedra y las recias puertas pintadas de marrón. La escalera principal no tenía pasamanos y de arriba pendía un farol; en los días de tormenta gemían las puertas y ventanas, mientras la lluvia golpeaba los muros y el viento soplaba entre los torreones.

Todo allí daba la sensación de una sobria y triste elegancia, desde las vigas oscuras del techo hasta las enormes chimeneas de piedra. En la biblioteca había estantes con gruesos volúmenes, aprovechando el espesor de los muros, y los más bajos contenían manuscritos antiquísimos, encuadernados en amarillentos pergaminos. Los muebles eran muy antiguos, y contenían cerámicas y mapas. En aquellas estancias desiertas entraba muy poca luz, y el ambiente era desagradable y frío. A mediodía mejoraba el tiempo y el sol se atrevía a asomarse en las salas húmedas, que ninguna chimenea, por enorme que fuese, podía calentar. Mis damas caminaban dificultosamente, con sus altos coturnos, sobre las piedras redondas del patio. Llovía a menudo, y el aire agitaba las ramas; la lluvia arreciaba, y después de un momento los granizos rebotaban en las losas.

***

Años antes, un devastador incendio había asolado una extensa zona de la ciudad, destruyendo numerosos edificios. También el castillo ardió en gran parte, lo que mi suegro aprovechó para transformarlo y embellecerlo. Limpiaron de escombros y yerbajos las aguas del foso; el mayordomo utilizaba el látigo tanto para arrear a los animales como sobre las espaldas de los siervos, y a horas intempestivas hacía llamar a los capataces, para que reclutaran más obreros entre los labriegos. Se llevaron a cabo cambios radicales en la estructura; sustituyeron

las almenas por balaustradas de mármol y edificaron miradores en las torres; además añadieron un piso, y varios aposentos en el interior. Fue entonces cuando se unieron el castillo y el palacio ducal, a través de un pasadizo alzado y cubierto, decorado con arcos. Partía del primer piso del palacio, y después de haber atravesado el foso desembocaba en el patio de la fortaleza.

Una vez rematadas las obras de reconstrucción, encontré yo las habitaciones ya dispuestas; y como no estaba satisfecha con el arreglo que mi suegro había hecho, mandé a los albañiles que las acondicionaron a mi gusto. Tardaron varios meses en hacerlo; para vigilar el trabajo acudía yo a menudo a la obra, donde los golpes y las voces hacían temblar el edificio. Mi intención era transformar el hosco ambiente del castillo en una serie de piezas acogedoras, y crear una zona independiente, sin relación con las plantas bajas, donde se concentraban las actividades defensivas y de servicio.

Lo quería yo todo nuevo, y estaba preocupada por las numerosas tareas que me aguardaban. Me asustaba sobre todo la cantidad de compras que tendría que hacer, pero al final no se me permitió ninguna, pues mi suegro se encargaba de ellas. A él casi nunca lo veía, pues andaba ocupado en hacer las cuentas de mi corte y planeando recortar mis gastos. Deseaba yo sentirme a gusto en aquella ciudad; por eso me corría prisa organizar la vida en el castillo, dándole un aire joven y lujoso y convirtiendo la vieja fortaleza en un lugar agradable donde pudieran organizarse bailes, mascaradas y toda clase de conciertos.

Varias lujosas escaleras conducían a las salas interiores. En el piso noble hice construir una linda salita, y otras mayores a las que llamé de la Aurora y el salón de los Juegos. Me encargué de que las decoraran con elegantes frescos en las paredes**,** y en el exterior con estatuas, y para ello vinieron artesanos de toda Italia. Adquirí para las estancias tapices de terciopelo y brocado y se cubrió el pavimento con lujosas alfombras. Mandé preparar también un jardín colgante con naranjos, situado en alto, ocupando el espacio que iba desde la torre del León a la llamada Marchesana. Se trataba de un bello lugar de recreo, una linda terraza con arcos, balcones y arriates que daba sobre un hermoso panorama de la ciudad, y estaba reservada en exclusiva para mí y las damas de mi corte. La galería comunicaba con los salones principales y con un precioso camerino de alabastro

dorado, donde Alfonso y yo fuimos luego reuniendo pinturas de Tiziano, Rafael y Bellini, y otros muchos objetos de arte.

MI ESPOSO PARECÍA CONTAGIADO POR MI FEBRIL ACTIVIDAD. Había mandado también reformar el apartamento que fue de su madre; lo hizo antes para su primera mujer, Ana Sforza, y ahora de nuevo para mí. Modernizó además el antiguo estudio de mi suegro; convirtió el viejo patio en Patio de Honor, dándole un aspecto al mismo tiempo serio y elegante. De un lado lo adornaban varias arcadas con columnas, y en el centro ordenó que se construyeran dos pozos de mármol. Se encargó también de edificar unas grandes cocinas bajo el jardín de los naranjos; allí instalaron hornos, lavaderos y desagües, con amplios fogones utilizados para preparar los famosos banquetes de messer Messibugo, nuestro cocinero de corte. Al lado situó la escudería, la armería donde él se dedicaba a la fabricación de cañones, y varias oficinas para los asuntos del servicio.

Todo se fue haciendo poco a poco, he de confesar que con mi beneplácito. Así, logré que enmedio de mi gracioso jardín, un surtidor alzara un lindo chorro de cristal. Conseguí permiso para adornar mi cámara nupcial con tapices heráldicos donde figuraban las armas de los Borgia, y mandé colocar las pinturas que me habían llegado de Roma. Por las amplias escaleras de mármol subían y bajaban los pajes y alabarderos, trasladando los muchos objetos de valor que me enviaba mi hermano César; a cambio, mi esposo le mandó una colección de cien máscaras, todas muy raras y distintas.

Yo estaba satisfecha. Hice que decoraran mi aposento más secreto de azul, y de este color eran las mesas, los tapices y el dosel de la cama; encargué repisas con incrustaciones en oro, y las llené de figurillas de cristal, junto con vasos de alabastro. El salón de recibo lo adorné con terciopelo verde y mandé que colgaran el retrato de Vannozza: en los momentos de soledad lo buscaría, y encontraría en él la fuerza de su mirada. En un largo banco tapizado de terciopelo verde se sentaban las doncellas y los visitantes, sobre almohadones de damasco. En otra estancia hice preparar un lecho con dosel de tela de plata, adornado con franjas de seda, por si alguna vez venía mi madre; en las paredes lucían mis colores favoritos, el violeta y el oro.

Pero aún faltaban algunos detalles; y así, para resguardarme del frío y tomar mi baño diario, como había hecho en Roma desde mi niñez, se preparó un

camerino forrado de madera dorada. Como hicieran allí, mis camareras encendían braseros y echaban en una tina agua perfumada y caliente. Mi doncella Lucía era la encargada de preparar los braseros y calentar el agua; mientras, otras sacaban los polvos, las redecillas y las batas moriscas. A veces, cuando habían terminado, las despachaba yo a todas y me quedaba a solas con Catalina, la joven mulata que siempre fue mi favorita. Me quitaba yo los trajes de brocado, hacía que ella se desnudara también, y entrábamos ambas en el baño; dentro de la gran cuba me gustaba admirar su cuerpo joven y moreno, y allí bromeábamos y reíamos. Luego, bajo las batas de colores o vestidas sólo con camisas, jugábamos a tendernos sobre almohadones de plumas; ella entonces quemaba perfumes en los braseros encendidos, o sujetaba mis cabellos con una redecilla de oro.

El rostro de aquella muchacha era lo más bonito que nunca había visto. Tenía unos ojos enormes, la nariz recta y pequeña, y una boca con labios rellenos, pero de una línea purísima. Había yo conocido a sus padres: eran un hombre y una mujer vulgares, de piel muy oscura, y me admiró que aquellas personas hubieran podido engendrar una tal maravilla. Desde entonces, su nombre se había convertido para mí en la personificación de la belleza. Ignoraba yo entonces que todos en Ferrara comentaban estas costumbres, que a mí me parecían naturales.

Durante un tiempo siguieron llegando de Roma columnas antiguas para adornar mi jardín colgante, así como libros con ricas ilustraciones y miniaturas. No me privaba yo de nada: tenía en mi sala una jaula dorada con un papagayo de vivos colores, y mi perrita correteaba por el castillo, llevando al cuello una cadenilla de oro y rubíes. Solía asistir a misa en la capilla privada, y más tarde recibía a las pocas visitas que eran de mi agrado; a menudo charlaba con mis doncellas, que me rodeaban, y les leía yo en voz alta historias y poemas de amor. Si quería conservar la intimidad hablaba en castellano con Adriana Milá, y cuando me quedaba sola aprovechaba la calma nocturna para escribir a mi padre y hermano, agradeciéndoles sus regalos. En fin, que al cabo de un tiempo fui recobrando las antiguas costumbres y habituándome a mi nueva vida.

Mi esposo y yo habíamos dispuesto con todo detalle la inauguración oficial de las zonas restauradas; para recibir a los muchos invitados se colocaron graderías y se forraron de seda las paredes de las escalinatas. El día de la

celebración, estuve yo observándolo todo desde una ventana: había hecho plantar árboles en el patio principal, y adquirido una antigua fuente romana con una cabeza de tritón, que vertía el agua en una hermosa concha. Hice también colocar bancos y mesas, para celebrar el acontecimiento; las criadas iban de acá para allá, tendiendo manteles y colocando las vajillas. Al final el castillo se llenó de gente, a la que tenía que atender; la fiesta resultó espléndida y se comentó en toda Italia.

Poco a poco, mi tosco marido acabó por adaptarse a mis rutinas. Llegó un momento en que no echaba yo de menos en Ferrara el palacio romano: fui amueblando las habitaciones con ricos arcones, mandaba encuadernar mis manuscritos con raso cuajado de perlas, y los más famosos pintores iluminaban mis juegos de cartas. Llené el jardín colgante de plantas y animales exóticos. De cuando en cuando solía regalar a las damas ferraresas algunas joyas de mi guardarropa, así como cofias y toda clase de adornos. Jugaba con ellas partidas de naipes, en que apostábamos dulces y tortas de mazapán, que luego comíamos juntas. En el castillo viví de forma estable con Alfonso, alternando con estancias más o menos largas en el palacio Shifanoia, que era de mi suegro hasta que fue destinado a su hermano menor, Segismundo de Este. En ocasiones viajábamos a las que llamaban Delicias Estenses, que estaban fuera de la ciudad, bien en Belriguardo, Belforte o Madelana, y que resultaban más agradables por su situación y su clima.

OCUPABA MI SUEGRO UN ENORME PALACIO cerca de Ferrara, que habían decorado con frescos los mejores pintores; allí se daban cita cortesanos,

artistas y poetas. Se trataba de un gran edificio cuadrado con un hermoso pórtico; sus paredes estaban labradas con cornisas floridas, y una gran escalera comunicaba el piso bajo con el superior. Lo rodeaba un fabuloso parque con toda clase de animales salvajes: había allí zorros, lobos y grandes jabalíes. Los jardineros, pintores y arquitectos habían creado invernaderos, fuentes y juegos de agua entre los bosquecillos. Pasaba él grandes ratos en el patio con sus amigos. Por entonces, estaban al servicio del duque tanto Rafael como el poeta Ariosto; en el sector noroeste de Ferrara se hallaba la mansión del poeta, edificada un siglo atrás por su familia, cerca del palacio Paraíso y de la iglesia de san Gregorio, cuya torre era considerada una de las más antiguas de la ciudad.

Había yo empezado a admitir en mis habitaciones a las doncellas ferraresas, que llegaron a apreciarme mucho; ellas me dieron fama en toda la comarca de tener un carácter divertido y alegre, y de ser muy comprensiva con la servidumbre. Yo había llevado a aquella corte la moda de los zaragüelles, que eran calzas amplias y plegadas, a la manera de las mujeres árabes; tenía muchas bordadas en oro, y les regalé algunas a las ferraresas. Solían usar ellas bajo las amplias faldas un par de calzas de paje y un jubón ajustado; en cuanto nos quedábamos solas, se deshacían de sus vestidos, y en jubón cantaban y bailaban. A veces me cansaba yo de tantas fiestas; entonces, en una litera tirada por dos caballos blancos, me retiraba a un convento de clausura llamado del Corpus Domini, que estaba habitado por monjas clarisas. Allí se hallaban situadas las tumbas de la familia Este, entre ellas la de la esposa de mi suegro, Leonor de Aragón. Llevaba yo conmigo tan sólo a mis más íntimas amigas; bajábamos alegres de las carretas y corríamos a saludar a las monjas, que nos aguardaban ansiosas. Tenían siempre preparados dulces de miel, guirlaches, rosquillas y otras golosinas; nos acomodaban en las pequeñas celdas, y entonces algunas de mis damas se vestían de hábito y pasaban la semana rezando. Todos los días acompañábamos a las religiosas a misa o al rezo del rosario.

Más tarde, pasó a formar parte de este monasterio el palacio Romei, una de las viviendas más ricas de la ciudad. Era Girolamo Romei un célebre banquero de Ferrara, esposo de Polisena de Este, parienta de mi esposo; se había hecho construir una hermosa mansión, que legó a su muerte por testamento a sus

vecinas las clarisas. Allí comenzaron a alojarnos las monjas. El patio de honor era muy hermoso, con una doble galería, y en el muro del fondo un gran monograma de Cristo trazado con ladrillos. Las habitaciones de la planta baja estaban adornadas con frescos, y algunas tenían grandes chimeneas pintadas; encima de una de ellas campaba el blasón de la familia Romei, mientras que un friso representaba a las Sibilas que anunciaban al Salvador. Nos alojábamos en el piso noble, en los aposentos destinados a huéspedes ilustres que visitaban el monasterio. Era muy bella también la sala de los Profetas, representados en frescos murales por los pintores ferrareses. Nosotras solíamos reunirnos en el salón de honor, ante la enorme chimenea de ladrillo; y, cuando deseaba estar sola, me retiraba yo a leer a un pequeño despacho que había usado antes el dueño de la casa, y que estaba adornado con un precioso techo de madera pintado en colores.

Durante la cuaresma, mis doncellas salían a la calle vestidas de pardo y, tanto ellas como yo, llevábamos sombreros cerrados con cordones de oro y velos cubriendo la cara; eran velos finísimos, blancos o brochados, que nos favorecían mucho. Ninguna había cumplido los dieciocho años. Eran sanas y hermosas y provenían de familias nobles, de las que me presentaron en Ferrara, y había elegido a seis, que iban a buscarme para acompañarme al sermón. Pero entre todas prefería yo a Catalina, pues nunca tuve otra tan hermosa y gentil. Me gustaba vestirla con rasos y brocados y la adornaba como a una muñeca, con collares y brazaletes; a veces trataba de enseñarle canciones españolas y, aunque no tenía buen oído acababa por aprendérselas, para no contrariarme.

Durante el carnaval trenzaba yo misma para ella diademas cuajadas de florecillas; estaba muy bonita con aquellas camisas blancas y almidonadas, con tiras de encaje que asomaban por la falda roja y negra, y el delantalillo de nansú. Mandé que le hicieran un retrato, de modo que pudieran admirarla luego sus hijos y sus nietos; y ella quedó ahí, retratada por los siglos de los siglos, con su pequeña nariz y su rostro oscuro, con una linda sonrisa que mostraba sus dientes como perlas menudas. Bajo las enaguas mostraba sus torneadas piernas, con medias blancas y cintas de colores trenzadas hasta las rodillas.

El velo negro de Cuaresma borraba las diferencias entre plebeyas y

patricias. El viernes santo, incluso los caballeros más distinguidos hacían a pie los recorridos penitenciales. Los judíos estaban obligados a tomar parte en las ceremonias cristianas, al menos tres veces al año: para ello tenían reservadas filas de bancos en las iglesias. Al principio, las tradiciones de Ferrara me resultaban extrañas: primero se encendían las antorchas para el desfile, luego aparecían velas en las ventanas, y finalmente instalaban hileras de candiles y lámparas de aceite en torno a las hornacinas que ocupaban las imágenes.

CON EL TIEMPO SE FUERON ADMITIENDO MIS COSTUMBRES. Desde la primavera al otoño, mis doncellas y yo tomábamos vacaciones y dejábamos los muros del sombrío castillo. Navegábamos por el río; sobre las aguas poco profundas, nuestra barcaza avanzaba tirada desde la orilla por caballos y mulas. De esa forma viajábamos sin polvo y sin cansancio a las hermosas casas de campo de la familia de mi esposo. Recordaba yo los días infantiles pasados en Valencia. En mi niñez me gustaba almorzar en el campo; mientras los segadores descansaban a la sombra de los pajares, mis hermanos armaban trampas para atrapar pájaros, pescaban o robaban fruta verde en las huertas. Alguna vez dormimos con mi madre bajo las encinas, mientras brillaban las luciérnagas como diamantes esparcidos. Mi hermano César ya detestaba entonces a las gentes sencillas; más tarde, si hubiera podido, las hubiera borrado de la faz de la tierra.

A las afueras de Ferrara, nuestra barca se detenía a veces junto a un viejo torreón, y el portón giraba sobre sus goznes, dejando aparecer el gran patio. Sobre la puerta, dos ángeles de piedra sostenían el escudo de la familia Este. Dentro estaban las hermosas salas con miradores, y las galerías que daban al bosque, llenas de pinturas y obras de arte. Una vez instalada allí, me levantaba yo tardísimo; tomaba un frugal desayuno, y me vestía y adornaba luego sin ninguna prisa.

Mi suegro tenía buenas razones para no admitir en Ferrara ni a César ni a mis hijos, sobre todo a Rodrigo, el pequeño duque de Bisceglia; pues temía que, si consentía su presencia, ocurrieran desórdenes en el ducado. Pero yo, aunque alejada de ellos, no me despreocupaba de los niños. Mientras tanto, Alfonso se dedicaba casi exclusivamente a la fundición de sus magníficos cañones; de ahí pasaba a sus aventuras amorosas, sin preocuparse de disimulos. Tenía además otras aficiones vulgares a las que dedicaba muchas horas, como trabajar en el torno o fabricar utensilios de loza.

Mis dos pequeños seguían en el Vaticano. Al principio estuvieron al cuidado de Vannozza y luego se fueron a vivir con mi padre, que sentía por ellos una gran

ternura. Los llevaba con él en sus viajes, vestidos de brocado y terciopelo, y los dejaba correr y jugar por los patios del castillo de Santángelo, junto a las bolas de las bombardas y entre las piernas de soldados y eclesiásticos. Yo había proyectado ir a verlos durante el buen tiempo y, si hubiera podido, los hubiera llevado conmigo a Ferrara; pero no pude hacerlo, y tuve que conformarme con su recuerdo y sus noticias.

Tiempo después, cuando murió mi padre, me aseguraron que estaban muy bien atendidos en el castillo de Santángelo, con mis familiares y damas. Tenían pensado enviarlos a Ferrara cuando los caminos estuvieran seguros, ya que siempre, entre la muerte de un papa y la elección de otro, había partidas de bandoleros que se apostaban para desvalijar y hasta matar a los viajeros. De momento los trasladaron al castillo de Nepi con Vannozza, su abuela, y con su tía Sancha de Aragón.

Más tarde Sancha se llevaría a los niños a Nápoles, donde se instalaron con ella. Me escribieron proponiéndome enviar a Rodrigo a España, y que se educara allí; pensaban vender sus posesiones en Italia para costear los gastos de su educación. Yo le mostré la carta a mi suegro y le pareció muy acertada la medida. Pero el pequeño era heredero de Alfonso de Bisceglia; tenía ahora los títulos de Bisceglia y Sermoneta, con varias ciudades y una renta de quince mil ducados anuales, y finalmente dejaron la elección para cuando fuera mayor. Rodrigo se quedó en Nápoles, mimado por sus primas, tías y abuela; sobre todo lo protegía Sancha, en quien había yo depositado toda mi confianza. Me alegré de que mi hijo no saliera de Italia, y de que conservara las tierras que habían sido de su padre. Algunas veces nos citábamos en Loreto; allí veía a los niños y pasábamos varios días juntos.

CUANDO CONOCÍ AL POETA HÉRCULES STROZZI me sentía yo muy desgraciada. Era natural de Ferrara; enseguida lo protegí, y llegó a ser una de las pocas personas que recibía en mis aposentos. Mi esposo lo consideraba demasiado blando, y sentía repugnancia por él; le molestaba su refinamiento, pero no le impedía la entrada, sobre todo al principio; y aunque sufría una gran cojera, pues era tullido de nacimiento, todas las damas lo adoraban. Pronto se convirtió en un asiduo visitante y en nuestro poeta cortesano; lo veía yo aparecer con su muleta y su hermosa melena, mostrando en el rostro una curiosa palidez. Era un gran admirador mío; él me había hablado de un poeta veneciano llamado Pedro Bembo, y lo había descrito como un gran conocedor de las mujeres; según dijo, no había en todo el país otro hombre que las comprendiera como él.

Además de mi acompañante, era Strozzi mi proveedor oficial de rasos, terciopelos, brocados y otras telas preciosas procedentes de Venecia, pues aunque mi esposo no se mostraba muy espléndido, gastaba yo más de lo que podía. Cada vez que viajaba a aquella ciudad le encargaba yo brocados, tafetanes y cordones de oro. Los mercaderes venecianos le mostraban maravillosos terciopelos y otros ricos tejidos que él compraba a crédito, de forma que a su vuelta se llenaban mis cofres de telas, con las que vestía a mis doncellas. En uno de sus viajes, Strozzi se encontró en Venecia con Bembo y me llevó a Ferrara una carta suya, acompañando un volumen de versos que me maravillaron. Era al parecer un gran humanista, y al mismo tiempo eran famosos su atractivo y su elocuencia.

Por fin, a primeros de octubre, llegó al ducado Pedro Bembo; el poeta volvía a Ferrara, donde ya había vivido años atrás y donde conservaba amigos que compartían sus aficiones literarias, entre ellos Ludovico Ariosto. Venía ahora invitado por sus grandes amigos los Strozzi, padre e hijo, a la villa que poseían en Ostellato, cerca de la ciudad. La propiedad había sido cedida por mi suegro al padre, Tito Vespasiano, que era juez de la Comuna de Ferrara. Bembo llegó pocos meses después de mi boda; antes se había detenido en Recano, otra

residencia de los Strozzi. Regresaba a tierras ferrareses buscando una paz necesaria para llevar a cabo sus estudios, y para terminar un largo poema que desde hacía años estaba componiendo.

Mi encuentro con Bembo ocurrió a finales de año en la espléndida villa de Strozzi, donde solía acudir con mis doncellas. Tenía él treinta y dos años y era un hombre agraciado, y extremadamente galante. Lo observé un instante, y desde que lo vi supe que nos íbamos a compenetrar. Iba yo vestida de negro y no llevaba ninguna joya; cuando nos presentaron hizo una profunda reverencia y se dirigió a mí en un hermoso italiano, con pronunciación veneciana. Hablaba con arrogancia, pero con sencillez; le rogué que me leyera sus últimas composiciones y él lo hizo en tono pausado, mientras desde la sala llegaban los acordes de varios instrumentos. Luego cesó la música. Me había recitado los versos con tal habilidad que arrancó mis aplausos sinceros.

Fuimos hacia la sala del banquete que Strozzi había hecho preparar. La comida fue espléndida, y al final cantaron mis doncellas acompañándose de sus laúdes. Después de comer me retiré con ellas a mi cámara; allí dormimos la siesta, mientras Strozzi y sus amigos charlaban en el patio de armas. Más tarde bajamos todos al jardín, pero tuvimos que volver porque el cielo presagiaba tormenta; empezaron a caer grandes gotas, y al poco tiempo diluviaba. Todo el mundo tuvo que resguardarse dentro de la casa.

A mi vuelta, también Bembo regresó a Ferrara; desde entonces se convirtió en mi poeta oficial, y hasta lo protegía mi marido. Hubo bailes, cenas y paseos en barco por el río, con lo que fue renaciendo mi antigua alegría. A mediados del año siguiente tuvo que volver a Venecia, pero no dejamos de escribirnos. A primeros de junio me dirigió una carta muy apasionada, diciendo que no pensaba más que en mí. Al principio le contestaba yo por cortesía y gratitud; le escribía en italiano y español, y en una ocasión le dediqué una canción española que yo había compuesto. Me envió varios sonetos, y en respuesta yo le contesté que iba a hacer tallar una medalla con mi rostro, para luego mandársela.

A final de verano, Alfonso partió a uno de sus viajes y yo me trasladé con mis damas a Spina, una localidad que dependía de Ferrara y estaba situada a la orilla del mar. Se trataba de una antigua villa que habían fundado los etruscos

varios siglos antes de Cristo. Allí acudió Bembo a visitarme. Nuestra amistad iba en aumento y acabamos enamorándonos; al cabo de algún tiempo, el amor platónico que había surgido entre nosotros se convirtió en pasión. Conocía yo la sinceridad de su cariño y le correspondí con el mío; nuestra relación se fue haciendo íntima y los Strozzi la favorecerían.

Luego, durante los tres años que permaneció en la ciudad, la pasión por mí lo consumía y cantaba en versos mi belleza. Paseábamos y conversábamos mucho, y ni el rigor del invierno impedía que nos encontráramos. Fueron los días más felices de mi vida en Ferrara: mis ojos recobraron el brillo y el color volvió a mis mejillas. Con Bembo sentí de nuevo el verdadero amor; apreciaba a Alfonso como a esposo, pero él era el dueño de mi alma. Cuando se ausentaba le rogaba yo que no me dirigiera personalmente las cartas, y que no mencionara mi nombre, sino las iniciales FF, que protegerían nuestro secreto. Su correspondencia oficial se alternaba con otra más íntima, dedicada a la misteriosa FF; me envió además Los Asolanos, el poema que había terminado y que versaba sobre los placeres del amor. Al final, llegué a olvidar toda prudencia; en mis cartas lo llamaba Pedro queridísimo, y al despedirme lo hacía como su amante duquesa. Se comentaba en la corte nuestra relación, y llegó a ser tan evidente que todos suponían que estábamos llegando a la mayor intimidad.

Durante un tiempo me había yo acostumbrado a sufrir, lo que hizo más llevaderas mis dolorosas experiencias; ahora, mi alegría era tan grande que prevalecía sobre cualquier terrible circunstancia anterior. ¡Cuánto lo quise! Estar loca por un hombre es quedarse sin fuerzas, perder el aliento cuando se le ve, cuando se adivina su proximidad; hacerse la encontradiza, mirarlo desde lejos, pasar disimulando. El retrato que se conserva escondido y pegado al cuerpo y que se nos clava en la carne, la carta que se lleva encima doblada y doblada, hasta que se rompe el papel por los bordes y se borran las letras. Ocultaba yo siempre entre los pliegues de mi manto el pequeño volumen con sus versos, y a menudo los releía, hasta saberlos de memoria.

POR ENTONCES, CÉSAR ESTABA DEDICADO a la conquista de las Marcas, la Umbría y la Romaña. La suciedad y la escasez de alimentos provocaban entre las gentes numerosas epidemias y, cuando la plaga aparecía, no quedaba otro remedio que huir de sus estragos. Había llegado a Italia una peste que hacía tiempo estaba azotando a Europa con sus secuelas de horror y miseria; hasta en las aldeas más sanas se acumulaban montones de cadáveres, aunque sus habitantes trataban de aplacar la ira del cielo con procesiones y rogativas.

Como ocurriera a otros, Bembo también había enfermado y tuvo que acostarse con fiebres; cuando lo supe olvidé la más elemental prudencia y acudí a visitarlo. Reuní a las damas de más confianza y llegamos a su casa utilizando la carroza ducal; para agradarlo vestía yo de raso negro con franjas de oro y llevaba los cabellos sueltos, sostenidos por una redecilla dorada. Así subí las escaleras hasta su habitación, y llegué ante su lecho; me senté junto a él, estuvimos hablando un rato y observó que yo también estaba más delgada. Se alargó la visita; miraba yo su hermosa cabeza sobre la almohada, y me parecía mentira tanta felicidad. He de reconocer que en aquella ocasión mostré una gran valentía, pues claramente me expuse al contagio.

Cuando sanó, continuaron nuestras entrevistas; procurábamos no vernos en la ciudad y buscábamos el aislamiento del campo. Con la excusa de conocer el país, mis damas y yo salíamos de excursión en carrozas por las tierras del ducado ignorando las nieblas, las lluvias y las nieves. Llegada la noche nos refugiábamos en alguna posada del camino, donde mandaba yo encender las antorchas y chimeneas, y bailábamos alegremente. Visitamos el castillo estense de Mesola, en las Nuevas Tierras del delta, y la abadía de Pomposa, uno de los más antiguos conventos de benedictinos, con su campanario románico y construido en una isla, entre dos brazos del río Po.

También seguíamos viéndonos en casa de Strozzi. Las damas de mi corte aprobaban nuestra relación, pues el veneciano les gustaba mucho más que mi brusco marido; ellas eran mis cómplices, y estaban dispuestas a todo para protegerme. Nuestro escondite solía ser un pequeño prado donde nos reuníamos

con algunos caballeros de confianza; solíamos hacerlo a la sombra de un gran árbol de ramas frondosas, mientras a nuestros pies corría un riachuelo. Allí leíamos Los Asolanos, mientras una de mis doncellas tocaba el laúd y cantaba dulcemente. Las señoras de las cortes vecinas nos espiaban con malicia, buscando pruebas de nuestra culpabilidad; por supuesto, Isabel de Este fue la primera en sospechar lo que estaba ocurriendo.

En la finca de Strozzi me acercaba yo a la ventana y miraba más allá de la explanada, donde macizos de lirios y heliantos formaban un vivo mosaico de amarillos y azules. Los rosales trepadores tenían rosas de un cárdeno encendido; había pimpollos de un verde dorado y capullos de color de rosa, junto a los paseíllos alfombrados con diminutas flores moradas, caídas de los árboles. El sauce llorón se había cubierto de hojas en sus ramas desmayadas; el suelo estaba verde y fresco, y abajo corría el arroyo.

Caminábamos a la sombra de los hermosos laureles, que formaban arcos regulares, y llegábamos al prado cubierto de hierba. Luego volvíamos lentamente; él me recitaba hermosos versos y arrancaba las hojas de laurel, que se quebraban con un leve chasquido. Me apoyaba yo en su brazo y observaba nuestra doble silueta alargada sobre la arena del paseo; o me quedaba quieta, mirándolo, y me costaba un terrible esfuerzo romper el hechizo. A veces llegábamos al río, aprovechando lo benigno de la temperatura. La vereda zigzagueaba entre la maleza, y tomábamos un sendero donde se habían tallado con el tiempo escalones profundos. La tierra estaba húmeda y los pies resbalaban en la pendiente.

El aire hacía entrechocar las hojas con un suave murmullo; me sentía con él protegida y mimada, y eso era esencial para mí. Las ramas del sauce se agitaban como serpentinas: en la alameda se destacaba apenas la vegetación sobre el cielo de poniente, y el aroma de los frutales trascendía desde la huerta. Volvíamos cogidos del brazo, arrastrando los pasos sobre las hojas desprendidas; yo entornaba los párpados, arrullada por el murmullo de la brisa. Una ráfaga de aire movía las hojas con un arrastrar sedoso, una hoja dorada revoloteaba un momento, y se posaba en la hierba. Una oca engullía un alimento invisible; el sol se ocultaba y los álamos cabeceaban, mientras unas flores moradas ponían en el

declive una nota de color. Entonces acelerábamos el paso, porque nos estaban aguardando y era preciso regresar. El sol cercano al ocaso teñía el cielo de una luz rosada, y en un momento se hacían perceptibles los ruidos del campo; a veces, al llegar, flotaba ya en el cielo una luna muy blanca.

COMENZABA UN FRÍO MES DE ENERO cuando Bembo tuvo que regresar a Venecia; la causa de su desplazamiento fue la muerte de su querido hermano Carlo, ocurrida a final de diciembre. Luego no regresó a Ferrara durante algunos meses, quizá por prudencia, ya que todos sospechaban ya que éramos amantes. Pero seguimos escribiéndonos. Le envié un mechón de cabello que me corté yo misma y él me correspondió con una medalla: me rogó que la llevara puesta, y así mi pecho estaría en contacto con algo que había tocado el suyo.

Algún tiempo después estaba yo loca de alegría, porque me había anunciado su próxima visita; pero se detuvo en el camino, pues sabía que mi esposo sentía unos celos terribles y no estaba dispuesto a provocarlos. Es cierto que Alfonso estaba alerta; tal vez sus espías nos habían delatado, y era él una persona muy capaz de tomarse una dura venganza. Le rogué a Bembo que me escribiera desde Venecia y me enviara los últimos libros publicados; yo le escribiría a diario y él a mí todas las semanas. De esa época conservé más de treinta cartas suyas. No pensaba yo que fueran censuradas; de todas formas, ni siquiera un astrólogo hubiera podido descifrarlas.

Un día supe que se encontraba cerca de la ciudad; formaba parte de una comitiva diplomática y se adelantó para visitarme. Acompañada por mis damas y bufones lo aguardé en Madelana y allí nos encontramos, en una casa de labranza, junto a un canal que nacía en Ferrara. Yo estaba feliz; llevaba sueltos mis cabellos rubios y entré en su refugio vestida de oro, llena de perlas y esmeraldas. Bembo nos recibió con alegría, y correspondió a nuestra visita con todos los honores. Su padre, alarmado por nuestra relación, trató de hacer volver a su hijo a Venecia; pero no pudo conseguirlo y nos instalamos en Madelana. Con nosotros estaba Julio, el hijo bastardo de mi suegro; por aquellos días cortejaba a Angela Borgia, que formaba parte de mis damas. Tenía ella entonces dieciocho años y era muy hermosa; estaba muy enamorada de Julio, y se quedó embarazada de él.

Se prolongó nuestra estancia allí, porque de nuevo en la ciudad la peste causaba centenares de víctimas, así que cuando volvimos ya estaba avanzado

diciembre. Emprendimos el camino una fría mañana en que la niebla desvanecía los contornos. Los árboles pequeños estaban pelados, parecían niños desnudos y raquíticos; no había ninguna flor en los campos, y en cambio corría un aire helado que agitaba los cipreses. Angela dio a luz en el barco que nos llevaba a Ferrara. Salió Alfonso a mi encuentro y él mismo me acompañó al castillo, donde apostó a varios soldados para mi vigilancia. Era su forma de encerrarme. Pronto, la familia de mi esposo hizo desaparecer al recién nacido, confiándolo a una señora desconocida.

Bembo volvió a Venecia. Antes de irse me escribió despidiéndose, y desde ese día no hubo más demostraciones de amor. Mi única esperanza era volver a verlo, pues sin él me sentía incompleta; según me contaron, solía besar el rubio mechón que yo le había enviado. Nos felicitábamos en nuestras alegrías y nos acompañábamos en nuestras penas. Me aconsejaba que no me confiara; que tuviera cuidado de que no me vieran escribir, pues estaba muy vigilada. Quizá sospechaba que mi vida estaba en peligro. Había yo proyectado ir a Venecia en varias ocasiones, pero no puede hacerlo. Aquel sería el final de nuestra historia de amor.

CON TODO ESTO, YO NO OLVIDABA NUNCA a mis dos duquesitos. Les había elegido un preceptor de toda garantía; se trataba de Francisco Borgia, pariente mío y cardenal de Cosencia. Muy a menudo les remitía grandes paquetes con regalos: camisas bordadas, juboncillos de terciopelo, gorras de oro, cinturones de seda, espaditas de madera dorada y toda clase de juguetes. En una ocasión les mandé una muñequita de madera, articulada y muy bien vestida, que había sido mi predilecta cuando niña. También les regalaba caretas y barbas, para que se disfrazaran durante el carnaval. En caso de peligro, había dado orden de que me los enviaran sin ninguna tardanza, pues no llegué nunca a abandonar la idea de tenerlos conmigo.

Recordaba sobre todo a Rodrigo, el más bello de mis hijos, nacido en el palacio de Santa María, donde había yo disfrutado viéndolo dormir tranquilamente en su cuna, o arrastrando a gatas sus pañales infantiles. Un día recibí una carta del cardenal, diciendo que había ido a visitarlo y lo había encontrado muy bien. La carta me llenó de nostalgia. No podía yo tomarlo en mis brazos, acariciar su piel suave, pellizcar la carne de sus mejillas; no podía sentir en mi cara la seda de su frente ni en los labios el calor de su cuello. No podía rozar su pelo con la yema de los dedos, ni dejarme sumergir en la embriaguez de estrecharlo contra mí. Ni sentir en mi piel la delicia de su contacto, la plenitud de haberlo dado al mundo y estarlo moldeando hora tras hora. No lo veía siquiera, otros lo hacían por mí. Me preguntaba si de mayor sería hermoso, rubio y espigado como su padre, o por el contrario cetrino como César. Si sería fuerte, alegre y decidido, o bien sensible y melancólico.

Entonces me entristecían las canciones que me recordaban mi tierra, los cielos abiertos y los horizontes lejanos. Se me llenaban los ojos de lágrimas, y un nudo me apretaba la garganta sin dejarme respirar. Deseaba tener a mis dos hijos conmigo, vivir con ellos en un mundo pacífico; cada mañana ver con ellos nacer el sol, y por la noche cómo la tierra se hundía en la oscuridad. Irían creciendo mientras tanto, sus miembros se harían fuertes; y cuando fueran hombres, cuando

para hablarles tuviera yo que alzar la cabeza, me defenderían contra la maledicencia y la crueldad de los demás. Me llevarían del brazo entre los dos, se mostrarían orgullosos de su madre, y todos me envidiarían cuando nos vieran. Pero no pudo ser.

Más tarde, Rodrigo había pasado al cuidado de su tía Isabel de Aragón, hermana mayor de su padre, cuyo marido había muerto envenenado por Ludovico el Moro. En sus cartas, Isabel firmaba como “la mujer más desgraciada”. Con ellos vivía también Juan, y yo enviaba el dinero suficiente como para cubrir todas sus necesidades. Tiempo después, me comunicaron que Rodrigo había caído enfermo: de alguna forma, sospechaba yo que no volvería a verlo. La noticia de su muerte llegó a Ferrara en el mes de septiembre y mi dolor fue inconsolable. Esta desgracia me postró de tal forma, y me colmó de tanta tristeza y remordimientos que tuve que retirarme al convento, donde las monjas no veían la manera de confortarme. Por otra parte, he de reconocer que siempre temí el momento en que el niño me preguntara por el fin que tuvo su padre; yo habría tenido que mentirle, o decirle que fue mi propio hermano César, su tío, quien lo había asesinado. Ahora, pese a mi dolor, un terrible destino había resuelto brutalmente el problema.

Como tutora del pequeño, Isabel disponía de todos los bienes que él había heredado; aconsejada por mi esposo se los reclamé, pero no recibí respuesta alguna. Pasaron meses; la llovizna cayendo tras los cristales, sobre el jardín descolorido, sobre las ramas ahiladas de los árboles, oscurecía las tejas ya oscuras de por sí. Era un color de tristeza el de los muros y el del cielo, y yo permanecía tiempo y tiempo pegada al cristal de la ventana porque, aunque la lluvia me entristecía, tampoco podía escapar a su hechizo. Durante muchos días no hice más que llorar y rezar. Imaginaba que entraba en mi sala un muchachito de cabellos rizados y rostro dulce; avanzaba luego y se me quedaba mirando. Se parecía a Alfonso, pero en verdad era Rodrigo, ambos muertos tan jóvenes, tan mal defendidos por mí. Con todo, no me atreví a llevar luto riguroso, para no disgustar a mi actual marido.

CUANDO MURIÓ RODRIGO logré convencer a mi esposo de que Juan me necesitaba: quería yo sobre todas las cosas tenerlo a mi lado y vigilar su educación. Dio su conformidad y me lo trajo Alberto Pío, un español de confianza a quien yo se lo había confiado; él lo recogió junto con sus pertenencias y, navegando por el río, lo condujo a Ferrara. No hice más que verlo y sentí una gran desazón, pues con su presencia volvieron a mi memoria los más dolorosos recuerdos. No obstante, procuré acogerlo con el mayor cariño. Todos seguían llamándolo el Infante Romano; en Ferrara lo consideraban hermano mío, aunque mi actitud hacia él fuera la de una verdadera madre. Pensaban otros que el pequeño era hijo de César, y por lo tanto mi sobrino carnal. Los Este toleraban su presencia porque mi padre lo había legitimado como suyo; pero tanto mi esposo como su familia, y luego mis propios hijos legítimos, dieron siempre muestras de detestarlo. Se consintió que lo mantuviera conmigo, pero todo el mundo lo ignoraba, condenándolo así al menosprecio y al silencio. Parecía existir una consigna para que nadie lo nombrara y él, que era débil de naturaleza, sufría mucho con esta humillación. Ni siquiera mi cariño lograba compensar su angustia.

Se encontraba solo y tenía que jugar solo, de modo que con un cajón de madera simulaba un pequeño castillo, donde colocaba torres y puentes levadizos, cañones y pequeños soldados que yo le solía comprar. No obstante, se le concedió una habitación propia en el castillo. En tiempos se habían habilitado los desvanes para dormitorios de servicio; tenían pequeñas ventanas sobre el patio, y había que subir hasta ellos por unas empinadas escaleras. Sobre las camas, unas piezas de tela basta hacían el papel de doseles. Allí instalaron a Juan, y el primer día mi suegro le advirtió, malhumorado: “Espero que no dejes ningún alimento en tu alcoba, si no quieres que acudan las ratas y te muerdan”.

El lugar era alto, muy cerca del tejado; para entrar en la pieza había que tirar de un cerrojo que gemía, hasta que lograba salir de la argolla. Pero, una vez dentro, un largo balcón dominaba un panorama magnífico. Para hacer la habitación menos adusta mandé poner cortinajes en las ventanas y llenar de leños

la chimenea; con el tiempo, y a fin de completar su educación, contraté para él a un preceptor y un escudero. Lo visitaba yo a menudo, y entonces le acariciaba las mejillas de seda, los cabellos de seda; era un gozo sentir en la yema de los dedos su suavidad y su calor. Mirando mi vientre lo señalaba y preguntaba: "¿Yo nací de aquí?" Luego, cuando mis obligaciones me forzaban a dejarlo se me partía el corazón; mas no podía yo evadirme de mis deberes en la corte.

Me rogaba él entonces que regresara pronto. Sabía yo muy bien que en el castillo la noche se llenaba de chasquidos inquietantes, bien fuera el ulular del viento sobre los tejados o el crujir de una falleba, y que cualquier rumor cobraba un gran relieve enmedio del silencio. Me contaba que solía permanecer despierto bajo las tibias mantas, y que a veces oía un menudo rasgar bajo el entarimado o detrás de la puerta. Yo le decía que no tuviera miedo, pues no eran más que los ratoncillos que salían por las noches a comerse las migas de pan que habían dejado las criadas. A fin de proporcionarle compañía contraté para él a un bufón que mantenía yo a mi costa; todos lo llamaban el Loquillo, y desde el principio fue para mi hijo un agradable compañero.

A veces, cuando estaba durmiendo, me quedaba yo contemplando a mi querido niño; no hubiera deseado que creciera, que se hiciera grande y desgarbado, que le salieron granos en la cara y unos pelos ralos en el bigote, como a los jóvenes pajes. Con esto fue pasando el tiempo. Mi hijo fue haciéndose mayor y saliendo solo del castillo. En sus correrías por las calles rompía tantos pantalones que me desesperaba; destrozaba las calzas, jubones y camisas, y sin mi permiso regalaba su ropa a los pobres. El preceptor no hacía más que solicitar nuevos libros y cuadernos, pues él los hacía mil pedazos, y estaba perdiendo a cada paso los tinteros y otros objetos de escritorio. Pero aún me quería y me daba besos apretados, tanto que en ocasiones llegaba a hacerme daño. Luego empezaron mis embarazos, y se resintió mi salud. Algunas noches hacía yo un esfuerzo, porque estaba agotada; pero nunca dejaba de subir a visitarlo, y me quedaba a rezar con él. A los hijos que tuve con mi esposo se los confiaba a sus nodrizas, y estoy segura de que sentían celos cuando les decían que me sentaba en su cama a rezar.

NUNCA PUDE SABER QUÉ PARECIDO o qué remordimientos buscaba aquella criatura en mis ojos; echaba de menos a un padre, y parecía culparme de su penosa situación. Últimamente había crecido mucho; era tan alto como yo, y me angustiaban sus muchos defectos; pero seguía adorándolo, y había en mi cariño una mezcla de temor y piedad. Sabía que su inquietante origen se estaba cobrando una pesada deuda, y que su mente se veía oscurecida por un extraño mal. Lo trataron médicos y alienistas, y lo consideraron un salvaje de malos instintos: según ellos, a pesar de todos mis desvelos no dejaría nunca de ser un fracasado. Por si fuera poco, había heredado la arrogancia de la familia Borgia y lo amargaba su injusta posición social.

De esta forma se fue convirtiendo en un adolescente débil y agresivo al mismo tiempo; en cuanto podía vagaba por Ferrara rodeado de escuderos, a los que azuzaba para que provocaran a los de mi marido. Una vez, en la plaza del Duomo, entre sus amigos y él mataron a un hombre. Hubo varios arrestos; yo me llevé un enorme disgusto y lo ayudé a fugarse antes de que mi esposo, que se hallaba a la sazón en Venecia, volviera para castigarlo.

Por más que yo cavilaba, no sabía qué hacer; escribí al Vaticano pidiendo algún dinero a fin de procurarle un porvenir, pero el nuevo papa se negó a entregarme una sola moneda. Por fin conseguí un préstamo, pero en el siguiente carnaval Juan se gastó todo el dinero en caretas y disfraces para sus amigas. Dado mi estado de ánimo, consideré necesario tomar una resolución. Por entonces, mi esposo tenía que trasladarse a Francia a visitar al rey Francisco; decidí enviar a mi hijo a la corte francesa, para que allí se abriera camino, y Alfonso accedió a llevarlo consigo. Después de un azaroso viaje, supe que fue presentado al rey, a la reina y a algunas de sus damas. Le había yo entregado para la soberana joyas y pomos llenos de perfumes, pues todos sabíamos que a ella le complacía usarlos cuando se iba con su esposo a la cama. Envié también a los reyes un caballo con arneses de oro, una yegua enjaezada en plata y otros muchos objetos valiosos, tratando de que acogieran de buen grado a mi hijo. Pero una vez allí, según me dijeron, él no había sabido comportarse; por el contrario,

ante toda la corte se mostró muy hosco y grosero.

Supe que permanecía ocioso, pese a los esfuerzos de nuestro embajador. Juan ni siquiera me escribía; en cambio, éste lo hacía a cada paso reclamando dinero para él. Yo tuve que pedirlo a España, y lo conseguí de mi joven sobrino el duque de Gandía, hijo de mi difunto hermano Juan y de María Enríquez. Los reyes de Francia se negaron al final a ayudarle, tachándolo de inepto; llegó un momento en que todos perdieron la paciencia con él, y lo devolvieron a Ferrara. Pero no vino a la ciudad, sino que anduvo por Italia arrastrando su desastrosa vida, de forma que hasta el papa reinante llegó a amenazarlo con la excomunión si no se comportaba. Yo no lo había vuelto a ver desde su partida, ni ahora acudió a visitarme. No pude evitar el sentirme herida en lo más profundo; y, a pesar de todo, seguí tratando de ayudarle por todos los medios. Poco a poco, fui conociendo nuevos hechos que me llenaban de amargura. La última noticia que tuve de él fue que se hallaba en Roma, reclamando sus derechos al ducado de Nepi que había perdido cuando murió mi padre. El pontífice se lo denegó y, para librarse de él, decidió concederle un empleo sin ninguna importancia dentro del Vaticano. Poco después me comunicaron que estaba pleiteando, a fin de reclamar una pequeña cantidad de dinero.

DEL MATRIMONIO DE MI SUEGRO con Leonor de Aragón, hija del rey de Nápoles, habían nacido cinco hijos: Isabel, Beatriz, Alfonso, Hipólito y Ferrante. Luego hablaré de Julio. Isabel se casó con el marqués de Mantua y Beatriz con Ludovico el Moro. Todos en la familia eran ilustres y ricos, pero ni joyas ni terciopelos podían encubrir sus pasiones violentas y sus crueldades. Alfonso había heredado de los Este, y de su terrible abuelo Nicolás, su gusto por la extravagancia y una gran crueldad. Viviendo su primera esposa lo habían visto pasearse desnudo por Ferrara; otra vez soltó un toro furioso perseguido por varios perros; la plaza del Duomo estaba llena de gente y él se divirtió contemplando desde un balcón de palacio la terrible carnicería. Hipólito, bajo sus vestiduras eclesiásticas, no era menos cruel.

Nunca se amaron entre ellos. En realidad, mi cuñado Julio era hijo del duque Hércules y de una dama de Leonor; él lo había reconocido y, aunque bastardo, fue acogido en la familia y educado por la duquesa como si hubiera sido hijo suyo. Era Julio un bellísimo joven, muy alto de estatura y de distinguidos modales. Nunca tuvo ambiciones políticas, pero la muerte de mi suegro cambió las precarias relaciones entre los hermanos. Mi marido depositó su confianza en el cardenal Hipólito, y al mismo tiempo alejó de su lado a Julio y Ferrante, a quienes compensó con un aumento en sus asignaciones.

El palacio de Julio de Este era uno de los más hermosos de Ferrara, y estaba situado en la zona Hercúlea, que había añadido mi suegro a la antigua ciudad. Su larga fachada de piedra aparecía adornada con finos decorados en mármol; del portal se pasaba a un suntuoso patio, y a través de una gran escalinata se ascendía a una serie de salas decoradas muy ricamente, con techos de madera policromada. Tenía a su servicio a más de quince personas, y en su escudería se criaban numerosos caballos. El jardín interior estaba rodeado de un elegante porche con cornisas y columnas de mármol y, en su centro, varios pozos proveían de abundante agua la vivienda.

Ciertamente, no se parecía a su padre, pues mi suegro tenía la cabeza

grande y una oscura barba tupida. Aunque para los actos oficiales se enterraba en pieles lujosas, cuando visitaba sus tierras solía vestir una ajada casaca, y se cubría con un sombrero polvoriento. Recuerdo que a veces lo acompañaba yo a sus partidas de caza, y entonces notaba que olía a sudor, a suciedad y a vino agrio. Su nave, el bucentauro, surcaba el río lentamente, como una gran bestia dorada. Cuando llegaba a algún pueblo lanzaba a voleo monedas de plata, pues deseaba quedar bien y no quería malgastar las de oro. La mayor sorpresa de mi vida fue cuando supe la doble vida que llevaba; y sobre todo me asombró que en su retiro conviviera con una mujer zafia y no limpia, y mucho menos inteligente o cultivada.

No obstante, he de reconocer que a su amplitud de miras se debía la gran reforma de los muros de la ciudad, y la llamada Adición Hercúlea, llevada a cabo a sus expensas por el arquitecto Biaggio Rossetti. Éste agregó al casco urbano una zona llamada del Barco, el vasto territorio de caza del duque, situado al norte del primitivo núcleo urbano. A partir de entonces, Ferrara se había convertido en la ciudad más moderna de Europa. Partiendo del barrio medieval se proyectó la nueva ciudad sin deteriorar el aspecto de aquélla, sino permitiendo ampliarla de manera organizada y funcional. Al norte del castillo se alzaron nuevos edificios, algunos de propiedad del duque, y en su conjunto la superficie de la población resultó más que doblada. Se realizaron numerosos palacios y casas señoriales, grandes iglesias y conventos situados en hermosas calles y plazas.

Durante nuestros largos paseos, Hércules disfrutaba relatando la historia de su querida ciudad. En su origen, al parecer, la estructura fortificada estuvo formada por terraplenes. La cerca de murallas comprendía varios torreones bajos y semicirculares; en la pared posterior del terraplén se habían plantado olmos de troncos muy altos, que lo fortalecían, mientras que el foso permanecía inundado. Luego, construyeron una verdadera muralla que rodeaba casi todo Ferrara y era una de las más completas y variadas de Italia, sumergida entre el verde de los terraplenes y la empalizada. Ahora, los muros defensivos estaban compuestos por murallas, bastiones, torres y varias puertas, pudiéndose distinguir claramente las sucesivas adiciones. Estudiados por el gran Miguel Ángel como uno de los principales ejemplos del arte militar, alardeaba Hércules de que los muros eran

testigo del brillante pasado de Ferrara, y es cierto que en tiempo de paz constituían un hermoso y amplio jardín. Así la villa se había ido convirtiendo, de una pequeña población medieval, en una bella ciudad que era modelo para toda Italia. A lo largo de la avenida que llevaba el nombre de mi suegro, dejábamos atrás las viviendas más ricas y bellas, desde el castillo hasta el palacio de los Diamantes.

Desde mi llegada, el enorme edificio había llamado mi atención. Era este palacio el más hermoso, y uno de los primeros que se alzaron por encargo de Segismundo de Este, hermano menor de mi suegro. Su nombre hacía referencia a las más de ocho mil piedras talladas en forma de diamante que componían el almohadillado de mármol, en su revestimiento exterior. Situado en el cruce de las dos calles principales, debió ser desde un principio símbolo del poderío de la familia Este. Sabía yo que Rossetti había construido para sí una hermosa casa; creó también la plaza Nueva, donde se alzaban hermosos palacios, entre ellos el que pertenecía a la familia Strozzi, y que yo conocía muy bien. La residencia de Ludovico el Moro, con su maravilloso patio interior y una doble fila de arcadas, era la vivienda de mi cuñada Beatriz; allí la visité yo alguna vez cuando estaba en Ferrara.

Llegábamos a las afueras de la ciudad, donde se construyeron los baños ducales con sus pequeños bosques, lugares de pesca y grutas artificiales. Allí estaban las mansiones que llamaban Delicias; eran lugares de diversión, edificados para el descanso de la corte, y donde la familia de mi esposo combatía el aburrimiento. Destacaba entre ellos el palacio de Schifanoia, una de mis residencias preferidas. Era de construcción muy antigua, de tiempos de Alberto, bisabuelo de mi esposo. Luego fue agrandado por Borso, y los salones interiores enriquecidos con unos espléndidos frescos referidos a los meses del año. En la sala de los estucos, donde nos reuníamos, podía admirarse un maravilloso artesonado decorado en oro, donde me mostraba mi suegro las principales empresas guerreras de los Este.

Creo que llegó a apreciarme de veras, y me lo demostraba. En ausencia del duque presidía yo el Consejo de Estado, mientras mi esposo estaba haciendo el amor con la hija de algún molinero. En una ocasión, supe que le permitió a una

cortesana que lo atara en el lecho, enmedio de groseras diversiones; al parecer, ambos se morían de risa con la novedad de la broma. Cuando mi suegro le afeaba su conducta, decía él que estaba harto de ceremonias y poetas afeminados, y que prefería los cañones a los bailes, y las muchachas sencillas a las damas encopetadas. Y aunque él me aseguraba que Alfonso se preocupaba por mí, sabía yo que no era cierto. Por mi parte, las noches pertenecían a mi esposo y señor, que nunca dejaba de acudir, aunque en la intimidad de nuestra alcoba bramaba como un toro y no mostraba la menor delicadeza. Sólo disfrutaba de veras vigilando a sus soldados cuando lustraban sus armas, remendaban sus cotas o cepillaban sus caballos; en realidad, no se ocupaba más que de su artillería, y de extender la sangre de los Este entre las hijas de los campesinos.

UN DÍA ENFERMÓ GRAVEMENTE MI SUEGRO, y vi que se moría. Yo lo sentí de veras pues, a pesar de todos sus defectos, le había tomado cariño. Su final fue tranquilo: murió al son de un clavicordio, reconfortado por una suave música y acompañado de todos nosotros. En su testamento dejó castillos y tierras para los frailes y las monjas, por los que siempre había tenido una gran afición. Sabía yo que mucho tiempo atrás había raptado a una novicia llamada sor Lucía, conocida en toda Italia como la monja de los estigmas. Él la había llevado a Ferrara. Al principio la tuvo escondida por miedo al escándalo, a lo que pensarían los caballeros que se preciaban de su amistad. Pero más tarde supo que no debió preocuparse tanto, porque no sólo él mostraba ser de barro: muchos de aquéllos cuya opinión temía, habían caído luego en vicios peores. Hizo construir para la monja el monasterio de santa Catalina; encargó a los mejores pintores que decoraran su celda con escenas de los Evangelios, y él mismo le regaló al convento un hermoso huerto donde las religiosas cultivaban hierbas, con las que sanaban toda clase de enfermedades.

Al morir mi suegro, nosotros heredamos el ducado y me convertí en duquesa de Ferrara. Ante mi consternación, no tardó Alfonso en abandonar el cuerpo de su padre en manos de monjas y religiosos, y se dedicó a dar órdenes como si nada hubiera sucedido. Hubo amnistía, recepción y banquete; mandó que se abrieran los armarios, y se apoderó de las joyas, distribuyendo entre sus hombres penachos, bordados y arneses. Mientras los maestros de ceremonias iban y venían entre damas, escuderos y pajes, apareció él cubierto con un manto de damasco blanco forrado de cibelinas; llevaba una gorra blanca a la francesa y una chaqueta de paño de oro. Desde el castillo fue recorriendo a caballo la ciudad, blanca de nieve; iba acompañado del cardenal Hipólito, bajo un baldaquino de raso, y ante el altar mayor de la catedral juró mantener la justicia, y recibió la corona ducal. Yo no estuve presente, pero asistí a la cabalgata desde el balcón del palacio, frente al obispado. Luego apareció en la sala donde lo aguardaban los nobles, que le entregaron la espada y el cetro de oro. Después vinieron las aclamaciones y, para celebrar la ocasión, ordenó él liberar a varios prisioneros. Al final de la mañana recibí el homenaje de las principales señoras ferraresas, y me

encontré con él a la entrada del palacio. Vestía yo de brocado dorado y carmesí, con una amplia capa de raso blanco forrado de armiño; además, por indicación de mi marido, las joyas de la casa Este resplandecían en mi frente, mi pecho y mis cabellos. Por unos momentos permanecí indecisa, pero luego me arrodillé ante él, en señal de obediencia.

Aquella noche tardé mucho en dormirme; daba vueltas y vueltas, pensando con los ojos abiertos en la crueldad de la vida; más tarde llegó él a hacerme compañía, según su costumbre. Como siempre, pidió un vaso de vino y lo bebió de un trago; se desnudó deprisa y se acostó a mi lado. Para no variar, me habló de sus cañones, y de que aspiraba a conseguir la mejor artillería de Italia, ahora que se había convertido en duque. Lo cierto es que no sabía tratar de otra cosa, tanto en la mesa como en la cama. Luego, sin ningún miramiento, me poseyó como solía, en forma salvaje.

Al día siguiente se celebraron los funerales de mi suegro en la iglesia de santa María de los Ángeles. Yo me sentía muy apenada; hice sacar los lutos y se guardaron los trajes de colores. Ordené a mis damas que recogieran los velos y mantos de oro, que fueron prohibidos a mi alrededor. Sabía yo que debía orar por el descanso eterno de mi suegro; para ello cambié mis ropas de corte por los negros vestidos, y velada por una negra toca acompañé a mi esposo y a los numerosos fieles que acudieron la iglesia. Todavía puedo recordarlo, como si fuera ayer: entramos caminando sobre fúnebres inscripciones, casi borradas sobre las losas, mientras varios guerreros parecían observarnos, rígidos, desde los sarcófagos. Cuando ocupamos nuestro puesto fueron entrando los judíos, en actitud de respeto y con la cabeza descubierta, todos con mantos negros. Aunque no era de noche estaban las velas encendidas y sus llamas se estremecían entre un olor a cera quemada; la urna funeraria descansaba bajo los arcos, y enmedio del silencio se percibía el tintineo de una campanilla de plata. Al salir de la iglesia, el cielo estaba encapotado; algunas nubes de color gris rojizo destacaban hacia poniente, y de pronto apareció la luna, pálida e incompleta. Me pareció advertir en ello un negro presentimiento.

Al siguiente día, a fin de despedir a los huéspedes, por orden de Alfonso mis damas y yo los acompañamos a visitar en carrozas la ciudad. Unas fechas

más tarde se despidieron los embajadores florentinos, que habían venido a Ferrara para honrar al nuevo duque, y estaban hospedados en casa de Tito Vespasiano Strozzi. En realidad, he de reconocer que las relaciones entre mi suegro y yo habían sido muy buenas. En su memoria vestí por algún tiempo de luto riguroso; mis trajes eran de fino paño negro, y al parecer me hacían más delgada y distinguida. Hice poner en mi antecámara colgaduras negras, y cubrir de negro una de las carrozas de la corte, como si fuera un catafalco. Poco después, decidí acuñar una medalla con su efigie.

DESDE UN PRINCIPIO, Alfonso me hizo saber que era el único amo de Ferrara. Prescindía de mí para organizar mi propia vida y hasta me puso espías, de forma que evitaba yo desplazarme a solas por el palacio, donde me daba la impresión de que muchos ojos me acechaban. Yo era la soberana, aunque él pasara semanas en casa de su actual querida; pero me consolaba saber que, en sus aventuras con aldeanas y rameras, el final de todas sus amantes era el convento o el hospicio. Por entonces me quedé embarazada, y en un primer momento me horrorizaba la idea de que la preñez arruinara mi belleza. Como no se me permitía abandonar el palacio, me entretenía yo regando las rosas del jardín, o conversando con las dueñas y algunas de mis damas. Trato de no evocar aquellos días; había yo gastado todo lo que mi padre me diera y, como me faltaba mi suegro, empecé a contraer deudas. Entonces Alfonso, para cubrir los gastos, se encargó de gravar a los judíos con un impuesto extraordinario. Ya los habitantes de Ferrara se habían acostumbrado al tronar de los cañones en los campos de ejercicios y pruebas; ahora, desde que se hizo cargo del poder, mandaba él ejecutar a sus enemigos con las más atroces torturas, en las que presumía de haber alcanzado un gran refinamiento.

Alfonso quería divertirse, y yo también. Mi esposo estaba harto de los disgustos y tristezas que su padre le diera; en su tiempo, el duque Hércules había prohibido las fiestas durante el carnaval, y él se encargó de restaurarlas. Inventó nuevas diversiones y juegos para el pueblo; desde su primer carnaval como duque hubo luchas de hombres contra puercos furiosos, corridas de toros y representaciones. Todas las tardes se celebraban mascaradas, y por la noche mis doncellas y yo nos reuníamos en mis salones privados, donde los bailes duraban hasta el alba.

***

Permitió Dios que fuera yo en mis embarazos y partos muy poco afortunada. Todavía recuerdo que faltaban dos meses para que me naciera un heredero, y una noche sentí tal dolor en la espalda que caí fulminada; empecé a lamentarme y acudieron mis damas, que me socorrieron en el acto. Me sobrevino una gran fiebre y Alfonso fue en peregrinación a Loreto, cumpliendo un voto para

que recobrara la salud. Estaba yo muy grave cuando me anunciaron la visita de mi hermano César, que había recibido la noticia. Después de tanto tiempo, sentí yo una verdadera conmoción. Llegó en secreto y de improviso, aprovechando la ausencia de mi esposo; venía a galope y cubierto de polvo, y enseguida acudió a visitarme, precipitándose junto a mi cabecera. Me costaba trabajo creer que estuviera conmigo. Subía la fiebre y los médicos decidieron sangrarme; entonces mi hermano sostuvo mi pierna mientras se efectuaba la sangría. Trató de distraerme para que no sintiera el dolor; me narró las peripecias de su viaje a Milán, y contó graciosas historias, que me dieron ánimos y me hicieron reír. Tal encanto tenía, y tanto afecto me mostraba que, a mi pesar, consiguió que abandonara yo mis pasados recelos.

Aún me emociona recordarlo. Estuvimos juntos dos días, mientras regresaba mi esposo. Me encontraba mejor, pude sentarme en el lecho y me pareció que revivía. Pasábamos juntos las noches hablando en valenciano; al amanecer del segundo día mi hermano partió y yo recaí, quizá por el cansancio de nuestras conversaciones. Finalmente nació una niña prematura y muerta, y yo estuve a punto de perder la vida, víctima de una gravísima enfermedad que me duró muchos días. Cuando Alfonso volvió juró solemnemente a la cabecera de mi lecho que en pocos meses volvería a hacerme un hijo varón; en cuanto curé volví a quedar embarazada de nuevo y he de confesar que, antes de que naciera mi hijo, había gastado en él mis ingresos de un año entero.

Yo me sentía alegre, y mi esposo estaba satisfecho: había encargado la cuna a un tallador veneciano, y la eligió con columnillas clásicas y adornada con flores doradas. Las cortinas eran de raso blanco, las sábanas y las pequeñas almohadas de seda listada de oro. Las bordadoras se dejaban los ojos trabajando en el equipo para el recién nacido, mientras Alfonso mandaba sacar tapices y colgaduras para adornar la habitación del niño. Los días invernales eran cortos y los atardeceres me llenaban de serenidad. Finos carámbanos pendiendo de las ramas desnudas de los árboles brillaban al débil sol como estalactitas de diamantes. El río se helaba también, y el campo se llenaba de escarcha.

A veces salía al campo con mis damas; era una delicia cuando la respiración flotaba en torno como una nube de vapor, cuando las ramas estaban

peladas y el cielo tan gris, oprimir con la punta del pie la superficie dura y cristalina, sentirla crujir bajo la punta del zapato. Notar las grietas en el hielo y ver brotar el agua debajo, y entonces insistir y machacar el hielo en toda su extensión, cada vez más duro, espeso y resbaladizo conforme te acercabas a los bordes del charco, a la tierra endurecida por la helada.

De vuelta, cuando me acosaba la soledad, me aovillaba en la cama y me acariciaba a mí misma, suavemente, los hombros y el cuello, luego los muslos calientes, guardaba las manos entre los muslos en postura fetal, como si ya no estuviera sola. Yo me sentía joven, quería ser joven, y observaba en el espejo que mis ojos se conservaban hermosos todavía. Necesitaba un esposo que me comprendiera, que me alentara, pero a él apenas lo veía. Hacía meses que estaba embarazada, y ya comenzaba a inquietarme la idea del cercano parto. Echaba de menos a mi madre. Me acordaba de ella y me hubiera gustado estar con ella, pero todo no era más que un sueño imposible.

A FERRARA LLEGABAN HUÉSPEDES, y también correos con mensajes de lo que ocurría en toda Italia; hacía tiempo que no veía a mi padre, y no podía imaginarme que su fin estuviera tan próximo. Cuando lo vi por última vez no sentía los achaques de la vejez; por el contrario, rebosaba arrogancia y salud. Aunque muchos de sus enemigos lo amenazaran de muerte, los obispos de las sedes más remotas seguían acudiendo a besar su pie y a presentarle sus respetos. Él los acogía orgullosamente, asegurando que velaría durante muchos años por ellos, pues confiaba en tener un largo reinado.

No podía yo ignorar las noticias que desde un tiempo atrás se conocían en Ferrara. Al parecer, sus posesiones iban en aumento y seguía creando nuevos cardenales, pues cada uno le entregaba de diez a veinte mil ducados de oro. Se rumoreaba que había puesto la mirada en las riquezas del cardenal Orsini y por eso lo mandó encarcelar en el castillo de Santángelo, bajo la acusación de haberlo querido envenenar. Orsini estaba ciego, pero no por ello dejaba de ser un hombre valiente; cuando mi padre lo llamó se presentó de noche y sin escolta, pese a que su bella amante le suplicó que no lo hiciera, pues había soñado que el vino se convertía en sangre. Se dijo que el cardenal había recibido tormento, y que intentó arrojarse desde las murallas del castillo; nadie sabía si, cuando cayó, estaba vivo o muerto. Entonces su amante se disfrazó de hombre; se encaminó hacia el Vaticano y reclamó el cadáver del cardenal; a cambio, le ofreció a mi padre una maravillosa perla que él siempre había deseado.

Tuve que oír hechos muy graves. Decían que entre mi padre y César habían inventado el agua tofana, un veneno terrible. Según decían, a un jabalí en cautividad le daban grandes cantidades de arsénico en el pienso y el agua; estando vivo lo colgaban cabeza abajo, y la fiera expulsaba una baba espumosa. Dejándola secar obtenían unos polvos que se diluían fácilmente, no daban color ni sabor a las bebidas y no dejaba rastro. El veneno podía mezclarse con las bebidas o alimentos, y sus víctimas morían en un breve plazo de tiempo. Se decía que usaban también el polvo verde de cantárida, un pequeño escarabajo desecado y

molido. En dosis reducidas se utilizaba como afrodisíaco, pero en mayores provocaba la muerte. De todas formas, no faltaban ocasiones en que mandaban apuñalar o estrangular a sus víctimas, como yo sabía por la triste experiencia que tuve, primero con mi hermano Juan, el duque de Gandía, y más tarde con el querido Alfonso, mi segundo marido.

Todos los que consumieron la pócima preparada por orden de César, dejaban a su muerte joyas, dinero y caballos magníficos. Decían que era su costumbre engordar a los cardenales antes de envenenarlos, para heredar sus bienes; pero ni las herencias de todos los cardenales de Roma bastaban para atender los enormes gastos de su ejército. Mi padre lo apoyaba, aguardando impaciente sus conquistas; y cuando tardaban sus noticias lo insultaba ante todos, llamándolo hideputa bastardo. Aseguraban que César llegó a recompensar a sus sicarios con mil ducados de oro por administrar la ampolla venenosa.

A Ferrara no dejaban de llegar siniestras noticias. Otro adinerado cardenal se había quejado de trastornos en el estómago; una mañana apareció muerto, después de haber sufrido vómitos violentos por espacio de dos días. Mi padre envió enseguida a un embajador para que tomara posesión de sus riquezas, que eran ciento cincuenta mil ducados de oro y muchas vajillas de plata. César se encargó de abrir su testamento y de quedarse con el resto de sus bienes. Un pariente nuestro, el cardenal Juan Borgia, había muerto de repente por unas fiebres misteriosas; era un hombre cincuentón, adiposo, que se había enriquecido con gran avaricia. Mi padre asistió desde su ventana al entierro, y bromeó diciendo que el calor parecía ser pernicioso para las personas corpulentas.

No había terminado de decirlo, cuando un búho entró volando en su estancia y vino a morir a sus pies; él retrocedió, asustado, y se retiró a su alcoba muy trastornado por el mal presagio. César, supersticioso como todos nosotros, no olvidaba la maldición de Savonarola y no se apartaba un momento de él. Pocos días después murió un capitán de la guardia, y algunos aseguraban haber visto a un enorme perro negro dando vueltas alrededor del palacio.

EL ARDIENTE CALOR DEL VERANO se extendía sobre toda Italia, y la fiebre malaria producía cientos de víctimas. Al parecer mi padre no podía dormir, pues desde hacía meses tenía el cuerpo lleno de diviesos, que apenas lo dejaban descansar. El día de san Lorenzo fue el más caluroso, de forma que tanto mi padre como César sintieron deseos de salir del Vaticano, famoso por su poca ventilación, y respirar un ambiente más saludable. Roma parecía arder, pues el aire caliente barría las calles y terrazas; por ello, sugirieron al cardenal Adrián de Corneto que los invitara a cenar en un hermoso viñedo que tenía a las afueras, cerca del Belvedere.

Todos sabíamos lo mucho que le costaba a mi padre resistir el calor. Mientras los porteadores sudaban bajo los varales de su silla gestatoria, al parecer él se inclinaba hacia adelante, porque sus heridas le dolían a cada movimiento. Previamente, César había enviado a varios pajes, llevando bandejas con manjares exquisitos; mandó además a un copero con un frasco de vino, y le encargó que no se lo sirviera a nadie, excepto al dueño de la casa.

Según supe después, mi padre llegó antes que César a la viña de Adrián; la noche era estrellada y los macizos exhalaban un fuerte aroma a pétalos de rosa. En cuanto puso el pie en el umbral corrió un murmullo por las salas, y al mismo tiempo las antorchas de la galería se encendieron todas a la vez. Los músicos dejaron oír los acordes de sus instrumentos. Unos criados acudieron con lámparas de aceite, que inundaron la estancia con su luz amarilla; varios cardenales se arrodillaron ante el papa, y a una señal suya se pusieron de pie. El anciano cardenal acogía a la puerta a los que iban llegando. Era un hombrecillo calvo y magro; en aquella ocasión parecía muy alterado, a causa de la importante visita que aguardaba.

Como tenía mucho calor, sin aguardar a César mi padre indicó que le dieran de beber. El copero, bien por distracción o a conciencia, debió servirle el vino envenenado; y al llegar mi hermano, como lo vio bebiendo se sirvió el mismo vino. No tardó en comenzar el banquete, que según me dijeron fue monumental:

en las fuentes lucían pavos asados, carne de venado y embutidos, y tintineaban en las mesas las copas de cristal y amatistas. Los cubiertos del invitado principal estaban tallados en oro, y ante los demás había plato, tenedor y cuchara de plata. Los pajes ofrecían bebida, pan y fruta a los comensales que se relamían los labios grasientos y, como solía ocurrir, despedazaban las aves con las manos, tirando los huesos bajo la mesa, sobre las alfombras.

No me extrañó que me contaran que, también en aquella ocasión, iban todos tan enjoyados como meretrices. En la sala lucían hileras de velas encendidas en los candelabros, y desde el corredor se oían los juramentos y risas de los numerosos criados. Se representó una pantomima con danzantes; mi padre reía a carcajadas, mientras sonaban con un tintineo sus cadenas de oro. Al final de la comida se presentaron los aguamaniles, como era costumbre; las velas se iban consumiendo, y el viento nocturno apagó las antorchas en el exterior. La velada transcurrió hasta muy entrada la noche, en que todos se dispusieron a volver con sus séquitos a los palacios romanos. Lo cierto es que nadie sintió molestia alguna: ni Adrián, ni ninguno de sus convidados; no obstante, todos habían bebido mucho, y salieron tambaleándose.

Nadie supo con seguridad lo que ocurrió durante aquella cena. Pero a la mañana siguiente mi padre se sintió indispuesto con vómitos que le duraron todo el día. Los médicos procuraron aliviarlo con sangrías, porque era muy congestivo; se puso mejor, y sentado en la cama pidió jugar a las cartas y estuvo hablando de nosotros con sus acompañantes. Más tarde sufrió un nuevo acceso de fiebre; pasó una noche muy difícil, y aún le quedaba lo peor.

Supe que al mismo tiempo enfermó César, que estaba a punto de abandonar la ciudad y tuvo que permanecer a su vez en la cama con fuertes vómitos y fiebre. Y aunque se guardaba el mayor secreto acerca de sus molestias, al parecer estaba aún más grave que nuestro padre. Casi ninguno de los invitados salió muy bien de la cena fatal, y también Adrián de Corneto había caído enfermo. Se corrieron las voces de que un cocinero y el mayordomo del cardenal habían muerto; ambos estaban presentes la noche del convite. En un principio, los médicos achacaron el mal a la epidemia que asolaba Roma, y pensaron que los enfermos curarían.

En Roma se decía que mi familia codiciaba las riquezas de Adrián, por lo que mi hermano le había preparado la bebida mortal. Otros insinuaban que el propio Corneto, temeroso de alguna traición, les había ofrecido en la cena unos dulces envenenados. Lo cierto es que, transcurrida una semana desde el convite, mi padre se sintió peor; estaba muy agitado y, al caer la tarde, viendo que la fiebre subía, le rogó a su médico que se quedara a acompañarlo. Se trataba de un judío al que yo conocía muy bien, y confiaba en él más que en los médicos romanos.

Lo rodeaban además prelados y cardenales, y algunos parientes, que observaban con temor su cara pálida, mientras él se retorcía entre espasmos jurando que lo habían envenenado. Fuera, el pueblo seguía con interés el curso de la enfermedad, pues se había dicho que estaba en las últimas. Los abscesos le molestaban mucho, y por la noche se inflamó de tal forma que al amanecer tuvieron que sajarlo. Pero no mejoró; y cuando vieron que se acercaba su final, los cardenales ordenaron cerrar el palacio, como era costumbre. Sólo ellos y otros religiosos entraban y salían; la gente observaba el balcón principal y aguardaba que apareciera la colgadura negra, anunciando la muerte del papa. Los pajes y escuderos andaban más preocupados por su propia seguridad que por la salud del moribundo; las voces del coro llegaban atenuadas, y el miserere se confundía con los rezos de los sacerdotes. Sé que mi madre permaneció de rodillas junto a él, sin separarse ni un momento.

TODOS SOSPECHABAN UN ATENTADO; se dio tormento a un criado del cardenal, y cuando le retorcieron el cordaje él declaró que alguien había vertido en la comida un veneno traído de Venecia. La enfermedad se agravó de pronto, y el maestro de ceremonias le puso a mi padre un cojín detrás de la cabeza para que pudiera dormir. Pronto la asfixia terminó en estertor. Dijeron que, durante el delirio de la agonía, había pronunciado frases extravagantes y misteriosas. De repente se irguió y, como si hablara con alguien muy cercano, prometió acudir a su cita, porque se había cumplido el plazo; pero rogó que se le concediera algo de tiempo para despedirse de nosotros. Al anochecer recibió la extremaunción; su corazón no pudo resistir, y a la hora de vísperas perdió el conocimiento y le sobrevino un colapso. Tenía setenta y tres años. Los pocos cardenales presentes salieron huyendo, ante el temor de un posible contagio. Es horrible admitirlo, pero de esta forma espantosa acabó la vida de mi padre. Al día siguiente la noticia se convirtió en la comidilla de todos, y muchos la recibieron con alivio, pues dejó tan mal recuerdo que nadie declaraba haber sido protegido suyo. Se retiraron de sus dedos todas las sortijas; alguien buscó el anillo del Pescador, para romperlo como ordenaban los cánones, pero no pudieron encontrarlo. En algunos lugares sacaron en procesión una efigie de mimbre que lo representaba; la llenaban de gatos, y luego la quemaban solemnemente en una pira. Las gentes decían que los alaridos de los gatos eran el lenguaje de los demonios, que bullían dentro de su cuerpo.

Se habló de nuevo del perro negro rondando por el Vaticano; se afirmaba que, a la muerte de su predecesor, había vendido su alma al diablo a cambio de la sede apostólica. Se le concedió ocupar el papado durante once años, y los había superado en varios días, por lo que Satanás tuvo que venir a reclamar su deuda. Se contaba en voz baja que siete demonios, en forma de grandes monos negros, entraron en la habitación para apoderarse de su alma; y cuando un cardenal quiso atraparlos, la voz del muerto le ordenó que los dejara en libertad.

***

Mientras esto ocurría, también César luchaba con la muerte, agobiado

por el calor. Aún así, no quería dejar cabos sueltos tras el fallecimiento de nuestro padre; por ello, aunque se sentía muy enfermo, había tomado sus medidas. De pronto se abrieron las puertas de la cámara mortuoria, y entró Michelotto Corella con la daga desnuda, seguido de su escolta. Según me dijeron, amenazó al cardenal tesorero con degollarlo si no le entregaba las llaves del tesoro papal; él abrió los cofres, y los hombres de Michelotto se abalanzaron sobre los objetos preciosos. Dos joyeros que contenían cien mil ducados de oro fueron a parar a manos de César.

Mi hermano se retorcía de dolor, sin poder tomar el mando del Vaticano, como tenía pensado para cuando el papa muriera. Las horas se le hacían interminables; estaba roído por la fiebre y al parecer había envejecido en poco tiempo. En su prisa por atrapar el botín, olvidó Corella que en un almacén contiguo a la cámara estaban guardadas las tiaras, los anillos y los vasos sagrados, que cayeron luego en poder de la servidumbre. Más tarde, los notarios descubrieron el joyero de ciprés que contenía las joyas y las piedras preciosas.

Después de tantos años, recordar todo esto provoca en mi mente una dolorosa emoción. Mientras las campanas tocaban a muerto, un religioso estuvo lavando el cadáver que vistió luego Burkhard, el secretario pontificio; más tarde lo llevaron a la sala del papagayo, donde permaneció toda la noche entre cuatro hachones encendidos. Allí Jofré y mi pobre madre fueron a acompañarlo; cuando se retiraron, agotados, tuvieron que dejarlo solo, pues nadie más había acudido a velarlo. Al día siguiente, como era costumbre, los sacristanes lo vistieron con sotana blanca, casulla de oro y sandalias de terciopelo, y el maestro de ceremonias le cambió el solideo por la tiara. Pasó después a manos del barbero, que le arregló la barba; a continuación, como solía hacerse, lo trasladaron a san Pedro para que la gente pudiera contemplarlo.

Pero aún no había llegado lo peor. Cuatro hombres lo depositaron en la basílica sobre un catafalco y, según decían, muchos romanos acudieron en masa para disfrutar del espectáculo. Y es que el odiado Borgia, que once años antes atravesara la ciudad bajo un dosel de oro, se había convertido en un monstruo. Poco tiempo después, ante el horror de todos, el cadáver empezó a hincharse y a descomponerse; y a medida que pasaban las horas iba retorciéndose, hasta

perder su aspecto no sólo de papa, sino de simple ser humano. El rostro se puso feo y negro; las moscas se posaban en su cara, los moscardones zumbaban alrededor de su cabeza y del cuerpo surgían vapores nauseabundos. Alguien tuvo la precaución de colocarle una reja delante, para evitar que el pueblo lo pisoteara o bailara encima de él.

TUVE YO QUE BEBER EL CÁLIZ de aquella ignominia, pues en toda Italia se hablaba de ello. Según sus enemigos, tan extraña descomposición justificaba las leyendas de pactos con el diablo, visiones monstruosas y espíritus malignos. Las víctimas de la epidemia no ofrecían aquel aspecto: la lengua estaba tan hinchada que se salía de la boca, y tenía la nariz y los oídos llenos de inmundicias. Tanta era la vergüenza que producía el cuerpo que, por pudor, se cubrió con un paño. Más tarde, al regresar a su palacio, el embajador de Venecia dijo no haber presenciado en su vida algo tan espantoso. En Mantua, mi cuñada Isabel se horrorizó con los detalles que le contó su esposo: apenas muerto, el cuerpo de mi padre había comenzado a hervir, y su lengua echaba tanta espuma como una marmita puesta al fuego. Según él, se hinchó de tal manera que llegó a ser más ancho que alto.

No habían pasado veinticuatro horas, y en los aposentos Borgia los servidores se dedicaban al saqueo, llevándose incluso el trono papal. El funeral se llevó a cabo a altas horas de la noche, a la luz de las antorchas. Para la última misa no se encontró ningún celebrante: todos se habían evaporado. Por fin llegó el momento de enterrarlo. El ataúd resultó ser demasiado estrecho y los obreros, después de retirar la mitra y los adornos, tuvieron que comprimir el cadáver; introdujeron el cuerpo a puñetazos, mientras unas antorchas vacilantes alumbraban la salvaje maniobra.

En el balcón principal del palacio izaron la bandera negra y las ventanas lucieron crespones de luto. Según pude saber, lo transportaron de madrugada dos mulas cubiertas con gualdrapas fúnebres; un paje llevaba las bridas y unos frailes iban murmurando plegarias, ocultos sus rostros en los capuchones. La cabalgata se desplazó en silencio a lo largo del puente, mientras los perros aullaban al paso del cortejo. César no había podido acudir y envió en su lugar a Michelotto. En Roma decían que los diablos pululaban por el Vaticano, y que habían formado un segundo desfile.

Hasta la última prostituta romana tuvo funerales más dignos. Lo trasladaron

hasta la pequeña capilla donde reposaba Alfonso, mi segundo marido. Seis mozos de cuerda se encargaron de enterrarlo, y el fraile que los acompañaba no pudo evitar que se divirtieran a su costa y escupieran en sus despojos. Lo sepultaron bajo una oscura lápida, y todos volvieron a casa en silencio y con las luces apagadas. Cuando todo acabó, se vendió el catafalco por veinte monedas y los canónigos se apoderaron del colchón funerario, lo único que quedaba. Su epitafio apareció pegado a los muslos de mármol de Pasquino, y en los días siguientes no se habló de otra cosa en la ciudad.

Luego, nadie volvió a acordarse de él, y yo misma traté de olvidarlo; en el fondo sentía remordimiento, pues deseé en ocasiones su muerte con tal de liberarme de su influjo. No sospechaba yo que la realidad me hundiría en un pozo de angustia, sobre todo después de conocer su terrible fin. A pesar de todo, mi amor filial resultó ser más fuerte. Era necesario perdonar.

***

En cuanto pude, cambié mis ropas por otras negras que ordené sacar de los cofres; enlutada me encerré en mis habitaciones, sin que ningún miembro de la familia Este acudiera a presentarme sus condolencias. Un día asistí a la iglesia muy temprano, acompañada por dos de mis damas, y al terminar la misa vi arrodillado ante el altar a un caballero que llamó mi atención. Lo conocía, porque había llegado a Roma coincidiendo con la expulsión de los judíos españoles: se llamaba Francisco Delicado y pertenecía a una familia de judíos conversos. Lo aguardé a la salida; él se aproximó donde yo estaba, se inclinó con respeto y, tras dudar unos instantes, acabó por expresar su pésame por el fallecimiento del papa. Yo agradecí tristemente sus palabras.

También aquí, muchos creían en el envenenamiento, y que la cantarella había sido la causa de su muerte: se decía que el veneno iba disuelto en el vino que mi padre había bebido puro, y César mezclado con agua. Pensaban que habían sido víctimas de su propia maldad, gracias a la torpeza o a la traición de su criado, pues llegaron a decir que César había tratado de envenenar a su anfitrión. Pero Adrián sobrevivió, y al parecer les confesó a sus amigos que, cuando supo que ambos querían atentar contra su vida, él se les había adelantado, sirviéndoles su última cena.

Un nuevo detalle me hizo estremecer: me dí cuenta Alfonso de Bisceglia y mi padre habían muerto el mismo día, aunque con varios años de diferencia. Estaba asustada. Pasé algún tiempo encerrada en mis aposentos, vestida de luto, sin que se apartara de mi mente la palabra veneno. Al despertarme por las mañanas me tocaba el pulso y, si lo notaba irregular, pensaba que también a mí me habían envenenado. En aquellos días recibí de Bembo una carta de pésame. Prometía que iría a verme y cumplió su palabra, haciéndome una corta visita antes de que llegara mi marido. Había venido para acompañarme y darme consuelo, pero no pudo hacerlo; cuando me vio en mi alcoba a oscuras, con mis vestidos negros, permaneció de pie sin hablar. Él ofrecía también un aspecto deplorable; estaba muy pálido y el cansancio se leía en su rostro. Fue una entrevista corta, y ni siquiera nos besamos; él abrió la Biblia, me leyó unas palabras y abandonó luego la habitación en silencio. Cuando se fue, en el espejo vi mi propia cara, también muy pálida, con los ojos febriles y el cabello en desorden.

Alfonso me hizo también una breve visita acompañado de su corte, quizá para vigilarme; luego, con la excusa de una partida de caza, volvió a dejarme sola. Los duelos siempre le habían molestado. En cuanto pude me dirigí al monasterio de las Clarisas; allí pondría mis ideas en orden, al tiempo que rezaría por mi padre, y también por mí misma.

LA MALDICIÓN DEL CIELO parecía haber alcanzado a los Borgia. Michelotto había colocado una fuerte guardia en todas las salidas del Vaticano. Los criados de César aseguraban que se hallaba entre la vida y la muerte; tenía los pies hinchados y la cabeza tan perdida que no podía controlar sus pensamientos. Para aliviarlo, los médicos abrieron el cuerpo de un toro, introduciendo a mi hermano dentro del cadáver todavía caliente. Luego, a fin de provocar una fuerte reacción, lo sumergieron en una cuba de agua helada. En sus aposentos, situados sobre las habitaciones pontificias, César yacía abrumado por la fiebre y la desesperación, con el rostro violáceo y todo cubierto de pústulas.

Pero luego fue mejorando, y su gran fortaleza venció la enfermedad. En cuanto logró ponerse en pie quiso viajar a Nepi, acompañado de varias cortesanas, dentro de una litera con las cortinillas bajadas. A las mujeres y niños de mi familia los llevaron a un lugar seguro: por el pasadizo secreto salieron del Vaticano y se refugiaron en el castillo de Santángelo. Estaban bajo la protección de Jofré, que en esta ocasión se portó como un verdadero cabeza de familia.

Mi hermano seguía los acontecimientos desde su refugio en Nepi, y Michelotto no se movía de su lado. Allí supieron que se había elegido un nuevo papa: era un hombre honrado, que tuvo piedad de César, permitiéndole que regresara a Roma y se alojara junto al Vaticano. Pero el nuevo pontífice se hallaba tan enfermo que estaba a punto de morir: padecía una infección maligna en una pierna, de la que había empeorado últimamente. Incluso se llegó a sospechar que alguien se había apresurado a infectarle la herida con veneno.

En efecto, no había transcurrido un mes cuando el papa murió. Lo sucedió Julián de la Rovere. Éste, en el primer documento de su pontificado, se encargó de condenar a César al destierro y expulsarlo de Roma, no sin antes haberle exigido que devolviera al papado varias fortalezas. Como él se negaba, lo hicieron prisionero y lo encarcelaron en Ostia; allí, desde los altos torreones, mi hermano se desahogaba lanzando sobre el mar desesperados cañonazos.

Había perdido todos sus castillos y ciudades. Maquiavelo acudió a

despedirse la víspera de regresar a Florencia, cabalgando por Umbría y la Marca; bien sabía que nunca volverían a verse. Al sentirse acosado por sus enemigos, César pidió ayuda a su esposa, que vivía en la corte de Francia; pero Catalina se negó; según decía, lo consideraba muerto para ella. En cuanto al rey francés, se encargó de decir que no consentiría nunca que un bastardo de cura viviera en su corte.

El nuevo papa ordenó que lo condujeran prisionero a Roma; sus carceleros lo alojaron en la torre Borgia, instalándolo en el mismo aposento en donde había mandado asesinar a mi esposo. Iba custodiado por tres servidores, y desde allí oía las voces de sus enemigos, pidiéndole al papa que ordenara su muerte; aún así, vieron cómo se acomodaba y dormía tranquilo. Sus guardianes lo trataban bien, le servían buenas comidas y jugaban al ajedrez con él. Además, él se consolaba pensando que otros por su culpa lo habían pasado mucho peor.

Más tarde lo trasladaron al castillo de Santángelo, mientras las hordas furiosas saqueaban su palacio abandonado. Un día trató de evadirse vestido de fraile; no lo consiguió, y tuvo que regresar a su prisión. Toda Italia tenía motivos para quejarse de mi hermano, y muchos nobles se sentían despojados. Los enemigos de nuestra familia tomaban represalias contra los españoles, matándolos a ellos y ultrajando a sus hijas y esposas. Así ocurrió con nuestra prima Isabel Borgia: acababa de prometerse, cuando los Orsini entraron en su casa, vengando en ella y en su madre los ultrajes que César había causado a sus mujeres.

SE ESTABA HACIENDO CÉLEBRE el nombre de Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán; y César, recordando su antigua amistad, solicitó de él permiso para marchar a Nápoles. Gonzalo fue a visitar a Sancha de Aragón; hablaron largamente y Sancha, que lo sabía todo acerca de los Borgia, debió relatar la muerte del duque de Gandía y el asesinato de su hermano Alfonso. Aquella conversación fue desastrosa para César. Finalmente se obtuvo el permiso, y en cuanto mi hermano se vio libre pidió un caballo y se dirigió a Nápoles. Fue su último y más grave error, pues allí se encontraban muchos parientes de mi esposo, el duque de Bisceglia, que no habían olvidado su muerte. Por si fuera poco, al parecer Gonzalo se había enamorado de Sancha, la mujer de Jofré y antigua querida de César.

No permaneció mucho tiempo en Nápoles, pues temía alguna emboscada, de tal forma que llegó a atacar a varios soldados amigos. Los reyes de España odiaron siempre a nuestro padre por el apoyo que daba a los franceses, y sabían que César le aconsejaba esta política. Ordenaron a Gonzalo de Córdoba que lo hiciera prisionero y lo embarcara para España, de manera que el Gran Capitán tuvo que elegir la palabra de honor que le había dado a mi hermano y su obligación como súbdito. Así que, aunque avergonzado, terminó acatando la orden real. Una noche le envió un mensaje a César para que se reuniera con él, con la excusa de que varios soldados querían asaltar su casa. Él, confiado, acudió solo al encuentro de su amigo, y cayó en la emboscada. En cuanto a Gonzalo, nunca les perdonó a sus reyes que lo hubieran forzado a cometer semejante traición.

Hacía muchos años que mi hermano no había pisado territorio español, quizá tantos como yo. Corría el mes de agosto cuando zarpó la nave que lo conducía a Valencia, nuestra tierra de origen; a mediados de septiembre la flotilla tomó tierra, y César no podía creer que estaba prisionero de los reyes de España. Su escolta emprendió el camino de la fortaleza de Chinchilla, un castillo emplazado en un alto sobre una pequeña ciudad, no lejos de Albacete; allí el gobernador le destinó como prisión la gran torre del Homenaje, por ser la más inaccesible. Dijeron que mi hermano se entretenía siguiendo con la vista desde las almenas el vuelo de las aves de presa; luego el rigor de su encierro se fue

suavizando, y hasta destinaron a su servicio a algunos criados. Se comentaba por Italia que el rey estaba dispuesto a ajusticiarlo, y al saberlo muchos respiraron con alivio. Pero la muerte de la reina retrasó su proceso; el preso pertenecía ahora a su hija, doña Juana la Loca, y por orden de ésta lo trasladaron al castillo de Medina del Campo; allí lo alojaron en la parte superior de la mazmorra, rodeado de profundos fosos. En Medina vivía Juana, la nueva reina de Castilla; siempre triste y melancólica, solía encerrarse en una sala baja, cerca de un rincón de la gran chimenea.

Trataba yo por todos los medios de obtener noticias, y a últimos de año supe que César había conseguido fugarse. Al parecer, el capellán de la prisión lo puso en contacto con el conde de Benavente, que era un antiguo amigo suyo, y éste organizó la evasión. Dijeron que un sirviente fue el encargado de introducir algunas cuerdas en la mazmorra. A una hora convenida varios hombres y caballos se apostaron en los fosos; desde la ventana de la torre, que se hallaba a una altura vertiginosa, el criado se deslizó por la cuerda; pero era demasiado corta y el desdichado se estrelló contra el suelo, rompiéndose los huesos. Más tarde fue prendido y ejecutado.

Mi hermano no lo dudó un momento y se deslizó a su vez, pensando que la suerte lo ayudaría. Mientras bajaba, alguien desde arriba cortó la cuerda anudada en los barrotes, haciendo que también él se precipitara en el foso. Pero no contaban con su fuerza de voluntad: aunque estaba herido y con las muñecas llenas de cortes, consiguió montar a caballo y reunirse con el grupo. De esta forma logró llegar a Villalón, en tierra de Campos, a los dominios del conde de Benavente. Una vez allí, tardó un mes en curarse de sus heridas. Luego supo que la reina Juana había ofrecido diez mil ducados de oro por su cabeza; así que, en cuanto pudo, emprendió nuevamente el camino. Cuando conocí los detalles de la peligrosa evasión, y la terrible situación de César, tuve que retirarme nuevamente al convento, a fin de recobrar la calma.

Pronto volví a recibir noticias suyas: el conde le había regalado el mejor animal de sus cuadras, y acompañado de otros caballeros siguió galopando hacia el norte, enmedio de un cierzo cortante. Al parecer, el pequeño grupo se dirigía a Santander; donde se refugiaron en una posada, y ante unas tajadas de gallina

estuvieron negociando con un pescador el alquiler de su pequeña barca. Contaban con embarcarse por la noche y le ofrecieron al hombre cincuenta ducados; él, muy sorprendido por la cantidad, la juzgó sospechosa y los denunció a la policía.

De nuevo fueron detenidos y, aunque los separaron para interrogarles, era César demasiado astuto para dejarse sorprender. Se había puesto de acuerdo con sus compañeros: dirían que eran comerciantes de grano llegados de Medina, y que necesitaban embarcarse para vender su mercancía en Navarra. En realidad, no mintieron del todo: es cierto que se dirigían a refugiarse en la corte del cuñado de César, que reinaba en el pequeño país.

Por fin los dejaron marchar. Más adelante, el barquero describiría a César como un hombre de elevada estatura, con ojos oscuros y el rostro marcado con numerosas cicatrices. Una vez en la barca remaron con gran dificultad, ya que la tempestad barría con fuerza el golfo de Vizcaya. Luego, al desembarcar, hallaron a un arriero que, a la vista de un buen puñado de monedas, los transportó en sus mulas a través de los montes, hasta que llegaron a Pamplona.

Juan d'Albret era pobre; por su parte César era un proscrito, un criminal buscado por los tribunales españoles. Su cuñado le había pedido tiempo atrás que instruyese a sus mercenarios en el arte de la guerra italiana, ya que mi hermano sabía muy bien las reglas para entrar a saco en una ciudad, o cómo llevar a cabo un golpe de mano. La pequeña ciudad de Viana estaba situada cerca de la frontera de Castilla, entre los montes Cántabros y el valle del Ebro; su fortaleza había sido atacada, y César tendría que rescatarla con la ayuda de quinientos mercenarios. El ejército de Navarra estaba formado por unos pocos hidalgos con sus escuderos; no tenían cañones, ni hubieran sabido usarlos, pues los navarros eran tan malos artilleros como excelentes ballesteros.

ERA UN DÍA MUY CRUDO DE INVIERNO; al atardecer el cielo estaba cubierto de nubes oscuras, y hacia la medianoche estalló una fuerte tormenta. César estaba preparado: despertó a sus hombres, se puso la armadura, tomó sus armas y montó a caballo. Un guantelete cubría en su muñeca la cicatriz que habían dejado las cadenas que le pusieron en Medina, y que no se habían borrado. Vestía coraza de plata y montaba un soberbio alazán; apenas necesitaba tocarle los flancos para que se adelantara a los demás, mientras conducía a los soldados y se lanzaba hacia el enemigo.

Llovía a mares cuando se organizó el ataque al castillo; César animaba a sus hombres y los exhortaba a avanzar, luchando a la manera de los campesinos. El campo alrededor de Viana estaba lleno de fosas y surcado de estrechas gargantas. Para darles ejemplo él mismo se lanzó al ataque, protegiéndose con el escudo, sin advertir que al otro lado de la loma, donde el bosque era más espeso, lo aguardaban agazapados los castellanos.

Todos se abalanzaron sobre él, y una lanzada lo alcanzó en un hombro; a continuación su caballo tropezó en un accidente del terreno, haciéndolo caer. Se levantó jurando y blasfemando; logró matar a varios hombres, pero el enemigo lo condujo hasta una pendiente escarpada donde lo perdieron de vista los soldados navarros. Estaba ciego de ira y seguía batiéndose, acorralado al fondo del barranco, hasta que una piedra lo alcanzó en la sien y cayó de rodillas. Entonces las tropas españolas lo acosaron con sus arcos y flechas; clavaron sus picas y lanzas en el vencido hasta dejarlo muerto, tan desfigurado que nadie hubiera podido reconocerlo.

Lo despojaron de su coraza y de sus armas; le quitaron el jubón y la camisa, y dejaron abandonado el cadáver sobre la tierra helada, sin haberlo identificado siquiera. Horas después, unos soldados españoles lo encontraron desnudo, y quedaron horrorizados al ver el bubón supurante que tenía en el pecho. Lo reconocieron por la espada que el papa Alejandro había entregado a su hijo. Se lo comunicaron al conde de Lerín; él mismo acudió al lugar para recogerlo

y contó más de veinte heridas en su cuerpo. Hizo envolver el cadáver en su propio manto y ordenó que lo trasladaran en unas parihuelas, hasta el lugar donde se hallaba el resto de las tropas navarras. Los soldados lo portearon a hombros, y el silencioso cortejo se puso en camino por los empinados senderos hasta la iglesia de Viana. Juan dAlbret quiso luego visitar el siniestro barranco.

Todos vistieron luto, y la cámara donde lo situaron fue cubierta de paños negros; César tenía treinta y siete años, y había muerto el mismo día y a la misma hora en que ocurrió su nacimiento. Más tarde se dispersarían sus cenizas, a excepción de unos cuantos huesos que se conservaron en el ayuntamiento de Viana, dentro de un saco de los que usaban para guardar el grano.

***

Una fría mañana, un joven español cansado y polvoriento acudió a caballo a la puerta del castillo de Ferrara: su ropa estaba destrozada y tenía el rostro curtido por el aire y el sol. Dijo llamarse García de Navarra y añadió que era paje del rey de aquel país, y que venía a anunciarme la muerte de mi hermano. Un caballero lo introdujo en la fortaleza. Yo estaba dormida y me despertaron unos golpes a la puerta de mi alcoba. Noté que me dolían las sienes. Oí golpes de nuevo, entró mi prima Ángela Borgia y me dijo que un mensajero había llegado procedente de Roma. Vi que se había prendido un lazo negro en su vestido azul; le pregunté alarmada si había muerto mi esposo, y ella lo negó con un gesto.

Mi cuñado, el cardenal Hipólito, fue el encargado de comunicarme lo ocurrido. No creí lo que me decía; quise yo misma hablar con el emisario, y él me confirmó la noticia. Loca de dolor le interrogué sobre las circunstancias, que me fue relatando mientras paseábamos por el jardín; me sentía morir, y hube de tomar asiento en un banco de piedra. Hice al muchacho acomodarse junto a mí; recuerdo su expresión compungida, cuando me narraba hasta los más mínimos detalles de aquel triste suceso. Mientras hablaba, sabía yo que aquella muerte había sido buscada, algo parecido a un suicidio. Cuando volví al palacio y entré en la capilla, todo el mundo estaba allí, aguardándome. Pero ninguno de mis cortesanos pudo decir que me había visto llorar.

Estaban ocurriendo demasiadas muertes; veía con espanto cómo aumentaba el número de mis fallecidos y me estremecía su recuerdo. A solas

lloraba en silencio; trataba de imaginar que mi madre estaba allí, como cuando era niña, dispuesta a consolarme. Pero no era sí, por desgracia. En Ferrara, mi cuñado permaneció insensible; mi esposo pareció incluso alegrarse, y comentó con sus amigos que había muerto el hombre que mantenía a todos los vagos y criminales de Italia. Cuando lo supe me mordí los labios hasta hacerlos sangrar, y tuve que apretar los puños para no romper en sollozos. A cambio, decidí escapar a caballo por unas horas para desahogarme.

Aquella noche no pude dormir: mis aposentos se habían llenado de sombras fantasmales. Boca abajo en la almohada daba vueltas sin encontrar la postura, notando los ruidos de fuera, el tictac de un reloj, como el latido de un corazón gigante. Soñé que los gusanos estaban royendo su cuerpo bajo la losa que protegía sus despojos. Cuando me desperté, sobresaltada, vi que ya era de día. Las bujías estaban encendidas y tenía en la boca un gusto amargo. Miré fijamente la luz, que crecía y reventaba en un estallido sangriento.

Aquella muerte fue como un veneno para mí: la sombra de mi hermano acosaba mis sueños y me despertaba gritando, creyéndome yo misma enmedio de la lucha. Permanecí en mi alcoba durante muchos días y me negué a recibir a nadie. Tendida en el lecho, después de tantos años recordé el tiempo en que ambos nos acostábamos en la misma cama, aunque teníamos dos camas para dormir; pero lo hacíamos juntos, yo delante por ser más pequeña, protegida por su abrazo y sintiendo el calor de su cuerpo. Al final, llegaría un momento en que no podría siquiera recordar su rostro.

A CAUSA DE LA PENA QUE TENÍA, caí enferma de peligro y mi embarazo se afectó de nuevo peligrosamente; el cuerpo me dolía, estaba muy pálida y andaba como una sombra. Pero un mes después mejoré; estaba casi sana y sin nada de fiebre. Alfonso se encontraba fuera; yo le escribí, aunque sin ninguna alegría: sabía que en aquel momento era preciosa para él, a causa del hijo que llevaba en mi seno. En ausencia de mi marido, que estaba con sus tropas, desempeñaba muy bien el oficio de princesa. Hablaba yo español, griego, italiano y francés, y algo de latín; por ello, le rendía a mi esposo un valioso servicio. Ya había desempeñado en Roma un papel similar cuando mi padre se veía obligado a ausentarse de la ciudad. Me había confiado sus cámaras y todo su palacio, y la gestión de sus obligaciones corrientes; también en tales ocasiones tenía yo permiso para abrir sus cartas, y convocar a los cardenales a concilio. Como hija del papa, estaba acostumbrada a una vida cortesana compleja, lo que me fue muy útil para el gobierno de Ferrara. Él había dejado en mis manos el gobierno del ducado, pese a la oposición de su hermana, Isabel de Este; acepté, y me di tan buena maña en este trabajo que hasta mis enemigos tuvieron que reconocerlo. Pero no estaba contenta, y mis cortesanos advertían la tristeza en mi rostro.

En cuanto al exterior, sabía que había guerra pero nunca la vi, no oí la artillería ni las explosiones de la pólvora. Aquel invierno fue muy duro en Ferrara, de forma que tuve que empeñar mis joyas para socorrer a los pobres y fundar hospitales. Cuando Bolonia fue librada del asedio papal, el pueblo derribó la colosal estatua de bronce de Julio II, obra de Miguel Ángel. Con los pedazos, Alfonso hizo construir varios cañones, a uno de los cuales llamó Julio, a otro Terremoto y a un tercero le puso el nombre de Gran Diablo. Durante este tiempo conocí a los famosos caballeros franceses Gaston de Foix y Bayard. En la batalla de Rávena, que marcó la victoria de Alfonso en la reconquista de sus territorios contra el papa y España, Gaston murió valientemente. En cuanto a mi marido, logró sobrevivir a aquella sangrienta batalla. En acción de gracias le regalé a la Iglesia una tablilla de plata que me representaba acompañada por mi hijo mayor y

por las damas de mi séquito; acudíamos a rendir homenaje al patrono de la ciudad, por haber salvado la vida de Alfonso. También pudo salvarse el señor de Bayard, a quien todos llamaban “el caballero sin miedo y sin tacha”. Pasó unos días en Ferrara y, según me contaron después, hacía en sus cartas una graciosa descripción de mi persona. Decía de mí que era una verdadera perla, y aseguraba a sus amigos que nunca había visto tan triunfante princesa; pues según él era bella, buena, dulce y cortés con todo el mundo.

Al fin me nació un heredero. Di a luz al primer hijo que se nos lograría, y el papa reinante me envió una valiosa joya de regalo: era un extraño reptil hecho de oro y esmaltado en verde, con siete cabezas, con un diamante tallado en punta y una perla en forma de pera a los pies. Cuando se aproximaba el momento, mi esposo abandonó Ferrara para ir a Venecia; según dijo, no quería ser testigo de un nuevo fracaso mío al parir. Pero esta vez el niño nació sano, muy bien formado. Le pusimos el nombre de Hércules en recuerdo de su abuelo paterno.

Alfonso volvió a Ferrara, y pronto me sentí mejor. El recién nacido dormía en su cuna bajo una pérgola de oro, y aunque a su padre no le pareció tan guapo como le habían anunciado, era sano y normal. Se lo mostró orgulloso a los embajadores, completamente desnudo, para que comprobaran que estaba completo en todas sus partes. Luego, pasados cinco días, Alfonso partió nuevamente hacia Francia. Sabía que yo no podía escapar, y me tenía dominada en cuerpo y en alma con tantos embarazos. Nunca me había amado de veras, ni sentía ternura por mí; pero me estimaba, y agradecía el hijo que le había dado. El niño tenía los ojos clarísimos, y a mí me parecía bello y blanco como un angelito.

En acción de gracias, Alfonso había prometido peregrinar a Santiago en Galicia; pero a última hora abandonó la idea, porque le advirtieron que sus hermanos Ferrante y Julio querían traicionarlo. Mi cuñado Julio era heredero del ducado después de Alfonso y Ferrante, y antes que Hipólito y sus dos hermanas. La situación entre ellos parecía tranquila, hasta que surgieron los celos entre el hermoso Julio y el cardenal. Fue la causa de ellos mi prima Angela Borgia; un día empezó a cortejarla el cardenal y ella, para alejarlo, le dijo que valían más los ojos de Julio que toda la persona de él.

Estaba avanzado el otoño cuando, en una partida de caza celebrada en

una finca de los Este el cardenal, llevado de sus celos, ordenó a sus sicarios que sacaran los ojos a Julio. Lo derribaron del caballo y, tras haber intentado llevar a cabo el macabro encargo, lo dejaron en tierra malherido. Así lo halló un criado de su hermana mayor, quien hizo que lo trasladaran a Ferrara. Me lo trajeron ensangrentado; resultaba espantoso verlo, con el ojo izquierdo muy hinchado, y el derecho reventado y sin párpado. Allí, en el castillo, lo trataron juntamente nuestros médicos con otros que le envió Isabel. No perdió del todo la vista, pues lograron salvarle un ojo, aunque fuertemente dañado. La versión oficial culpó a un criado de Hipólito, pues mi esposo se negó a involucrar directamente al cardenal. Ordenó que mi prima Angela fuera alejada de la corte y se casara con Alejandro Pío, uno de sus pequeños feudatarios.

Para mi cuñado era horrible verse tuerto del ojo izquierdo, y con el derecho desfigurado. Consideró que su familia se burlaba de él, y desde ese momento preparó la venganza. Acusaba a mi marido de no haber castigado al verdadero culpable, y poco a poco fue tramando un plan para acabar con la vida de Alfonso; para ello, contó con la complicidad de su hermano Ferrante. En el jardín de su palacio hacía preparar venenos mortales, que probaba con los animales de sus cuadras; pero nunca se decidió a emplearlos, aunque tuvo muchas ocasiones, ya que Alfonso era bastante confiado. Por fin ambos hermanos se escondieron en una encrucijada para matar a mi esposo, y si no lo consiguieron fue porque él, por azar, en lugar de tomar el camino que solía, salió de la ciudad a caballo por un lugar distinto.

ALFONSO REGRESÓ A FERRARA y pudo sorprender el complot; hizo arrestar a varios criados, y ellos acabaron por confesar. Ferrante acusaba a Julio de ser el verdadero culpable y él consiguió huir a la corte de Isabel, su hermana mayor; pero Alfonso no descansó hasta obtener su extradición y Julio fue llevado a juicio con el resto de los conjurados. A todos los condenaron a muerte, bajo la acusación de lesa majestad y traición. Supe que el acto iba a llevarse a cabo en la plaza de armas del palacio, porque a un extremo habían levantado un estrado para la nobleza y los embajadores. Todo el mundo estaría presente; tan sólo las mujeres encintas, por disposición del Consejo, no podrían presenciar la ejecución.

Como era costumbre, los condenados habían de acudir vistiendo sus mejores galas; dos pajes tenían la misión de quitarles los mantos, desabrocharles los jubones para dejarles el cuello libre, y atarles los cabellos con una cinta. Después les vendarían los ojos con un pañuelo negro, a no ser que prefirieran ver el escenario de su propia muerte. Varios dominicos se hallaban cerca del cadalso, para asistirlos antes de morir.

Yo estaba espantada, pero no tuve más remedio que asistir, acompañando a mi marido. En Roma había presenciado yo algunas ejecuciones, y también en Ferrara. El primero en ser ejecutado sería el más joven. El verdugo, con sus dos ayudantes, estaba de pie, cubierto con un manto rojo que le llegaba a los pies, y en la cabeza una careta que sólo dejaba adivinar los ojos. Debía arrodillarse ante su distinguida víctima, y pedirle perdón; luego, el condenado tenía que levantarlo y entregarle en pago unas monedas de oro, para que lo descabezara con presteza. Era costumbre que el verdugo limpiara la espada después de la ejecución, y vendiera luego el paño manchado de sangre a la plebe.

Todos conteníamos la respiración; pero, cuando subían al cadalso, ante el asombro de los concurrentes, Alfonso mostró su moderación salvando a sus hermanos, destinados a morir como los otros condenados. Yo sentí un gran alivio, y le agradecí de corazón su gesto; pero me horroricé cuando supe que había ordenado que a Ferrante le sacaran un ojo para igualarlo con su hermano, y que

ambos permanecieran encarcelados para siempre. El resto de los conjurados fueron decapitados y descuartizados en la plaza.

Prepararon la cárcel en una torre del castillo de Este, en dos habitaciones superpuestas con las puertas tapiadas, y allí los confinaron; no podían hablar con nadie, y los alimentos les llegaban por unos huecos próximos al techo. Julio me pidió que le enviase mi gata egipcia al calabozo, para que ahuyentara a las ratas, y yo así lo hice. Transcurrió mucho tiempo hasta que se les concedió comunicarse entre sí, y se les añadió otra habitación más grande y aireada para que pudieran ver el campo. Ambos me sobrevivieron. Ferrante permaneció en prisión durante más de cuarenta años, y murió de vejez. Su hermano ocupó la torre durante más de cincuenta, hasta que un bisnieto mío y de Alfonso derogó la sentencia. Había cumplido los ochenta años y seguía siendo un hombre muy apuesto cuando, aunque tuerto, pudo ver de nuevo las calles de Ferrara. Allí llamaba la atención a causa de su atuendo, pues vestía a la manera antigua, ya que el traje era el mismo que tenía cuando fue encarcelado, y hacía medio siglo que estaba pasado de moda.

***

Pese a todo, no dejaron de darse fiestas y conciertos en la corte. Mis damas y yo nos adornábamos de nuevo; había introducido yo la moda de las gorgueras de encaje, que ocultaban la profundidad del escote, a fin de moderar la costumbre excesivamente audaz de las señoras ferraresas; y, no sólo en el vestir, sino en la menor de mis costumbres, las mujeres de Ferrara me tomaban por modelo. En las fiestas, mi esposo ofrecía fabulosos banquetes preparados por el cocinero de la corte; contrataba bailarines rusos, y mis enanos y bufones seguían alegrando las largas veladas invernales o las fiestas campestres. Me había rodeado de una brillante corte literaria, en la que figuraba Ariosto, hijo preferido de Ferrara; él escribía comedias y sátiras, pero su obra más importante fue el Orlando Furioso, donde relataba la guerra entre cristianos y sarracenos. Con este relato mezclaba historias de amor dulces y atormentadas, sobre todo la del paladino Roldán, que perdió la razón a causa de su amor por Angélica. Tuve la satisfacción de que en esta obra me dedicara una hermosa estrofa. Se volvió a abrir el teatro, y de nuevo los directores de danza comenzaron a preparar grandes

espectáculos. Se hicieron representar comedias sobre temas de amor, sacadas de los cuentos de Boccaccio, siendo muy celebradas por la indecencia que mostraban en gestos y palabras.

EL CARNAVAL SIGUIENTE sufrí un nuevo aborto; me vi forzada a guardar reposo en una butaca, pero me mostraba adornada y alegre. Desde las ventanas del palacio ducal veía pasar los grupos de máscaras divirtiendo a todos con sus bromas groseras, y cómo manteaban a hombres y mujeres. Las damas y los caballeros intercambiaban bajo las máscaras palabras picantes. Mi esposo había añadido a mis estancias otras nuevas, decoradas con alegres pinturas de los mejores artistas ferrareses, y encargó a su pintor favorito, Bartolomeo Véneto, que me hiciera un retrato. Tiempo atrás me habían hecho uno representando a Flora, con el pecho desnudo, a la cabeza un turbante rodeado de hojas, y unas pequeñas flores en la mano. Luego serví de modelo para pintar a Salomé, llevando en una bandeja la cabeza del Bautista.

Ahora posé representando a la santa Beatriz de Este, hija de Azzo, marqués de Este y señor de Ferrara en tiempos muy antiguos. Siempre me apasionó la historia de esta mujer. Fue dada como esposa a Galeazzo de Florencia y, de camino hacia Milán para unirse con él, recibió la noticia de que su futuro marido había caído muerto en el campo de batalla. Ella volvió a Ferrara y se retiró a la vida monástica, fundando un convento que a su muerte se convirtió en lugar de peregrinación. Para este retrato procuré tener un aspecto austero y sobrio, con un traje de raso marrón adornado con rayas de oro. Llevaba sueltos los cabellos, no lisos como cuando llegué a Ferrara, sino rizados con muchas ondas que me caían desde las sienes a los hombros.

Bajaba de mis habitaciones descansada y risueña, vestida de raso bordado en oro, adornada con joyas en el cuello y en la frente. En las fiestas había vuelto a bailar y, según decían los poetas, quienes me veían quedaban deslumbrados. Notaba yo que los embajadores franceses me observaban con atención, como tratando de hallar un contraste entre mi ascendencia sacrílega y mi rostro inocente; en tanto yo, rodeada por las mujeres más bellas de la ciudad, vestida con terciopelos venecianos o florentinos, con las manos y los cabellos cubiertos de joyas, despreciaba las habladurías.

Pero nunca me sentiría ferraresa y recordaba con añoranza mis tierras de origen, aunque le ofrecí a la ciudad mi trabajo y le entregué a mis hijos. En cuanto a mis paisanos, les otorgaba toda clase de favores, de forma que los libros de mi secretario reflejaban numerosos regalos hechos a los españoles. A mi cuñada la duquesa viuda de Gandía le enviaba cajas con aromas y aceites, y ella me correspondía con dulces de azúcar, almendras y miel, que me traían recuerdos de España.

***

Dos años después de nacer mi heredero, dí a luz a otro niño; lo llamamos Hipólito, y con el tiempo llegaría a ser cardenal, igual que su tío. Temía yo que mi esposo me contagiara alguna enfermedad secreta, pues cumplido su deber nocturno conmigo seguía entregándose a toda clase de mujeres. No teníamos intimidad ni nos hacíamos confidencias. Me había aceptado como esposa, pero su favorita era una plebeya llamada Laura Danti, hija de un sombrerero. Le encargó su retrato a Tiziano, llegado recientemente a Ferrara; él la pintó desnuda ante el tocador, peinando sus hermosos cabellos, mientras Alfonso sostenía el espejo en que se contemplaba.

Ella le dio dos hijos, que llamaron Alfonso y Alfonsino, y él colocaba a sus bastardos junto a nuestros hijos legítimos. Me contaron que en una ocasión, en una finca de mi esposo, estuvo ella bailando ante la hoguera; se había soltado el brillante cabello mientras él la contemplaba, extasiado. Siguió bailando, contorsionándose como una posesa, hasta que cayó de rodillas, jadeando. Todos aplaudieron entonces y ella sonrió, con los ojos del color de las uvas brillantes de excitación. Luego, ante todos y sin recatarse, estuvieron haciendo el amor. No sospechaba yo que, después de mi muerte, se casaría con Alfonso y se convertiría en duquesa.

Siempre en Ferrara habían intervenido las mujeres en las cacerías, bailes y toda clase de espectáculos; y sus maridos, aun siendo soldados que olían normalmente a cuadra y a sudor, se esforzaban entonces en parecer corteses, para lo que llenaban sus molleras con los últimos libros de caballerías llegados de Francia. Mas durante el invierno había que permanecer en el castillo, y lo más que se hacía era salir en carreta por las calles de la ciudad. Entonces yo me

organizaba unas vacaciones en cualquier convento, o participaba en las fiestas de algunos palacios privados, donde danzaba y recibía a las visitas. En cuanto a mis damas, solían darse en el rostro una especie de pomada blanca que pensaban las favorecía, y se coloreaban las mejillas de rojo, imitando a las aristócratas francesas. Mis bufones españoles recorrían la sala haciendo aspavientos; presumían de estar a mi servicio y pregonaban a los cuatro vientos, entre juramentos y blasfemias, que era su señora la más hermosa, y que bailaba mejor que nadie.

Con el carnaval terminaban las fiestas, pero no la actividad y los banquetes de la corte; para ellos utilizaba yo las hermosas vajillas de plata maciza, maravillosamente labradas, que había traído de Roma. Era siempre lo mismo: na música ligera anunciaba mi entrada y la de mis damas, todos se sentaban a la mesa y los criados pasaban un aguamanil de oro con agua de rosas. Los viernes no comíamos carne, porque era vigilia. Se preparaba un menú de abstinencia: pescados asados, gruesas anguilas en salsa verde, esturiones y carpas. De postre tomábamos bizcochos, canutillos y hojaldres, y finalmente se llegaba a las frutas, acompañadas de moscatel o de un vino picante. Por la noche, después de la cena, se colocaba sobre la mesa una banqueta, y un enanillo se sentaba y comenzaba a narrar cuentos, que oíamos nosotras muy complacidas. Al día siguiente de mañana asistíamos a los sermones de los frailes, que preparaban las celebraciones cristianas.

NO OBSTANTE, CON EL TIEMPO fui yo pasando de mi anterior vida mundana y frívola a otra más serena y tranquila; de esta forma pude dedicarme a lo que más me interesaba, que era el cuidado de mis hijos. A mi esposo, continuamente ausente, tuve que plantearle en una carta el problema de la educación de nuestro primogénito, pues tenía ya siete años y estaba destinado a sucederlo. Después de varias discusiones, entre los dos elegimos a los profesores y al preceptor, un tal Nicolás Lazarino. Pero era yo quien se ocupaba de su formación, y recuerdo que adquirí para sus clases de gramática varios libros, entre ellos uno de Ovidio y otro de Virgilio. Cuando no me hallaba ocupada con los niños, devoraba libros poéticos a la luz de las bujías, junto con algunas damas de mi corte.

Buscaba también alivio a mis trabajos en la religión, y todos los días, después de asearme, salía con mi dama favorita hacia una iglesia cercana. En la capilla, me complacía dedicarme a cambiar las velas, renovar las flores y otros cuidados del altar. Ordené que me trajeran el agua bendita de un gran convento que había en las afueras, oculto entre los altos abetos; tenía un gran campanario, y su gruesa puerta de madera permanecía casi siempre cerrada. Se trataba del monasterio de san Antonio, que fue erigido dos siglos atrás por voluntad de Leonor de Este, fundadora de la comunidad religiosa de benedictinas. Antes estuvo allí el convento de eremitas de san Agustín, que ocupaba un terreno comprendido entre dos brazos del Po. El edificio fue agrandado y decorado en varias ocasiones, y tanto en tiempos de mi suegro como de mi marido sufrió nuevas transformaciones. Llegó a ser un intrincado monasterio que comprendía una serie de edificios y jardines de grandes dimensiones.

No era difícil asistir a los actos del culto, pues la ciudad contenía numerosos iglesias. La más antigua era la de Santa María, anterior al primer milenio y construida en un vado del río Po; su cripta guardaba las tumbas de varios nobles poderosos, entre ellos los antepasados del Dante, y a su alrededor se había formado el primitivo barrio medieval. Estaba dedicada a la Preciosa

Sangre, después de un milagro acontecido un día de Pascua. Ocurrió que en el momento de la consagración brotaron de la Hostia varias gotas de sangre, que salpicaron la bóveda del templo sobre el altar mayor. A partir de aquel momento la iglesia se convirtió en centro de peregrinaje y de gran devoción. Poco antes de mi llegada, el edificio había sido restaurado por el arquitecto de mi suegro.

Por entonces murió el papa Julio II, el protector de Miguel Ángel, de Rafael y de Bramante. Había convocado un concilio para reformar la Iglesia; colocó la primera piedra para el nuevo templo de san Pedro y proyectó él mismo las nuevas estancias que decoró Rafael en el palacio vaticano. También contrató a Miguel Ángel para que trabajara en los frescos de la capilla Sixtina. En Roma estaban desolados por su fallecimiento, pero en las iglesias de Ferrara se cantaba el Te Deum en señal de alegría. Mis damas y yo fuimos en procesión a dar gracias a Dios en la iglesia de santa María la Nueva. Luego, ya libre de la guerra, la ciudad organizó fogatas y numerosas diversiones. El día del baile de la antorcha procuré yo aparecer más hermosa que nunca, y para la ocasión encargué un traje de brocado de oro y un manto forrado de armiño. Mi cuñada Isabel vestía de terciopelo azul, bordado con bellotas de oro. Estuvimos bailando, y para terminar le ofrecí yo mi antorcha a un caballero castellano.

Eligieron papa a otro enemigo de Ferrara: se trataba de Juan de Médicis, hijo de Lorenzo el Magnífico. Un astrólogo le había anunciado que llegaría a papa y moriría envenenado. Era antiguo compañero de mi hermano César en Pisa, y amigo de Pedro Bembo; por ironías del destino llamó a mi querido poeta a Roma, concediéndole el título de secretario papal. No pude yo evitar una sonrisa al recordar nuestros viejos amores, y le envié a Venecia un correo para felicitarlo.

He de decir que Bembo recibía a menudo invitaciones para los conciertos de mi corte, pero nunca acudió. Por entonces había contratado yo a un famoso tocador de viola, a varios de laúd, y a los mejores cantores de Italia; además, en estos conciertos, mi esposo ejecutaba muchas veces sus piezas favoritas. No es que Bembo me hubiera olvidado, puesto que me escribía, pero sus cartas iban ahora dedicadas a Lucrecia Borgia, duquesa de Ferrara. No tenían ya el tono apasionado y confidencial de otros tiempos; mostraban una atención amable, pero formal, con expresiones de deferencia cortesana. Ahora sus obligaciones eran

muchas, pues todos lo honraban y adulaban, y en Roma ostentaba el poder de un virrey. En el fondo tampoco yo quería verlo; me recordaba joven y temía desilusionarlo, así que me conformaba con sus cartas. Finalmente se hizo sacerdote, y lo nombraron cardenal.

UN DÍA, UNA DE MIS DAMAS llegó con los ojos llenos de lágrimas. Venía a comunicarme que mi madre, Vannozza Cattanei, había muerto. Falleció un mes de noviembre. Aquel día la luz era extraña, como recién nacida; llevaba lloviendo muchos días, y de pronto dejó de llover. La noticia se extendió por Italia: todo el mundo la comentaba en Roma, desde los eclesiásticos en el Vaticano hasta el último mozo de cocina. Nadie en el funeral mencionó el nombre de sus hijos. La enterraron en la misma iglesia que a mi hermano Juan, con las honras que se rendían a los cardenales; en su lápida podía leerse que era madre del duque Valentino, del duque de Gandía, del príncipe de Esquilache y de la duquesa de Ferrara.

Cuando conocí la noticia, mi corazón se desgarró. En Ferrara no se le guardó luto. Estaba yo tan dolorida por su muerte que hice como solía en mis ratos peores: me encerré en el convento, ordenando que nadie me recordara mi desgracia, y donde pasaba gran parte del día orando por mi madre. Había un espeso silencio en la capilla donde me arrodillaba en el último banco, mientras al fondo titilaba una lamparilla roja. Los ruidos de fuera llegaban apagados; sólo oía los pasos de las monjas, ahogados por las zapatillas de fieltro sobre la alfombra de flores menudas que se extendía ante el altar. Arriba, las velas estaban apagadas; una hermana de toca blanca entraba y hacía la genuflexión, inclinando la frente hacia el suelo. Contenía yo la respiración dentro de este silencio con olor a maderas viejas, a incienso y a las flores blancas que adornaban el altar, y daba rienda suelta a mi dolor.

En aquellos días, su vida volvió a pasar ante mis ojos con una gran viveza. Fue una mujer extraordinaria: sabía que no podía evitar el envejecer, y procuró resignarse como una verdadera señora. A poco de que a mi padre lo nombraran papa, ella había tenido a su último hijo, mi hermano Jofré; después, la pasión que tenía por ella pareció extinguirse, y Julia la Bella ocupó su lugar. No pudo retenerlo, pero él no la olvidaba y se reunían muchas veces; todos sabían que seguía protegiéndola. En el fondo, siempre la consideró como a una verdadera

esposa.

Con los años se había convertido en una matrona respetable; me miraba con orgullo convertida en duquesa, aunque no me vio como tal, pues no se atrevía a viajar a mi corte, por miedo a mi marido; pero se escribía conmigo, y también lo hacía con mi cuñado, el cardenal Hipólito. Por otra parte, el ser la madre de la duquesa de Ferrara la hacía ganar influencias y amistades en Roma. En realidad ella no sabía escribir, sino que dictaba sus cartas a un secretario. En todas firmaba como “vuestra feliz y desdichada madre Vannozza Borgia”, ya que usaba el apellido de mi padre en nuestras relaciones privadas. Cuando él murió, buscó ella la protección de las gentes de César. Durante la enfermedad de éste se refugió en Jofré, que estaba al frente de sus hombres; él la envió a Cività Castellana, a un impresionante castillo rodeado por profundos barrancos. Allí se refugió con mi cuñada Sancha, los niños y las mujeres que tenían consigo.

Más tarde pudo volver a Roma, donde se entregó a las obras de caridad; hacía limosnas a las iglesias y favorecía a numerosas congregaciones de frailes y monjas. Supe que a su parroquia preferida le había regalado un hermoso tabernáculo de mármol y unos candelabros de oro, y que luego añadió otro más rico, de plata adornada con perlas, con una cruz de plata maciza.

A medida que pasaban los años, pese a que su vida fue tan dura, parecía que iba a sobrevivirnos a todos. Primero tuvo que llorar a Juan, cuando lo sacaron muerto del Tíber. Conoció el envenenamiento de mi padre por unos criados y, cuando pudo acudir, ya el padre y el hijo se retorcían a consecuencia del veneno. Al morir él, mi madre se vistió de blanco; como las antiguas reinas de Francia, consideraba el blanco como color de luto. Me hubiera gustado acompañarla en aquella ocasión; no me fue posible, y tuve que conformarme con escribirle una larga carta. Luego tuvo que sufrir la muerte de César, que la llenó de tristeza. Más tarde ocurrió la de Jofré, también en plena juventud; este último golpe la obligó a refugiarse en sus aposentos, donde se negaba a recibir a nadie. Tan sólo le quedaba yo, y estaba lejos.

Vannozza colmó nuestra niñez y su sombra protectora nos cobijó desde la cuna. Nadie podía dañarnos; antes de que ningún accidente ocurriera, ella ya había extendido su mano para librarnos del peligro. No me daba yo cuenta

entonces de lo que tenía y mis sentimientos eran una mezcla de egoísmo y ternura. Me gustaba ver a mi padre llegar, besarla en los labios, tomarla de la mano, introducirla con él en su alcoba. Cuando estaban allí yo aguzaba el oído, y la sentía emitir unos suaves quejidos, en tanto que los de él eran ásperos y entrecortados. Luego, cuando salían, ella aparecía arrebolada y él mostraba en el rostro una gran satisfacción.

Todo en ella fue amor. Amaba a mi padre con toda su alma y, sin embargo, supo comprenderlo cuando la apartó de su lecho. En el momento en que nos separaron sentí un gran dolor; era como si comenzara entonces la etapa adulta de mi vida. De todas formas, yo no la perdí: tuve siempre cerca, en las alegrías y en las penas, con sus ojos atentos y dulces, sus manos fuertes y a la vez tan suaves. No dejó de velar por sus hijos, ni nosotros de pensar en ella. Nunca nadie la sustituyó.

POR ENTONCES INTIMÉ CON MI CUÑADO Francisco Gonzaga, marqués de Mantua. Lo había visto en Roma años atrás, cuando fue a visitar al papa. Era el esposo de mi cuñada Isabel de Este y, aunque tenía fama de ser uno de los hombres más feos de Italia, lo cierto es que yo le encontraba un gran atractivo, y me gustó desde que lo vi. Una primavera, cuando todavía yo amaba a Bembo, él acudió a visitarme a Ferrara. Llamó poderosamente mi atención: aunque sus facciones no eran bellas en absoluto, tenía una gran prestancia y montaba muy bien a caballo. Cuando lo habías tratado, no podías olvidarlo con facilidad; era alto, delgado y moreno, tenía los ojos profundos y brillantes y una boca muy atractiva. Sus miembros eran finos y a la vez musculosos. Lo conocí mejor durante una excursión que hice a Bogoforte, dentro de sus dominios.

¿Cómo empezó todo? Trataré de recordarlo. Llegó a Ferrara durante el carnaval; yo estaba muy ocupada con los sastres y los decoradores, vistiendo a los músicos y ataviando a mis doncellas con trajes de brocado y telas recamadas. Cuando lo recibí en la gran sala de honor del castillo, recuerdo que iba yo vestida de terciopelo y oro, y que él me observó con admiración. Sé que lo conquisté en cuanto me vio; me dijeron que había comentado en su corte cuánto lo había impresionado mi rostro, que le pareció al mismo tiempo humano y divino. Al poco tiempo se había establecido entre nosotros una gran amistad; igual que ocurriera con Bembo, mis damas lo adoraban. Poco después todo el mundo hablaba del gran afecto con que yo acogía a mi cuñado, y de nuestra gran compenetración. Paseábamos a caballo, y nos cubríamos el rostro con antifaces para no levantar sospechas, ya que en aquellos días mi marido estaba ausente de la ciudad.

En carnaval se representaba una función de teatro en los jardines de palacio. Los caballeros y señoras ocupaban los asientos en el patio, y se habían levantado tribunas para los eclesiásticos. Las damas paseábamos disfrazadas entre nuestras estancias y el escenario, o subíamos a los estrados más altos, y estábamos contentas sabiéndonos más hermosas que otras veces. A él lo encontré en una escalera estrecha. Sé que el destino estaba allí, que algo mágico

flotaba ya en el aire. Me confesó que era una suerte haberme hallado a solas. Llevaba yo una túnica blanca y el cabello ceñido con una guirnalda, y estaba arrebatada del calor y la emoción. Y estaba enamorada del amor; un amor tumultuoso que cambiaba de objeto cada día, un ensueño sin nombre ni rostro.

Luego lo vi en alguna recepción. Cómo podía imaginar que llegaría a quererlo como lo quise. Paseábamos a veces por los jardines colgantes del castillo. Poco a poco se me fue haciendo necesario; él se mostraba cariñoso y su presencia empezó a turbarme. Cuándo fue, no puedo saberlo. En él encontré apoyo y consuelo. Tenía las manos suaves y fuertes; no recuerdo si las toqué entonces alguna vez, aunque tuvo que ser así, por eso sabía que lo eran. Y creo que me quería, aunque no lo dijera, porque me buscaba con la mirada. Llegó un momento en que no viví más que para aguardar su llegada, muchas veces corría a la ventana y él no estaba; el aire me traía entonces un eco misterioso, algo que agitaba la luz en la tarde.

***

Mi cuñada la marquesa de Mantua era famosa en toda Italia por sus extraordinarias fiestas, y la adoraban los intelectuales y artistas. Podía dedicar mucho tiempo a sus aficiones, ya que su esposo no le consentía que gobernara en sus dominios. Había reunido una corte de doncellas inteligentes y hermosas, y se rodeaba de un lujo exquisito; sabía cantar y tañer varios instrumentos, y sus roperos estaban llenos de vestidos extraños, cuajados de bordados y adornados con pieles riquísimas. He de reconocer que era una buena madre, aunque prefería con mucho a sus hijos varones, a los que siempre ensalzaba en sus cartas.

Su castillo estaba lleno de pinturas valiosas y estatuas antiguas procedentes de las excavaciones; adoraba la literatura, y poseía una rica biblioteca. Tenía arquetas con raros manuscritos, y en sus anaqueles miles de volúmenes miniados, con encuadernaciones muy valiosas. Frecuentaba la amistad de poetas y filósofos; conocía a la perfección el griego, y se carteaba con los más célebres escritores. Versificaba muy bien, tanto en español como en italiano y latín, y viajaba siempre rodeada de sus damas, en un carro adornado de fantásticas alegorías. Tengo que confesar que era una de las mujeres más hermosas de Europa. Francisco la amó en un principio, pero con el tiempo su

cariño se fue debilitando. Yo era lo más opuesto a su mujer: era delgada y rubia, al contrario que ella, morena y fogosa.

Sabía yo que Juan, mi primer marido, había estado casado en primeras nupcias con una hermana de Francisco Gonzaga. Cuando nos divorciamos se conocieron en Mantua todos mis escándalos; aún así, la fama de mi hermosura y riquezas había provocado la envidia de Isabel. No fui yo la única pasión de Francisco fuera de su matrimonio, pues desde siempre le gustaron las mujeres. Su personalidad era extraña: era tan religioso que podía caer en la superstición, y al mismo tiempo había engendrado numerosos hijos ilegítimos. Según él, sentía una gran compasión por las debilidades femeninas, y no podía evitar el consolar a las damas en sus aflicciones.

COMO YA HE DICHO, terminé yo por acostumbrarme a las doncellas ferraresas; procuraba tenerlas contentas y las colmaba de regalos. Encargaba para ellas a los mercaderes de Venecia ricos paños y modernos sombreros, arquetas llenas de camafeos y collares, y sobre todo durante el carnaval me esmeraba y les regalaba cinturones, chinelas y toda clase de objetos preciosos. Me gustaba visitar las tiendas y escoger entre todas aquellas maravillas: ajorcas de perlas y collares de ágata, brazaletes de plata labrada, túnicas recamadas en oro, y otras sutiles como telas de araña. Allí podían encontrarse toda clase de gemas entre la suavidad de los caftanes. Mis jóvenes damas, asombradas, tocaban con la punta de los dedos los colmillos de elefante, tallados con la más loca fantasía, y otros lisos y enormes, engastados en metales preciosos.

En una fiesta que di en honor de mi cuñado bailé con él hasta la madrugada, con tanta animación que esa misma noche tuve un aborto. Recuerdo que mi esposo estaba más disgustado aún que cuando murió el primogénito. Me consideraba culpable por haberme excedido en el baile; él era fuerte y vigoroso, y le fastidiaba mi debilidad. Pero a mí no me preocupaban demasiado los enfados de mi marido, y el placer que sentí al volver a ver a mi cuñado hizo que me repusiera con gran rapidez. A los pocos días me sentía bien, y había vuelto a la vida normal.

Aquel otoño ya estaba encinta de nuevo; a partir de entonces me comporté con mucha prudencia, recordando lo ocurrido. El sol de octubre, cálido sin ser abrasador, me acariciaba la frente, las mejillas, me envolvía en un abrazo amable, como en mi juventud. En las ramas de los árboles, las gotas de una lluvia reciente eran como perlas titilando al sol. En el dormitorio, por la mañana, sentía el cuerpo pesado sobre las sábanas y entre los cobertores calientes, y la imposibilidad de moverlo, como si los miembros se hubieran quedado adheridos a cada pliegue de las sábanas.

A finales de octubre amarilleaban las hojas de los chopos; muchas se habían desprendido ya. El tono de los árboles se iba haciendo dorado, al otro al lado de las tapias se oían voces, y alguien canturreaba una canción. Dentro hacía

calor, el aire que entraba por las rendijas era reconfortante. Yo solía sentarme en un escabel junto a la ventana; desde allí contemplaba un día otoñal, en que apenas podían recogerse algunas flores. El sol era suave, calentaba apenas entre las ramas del olmo centenario. La hiedra trepaba en la fachada lanzando sus vástagos sobre las cornisas, clavaba sus diminutas uñas y deshacía el yeso, que se desmoronaba y dejaba las piedras desnudas; remontaba las tapias, caía sobre los cobertizos y encuadraba los balconcillos del piso superior.

Se preparaba una nueva guerra en Ferrara; otra vez tuve que empeñar para ella mis joyas predilectas, y estaba tan abatida que acudí a mi cuñado para buscar apoyo. Francisco iba a cumplir cuarenta años. Estábamos ya muy compenetrados, y con este motivo llegamos a la mayor armonía. Me hablaba de su esposa Isabel, y de su frigidez. Mientras navegábamos, me confesó que nunca había conseguido hacerla vibrar; luego, temió haber sido incorrecto y me pidió perdón. A veces se quedaba abstraído; era un hombre taciturno, de pocas palabras, y solía permanecer en silencio, pensativo.

La siguiente vez que nos vimos fue en el mes de diciembre, en su fortaleza de Bogoforte; durante dos días mantuve conversaciones con él, y aunque yo estaba encinta me encontraba muy bien. Estuvimos paseando por el huerto; caía la tarde, y una maraña oscura se destacaba sobre el cielo grisáceo. Algunas hojas se agitaban en el aire, yendo a caer sobre la tierra oscura; sólo los cipreses conservaban su verdor y las nubes avanzaban lentamente. Recuerdo que estaba yo encaprichada con el color blanco; había mandado que me hicieran un vestido blanco con rayas de terciopelo negro, que disimulaba mi preñez, y me cubría con una capa forrada de armiño. Él me dijo que estaba muy hermosa.

La amistad con mi cuñado se acrecentaba con el tiempo; me enviaba grandes cestos de carpas, que tanto me agradaban, y hermosos limones del lago de Garda. Como ocurriera con Bembo, en nuestras cartas empleábamos un lenguaje cifrado; en una de ellas Francisco me invitaba a visitarlo en Mantua, donde estaba Isabel. Me aceptaba él tal como yo era: no le importaban mis turbios amores, que tanto se habían censurado, ni siquiera que estuviera casada con el hermano de su esposa. Yo le escribía a menudo, rogándole que volviera a Ferrara.

Pasó el tiempo y mi alma era suya, él era mi vida y yo lo quería. En sus breves visitas caminábamos juntos, hablábamos de cualquier cosa, pero nunca dijimos una palabra de amor, y el no haberlo hecho alimentaba aquel fuego. En su presencia me acometía una desazón que me dejaba sin fuerzas: no pensaba más que en él en la iglesia, en el palacio, en los jardines; lo amaba y con eso era feliz. Algunas damas lo descubrieron y me hablaban de él. Era mi amor como un torrente, y de haberse logrado hubiera terminado como tantos otros, en nada; pero no hubo una palabra, no hubo un solo contacto y el delirio creció inundándolo todo. Ante él sentía un arrobo que no me dejaba hablar y lo único que hacía era mirarlo y bebérmelo con los ojos. Una vez hizo un viaje a Venecia y de allí me trajo un prendedor; era un broche sencillo y lo llevé siempre conmigo, porque tenía su nombre grabado.

NO ME AGRADA RECORDAR ESOS HECHOS, no lo hice nunca pero lo haré ahora. Sí puedo asegurar que él no me había rozado con la punta del dedo, entre otras razones porque no hubiéramos podido resistirlo. Tan sólo, en una ocasión quise montar su caballo y él me ayudó a subir; luego no pude dominarlo y el animal salió a galope, al tiempo de mi falda se soltaba y tendía yo las manos para sujetarla. De milagro no caí; estaba muda de terror y él entonces corrió a atajar la carrera del corcel, y a sujetarlo de la brida. Por fin pudo hacerse con el animal, que pisoteó sus pies. Bajé sofocada, siempre asiendo la falda, y me encontré segura en sus brazos, cuyo contacto era más dulce que la miel. Luego se fue y no lo vi mucho en tiempo; él me quería, pero quizá no tanto como yo había creído. O, tal vez, mi esposo y sus hermanos se encargaron de apartarlo de mi vida.

Por fin, decidí visitarlos; me recibieron en un elevado castillo, sobre los lagos que formaba el río. Isabel me aguardaba a la puerta de su morada; me enseñó sus salones llenos de libros, pinturas y objetos preciosos. Trataba de mostrarme su superioridad, y no pude por menos que envidiar la rareza de sus colecciones. Luego se retiró, alegando un ligero dolor de cabeza. Entonces, su esposo se encargó de hacerme los honores: atravesamos salas llenas de tapices y trofeos y él me iba informando, mientras descendíamos por las escalinatas entre pinturas de gestas mitológicas.

Salimos al jardín que adornaban numerosos bustos de mármol, representando a los emperadores de Roma, y paseamos despacio entre las estatuas. Llevaba yo aquel día un traje de raso amarillo, con los puños y el cuello de martas. No puedo olvidarlo. El agua de la fuente se abría en un abanico sutil y a la vez poderoso, disolviéndose en una cascada de pequeñas gotas luminosas, como fragmentos redondos de un gran cristal de roca. La luz se descomponía en ellos con todos los colores del iris; una menuda lluvia salpicaba, y al mismo tiempo subía de la tierra un fuerte aroma a humedad y a aliento vegetal.

Después de permanecer allí unos días, no tuve más remedio que regresar;

ella me despidió fríamente y a él lo noté entristecido. Salí de la ciudad por el río, en una pequeña nave de mi propiedad, y pasé luego al bucentauro personal que Francisco había puesto a mi servicio, a fin de que hiciera el viaje con más comodidad y rapidez.

Meses después, en pleno verano, nos encontramos en una villa en el campo. Aquel día lucía en el cielo un sol espléndido, como un disco de oro; las hojas de los árboles eran ya de un tono oscuro y espeso, y el trébol desbordaba los macizos con sus floraciones amarillas. Nuestro encuentro fue alegre, y a la vez tranquilo; mientras caminábamos, quise tocar una rosa con la punta de los dedos y no llegué a hacerlo: me pareció vejar a la Naturaleza. Lo recuerdo como si fuera ayer. Una abeja planeaba sobre las flores; se detuvo también un momento sin rozar los pétalos y ascendió con rapidez, como si hubiera leído en mi mente. Trepaban las rosas amarillas y enormes, en un tal cúmulo de colores que sobrecogía el ánimo y, como fondo musical, bajo el canto de los pájaros susurraba el agua de la fuente.

Durante las largas ausencias de mi esposo seguí viéndome a solas con él. Para no dar qué hablar nos servíamos como mensajero del poeta Strozzi; éste sabía muy bien que yo me sentía desgraciada y sola, y para confortarme preparaba nuestras citas. Solíamos entrevistarnos en alguna finca a orillas del Po. Uno de mis lugares preferidos era un hermoso palacio edificado en Spina, una antigua ciudad etrusca. Se hallaba muy bien protegida; hasta allí llegaban muchos mercaderes venidos de oriente y de Grecia, por lo que el palacio acogía una notable colección de objetos de arte.

Supe que mi cuñado estaba disponiendo un suntuoso apartamento dentro de su palacio. Según decían, habían trabajado en él los mejores decoradores; él mismo escogió las tapicerías, hizo retirar los viejos muebles y los sustituyó por otros mejores. Pronto estuvo dispuesto el palacete, donde yo me hospedaría con mis damas; en una carta me comunicó que había preparado un hermoso alojamiento, para reunirnos en él, en el caso de que algún día mi esposo cayera prisionero o muriera en la guerra. Me hizo gracia la proposición; no obstante, le contesté enseguida, dándole las gracias.

No fue preciso esperar a tanto, pues estaba tan impaciente por

mostrármelo, que me invitó a visitarlo, junto con mis damas. Cuando al fin llegamos, Francisco me aguardaba lleno de alegría. Me detuve a la puerta del castillo, asombrada por la belleza del paisaje; una de mis doncellas tiró de la campanilla, y aguardamos unos minutos, mientras la puerta chirriaba al abrirse. Él nos hizo señas desde una ventana y yo levanté el brazo, saludando. Pronto lo tuve junto a mí; cogidos del brazo pisamos el empedrado hasta alcanzar el recinto, y así remontamos unas angostas escaleras entre muros de piedra, mientra la comitiva aguardaba en el patio de armas. Estando arriba, él me besó y yo le devolví la caricia. Juntos llegamos a la planta principal, a una gran pieza en el recinto circular del torreón, donde hizo él señal a mis damas para que nos siguieran. Aparecieron ellas, conducidas por unos criados que nos atendieron a todas, obsequiándonos con un apetitoso refrigerio.

PERO MI ESPOSO ERA DEMASIADO SAGAZ para no sospechar lo que se ocultaba tras mis repetidas ausencias, pues nuestra mutua pasión resultaba demasiado evidente. Al parecer, no deseaba otra cosa que atraer a Francisco a Ferrara y comprobar así nuestras relaciones. Pero Francisco fue astuto y no cayó en la trampa, lo que no impidió que los rumores llegaron a Mantua; allí, su mujer no le perdonaría nunca que hubiera cortejado a su propia cuñada.

A consecuencia de ello, por aquellos días tuve que sufrir uno de los mayores dolores de mi vida: en un amanecer de junio mi querido poeta, Hércules Strozzi, fue hallado muerto por mano desconocida en un cruce de caminos, cerca del palacio Romei. Contaron en su cuerpo más de veinte puñaladas; su bastón estaba cerca y tenía puestas las espuelas. No había manchas de sangre en el empedrado, por lo que se pensó que el cadáver había sido arrastrado hasta allí. Una gran ceremonia funeraria reunió en la catedral a los intelectuales de Ferrara, pero no acudió a él ningún funcionario. Yo no me atreví a asistir para honrar su memoria, porque estaba demasiado asustada.

Hacía poco que mi esposo había regresado de Francia. El crimen quedó impune, pues la justicia no dio el menor paso para descubrir al culpable; su muerte me costó muchas lágrimas, teniendo en cuenta que era un hombre joven y estaba en lo mejor de su vida. Sus poesías y las de su padre, Tito Vespasiano, se publicaron en Venecia unos años después de la muerte de ambos. En esta edición figuraría la obra más importante de Hércules, un poema con tema de caza que él me había dedicado.

Procuraba yo aliviar mi pena realizando mis viajes de costumbre. Aunque me había afectado mucho la muerte de mi confidente, tuve fuerzas para reanudar las relaciones con mi cuñado por medio de Lorenzo, un hermano de Strozzi. Luego, Francisco cayó enfermo, o al menos lo fingía; quizá temía padecer también la venganza de los Este, pues todos sospechaban que aquella muerte había sido obra del duque, mi esposo. Durante un tiempo el marqués y yo dejamos de vernos, a pesar de las invitaciones que yo le hacía para que honrara con su

presencia las fiestas de nuestro castillo. Llegó un momento en que incluso cesó nuestra correspondencia. Supe que se había congraciado con su esposa, y que consumaban su matrimonio. Más tarde se dijo que el mal francés, contagiado sin duda por alguna de sus queridas, lo había vuelto impotente. Con todo no abandonaba yo la idea de volverlo a ver, pero él parecía haberme olvidado.

Mi salud era muy precaria, a causa de las continuas gestaciones y partos. Ya que mi padre había muerto, quise que su nombre perdurara en uno de mis hijos; finalmente me nació otro niño y lo llamamos Alejandro. Como muestra de agradecimiento, mi esposo concedió una amnistía, aunque se hicieron pocas fiestas para festejar su nacimiento, porque toda Italia estaba atribulada por la peste y el hambre. Había nacido muy endeble y con una gran cabeza; era raquítico y estuvo más de un mes sin que pudiera alimentarlo. Me acostaba a su lado, el niño en la cuna y yo en mi lecho, con la pequeña mano cogida en la mía. El pequeño gemía, lloriqueaba de cuando en cuando. Yo miraba a través de los barrotes de la cuna su cara pálida, el pelillo escaso pegado a las sienes por el sudor, la pequeña nariz afilada y los grandes ojos mirando con angustia; tenía los bracillos y las piernas flacos y el vientre tenso y redondo. Parecía gustarle mi leche, pero no habían pasado unos minutos cuando la vomitaba. Permanecía flojo, jadeando, como un muñeco de trapo y serrín que se hubiera quedado vacío.

Pasaron dos años y el niño fue de mal en peor: el médico lo auscultaba, abarcando con sus dedos hábiles la barriga hinchada, y cavilaba en cuál pudiera ser su mal. Un día me comunicó que el pequeño no sobreviviría a la noche. Aquella mañana me desperté temprano; miré a mi hijo y lo vi más blanco de las sábanas. Alarmada, lo tomé en brazos y lo llevé conmigo a la cama. Lo abracé contra mi pecho, porque estaba helado, con los ojos cerrados y las pestañas sombreándole las mejillas; pero al final murió, dejándome desconsolada.

Pensaba yo en una fatalidad o en un castigo de Dios, y no volví a repetir el nombre de Alejandro en los que nacieron después. Luego vino al mundo Leonor, la única niña que me vivió, y que tomó el nombre de su abuela paterna; sólo un año después nació mi adorable Francisco.

CON EL TIEMPO, IBA YO GANANDO el respeto y el cariño de mis súbditos. Recibía quejas de las gentes que deseaban dinero, justicia o atenciones; visitaba los barrios más pobres y conocía el fatigoso avance de los carros por los caminos polvorientos, hacia las aldeas vecinas. En los trayectos llanos me servía de la silla de manos, y en las zonas montañosas echaban las cinchas al cuello de las mulas.

Aquellos años fueron desoladores para mí; en varias ocasiones quise visitar a mi cuñado, pero me lo impedían mis continuos embarazos y duelos. A medida que el tiempo transcurría, fui cambiando sin casi darme cuenta. En cuanto a él, supe que se sentía torturado, angustiado y enfermo. Me dijeron que iba vestido como un monje, que tenía la frente surcada de arrugas y se consumía por momentos. Antes yo lo deseaba como hombre; poco a poco se fue convirtiendo en mi devoto hermano, y nuestro amor apasionado en espiritual y religioso.

Para hallar la manera de volvernos a ver, ambos ingresamos en la Orden Terciaria. El día de la ceremonia lo estuve buscando con la mirada. No distinguía entre las cabezas la suya, de cabello espeso y oscuro; llegué hasta el lado de la epístola, y por fin pude verlo. Su pelo no era negro ahora, sino canoso. Pronunciamos los votos y prendimos las velas de los candelabros; a la luz de las antorchas, yo evocaba tiempos mejores mientras iba desgranando las cuentas del rosario.

Me confió que había decidido cuidar a los leprosos; traté yo de convencerlo de que no lo hiciera, teniendo en cuenta que también él estaba enfermo. Me estuvo recitando un soneto de Petrarca sobre la caducidad de la vida, mientras yo lo escuchaba en silencio; y me besó cuando nos despedimos, sin saber que no nos volveríamos a ver. Cuando estuve sola, no pude contenerme y rompí a llorar con desesperación.

Era tal mi tristeza que nada podía remediarla: ni mis perros favoritos, ni las jaulas con pájaros exóticos que me habían enviado de Roma. Cuanto más quería acercarme a Dios, tanto más él me enviaba aflicciones. Ni siquiera podían

consolarme mis jóvenes doncellas, por mucho que lo intentaban, ni la bufona loca que había yo acogido, y que trataba de hacerme reír con sus muchas extravagancias. Alarmado, mi esposo me aconsejó que viajara con mi corte a algún lugar de los contornos; entonces yo elegí Comacchio, la población más importante de los valles del Po. Hacía tiempo que deseaba conocerla y no me decepcionó: de origen medieval, se había desarrollado en torno al puerto, como localidad de pescadores y comerciantes de sal, y tenía el aspecto de una villa lacustre, atravesada por numerosos canales y puentes. Allí permanecí varias semanas.

Un día encontré entre mis cosas una pequeña flor rosada, una de las que estaban esparcidas por la hierba, y que el marqués de Mantua había recogido para mí. Abrí un librillo y la observé, ya plana, pero conservando su color y suavidad y con los finos estambres frescos todavía. Se había desprendido de ella una gota de líquido que manchaba la página, del mismo modo que mancha el suelo un insecto que aplastamos con el pie. Poco después murió mi cuñado, roído por la sífilis. Cuando lo supe, le envié a la marquesa viuda una sincera carta de pésame. La muerte de su esposo me había causado tal dolor, que más necesitaba yo alguien que me consolara.

En aquellos días me anunciaron que llegaba un emisario con un importante documento; cuando supe que venía de Roma, creí desfallecer de emoción. Mandé que lo dejaran entrar. Tenía un rostro sonrosado y un aspecto estrafalario; guardó silencio un instante, se inclinó profundamente, y luego me entregó una carta de Bembo. Me expresaba en ella el dolor por la muerte de mi cuñado, y me decía que al enterarse de mi pena había querido reunirse conmigo, pero no le había sido posible. El duque mi esposo había expulsado de Ferrara a todos los hombres a los que yo apreciaba. Mandó construir un pasadizo interior para visitar mis aposentos a cualquier hora del día o de la noche; era un medio para vigilarme mejor, y Bembo lo sabía.

Todavía recuerdo que, en aquella ocasión, caía una llovizna mansa entre la neblina reinante, esfumando el contorno de las cosas. Acaricié las páginas escritas de su mano como hubiera podido acariciar a un amante o a un hijo; sus palabras contribuyeron a que recobrara la alegría y me infundieron un nuevo vigor.

Decía que pasaba mucho tiempo revisando y corrigiendo textos españoles, muy en boga en Italia, y me prometía su visita.

Como yo temía, a consecuencia de su lujuria mi esposo me había contagiado una enfermedad vergonzosa. Para entretenerme me proporcionaba diversiones groseras, como mantear a unos infelices cortesanos; y hasta mandó traer a varias meretrices que, al verse lanzadas por los aires, en lugar de arroparse mostraron a los espectadores las herramientas de su oficio. Aún así no me escandalicé, pues cosas mucho peores había visto en Roma. Ahora Alfonso me acompañaba más, sin lograr alegrarme; por entonces me hicieron un nuevo retrato: era el de una mujer ya madura, pero aún dotada de una rara belleza, tal como Ariosto me había descrito. Alfonso acudía casi a diario a cenar conmigo, pues comprendía que me tenía abandonada.

Algún tiempo después, una tarde me acerqué a la ventana; como noté que el sol calentaba demasiado, abrí los cristales y entró un aire fresco y agradable. Permanecí allí un buen rato pensando en Francisco: me parecía imposible que no estuviera, y lo deseé tanto como cuando lo tenía a mi lado. Recuerdo todavía que se aproximaba el verano, las hojas basculaban y cabeceaban los chopos. Un moscardón había entrado en mi estancia: voló un momento, haciendo crujir sus élitros, y me sobresaltó, chocando en las paredes con golpes sordos. El azul del cielo era nítido, todo el jardín resplandecía, desde allí las copas ya espesas impedían la visión de la explanada terrosa frente al castillo. Las hojas de los chopos semejaban diminutos espejuelos, la acacia se había cubierto de brotes menudos y los pájaros trinaban en su copa. Era un día propicio a la pereza y al sueño. Me pareció ver que alguien corría en la plaza, y oí luego un pequeño revuelo. Alguien llamó a mi puerta, y entró un criado para comunicarme que tenía visita: se trataba de Bembo, que de paso por la ciudad se había aproximado al castillo a presentarme sus respetos.

En lugar de aguardar, abandoné la estancia y bajé atropelladamente las escaleras para salir a su encuentro. Entonces vi a mi querido poeta: también él había envejecido, se le había caído el pelo y su rostro mostraba un gran cansancio. Su frente parecía de mármol. Me quedé asustada de su gran palidez, y de lo delgado que estaba. Supe que su visita sería corta, pues sus deberes lo

reclamaban. Caminamos por el jardín; un árbol se alzaba en el centro de la plazoleta, y allí nos detuvimos. Mi corazón latía fuertemente mientras él me hablaba con dulzura, como en otros tiempos. Fue la última vez que lo vi.

LOS AÑOS HABÍAN DESTRUIDO EN PARTE MI BELLEZA y arruinaron mi salud. Perdí la afición a los trajes y joyas, y aún así no me aparté del mundo, pues me lo impedían mis deberes. Para llevar a cabo las tareas de gobierno hube de hojear manuscritos antiguos, pergaminos deshechos en que la tinta corrosiva había taladrado el papel, repasar los pesados sellos de lacre; tuve que descifrar letras desconocidas, completar abreviaturas y aprender tratamientos jerárquicos. Yo sola, en el despacho de techos altos y muros espesos, atiborrados de manuscritos. Aborrecía los placeres mundanos, que tanto me agradaron, y en cambio practicaba la penitencia y el ayuno.

Un día en que subí al desván me encontré con que las polillas y las ratas habían destruido todos mis tesoros. Los rollos de telas preciosas estaban agujereados y comidos por los ratones; unas armas oxidadas y unos viejos pendones colgaban de los muros. Anochecía en la ciudad, y el aire era frío y gris. Me acerqué a la ventana, aspiré con fuerza y escuché: no había risas de niños, ni voces de mujer rompían el silencio; solamente, desde el foso del castillo llegaban, amortiguadas, las voces de llamada de los remeros. Se percibía el croar de las ranas que se zambullían en las charcas. Un insecto se estrelló contra el vidrio y un pájaro emprendió el vuelo, como si mi presencia lo hubiera asustado. Entonces, percibí vivamente que no tardaría en reunirme con mi madre y hermanos.

Abrumada por las aflicciones, yo me entregué a la devoción; apenas salía, sólo para visitar a las monjas, o a la iglesia cercana. También solía frecuentar el hospital de santa Ana, cuyo soberbio claustro formaba parte de un convento de monjas de san Basilio. Ya no iba al Corpus Domini; había fundado en un viejo palacio el monasterio de san Bernardino, donde vivían tan sólo mis religiosas preferidas, y que era como mi segunda casa. Para salir me ponía un cilicio bajo la camisa; renuncié a los escotes y las joyas y vestía casi siempre de oscuro: traje de seda negra y un abrigo también sedoso y negro. Sobre el cabello trenzado me sujetaba el velo, y mi cara era pálida bajo la gasa; el manto me envolvía cuando caminaba, erguida, por los claustros del nuevo convento. Durante varios años

cumplí rigurosas penitencias; me confesaba cada día, y comulgaba varias veces al mes.

A veces las sombras de la noche se me antojaban monstruos amenazadores. Cada mañana, cada tarde, luchaba contra las ideas negras; sentía una gran zozobra y abría entonces el arcón de los recuerdos, revolvía en él tratando de hallar algo vistoso, una madeja de sedas multicolores, algunas estampas antiguas, o el recuerdo de algún amor. No me sentía con fuerzas para emprender ningún viaje. Ahora, en lugar de montar un lustroso corcel, cabalgaba en una mula mansa, como cualquier mujer madura. Y aunque había pasado mucho tiempo desde que abandoné Roma, me parecía seguir oyendo el rumor de los surtidores en el palacio de Santa María. La madurez había suavizado mis rasgos; vagaba sola, rodeada de fantasmas. En la soledad de mi castillo las sombras se alargaban; fuera, las aves planeaban en pequeñas bandadas.

***

En una tarde lluviosa del mes de noviembre fui consciente de que estaba encinta otra vez. Las nubes cubrían el cielo y los colores perdían brillantez, haciéndose uniformes. Desde la ventana de mi alcoba contemplaba un paisaje invernal: tejados desiguales, una leve humareda que surgiendo de las antiguas chimeneas se extendía, desaparecía trazando un cálido chafarrinón sobre el gris descolorido del cielo, se difundía luego mientras otra pequeña humareda ocupaba su lugar. La repetida novedad me había llenado de angustia, ya que tuve un presentimiento: aquella nueva preñez iba a significar mi propia muerte. Quise desterrar el negro presagio, y para aliviarme traté de cantar una antigua tonada valenciana que aprendí en mi niñez; a cambio de eso surgió de mi garganta un triste gemido, como el producido por el viento entre las ramas de los árboles. Era preferible el silencio.

Por la mañana, nevó. Ya desde la víspera el cielo estaba plomizo y se había suavizado la temperatura. Me incorporé en el lecho para atisbar por la entreabierta ventana: el patio, el jardín y los tejados blancos y silenciosos centelleaban bajo una misteriosa luz rosada. Me sentía muy sola. Durante aquellos años tuve que sufrir pérdidas terribles: había perdido a mis padres, a mis tres hermanos, a dos de mis hijos. Primero falleció mi primogénito, Rodrigo; luego

murió el pequeño Alejandro. En cuanto a mi amigo y cuñado, el marqués de Mantua, tuve que sufrir que pasara sus últimos años enfermo y apartado de mí.

Al final de mi vida fui una verdadera madre para mis súbditos, de forma que en tiempos de pestes y calamidades hasta los más humildes podían encontrar a mi lado consuelo y ayuda. Si es cierto que pequé en mi juventud, en la madurez tuve tiempo de arrepentirme: leía libros ascéticos y ordenaba que trajeran de Roma toda clase de objetos litúrgicos para las capillas de Ferrara. Siempre que podía favorecía a las iglesias con cruces, altares o cálices, y obsequiaba a los capellanes ferrareses con ornamentos y limosnas.

El recuerdo de los abusos sufridos no dejaba de atormentarme, y de esta forma trataba de expiar los pecados de mi padre, los míos propios y la lujuria de la corte romana, en la que había tomado parte. Nadie hubiera imaginado al verme que era yo la muchacha que se secaba el pelo junto a la chimenea, en compañía de Julia Farnesio; ni la graciosa bailarina que se sentaba con descaro entre los canónigos, o que observaba sin avergonzarse la danza de las castañas en el Vaticano. Ahora casi todos me apreciaban, encomiando mi gran sentido del deber, aunque no faltaban los que seguían achacándome toda clase de crímenes, de tal forma que llegarían a referirse a mí como la princesa de los venenos.

LOS PEQUEÑOS CRECÍAN: Hércules y su hermano Hipólito se educaban ya en las artes militares, en la piedad y las disciplinas humanistas. Terminada la hora de estudio, jugaban a la guerra con espaditas de madera y montaban a caballo, igual que en su niñez hicieron mis hermanos. En carnaval corrían en las justas. Observar a mis hijos era para mí recuperar mi infancia, y los vestía con juboncillos de brocado abrochados con oro y esmaltes. Dormían en mis habitaciones el precioso Francisco y la pequeña Leonor. A los tres años era ya muy gentil: tenía una cibelina chiquita para el cuello, un vestidito de brocado cerrado con broches de oro y una redecilla para el pelo muy finamente trabajada. Todos ellos salieron airosos de sus enfermedades infantiles.

Tenía yo casi cuarenta años, y seguía mostrándome sumisa con mi esposo exigente. Este nuevo embarazo hacía el número once, si se contaban los abortos que había padecido. Hércules, el pequeño heredero de Ferrara, iba a cumplir los doce años; de mi hijo mayor, el Infante Romano, hacía tiempo que no tenía noticias. Yo estaba débil, me arrastraba fatigosamente, y aún así tenía que ocuparme del gobierno cuando mi marido se ausentaba. Como yo me temía, dijeron los médicos que no sobreviviría al invierno.

Cuando me supe embarazada, le pedí al papa León X una bendición especial; sabía ahora que el final de mi vida estaba cerca, y le escribí, expresando más tristeza que remordimiento. Nuestro embajador en el Vaticano lo informó de mi delicada salud, le entregó mi carta y él me envió su bendición. Por fin a principios de junio, tras una laboriosa gestación y un difícil parto, dí a luz a una niña sietemesina. Las contracciones se declararon bruscamente. El primer dolor llegó al amanecer; la comadrona estaba sentada a mi lado y se limitaba a esperar. Nació una niñita enclenque; luego, alguien tiró la placenta envuelta en unos paños ensangrentados. Isabel María, mi última hija, apenas vivió; la bautizamos enseguida, y fue enterrada con su hermano Alejandro, en la misma sepultura que mi cuerpo ocuparía después. A consecuencia del parto me sobrevinieron unas fiebres malignas. Como hacía mucho calor, me cortaron el pelo; luego, a

medianoche, me dieron una taza de caldo y pude descansar.

Dormía mal y me sobresaltaba a cada paso; apenas podía ver, pero oía fuera los gritos afligidos de las damas. A ambos lados del altar instalado en mi alcoba, distinguía en la penumbra unas lámparas tenues. Me agarraba a la vida, dispuesta a no dejarla escapar, y resistí durante unos días, hasta que a últimos de junio perdí totalmente la vista y el oído. Sabía que tenía el rostro desfigurado, por lo que no consentí que me vieran mis hijos. Una tarde, estaba anocheciendo cuando sufrí un nuevo paroxismo y todos me dieron por muerta. Así que, entre dos luces, penetré dulcemente en la sombra y descansé para siempre.

PRONTO SE EXTENDIÓ POR ITALIA la noticia de mi muerte, y en todas las iglesias de Ferrara se celebraron funciones religiosas. Me enterraron en convento de Corpus Domini y al entierro acudió todo el mundo: mi marido y mis hijos, la nobleza, el clero y todo el pueblo de Ferrara. La sepultura se hallaba en el centro de la iglesia, al pie del altar, donde estaban las tumbas de mis hijos fallecidos, de mi suegro y de su esposa Leonor, y donde descansarían después mi esposo, el resto de mis hijos y mis nietos.

No obstante, al contrario que ellos y por causa de un extraño destino común a algunos Borgia, sigo en el mundo todavía. Pude asistir al funeral que presidía mi esposo. Él no me conoció: le ofrecí la mano, me miró de frente y no pudo reconocer mis rasgos, más jóvenes ahora. Yo le dije: “Lo he sentido mucho, señor”, y él me dio las gracias en forma convencional. A continuación saludé a mi pequeña hija. “Lo he sentido”, dije. “¿Te acuerdas de mí?” Ella contestó: “Sí, claro que me acuerdo”, pero yo sabía que no era verdad. La besé en ambas mejillas, y permanecimos abrazadas un momento. Estaba erguida, triste; tenía el pelo claro peinado en una trenza recogida. La besé otra vez, tomándole la cabeza. Luego, todos salieron fuera y yo desaparecí.

Al principio, el dolor de Alfonso fue intenso y verdadero; en una carta que le escribió a su hermana Isabel le hablaba del gran amor que nos teníamos, asegurando que no tenía intención de casarse de nuevo. No obstante, no había pasado una semana cuando encontró consuelo en los brazos de su amante, y ordenó que nadie expresara más palabras de condolencia. No sólo eso, sino que anuló mi testamento, alegando que dejaba demasiados bienes a la Iglesia y a mis amigos personales.

Pocos meses después de mi muerte, Alfonso me había olvidado por completo y contrajo matrimonio con Laura Danti. Los españoles tuvieron que marcharse para siempre. Enviaron a la pequeña Leonor a educarse en el monasterio de Corpus Domini, y los demás niños siguieron en la corte con sus preceptores. El mayor llegaría a ser duque con el nombre de Hércules II, y se casaría con Renata de Francia; Hipólito siguió el camino de su tío y a los diez años recibió las órdenes menores; luego fue cardenal y murió en la Villa de Este, donde pervive su memoria. La única mujer, Leonor, profesaría con el tiempo en el

convento de Clarisas del Corpus Domini, tan amado y frecuentado por mí, y donde con el tiempo fue nombrada abadesa.

AHORA, COMO ENTONCES, escucho el murmullo de las fuentes y siento el perfume embriagador de los rosales. He lanzado al agua una pequeña rama que ha provocado ondas concéntricas. Se ha roto la imagen de los árboles y del cielo, pero luego la rama ha flotado inmóvil, y la superficie ha recobrado su tersura. Suena en la profundidad del parque el grito de un ave extraña. Llueve desde hace días, llueve dulcemente sobre los viejos tejados de Roma, sobre el jardín oloroso y la fina arenilla de los paseos; el cielo es de un azul muy pálido, y el olor de la tierra húmeda, junto con el de las hojas marchitas, trasciende la puerta del jardín, inundándolo todo.

Por vez primera ofrezco mi testimonio al mundo: cuando era niña sufrí toda clase de excesos, pues cualquier relación lo es, si el culpable busca su propio disfrute. No obstante, todo lo guardé en silencio; siempre oculté lo que ocurría y nunca lo reconocí, aunque el acoso duró mucho tiempo. Ahora recuerdo cada uno de los pormenores y, no obstante, he logrado enterrar el sentimiento de confusión y culpa que tantos años me atormentaron; es como si me hubiera liberado y alcanzado la paz. En algunos momentos echo de menos a mi padre y trato de comprender en la distancia sus efusiones, su flaqueza, ya que pasaba del afecto a la pasión más desatada. Él fue para mí algo muy especial, pues no era yo más que una niña, y cualquier caricia me resultaba inocente. Ni siquiera puedo acusarlo de haberme pervertido, pues en mi familia creíamos tener derecho a demostrarnos sin límite nuestro amor. En sus excesos no veía él ninguna maldad. Quizá su infinita alegría, la gran confianza que tenía en sí mismo, le vedaran el remordimiento de conciencia. Más tarde, la vida hizo que se abrieran mis ojos, viendo sombras donde nunca las había percibido; aspectos de nuestra relación que entonces me parecían naturales, me producían una gran ansiedad. Ahora lo recuerdo con una mezcla de inquietud y dolor, como si una misteriosa cortina se hubiera descorrido.

Cierto es que desde aquel funesto día padecí un mudo tormento; siempre esperé de él una señal de contrición, pero no la obtuve, pues fue el mayor

egoísta que haya dado la historia. Cuando dejó de amar a mi madre y tomó por manceba a una jovencita, lo consideró natural. En el fondo era un ser primitivo, como una enorme fiera que se guiara por sus instintos, sin transgredir en su interior ninguna ley.

***

En cambio, el recuerdo de César me llena de amargura. Siendo aún muy niña, y él un adolescente, adoraba yo sus ojos oscuros y profundos. En un principio me ignoraba, dedicado tan sólo a sus juegos de guerra, a las peleas con sus compañeros. Luego pareció descubrirme: me ofrecía pequeños ramilletes de flores, me regalaba dulces, y a veces lo sorprendía observándome, como asombrado de mi naciente belleza. Pobre hermano mío. Nunca me olvidó, ni en sus peores tiempos. Cuando lo informaron de mi grave enfermedad, se reunió conmigo sin reparar en ningún peligro que pudiera acecharlo. Estoy segura de que no dejó nunca de pensar en mí, y de que me tuvo presente en aquel momento terrible, cuando las tropas españolas lo cercaron y lo dejaron muerto enmedio del barro y la desolación.

En su alma tuvieron cabida todos los vicios y todas las virtudes. Cruel y despiadado, por otra parte era sensible, amante de la música, un verdadero admirador de la belleza. Ahora tengo que reprocharle su crueldad con nuestro hermano, la frialdad con que planeó su muerte. Tampoco he conseguido perdonarle el terrible final que le deparó a mi marido. Alfonso había sido para mí como una luz brillante; por eso, César no pudo consentir que viviera. Lo odió de tal manera que no sintió remordimientos cuando acabó con él. Años más tarde, cuando inclinó sobre mí su rostro desfigurado por las llagas, sus ojos brillaron: “Tú eres mi única familia -me dijo. -Aparte de ti, no tengo a nadie a quién amar”.

Luego, cuando César faltó, me sentí verdaderamente huérfana y sola. Aunque yo misma lo ignorara, su influencia fue para mí mayor que la de mi padre. Lo amaba tanto que pude cerrar los ojos a sus crímenes, aunque fueran contra lo que yo más quería. Desde su muerte, Lucrecia dejó de vivir. Sí, mi muerte real no fue más que un simulacro: estaba muerta ya, desde que supe que su cuerpo yacía, destrozado, en un apartado lugar de Navarra. Que Dios haya tenido piedad de él.

HE AMADO A TODOS MIS HERMANOS. Juan, el más brillante, era en mi opinión un verdadero modelo de belleza y elegancia. Siempre cariñoso, siempre rendido a mis pies, provocaba sin proponérselo los celos de César. De vuelta de sus viajes me traía a Roma telas riquísimas, plumas de aves muy raras y joyas de gran valor. Ahora, desde la distancia, pienso que fue demasiado superficial, demasiado vanidoso. Había hecho un culto de su persona y su belleza. Sólo el amor lo movía, sólo por amor respiraba: el amor hacia Sancha, su cuñada; el amor hacia mí, o hacia sus innumerables amantes. Cuando murió, cuando lo mataron, no quise sospechar siquiera que César hubiera tenido parte en su muerte. Por eso rehusé las pruebas, incluso el mero pensamiento de su culpabilidad.

Jofré, el hermano menor, era para mí como un hijo, pues se refugiaba en mis brazos cuando lo dominaba el terror. Fue siempre hermoso, como todos los míos, pero mucho más frágil. Carecía de la fuerza que yo siempre he tenido: y era un poco triste, al contrario que yo. Recuerdo su piel suave como la seda; aún cuando se convirtió en un hombre, sus formas eran un tanto femeninas. Sus cabellos eran olorosos, y en las pálidas sienes se apreciaban unas delicadas venas azules, como también eran azules sus finas ojeras. A otro le hubiera echado en cara su falta de valor. Él permanecerá siempre en mi memoria como un ser indefenso, y no lo considero culpable de sus debilidades, de su falta de hombría. Ahora, después de tantos años, cuando él tampoco pertenece al mundo, recuerdo su fragilidad como algo inevitable.

A Vannozza no tengo nada que reprocharle: fue una madre perfecta para todos nosotros, uno de los dones más valiosos de que he disfrutado en mi vida. Era cariñosa, y al mismo tiempo no era tierna. Siempre deseé ser como ella. ¿Cómo explicarle que todos los nuestros, de una u otra forma, abusaban de mí? Dejarlo como estaba era mucho mejor, pues había circunstancias que no podía mencionar. Quizá, su debilidad por César la impidió corregir sus inclinaciones perversas, aunque en esa falta caímos todos. Así tuvo que presenciar cómo él, a quien tanto había consentido, era el autor de la muerte de su hermano. Quizá en

aquella ocasión, y gracias al dolor, Vannozza purgó todos sus antiguos pecados.

Desde que salí de Roma la eché de menos con más intensidad. Mientras vivía allí, aunque no bajo su mismo techo, sabía que estaba muy cerca. Sólo con la más leve llamada, la hacía acudir. Pero luego, en casa de mi suegro, no era sólo la distancia lo que nos separaba: nunca Alfonso me hubiera consentido disfrutar de su compañía; y, como ella lo sabía, no me visitó nunca en Ferrara.

Me consuela saber que ella tampoco se ha ido del todo, que no me ha abandonado. Sé que tiene mucho poder ahora, mucho más que antes, y me librará de aquellos que me acechan, que me envidian, que quieren hacerme mal, hundirme en el infierno; pero ellos no saben que está ahí, vigilante, que lo sabe todo y lo penetra todo, hasta los rincones más escondidos del pensamiento, y no permitirá ni ahora ni nunca que nadie me haga mal. Es mi fuerza y mi armadura, y cada vez que la invoque nada estará perdido. Yo así lo creo.

Sí, porque sus ojos están fijos en mí, me miran desde el retrato trazado por un pincel ilustre, siempre pensativa, sumida en una impasible dignidad. Su retrato me va a sobrevivir, sobrevivirá a mis nietos y a los nietos de mis nietos, arrumbado quizá en la sórdida bodega de un anticuario, subastado entre objetos de arte sin mucho valor. Retrato de autor desconocido, de modelo desconocido, dirán. Seguirá viviendo muchos años después, con su grave mirada desde la pintura, envuelta en su vestido con vueltas de armiño, apenas perceptible en el cuadro tenebrista, con tez clara y ojos hermosos y verdes, sosteniendo un pañuelo entre las manos. Manos empañadas por un barniz de dudosa calidad. Pero estará ahí, asegurándome con la mirada que vela por mí.

Creo que su sombra vaga entre el cielo y la tierra, sin irse del todo porque tiene una misión que cumplir, porque estoy aquí sola, ante una turba vociferante. Pero ella no va a consentirlo, puedo estar segura, pues habita el lugar de los que tienen algo que hacer todavía, y no descansará hasta haberlo conseguido. Yo así lo creo.

Por eso estoy tranquila, por eso la adversidad no me alcanza, estoy a salvo de las conspiraciones porque sé que está ahí, tras los ojos hermosos de la pintura con su expresión maternal, con sus ojos hermosos, tan parecidos a los míos. Ya miraba por mí, pero aún cuida más ahora. Por eso nunca me encuentro sola, sé

que acudo y ahí está ella, aguardándome. Y me ayuda con las fuerzas luminosas del más allá, tiende puentes a mis pies, lima asperezas, abre puertas que permanecían cerradas, obnubila mentes adversas y cambia los hados a su antojo. Vela por los suyos, hace que el frío de la noche no los deje ateridos. Siempre está abarcándolo todo, contagiando la serenidad que trasciende de sus ojos pintados, mientras su alma atormentada no se concede el descanso. Y cuando la misión que tengo en el mundo esté cumplida, entonces ella descansará también. Es bueno saber que no estoy sola; que en lugar de disfrutar de la bienaventuranza que se había ganado está ahí, sin atravesar las puertas que no tienen regreso, en una zona ambigua que no es allá ni tampoco acá, flotando en el éter y atenta a mi llamada, a mis necesidades. Le he pedido que no se vaya, que se quede un poco más sacrificando la beatitud, que por otro lado será eterna en cuanto franquee esas puertas. Ahora está en paz. Hace tiempo que no me habla, debe estar demasiado arriba; pronto me dejará.

NO HAY QUE PENSAR NUNCA EN EL DÍA DE LA MUERTE, sino en el día de la vida, en el día de hoy, y seguir esperando. Recordar como en un sueño la reverberación rosada, el sol mirándose en las altas ventanas sobre el jardín, deslumbrando como el fuego sobre los oscuros tejados; todo se esfumaba entonces menos aquella luz, el fulgor que lo bañaba todo, que lo ocultaba todo. De pronto desaparecía, yo me quedaba ciega, un frío extraño se extendía sobre los tejados de Roma y todo volvía a ser como antes.

Entonces era la melancolía, cuando el sol que entraba por la ventana medio cegada por la hiedra había lamido mi cara, luego mis hombros y mis brazos, me había bajado por las piernas, se había detenido un momento en el ángulo de la cama que tenía una colcha de seda, a juego con los cortinajes. Entonces me parecía quedarme ciega, todo se quedaba oscuro de repente y no veía nada, ni la tela de la pared que formaba ramos en tonos azul-gris, que cuando la miraba fijamente parecía llena de figuras extrañas. Desaparecía todo en un momento y no podía distinguir el reloj del rincón, parecido a una caja de muertos, ni el macetero ni la puerta que daba al corredor, donde chisporroteaban las bujías. Era especialmente triste el anochecer, cuando las luces se volvían inciertas sobre el jardín, se encendían las velas en la casa y el aire se hacía fresco, las criadas prendían el fuego en la cocina. Luego, de madrugada, me gustaba estar echada así, escuchar el tañer de las campanas lento y acompasado, saber que fuera era de noche todavía y no tardaría en amanecer, en sonar el canto de los gallos y el tintineo de las esquilas, y en la oscuridad de los párpados percibir un chisporroteo, escuchar los pequeños crujidos, los suspiros y los ruidos de siempre.

Soy inmortal, y no he sido la única en mi familia que haya gozado de tan dudoso privilegio. Estoy cansada, sólo dejo vagar el pensamiento; añoro la inocencia que perdí, y que nunca podré recuperar. Nunca expresé mis emociones, sino que traté de ahogarlas, pues creí que era la mejor forma de evitar sufrimientos; de esta forma, enterré los recuerdos por miedo a remover el pasado. Ahora dejo la mano correr sobre el papel, armada de esta pluma de ave que va

soltando tinta verde, hecha con polvo de esmeraldas, y me parece que se establece una corriente fluida entre mis ideas y mi mano, que saltan al papel por medio de esta punta verde y húmeda; únicamente así podré librarme de mis angustias y terrores.

Estoy casi al final de mi viaje. Había pensado llevar conmigo todos esos recuerdos; creí que los había superado, pero estaba muy equivocada, pues siempre vuelve la amargura. Aún tengo que reconciliarme con lo que he vivido, aunque en este retiro, con mi soledad elegida, trate de pensar que soy feliz. Hoy me he perfumado con aroma de espliego, y me gusta aspirar este olor como si todavía estuviera viva; aspiro el perfume de mis axilas que me recuerda mi niñez.

He sido más desgraciada que culpable; quizá, mi mayor culpa fue mostrarme demasiado pasiva ante lo que sucedía alrededor. Si algunos me creyeron cómplice, es porque no sabían que no era más que una víctima de la perversidad de los míos; simplemente, aprendí a vivir con ellos y traté de pensar lo menos posible. Quise aceptar la realidad, pero los años de silencio fueron demasiados y ha tenido que pasar una vida para que me aceptara a mí misma. Los que han escrito sobre mí no han dicho la verdad: puedo jurar que, aunque dentro de la familia Borgia se cometieran crímenes horrendos, mis manos nunca se mancharon de sangre. Tan sólo deploro la falta de entereza que me convertía en un mero juguete. Llegué a estar convencida de que no tenía derecho al amor y al placer, pues era sólo un instrumento en manos de los míos. Por eso escapaba de la realidad, y así fui construyendo un mundo en el que nadie pudiera hacerme daño.

NOTA DEL TRANSCRIPTOR

Diez años hacía que Lucrecia llevaba constante cilicio y casi dos que confesaba diariamente y comulgaba una vez cada semana. Lloróla con la ciudad entera toda la casa de Este, y más que nadie Isabel de Gonzaga. Hánse perdido posteriormente sus restos mortales y toda pesquisa de la ciencia ha sido inútil para poder encontrarlos.

Quince años, difíciles y accidentados, la sobrevivió su marido, que falleció a los 58 de su edad, y tuvo con Laura-Eustoquia Dianti, hermosa doncella de Ferrara, sucesión ilustre en la cual vino a recaer la corona, formando la casa ducal de Este-Módena.

Contracubierta: Carta de Lucrecia a Bembo.

Mirando / Aunq̃ causa digitima tubiesse de no escuebiros: ala
Voluntad q̃ en vos conoçido: siendo informada dela predispusiron
vra dela qual mucho me pesa: me preçiara vsar de descortesia
si cõ estos pocos renglones dello no le yziera sabidor: tanto
por satisfaser al deseo q̃ tengo fuera la tra de mi manno
quanto por la obligacion q̃ le tengo: queda solo me gozo le quido
puedo quiera dar adelante mirar en su salud y allegrador
de ser dele fe como a mi mesma

ff